

EL TIEMPO, LA DIMENSIÓN OLVIDADA  
EN LOS ESTUDIOS DE POBREZA  
Y BIENESTAR

CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS,  
URBANOS Y AMBIENTALES

EL TIEMPO, LA DIMENSIÓN OLVIDADA  
EN LOS ESTUDIOS DE POBREZA  
Y BIENESTAR

*Araceli Damían*



EL COLEGIO DE MÉXICO

339.4609720287

D158t

Damián, Araceli, 1963-.

El tiempo, la dimensión olvidada en los estudios de pobreza y bienestar / Araceli Damián. – 1a. ed. – México, D.F.: El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, 2014.

376 p. ; 21 cm.

ISBN 978-607-462-606-3

1. Pobreza – México – Medición – Metodología 2. Calidad de vida – México – Medición – Metodología. 3. Administración del tiempo – Aspectos sociales – México. 4. Administración del tiempo – Aspectos sociales. I. t.

DDC-23

Primera edición: 2014

D.R. © El Colegio de México, A.C.  
Camino al Ajusco 20  
Pedregal de Santa Teresa  
10740 México, D.F.  
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-606-3

Impreso en México

*A mi amado Julio*

*A mis queridos hijos Ema y León*

*A la memoria de mis padres*



*La historia del tiempo de ocio es la parte más importante de nuestra vida.*

Diderot





## AGRADECIMIENTOS

Este libro ha tomado forma a lo largo de mis últimos 10 años de trabajo. Mi deseo por escribirlo se debe a las interesantes pero difíciles discusiones que mantuve con algunos colegas cuando les presenté mis primeros resultados sobre las dinámicas que se dan en el ámbito del hogar en materia de esfuerzo laboral, cuando el ingreso disminuye, como resultado de las crisis económicas. Poco a poco me percaté de la complejidad e importancia que tiene la carencia / disponibilidad de tiempo para el bienestar de las personas y la poca atención que se da a éste en los análisis de la pobreza.

Agradezco especialmente la generosidad de Julio Boltvinik, mi compañero de vida y de trabajo por varios años, quien compartió conmigo sus conocimientos, sus reflexiones teóricas-filosóficas y me permitió saber acerca de su Método de Medición Integrada de la Pobreza (MMIP), cuya gran innovación fue incluir, además de la dimensión de ingreso y de la satisfacción de necesidades básicas, el índice de Exceso de Tiempo de Trabajo, que me permitió aproximarme empíricamente a mi objeto de estudio. Sus avances en torno al concepto de “florecimiento humano” me sirvieron de guía para afirmar mi idea sobre la necesidad de contar con tiempo para el ocio.

Agradezco a Elsie McPhail, quien me regaló su libro titulado *Voy atropellando tiempos. Género y tiempo libre*, cuya lectura me permitió ampliar mi conocimiento sobre los autores que han analizado el tiempo desde diversas perspectivas. También quiero dar las gracias a Héctor Figueroa Palafox, quien me ayudó con el procesamiento de bases de datos, sin lo cual hubiera sido mucho más difícil la elaboración de los cuadros que se presentan en este libro.

Este trabajo se enriqueció ampliamente con los comentarios y las sugerencias de los dictaminadores y de Ángel Javier Dorantes,

quien tuvo la paciencia de leer el texto completo e hizo atinadas mejoras a la redacción.

Asimismo, a todos aquellos que me han invitado a exponer mis avances sobre el tema en diversos foros y seminarios les doy mi más sincero agradecimiento.

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	17
I. EL TIEMPO EN EL CAPITALISMO	27
La apropiación del tiempo de los trabajadores por el capital	28
El uso del reloj y la domesticación de la fuerza de trabajo	35
La escisión del tiempo de vida y de trabajo	38
Luchas obreras por la reducción de la jornada laboral	40
El desconocimiento del valor del trabajo doméstico y sus repercusiones en la pobreza de tiempo	45
La pobreza de tiempo en el capitalismo	52
II. TIEMPO LIBRE, ¿ESPACIO DE ALIENACIÓN O PARA EL FLORECIMIENTO HUMANO?	55
La alienación en el tiempo de trabajo como condición para alcanzar la riqueza objetual	56
La alienación invade el tiempo de ocio	61
Recuperar el tiempo de ocio para lograr el florecimiento humano	69
¿Es posible el florecimiento humano en el capitalismo?	75
III. DIFERENTES ENFOQUES DE MEDICIÓN DE LA POBREZA DE TIEMPO	81
Debate sobre la dificultad de incorporar el tiempo en las medidas de bienestar y pobreza	82
Desconocimiento del tiempo de consumo en los modelos económicos	88

Ausencia del tiempo requerido para el trabajo doméstico en el modelo neoclásico de hogar	90
Adaptación de los enfoques absoluto y relativo a la pobreza de tiempo	94
Métodos bidimensionales de medición de la pobreza: ingreso-tiempo	101
Reflexiones sobre el minimalismo de los métodos bidimensionales	137
<b>IV. MEDICIÓN DE LA POBREZA DE TIEMPO EN MÉXICO EN EL ENFOQUE MULTIDIMENSIONAL</b>	
	141
Desai y el tiempo necesario para la interacción social	143
Boltvinik: el tiempo para el florecimiento humano	146
La medición de la pobreza de tiempo	153
El Índice de Exceso de Tiempo de Trabajo (ETT) como indicador para conocer la pobreza de tiempo	168
<b>V. EVALUACIÓN DE LAS ENCUESTAS Y LAS NORMAS DE USO DE TIEMPO</b>	
	173
Las encuestas de uso de tiempo	175
Problemas de las encuestas sobre uso de tiempo en México	177
Una mirada a la dinámica del uso de tiempo mediante la ENUT 1998	182
Dificultades en la captación del tiempo dedicado al trabajo doméstico	186
Validación de las normas del índice de ETT	193
Identificación de los pobres de tiempo con el índice de ETT	209
Problemas de identificación de la pobreza de tiempo a escala individual	213
Un indicador alternativo de pobreza de tiempo	216
La necesidad de mejorar la captación del uso de tiempo en México	222

VI. NIVEL Y CARACTERÍSTICAS DE LA POBREZA DE TIEMPO EN MÉXICO	227
La pobreza de tiempo en México, 1994-2010	228
Características sociodemográficas asociadas con la pobreza de tiempo	233
Pobreza de tiempo, clase de hogar y tipo de jefatura	242
Pobreza de tiempo en los ámbitos urbano y rural	246
Cómo se combinan los indicadores de tiempo e ingreso en el MMIP	248
¿Quiénes son los pobres de tiempo en México?	255
VII. EL ESFUERZO LABORAL EN LOS HOGARES Y LA INTERACCIÓN ENTRE POBREZA DE INGRESO Y DE TIEMPO	259
Cambios en la tasa de participación laboral y las estrategias laborales de sobrevivencia. Una revisión sobre el tema	261
Interacción de la pobreza de ingreso y de tiempo en periodos de crisis y de crecimiento económico	270
El empleo tiende a aumentar sólo en periodos de crecimiento, no de crisis	279
VIII. TIEMPO PARA FLORECER	283
Los límites al florecimiento humano en el capitalismo	283
Tiempo libre y modelos del Estado de bienestar	294
Métodos y datos	297
Políticas sociales encaminadas a incrementar el tiempo libre disponible. Propuestas	304
Ingreso ciudadano y el acceso al tiempo para florecer	311
ANEXO METODOLÓGICO 1	317
Formulación del índice de Exceso de Tiempo de Trabajo y programa de cálculo en SPSS	317

ANEXO METODOLÓGICO 2	329
Análisis y ajuste de los datos de uso de tiempo en las encuestas, para compararlos con las normas del índice de Exceso de Tiempo de Trabajo (ETT)	329
Ejemplos de las diferencias en las preguntas de los cuestionarios de las encuestas de uso de tiempo 1996, 1998, 2002 y 2009	355
ÍNDICE DE CUADROS Y GRÁFICAS	359
BIBLIOGRAFÍA	365

## INTRODUCCIÓN

*La moralidad del trabajo es la moralidad de los esclavos y el mundo moderno no tiene necesidad de esclavitud.*

Bertrand Russell

El tiempo es un concepto abstracto que nos permite “medir” las etapas evolutivas que, a nuestro entender, se inician con la creación del universo y llegan hasta el presente. Los ciclos de rotación y traslación de la Tierra han sido fragmentados en años, meses, semanas, días, horas y segundos. Así percibimos el transcurrir de nuestras vidas. De igual forma, los sucesos históricos hacen referencia a tiempos pasados y con base en nuestra idea del tiempo podemos planear el futuro.

Desde el punto de vista económico se plantea que el tiempo es un recurso valioso, adicional al ingreso, mediante el cual los hogares satisfacen sus necesidades, sin embargo, muy pocos lo vinculan con el análisis de la pobreza y el bienestar. La teoría de la justicia social, por su parte, se centra en los problemas de distribución de los recursos y las oportunidades que los individuos tienen para acceder a éstos; no obstante, esta teoría tampoco hace referencia al tiempo como uno de los recursos sobre los que se cimienta la desigualdad.

En este libro queremos mostrar que la disponibilidad (o carencia) de tiempo afecta directamente la calidad de vida y el bienestar humano. Para el análisis establecemos diversas preguntas que nos servirán de guía: ¿por qué a pesar del inmenso desarrollo tecnológico, que ha permitido reducir los tiempos de producción por unidad, la sociedad continúa dedicando tantas horas al trabajo?, ¿qué consecuencias tiene sobre el bienestar la escasez de tiempo?, ¿cómo medir la carencia de tiempo?, ¿cómo interactúa la pobreza de tiempo con

otros tipos de pobreza, en especial con la del ingreso?, ¿qué dinámica existe entre los ciclos económicos y la disponibilidad de tiempo?, ¿a qué dedica su tiempo nuestra sociedad? Éstas son sólo algunas de las preguntas que motivaron la realización del presente trabajo.

Partimos de la idea de que la mayoría de los miembros de la sociedad contemporánea padece, como nunca antes en la historia, una sensación de escasez de tiempo. Esta última resulta de una sujeción de la actividad humana en casi todo el orbe a los ritmos de vida impuestos por el sistema de explotación capitalista. Las horas dedicadas al trabajo, al tiempo libre, a la reproducción de la fuerza de trabajo y, en general, a la sobrevivencia, giran en torno a la acumulación del capital, sin pensar en las consecuencias humanas que pueden suscitarse al regir nuestras vidas de acuerdo con la imposición de horarios, en muchas ocasiones desvinculados de las necesidades humanas (descanso y sueño, por ejemplo). Entre las principales consecuencias de la falta de tiempo están la insatisfacción o satisfacción deficitaria de las necesidades humanas y el escaso desarrollo de las capacidades y potencialidades de los seres humanos.

Este aspecto ha sido señalado por Boltvinik (2005), quien establece las bases teóricas para un nuevo enfoque sobre la pobreza y el bienestar teniendo como objetivo el florecimiento humano. Este concepto proviene de la filosofía analítica y es similar al de autorrealización, propuesto por Maslow (1987 [1954]) en su famosa jerarquía de las necesidades humanas, quien plantea que una vez satisfechas las necesidades fisiológicas (como el hambre), el individuo atiende otras de mayor jerarquía como las de seguridad, afecto, autoestima y, finalmente, autorrealización. Así, una persona que carece de alimento, seguridad, amor y estima, sentirá sobre todo la urgencia del alimento, más que ninguna otra cosa, “es entonces justo *caracterizar* el organismo entero diciendo simplemente que está hambriento, puesto que la conciencia está casi totalmente vaciada por el hambre” (p.17). Lo anterior no significa que todas las necesidades humanas estén ausentes al inicio de la vida, sino que, ante la presencia de carencias agudas, no se desarrollan las demás.

El esquema de Maslow no menciona directamente la falta de tiempo para satisfacer las necesidades humanas. Sin embargo, cuan-



do se refiere a los factores que pueden provocar insatisfacción en la necesidad de vivir con seguridad, enfatiza el efecto destructor que, por ejemplo, tiene en los niños la ausencia de los padres (que puede deberse a que pasan largas horas en el trabajo debido a la necesidad de generar ingresos); el no vivir en un ambiente seguro, libre de miedo, ansiedad y caos, lo cual puede originarse en el aumento de la violencia por la falta de oportunidades de empleo; y la falta de una vida estructurada, con orden y límites, aspectos que pueden estar relacionados con la ausencia de vínculos afectivos de primer nivel con personas adultas, provocada por razones similares a las ya expuestas. Un menor abandonado, por falta de tiempo-adulto disponible en el hogar, seguramente enfrentará serios problemas para satisfacer necesidades de mayor jerarquía y, por lo tanto, se reducirán sus posibilidades para lograr la autorrealización o florecimiento humano. Esto también puede tener consecuencias sociales devastadoras, mientras no se desarrolle ampliamente la cultura y prevalezcan la violencia y el caos.

Una diferencia fundamental entre Maslow y Boltvinik es que este último sí considera la carencia de tiempo libre como una limitante para el florecimiento humano. Boltvinik afirma que “la esperanza de muchos seres humanos —para alcanzar el florecimiento—, que viven para sobrevivir, está fincada en el *tiempo libre*” (2005: 419). Si bien aquí asumimos esta postura, se discute qué tan viable es alcanzar el florecimiento humano en el actual sistema de producción, toda vez que el capital controla la mayor parte de los espacios de consumo destinados a “llenar” el tiempo libre.

A lo largo de este trabajo señalaremos distintos aspectos que hacen del tiempo para el ocio y para la satisfacción de necesidades humanas un elemento fundamental para evitar un daño grave en las personas. La idea de evitar el daño grave a las personas permitió a Doyal y Gough (1991: 50) establecer que las necesidades humanas más básicas son la salud física y la autonomía personal. Ambas son consideradas por estos autores como las precondiciones para que todo individuo participe en los estilos de vida prevalecientes y alcance otras metas valiosas (*ibid.* 54). Su planteamiento incorpora el recurso tiempo de manera implícita cuando se refiere a la salud física,

y explícitamente cuando menciona la necesidad de autonomía. En el primer caso, la mayor o menor esperanza de vida al nacer o la prevalencia de algunos tipos de enfermedad pueden estar asociadas con la falta de tiempo para el descanso o el cuidado de la salud (de niños y adultos).<sup>1</sup> Doyal y Gough definen la autonomía como la capacidad de los individuos para formular propósitos y estrategias, que después pueden llevar a la práctica. Para ello, la autonomía tiene tres elementos básicos: a) el entendimiento (habilidades cognoscitivas y motoras); b) la capacidad psicológica (capacidad cognoscitiva y emocional, es decir salud mental), y c) las oportunidades objetivas (rango de nuevas y significantes acciones que mejoran la participación de los individuos en su forma de vida). Los autores proponen los siguientes indicadores (o necesidades intermedias) para medir la autonomía: 1) persistencia de enfermedades mentales (psicosis, depresión o alguna otra); 2) privación cognoscitiva (falta de conocimientos relevantes culturalmente, analfabetismo, falta de habilidades matemáticas, científicas y otros conocimientos básicos cuasi-universales) y; 3) oportunidades para llevar a cabo una actividad económica, evitar el desempleo, la exclusión de roles sociales y la falta de *tiempo libre*.

De esta forma, el recurso tiempo es una condición para satisfacer la necesidad de autonomía, ya que, por ejemplo, el entendimiento requiere de tiempo para que los individuos adquieran las habilidades cognoscitivas y motoras, en concordancia con las normas sociales existentes: atender la escuela formal, tener tiempo para el juego, para la convivencia con los adultos, etcétera. La capacidad psicológica, que se refiere sobre todo a la salud mental, puede verse afectada ante la falta de descanso o de tiempo para realizar actividades de esparcimiento, debido a un exceso de tiempo de trabajo. De esta forma, el tiempo libre es un indicador que permite evaluar la satisfacción de la autonomía (p. 190). Por lo tanto, la pobreza de tiempo será una manifestación de la falta de autonomía, y potencial-

<sup>1</sup> Otros indicadores para evaluar esta necesidad son las tasas de mortalidad de los menores de cinco años, la prevalencia de discapacitados, niños con deficiencia en su desarrollo, el porcentaje de población que sufre de dolor severo y las tasas de morbilidad.

mente quienes la padecen pueden sufrir daño grave en la salud física y mental.

Con estos postulados en mente, en el primer capítulo de este libro se expone el proceso mediante el que el capital se apropia del tiempo de vida y de trabajo de las personas. Se considera aquí que el tiempo de trabajo es la fuente de toda riqueza. Se discuten las bases ideológicas que acompañan este proceso, y que establecen que el trabajo es una virtud y el dinero una medida de éxito. Se muestra cómo este proceso de apropiación lleva a que surja en el trabajador la necesidad de tiempo libre, el cual consigue mediante largas y complejas luchas obreras. El tiempo libre se determinó como el que queda fuera del ámbito de la relación capital-trabajo y, por lo tanto, se consideró como un espacio de libertad; sin embargo, en él se depositan todas las actividades relacionadas con la reproducción de la fuerza de trabajo, y queda un escaso margen para que los individuos desarrollen actividades que consideran valiosas, lo cual limita el logro de la autorrealización o florecimiento humano. Se plantea que la dicotomía trabajo productivo / improductivo —en la que el doméstico, incluido el cuidado de menores, enfermos y ancianos, se ubica dentro del “improductivo”—, ha dejado en un segundo plano la consideración del tiempo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo, que abarca todas las actividades domésticas (preparación de alimentos, abasto, limpieza, y otras), el cuidado de otros miembros del hogar, traslados de ida y vuelta al trabajo, etcétera. Debe considerarse además que, una vez cubiertos estos requerimientos, se necesita tiempo para el cuidado personal, el descanso, la convivencia, la participación social y el ocio.

Ante este panorama, el segundo capítulo discute los fundamentos para que el tiempo de ocio sea el espacio del florecimiento humano. Se hace énfasis en el significado del tiempo libre en el capitalismo, el cual se asocia con llevar a cabo una actividad (pasiva, como ver la televisión, o activa, como hacer ejercicio, ir de compras, u otras) o simplemente descansar; en cambio, se plantea que el ocio en un sentido clásico, es decir, el referido a la capacidad humana de contemplar, reflexionar y desarrollar la cultura, queda marginado y excluido de la actividad humana y social.

En el capítulo III se discute por qué al utilizar el enfoque dominante para la identificación de la pobreza,<sup>2</sup> es decir, el método de la línea de pobreza (LP), se comete una grave subestimación, ya que al considerarse sólo el ingreso como determinante del nivel de pobreza, se ignora el tiempo requerido para satisfacer las necesidades de trabajo doméstico, educación, recreación, descanso y tiempo libre de los miembros del hogar.

Para ilustrar la importancia de tomar en cuenta el tiempo como parte de la medición de la pobreza, imaginemos dos hogares hipotéticos cuyo ingreso es igual a una línea de pobreza de \$ 2 000 per cápita. Desde el punto de vista de la pobreza por ingresos, ninguno sería considerado como pobre, no obstante que tienen diferencias sustanciales en términos del recurso tiempo. El primero está conformado por Juan, quien vive con su esposa y su hijo de tres años, y el segundo por Ana y su hijo de 11 meses. Juan gana \$ 6 000 y su esposa se hace cargo del cuidado del menor y del trabajo doméstico. Ana es una trabajadora doméstica que gana \$ 4 000 y no tiene con quién dejar a su hijo; pagar una guardería está fuera de su alcance, por lo que tiene que dejarlo amarrado en casa para salir a trabajar. Pese a que, desde el punto de vista del ingreso, estos dos hogares están en las mismas circunstancias, es claro que tienen diferencias abismales en términos de su disponibilidad de tiempo y, por lo tanto, en su calidad de vida.

Como veremos en el capítulo III, en la literatura en torno a la pobreza existen diversas referencias sobre la necesidad de incorporar el tiempo a la medición, aunque se evade la formalización de mecanismos para medir las carencias por esta dimensión. Vickery (1977) fue la primera en proponer un método de medición de la pobreza de ingreso-tiempo para los Estados Unidos, mientras que Boltvinik (1992) de manera independiente propuso medir la pobreza de tiempo mediante el índice de Exceso de Tiempo de Trabajo (ETT).

<sup>2</sup> Este enfoque es utilizado por el Banco Mundial, la Comunidad Europea, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) —incluyendo un estudio para México realizado conjuntamente con el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI-CEPAL), (1993) —y, recientemente, el gobierno federal (véase Comité Técnico para la Medición de la Pobreza, 2002).

Este índice es uno de los tres elementos que conforman su Método de Medición Integrada de la Pobreza (MMIP); los otros dos son ingreso y necesidades básicas insatisfechas. No obstante, fue por fin con los trabajos de Damián (2000, 2003, 2005a, b y c) que se presentaron datos sobre la pobreza de tiempo en México, ya que los de Boltvinik se referían comúnmente al componente de ingreso-tiempo. Existen escasos desarrollos fuera de estos intentos, casi todos basados en la metodología de Vickery, por ejemplo Douthitt (1993), Burchardt (2008) y Zacharias *et al.* (2012). Como veremos, Burchardt fue más allá de la propuesta de Vickery, e intentó medir la pobreza de tiempo recogiendo las experiencias del enfoque relativo de la pobreza por ingreso. Finalmente Goodin *et al.* (2008), presentan datos de pobreza de tiempo en diversos países desarrollados utilizando también el enfoque relativo. Como veremos, los nuevos enfoques tratan de minimizar las normas de tiempo requerido para satisfacer las necesidades humanas y, por lo tanto, minimizan el problema de la pobreza de tiempo.

En el capítulo IV se presenta la propuesta de Boltvinik. Ahí se explica cómo se calcula la pobreza de tiempo utilizando el índice de ETT. Éste considera diversos aspectos relacionados con la carencia de tiempo para el ocio (educación y tiempo libre), la cual está en función de las horas disponibles para trabajo en el hogar, para cubrir los requerimientos de las actividades domésticas, el cuidado de menores y el trabajo extradoméstico. Se analizan las ventajas y limitaciones del índice de ETT para identificar hogares y personas pobres de tiempo. Se presentan las modificaciones que he realizado al índice de ETT y que se han llevado a la práctica para mejorar la medición de la pobreza de tiempo. De igual forma se presenta un cálculo alternativo para medir la pobreza de manera individual, con lo que quedan superadas algunas de las limitaciones del cálculo aplicado al hogar.<sup>3</sup>

Partimos de la idea de que la pobreza de tiempo tiene como base fundamental la explotación de los trabajadores y sus familias.

<sup>3</sup> Los métodos de medición de la pobreza han sido criticados debido a que suponen una distribución equitativa de recursos y cargas dentro del hogar, no obstante que existen situaciones de desigualdad y discriminación que causan que algunos de los miembros padezcan mayor privación que otros.

Consideramos que, cuando se conjuga la pobreza de ingreso con un exceso de dedicación al trabajo extradoméstico, existen altas probabilidades de que los miembros del hogar sufran deficiencias en la salud física y mental que afectan las posibilidades de disfrutar del ocio. Por ejemplo, un ingreso bajo no permite contratar servicios de cuidado de menores, por lo que muchos de ellos enfrentan el abandono diurno, lo cual con el tiempo provoca trastornos psicológicos.

Por lo tanto, consideramos que la pobreza por ingreso y el exceso de tiempo de trabajo (doméstico y extradoméstico) son factores que dañan seriamente a los seres humanos. Con esta idea, en el capítulo V realizamos una evaluación de los parámetros normativos del índice de pobreza de tiempo con el fin de establecer en qué medida se aproximan a las prácticas socialmente observadas. Para esta evaluación utilizamos las encuestas de uso de tiempo en México. Como se verá, dichas encuestas evidencian problemas de captación del tiempo dedicado a las actividades cotidianas, particularmente las relacionadas con el trabajo doméstico y el cuidado de otros en el hogar. Proponemos ajustes con el fin de superar algunas de las limitaciones. De igual forma, con base en los resultados, se proponen algunos cambios a las normas utilizadas para medir la pobreza de tiempo con el índice de ETT, para que éste refleje más precisamente la carencia de tiempo en los hogares.

En el capítulo VI nos centraremos en la caracterización socio-demográfica de los pobres de tiempo. Mostraremos cómo se combina la pobreza de ingreso con la de tiempo para conformar el indicador de ingreso-tiempo del MMIP. Presentamos datos de pobreza de tiempo del periodo 1994 a 2010 para México mostrando los principales cambios ocurridos en los indicadores parciales del índice de tiempo. Además, analizamos las características de la pobreza de tiempo por sexo, edad, tipo de jefatura, clase de hogar y ámbito urbano-rural.

La discusión sobre el alcance de las estrategias laborales de sobrevivencia se retoma en el capítulo VII, con el fin de mostrar la dinámica que se da entre la pobreza de ingreso y la de tiempo en periodos de crisis y crecimiento económico. En este capítulo se incorporan datos a escalas nacional y urbana, y se señalan los cambios en la

pobreza de ingreso y de tiempo en distintos periodos de crisis (1982, 1994-1996 y 2008-2010). Con base en los resultados, observamos que no existen las condiciones a nivel macro para que los hogares aumenten, en términos reales, el esfuerzo laboral en épocas de crisis.

En el capítulo VIII se retoman diversas ideas sobre las consecuencias a escalas individual y social de la falta de tiempo. Retomamos ahí diversos planteamientos filosóficos de autores como Russell, Pieper y De Grazia, quienes reflexionan sobre las repercusiones que tiene la imposibilidad de dedicar parte del tiempo cotidiano al ocio, considerado como base de la cultura. De igual forma se presentan propuestas de política social para liberar tiempo de trabajo obligado en los hogares y asegurar un mayor tiempo para el ocio y, por lo tanto, para la consecución del florecimiento humano.





## I. EL TIEMPO EN EL CAPITALISMO

*Nadie aceptaría ser esclavo por dos horas; para ser aceptada, la esclavitud debe durar cada día el tiempo suficiente para quebrantar algo dentro del hombre.*

Simone Weil, *La condition ouvrière*

La pobreza de tiempo se generaliza en el sistema capitalista. El fenómeno es paradójico, si consideramos que en este sistema de producción el desarrollo de las fuerzas productivas permitió superar la escasez de recursos necesarios para la vida.<sup>1</sup> Por primera vez en la historia, la humanidad tiene la posibilidad de brindar a todos una vida sin las limitaciones materiales que pongan en riesgo la existencia. Pero sólo será posible si el fruto del trabajo humano<sup>2</sup> es repartido de manera equitativa; esto permitiría a todas las personas desarrollar con plenitud sus capacidades y potencialidades.

Empero, como explica Marx en *El capital*, al estar la sociedad dividida en clases, el control del tiempo de los individuos es un ele-

<sup>1</sup> La capacidad del sistema capitalista para proveer los medios necesarios para una vida plena para todos se hizo evidente durante la primera guerra mundial. De acuerdo con Russell (2007 [1935]), pese a que en ese tiempo la fuerza de trabajo dedicada a la producción de bienes para la vida diaria se contrajo, debido a que un número importante de hombres y mujeres se ocupó en las actividades relacionadas con la guerra (producción de armamento, logística, propaganda gubernamental y combate), “el nivel de bienestar físico de los trabajadores asalariados no calificados era más elevado que antes de la guerra o de lo que alguna vez lo fue (...) La guerra mostró de manera conclusiva que, mediante la organización científica de la producción, es posible mantener a la población en un confort aceptable con una pequeña fracción de la capacidad productiva del mundo moderno” (p. 6).

<sup>2</sup> Gorz (1998) hace una diferenciación entre el trabajo humano y el “trabajo” en el capitalismo, sólo reconocido como tal está mediado por la relación capital-trabajo. De esta forma, dice, una mujer tiene “trabajo” si cuida unas cuantas horas los hijos de otros, mientras que no lo tiene si cuida todo el día los suyos.

mento fundamental para la apropiación de la fuente de toda riqueza: el trabajo humano. Por lo tanto, persisten formas de explotación de la fuerza de trabajo caracterizadas por largas jornadas laborales, que se combinan con salarios bajos y que obligan a las familias a dedicar cada vez más tiempo a generar ingresos y los recursos necesarios para llevar a cabo en forma cabal el trabajo doméstico y las actividades de educación, socialización y ocio, entre otras.

Con esa perspectiva, en el presente capítulo se exponen las condiciones históricas en las que ocurrió la separación del tiempo de vida del de trabajo; el primero, aparentemente, quedó en manos de los trabajadores, pero supeditado al segundo; en tanto, los dueños del capital tratan de apropiarse de un mayor número de horas de la vida activa de los trabajadores. Además, se plantea cómo los usos y la percepción del tiempo se transformaron radicalmente con la introducción de las máquinas, el uso del reloj y la nueva organización del trabajo. Todo esto propició la necesidad de concentrar la mano de obra en distintos establecimientos para llevar a cabo la producción de manera coordinada. También se hace un recuento de la forma en que se extendieron las jornadas laborales, lo que dejó prácticamente sin tiempo propio a los trabajadores y generó intensas luchas sociales relacionadas con la definición de los límites de la jornada de trabajo. En la penúltima sección se analizan algunas razones por las que se ha impuesto la idea de que el tiempo y la producción de bienes y servicios realizados mediante el trabajo doméstico no tienen valor, y se resalta la importancia del tiempo para la reproducción de la fuerza de trabajo. Finalmente, con base en las distintas discusiones que se desarrollan a lo largo del capítulo, se hace una reflexión sobre los aspectos que subyacen en el análisis de la pobreza de tiempo, una vez que se integra una visión sobre lo humanamente digno en materia de esfuerzo laboral, al realizar el trabajo extradoméstico y doméstico.

#### LA APROPIACIÓN DEL TIEMPO DE LOS TRABAJADORES POR EL CAPITAL

La disponibilidad o la escasez de tiempo propio está en función de lo que socialmente se considera la magnitud normal de la jornada laboral.

Su medida nunca ha sido constante, sino variable; se mueve dentro de límites físicos, sociales y morales muy distintos según las diferentes condiciones en las que se obtiene el plustrabajo. A lo largo de la historia éstas han tenido, como diría Marx, formas horribles muchas veces. Retoma, para ejemplificar, la situación descrita por el historiador griego Diodoro Sículo sobre las condiciones de trabajo en las minas de oro en Egipto, Etiopía y Arabia durante el esclavismo:

no se puede contemplar a esos infelices [...] que ni siquiera pueden asear sus cuerpos o cubrir su desnudez, sin dolerse de su trágico destino. Pues allí no tienen ninguna indulgencia ni miramiento por los enfermos, los enclenques, los ancianos, por la endeblez femenil. Obligados a golpes, todos deben continuar trabajando hasta que la muerte pone término a sus tormentos y su miseria (Marx, 1999 [1867]: 283).

En el sistema feudal era difícil distinguir los límites de la jornada laboral debido a la forma de organización de la producción. El producto del trabajo servil debía ser suficiente para mantener al señor feudal y a las familias de los productores. En este sistema existía una fuerte interdependencia entre clases dominantes y dominadas, y sus relaciones tenían un carácter patriarcal. Como regla, un hombre producía con trabajo duro apenas un poco más de lo que requería para su subsistencia y la de su familia, aun cuando su esposa trabajara al menos tan duro como él, y sus hijos contribuyeran tan pronto alcanzaban la edad suficiente para hacerlo; “la exigua sobreproducción por arriba de lo escasamente necesario no era dejada a aquellos que la producían sino era apropiada por los señores feudales, guerreros y sacerdotes (...) en tiempos de hambrunas no había sobreproducción; los guerreros y sacerdotes, sin embargo, tenían asegurada la misma cantidad de productos como en otros tiempos, con el resultado de que muchos trabajadores morían de hambre” (Russell, 2007 [1935]: 4). Pero es claro que, aun en circunstancias adversas, el tiempo dedicado a las actividades productivas dependía básicamente de las condiciones naturales.

Con lo que sucedió en la producción de algodón, se debilita la relación entre tiempo de trabajo y condiciones naturales. De

acuerdo con la descripción que hace Engels (1999 [1845]) en la introducción a *La condición de la clase obrera en Inglaterra*, durante la segunda mitad del siglo XVIII, una vez que la máquina de vapor empieza a utilizarse en la producción de algodón, los trabajadores pierden el control de su vida laboral. Este proceso ocurre paulatinamente, ya que, en un inicio, los trabajadores tenían la posibilidad de alternar la actividad agrícola con la producción de algodón, sin tener que recurrir al “sobre-trabajo” para asegurar su sobrevivencia.<sup>3</sup> Sin embargo, al monetizarse la economía, los productores requirieron más tiempo para la producción de algodón y abandonaron el trabajo agrícola por tener que enfrentar un nuevo sistema caracterizado por la inseguridad laboral y la sobreexplotación.<sup>4</sup>

Este cambio no fue fácil, pues en su afán de apropiación de todo el tiempo disponible del obrero, así como de toda la fuerza laboral, los dueños de los medios de producción enfrentaron a los productores, quienes se resistían a dedicarse de manera exclusiva al trabajo

<sup>3</sup> Engels ha sido criticado por presentar una visión bastante romántica de las condiciones de vida de los trabajadores serviles ingleses, como explica McLellan (1999) en la introducción a la reedición libre de *La condición obrera en Inglaterra*. Efectivamente, en su descripción sobre este periodo, Engels afirma que los trabajadores tenían una vida sana, en la que alternaban el trabajo agrícola con la producción de algodón y disfrutaban de la naturaleza y de la convivencia con su familia y vecinos. Considera que el estilo de vida de los trabajadores serviles les proporcionaba una buena salud física y que, si bien los hijos de los siervos trabajaban desde los ocho o 12 años, vivían en “el aire fresco” (1999 [1845]: 16). Para McLellan sus críticos pasan por alto que el mismo Engels considera a los siervos, analfabetos y con escaso conocimiento de lo que sucedía más allá de su comunidad, intelectualmente muertos: vivían sólo para sus propios intereses (de poca importancia) y, aunque tuvieran una vida romántica, no era valiosa para un ser humano. Para Engels los trabajadores serviles “no eran seres humanos, sino máquinas al servicio de unos pocos aristócratas” (1999 [1845]: 17).

<sup>4</sup> Engels (1999 [1845]) asegura que el sistema de explotación feudal no llevaba hasta la muerte a una proporción elevada de los trabajadores, como sí sucedió con el proletariado a inicios del capitalismo. Pero además, debemos considerar que cuando Engels realiza sus observaciones sobre la clase obrera en Manchester y las grandes ciudades inglesas, la sociedad europea se encontraba en plena crisis económica, lo que hacía más penosas las condiciones de vida de los trabajadores, ya que no contaban con sistema de protección social. Vale la pena resaltar que, en la actualidad, vivimos un gran retroceso en materia de seguridad social, que pone a muchos trabajadores del orbe en situaciones similares a las descritas por este autor.

asalariado y expresaban constantemente su descontento. E.P. Thompson cita la *Commercial & Agricultural Magazine* de 1800, que muestra las quejas de los empleadores por la escasa cantidad de mano de obra dispuesta a emplearse de “manera regular”. En cuanto a los pequeños propietarios, los empleadores manifestaban: “cuando un trabajador se convierte en poseedor de un pedazo de tierra mayor al que puede cultivar con su familia por las tardes-noches (...) el agricultor no puede ya más depender de él para trabajar constantemente” (Thompson, 1967: 76-77). Asimismo, criticaban ferozmente la “ineficiencia y la pérdida de tiempo” de los granjeros, que también se negaban a emplearse en aquella época: “si les ofreces trabajar, ellos te dirán que deben cuidar de sus ovejas, cortar el grano, llevar a sus vacas a pastar; dirán que deben llevar a sus caballos a poner herraduras, que lo tienen que llevar a una carrera de caballos o a un partido de cricket” (*idem*).

El capital enfrentó además el apego tenaz de los trabajadores a las tradiciones y fiestas religiosas, que se extendían durante una buena parte del año; por ello, se buscó reducir el tiempo que dedicaban a la convivencia social y familiar y al descanso. El primer paso lo dio Lutero al determinar que el único día sagrado era el domingo; posteriormente, se redujo el número de días santos y, por lo tanto, se eliminaron al menos 100 días festivos del calendario (De Grazia, 1994 [1962]).<sup>5</sup>

Pero, además, debemos considerar que, en los inicios del capitalismo, la posibilidad de los trabajadores (tanto agrícolas como industriales) de no emplearse por tiempo completo fue posible gracias a que podían vivir una semana entera con lo obtenido en cuatro días de trabajo (Marx, 1999 [1867]: 333) y sólo los trabajadores agrícolas o sirvientes que no tenían derechos comunes o tierra estaban sujetos a una disciplina de trabajo intensa (E.P. Thompson, 1967: 77). Por ello, ante la resistencia de los trabajadores a emplearse seis días a la semana, se pusieron en práctica diversas medidas para so-

<sup>5</sup> De acuerdo con Lafargue (yerno de Marx), antes de la Revolución francesa se garantizaban a los obreros noventa días de descanso al año, o sea, cincuenta domingos y casi otros cuarenta días de fiesta en los que se prohibía trabajar (citado en Toti, 1975: 156).

meterlos, como la que refiere Marx (1999 [1867]: 331) cuando cita a Postlethway (muy famoso en su tiempo, autor de un diccionario de comercio), quien manifestó públicamente su desacuerdo con las tácticas de los políticos ingleses que, con tal de obligar a los artesanos y obreros manufactureros a emplearse seis días de la semana, aumentaban los impuestos y el precio de los medios de subsistencia, o bien, bajaban los salarios.

Fue hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX que el capital logró adueñarse de *toda la semana del obrero* (excepto el domingo, ya que era considerado día sagrado), mediante pagos semanales, de esta forma:

tuvieron que pasar siglos para que el trabajador libre se adaptara voluntariamente, como consecuencia del modo capitalista de producción —es decir que fue obligado *socialmente*— a vender, por el precio de sus medios de subsistencia, *todo el periodo activo de su vida*, su capacidad misma de trabajo: a vender su primogenitura por un plato de lentejas (*El capital*, citado en Toti, 1975: 19).

La generalización de las relaciones capitalistas de producción conllevó la imposición de jornadas laborales muy extensas, en las que el capital literalmente se apropió de todo el tiempo de vida de los trabajadores, como también quedó plasmado en el tomo I de *El capital*. Las extenuantes jornadas laborales prevalecientes en la Inglaterra del siglo XVIII fueron descritas en los *Anales de la Agricultura* de 1796:

ellos [los trabajadores] deben trabajar de cinco de la mañana hasta las siete-ocho de la noche, desde mediados de marzo hasta mediados de septiembre —y de aquí en adelante desde el despertar del día hasta la noche, con dos medias horas para beber, una hora para cenar y (sólo en el verano) media hora para dormir: en cualquier caso, por cada media hora de ausencia se descontará un penique (citado en E. P. Thompson, 1967: 61).

De acuerdo con Marx “todas las barreras erigidas por la costumbre y la naturaleza, por la edad y el sexo, por el día y la noche, saltaron

en pedazos” (1999 [1867]: 335). Mujeres y menores de edad fueron incorporados al mercado laboral, lo que significó una reducción en el costo de la mano de obra debido a que el salario que se les pagó era más bajo que el de los obreros; para ello se argumentó que el ingreso de mujeres y niños tenía un carácter complementario al del jefe del hogar. Esta postura se sustentó además en un discurso sexista que sostenía que las mujeres eran seres inferiores en comparación con los hombres. El abaratamiento del costo salarial en las ramas industriales, donde se substituyó mano de obra masculina por femenina o infantil, vuelve a repetirse en el siglo XX y en lo que va del XXI, lo que ha provocado, como veremos, que las mujeres que participan en el trabajo extradoméstico continúen haciéndose cargo de las labores domésticas; esto disminuye la posibilidad de desarrollo de sus capacidades y potencialidades humanas. Los sindicatos han soslayado la situación de las mujeres.

La nueva sociedad se caracterizaba por

la introducción de sistemas de avasallamiento y de explotación que ni siquiera el Medioevo había conocido, por lo menos en aquellas proporciones. Nunca fue tan envilecida la dignidad humana como en aquellas primeras décadas, nunca fueron impuestas y practicadas formas de trabajo tan brutales como en los “talleres del sudor” (así se denominaron porque los locales carecían de aire, de luz y de espacio) que proliferaron entonces, y en los que las jornadas laborales oscilaban de ochenta a cien horas a la semana. El tiempo libre era el tiempo para dormir (cuatro, cinco o seis horas máximo), para comer e ir y venir de la fábrica [...] La reducción de los costos de producción [...] se obtenía desfalcando los salarios y rapiñando tiempo humano, aumentando las horas de trabajo hasta el límite físico constituido por la necesidad de dejar a la máquina humana el tiempo para reintegrar su propia fuerza. El capitalismo en expansión se alimentaba del tiempo, se desarrollaba con el tiempo de trabajo y su hambre de tiempo aumentaba en lugar de disminuir (Toti, 1975: 24-25).

Es evidente que bajo estas condiciones la pobreza de tiempo tomó formas agudas en aquel entonces. Si bien, como mencionamos, esta

sobreexplotación no es exclusiva del capitalismo,<sup>6</sup> el tiempo destinado a la reproducción de la fuerza de trabajo y al mantenimiento físico de los trabajadores se redujo a su mínima extensión. Además, como señala Marx, los capitalistas siempre buscaron formas para extender la cantidad de tiempo de trabajo que se apropiaban, incluso mediante el engaño y la trampa. Por ejemplo, cuando se aprobó la reducción de la jornada de trabajo de 12 a 10 horas diarias, los capitales eliminaron de la cuenta neta de la jornada laboral el tiempo destinado a la alimentación y el descanso, por lo que en los hechos el número de horas trabajadas quedó casi intacto y, con ello, el derecho a descansar y tomar alimentos quedó fuera del tiempo remunerado (1999 [1867]: 345).

Pero no hay que perder de vista que, de acuerdo con Marx, en este modo de producción, la posibilidad del capital para apropiarse de toda la vida laboral del trabajador varía con las características en las que se dan las relaciones sociales de explotación de la siguiente manera:

de la naturaleza del intercambio mercantil (que se da cuando el trabajador vende su fuerza de trabajo al capitalista) no se desprende límite alguno de la jornada laboral, y por tanto **límite alguno del plustrabajo**. El capitalista, cuando procura prolongar lo más posible la jornada laboral y convertir, si puede, una jornada en dos, reafirma su derecho en cuanto comprador. Por otra parte, la naturaleza específica de la mercancía vendida trae aparejado un límite de consumo que de la misma hace el comprador, y el obrero reafirma su derecho como vendedor cuando procura reducir la jornada laboral a determinada magnitud normal (1999 [1867]: 282).

El hambre de plustrabajo que llevó al capital a imponer jornadas laborales inhumanas enfrentó, como veremos, la resistencia obrera.

<sup>6</sup> Toti señala que desde el primer *Statute of Labourers*, de la Inglaterra de Eduardo III (fechado en 1349), se establece que de marzo a septiembre los trabajadores agrícolas y artesanos tenían un horario de las cinco de la mañana hasta alrededor de las siete u ocho de la noche. Si bien se trata del mismo horario, los trabajadores tenían mayor disponibilidad de tiempo para el descanso y desayuno (una hora), para el almuerzo (hora y media) y para la merienda de las cuatro (media hora).



Pero además, en la siguiente sección se analiza el papel del reloj en la sujeción del tiempo de trabajo de los obreros, instrumento que permitió establecer horarios laborales rígidos. Este proceso tuvo efectos profundos en la cotidianidad de la fuerza de trabajo y agudizó la sensación de escasez de tiempo para realizar actividades necesarias para la vida.

#### EL USO DEL RELOJ Y LA DOMESTICACIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO

Además de volverse dependiente de un salario, la fuerza de trabajo, acostumbrada a guiarse por los tiempos de la naturaleza, se vio obligada a ajustarse a los tiempos de la producción mecanizada, a concentrarse durante un número determinado de horas en un local cerrado y a someterse al ritmo de la máquina. El progreso técnico, en lugar de liberar a la humanidad de la carga de trabajo, agudizó las condiciones de explotación, ya que, al generalizarse el uso de máquinas, el capital pudo adueñarse progresivamente de una mayor proporción del tiempo vivo de trabajo. El uso de algunos inventos, como la iluminación con gas, permitió aumentar, sobre todo en el invierno, la duración de la jornada de trabajo, y el advenimiento de la máquina de vapor eliminó el paro obligado durante la sequía en las fábricas dependientes del motor hidráulico. Con ello, en el último tercio del siglo XVIII, tuvo lugar una violenta y desmesurada arremetida del capital para extender la jornada laboral. Para Marx, ello se debió a que en la sociedad basada en la propiedad privada de los medios de producción

el tiempo de trabajo como medida de la riqueza hace de la riqueza misma algo basado en la miseria y en el tiempo disponible que existe en oposición al tiempo de plustrabajo; y, a través de ello, considera todo el tiempo de un individuo como tiempo de trabajo, degradándolo, por consiguiente, a mero trabajador. Por esta razón, las máquinas más perfeccionadas obligan ahora al trabajador a laborar por más tiempo que el salvaje, o más que lo que éste trabajaba con los instrumentos más simples y toscos (citado en Toti, 1975: 270-271).

En este proceso se impuso una nueva disciplina del tiempo, en la que se obligaba a los trabajadores (hombres, mujeres y niños) a mantener jornadas de 14 o 16 horas diarias. Se estableció además una concepción moral del bien y del mal, que supone que el “sacrificio” en el trabajo será recompensado con la gloria eterna (Thompson, 1967: sección VI). La imposición de la moral mercantilista puritana se valió de una propaganda relacionada con la “escasez” de tiempo, donde se planteó que el “tiempo es oro” y, que por lo tanto, el destinado al ocio es improductivo (*ibid.*: 90).

En su avidez por el trabajo vivo, el capitalismo instrumentó mecanismos para domesticar y utilizar la fuerza de trabajo desde la niñez. Al respecto, E.P. Thompson (1967) señala cómo la escuela se convirtió en una de las principales instituciones para “acostumbrar” a la fuerza de trabajo a los nuevos ritmos industriales. Cita la recomendación de un empresario llamado William Temple (considerado un gran benefactor de su tiempo) sobre la conveniencia de que los niños pobres fueran enviados a las “casas de trabajo” desde la edad de cuatro años.<sup>7</sup> Ahí debían recibir educación dos horas diarias y ser empleados (durante el resto de una jornada laboral “normal”) en la manufactura. Con ello se lograría que, a la edad de seis o siete años, los menores se hubiesen “habituado, por no decir naturalizado, al Trabajo y la Fatiga” (84, mayúsculas en el original).<sup>8</sup>

En poco tiempo los niños se volvieron más valiosos que los adultos. La primera ventaja fue su bajo costo; la segunda, su adaptabilidad a la disciplina de las fábricas. Los talleres del sudor que proliferaron

<sup>7</sup> La práctica de esta recomendación quedó plasmada en la novela de Charles Dickens, *Oliver Twist*.

<sup>8</sup> Los capitalistas no se limitaron a la búsqueda de mecanismos salvajes de “domesticación” de los niños al trabajo en las fábricas, sino que trataron de conformar formas más “humanizadas” de trabajo. Lafargue reproduce el reporte de un rico manufacturero en el Primer Congreso de la Beneficencia, que tuvo lugar en Bruselas en 1857, en el que se afirmaba: “nosotros hemos introducido algunos medios de distracción para los niños. Les enseñamos a cantar durante el trabajo: eso los distrae y les hace soportar válidamente las doce horas de trabajo que deben emplear para conseguirse los medios de subsistencia” (citado por Toti, 1975: 154).

en la Revolución industrial empleaban a niños.<sup>9</sup> De este modo los menores pasaron de su trabajo en los cultivos de algodón al de las minas, de la elaboración de cerámica a las cerilleras, etcétera. Por lo general, las jornadas infantiles eran más restringidas que las de los jóvenes, pero los capitalistas siempre buscaban formas de emplear la fuerza laboral desde temprana edad. Marx afirma de manera irónica: “según la antropología capitalista, la edad infantil termina a los 10 años, o cuando más a los 11”. Además, como la legislación británica del siglo XIX dejó vacíos que permitían emplear por hasta 12 horas diarias a jóvenes y niños, los fabricantes deseosos “de hacer trabajar su maquinaria más de 10 horas”, emplearon a niños desde los ocho años de edad (Marx, 1999 [1867]: 338-346). Esta forma de explotación no sólo creaba una profunda pobreza de tiempo desde la infancia, sino que acortaba la vida de los menores.

No fue hasta 1834 que en Gran Bretaña se prohibió el trabajo de los menores de nueve años de edad (con excepción de los talleres de seda, que “requerían” las pequeñas y ágiles manos infantiles) y se “limitó” su jornada laboral a nueve horas para los niños de entre nueve y 13 años de edad, y a 12 para los que tenían entre 14 y 18 años.<sup>10</sup> En 1933 se estableció la edad de 12 años como la mínima para trabajar, y en la actualidad es de 13 años. De acuerdo con De Grazia, si bien el Parlamento terminó rescatando a los niños de esas condiciones de explotación “para entonces la industria había domes-

<sup>9</sup> Al respecto, Toti relata las atrocidades cometidas contra los niños en esos talleres. Una encuesta realizada en las fábricas inglesas en 1831 sostiene que en algunas de éstas

pocas veces pasa una hora sin que se oigan los gritos de los niños golpeados. Y a menudo sucede que sean los propios padres los que pegan a sus hijos para evitarles castigos todavía más brutales. Los muchachos son golpeados con el bill roller, una barra de hierro pesada, y es frecuente el caso de muchachos que se deslizan muertos de sueño bajo las máquinas, quedando horriblemente mutilados. Para mantener despiertos a los muchachos durante las largas horas de trabajo se les da con el látigo. El látigo es parte corriente de los instrumentos esenciales para el desarrollo de la producción (1975: 26).

<sup>10</sup> En el capítulo VIII del tomo I de *El capital* Marx plasmó el infame uso de la fuerza de trabajo infantil en los siglos XVIII y XIX, así como la resistencia de los capitalistas a dejar de hacerlo.

ticado su fuerza de trabajo y la siguiente generación fue propiamente educada en los hábitos del trabajo” (1994: 200).

### LA ESCISIÓN DEL TIEMPO DE VIDA Y DE TRABAJO

E.P. Thompson (1967) señala que diversos estudios han concluido que en las comunidades donde predomina la orientación por tareas es común observar una menor distinción entre “trabajo” y “vida”; pero, al generalizarse las relaciones capitalistas de producción, el trabajador experimentó (objetiva y subjetivamente) una escisión entre estos dos componentes (p. 61). La compra-venta de la fuerza de trabajo produce un cambio en la apreciación del tiempo tanto en el trabajador como en el capitalista:

tan pronto como se contratan manos (*actual hands*) para trabajar, se marca el cambio entre la orientación del tiempo por tareas (*task-orientation*) hacia el trabajo cronometrado [...] *Aquellos que son contratados experimentan una distinción entre el tiempo de su empleador y su “propio” tiempo.* Y el empleador debe *usar* el tiempo de sus trabajadores, y velar porque no sea desperdiciado: no es ya la tarea en sí misma la dominante, sino el valor del tiempo, traducido en dinero. *El tiempo se vuelve ahora moneda de cambio: ya no “pasa” sino que se gasta* (Thompson, 1967: 61, cursivas añadidas).

Con ello, el trabajador pierde el control de su vida laboral, que ahora pertenece al capital. Este proceso se conoce como subsunción formal y real del trabajo al capital en la jerga marxista, y es la causa de que el trabajador empiece a tener una escasez de tiempo propio.

La apropiación de la vida laboral del obrero no sólo implicó una clara pobreza de tiempo, sino que se conjugó con la implantación de una fuerte disciplina en el lugar de trabajo. Se experimentó un férreo cuidado del tiempo pagado, en gran medida a causa de la necesidad de sincronizar el trabajo de varias manos. Pero en tanto que la industria manufacturera fue dominada por la producción doméstica o de pequeños talleres sin una intrincada subdivisión del proceso, el grado de sincronización demandado se hizo menor y prevaleció la

orientación de las actividades de acuerdo con las tareas, lo que permitió al trabajador una mayor disponibilidad de tiempo y control de éste. De acuerdo con E.P. Thompson, para el análisis de la apreciación del tiempo, el trabajo por tareas da al trabajador una sensación más humanamente asimilable de la noción de tiempo, en comparación con el trabajo dominado por el cronómetro.

Al “nuevo” hombre, ahora acostumbrado al trabajo cronometrado, le parece una pérdida de tiempo el trabajo orientado por tareas (De Grazia, 1994 [1962]:60).<sup>11</sup> Este último autor (1994 [1962]: 59) observa que, con la generalización de la producción en fábricas y del uso del reloj, se redujo el ámbito de elección del trabajador para organizar su vida, así como las posibilidades para la socialización.<sup>12</sup> Describe cómo los artesanos, no sujetos a estos ritmos, producían sus mercancías en pequeños talleres propios, lo que les daba la libertad de salir a ver una procesión, tener a su familia cerca, tomar una cerveza con el amigo que pasaba y regresar más tarde para terminar su trabajo. La producción de zapatos realizada de esta forma podía esperar para el día siguiente. En cambio, la producción que se hace en la máquina no se puede aplazar, ya que no puede detenerse.

<sup>11</sup> De Grazia sostiene que la profunda transformación en los ritmos de trabajo impuestos, no sólo por la maquinaria automatizada, sino también por el uso del reloj, ha provocado que en la actualidad veamos el tiempo del reloj como real (1994: 317-320). De acuerdo con el autor, lo que llamamos tiempo no es más que el movimiento sincronizado de los relojes. Nos recuerda que existen diversas imágenes o concepciones de tiempo: 1) la lineal, asociada con la concepción moderna del tiempo, en la que éste no se repite, sino que es marcado por el tic del reloj en una línea recta, que va de  $t$  a  $t+1$ ; 2) la concepción circular, con eternos retornos, que es más biológica que mecánica; 3) la impresionística, es decir, aquélla en la que se considera que las actividades rutinarias no toman tiempo, sino sólo los instantes vívidos, periodos excitantes y eventos importantes dejan la impresión de duración; 4) la que carece de sistema de tiempo, que según De Grazia es para referirse a comunidades que ni siquiera tienen una palabra o verbo que designe al tiempo, y que usan expresiones como “más temprano” o “más tarde”, como se hace en la tribu hopi.

<sup>12</sup> Tema que mencionaremos a lo largo de este libro, sobre todo porque es mediante la socialización que se realiza la transmisión de costumbres y habilidades de una generación a otra. Es también gracias a la socialización que se satisfacen las necesidades humanas relacionadas con la sensación de pertenencia y amor, las cuales son fundamentales para alcanzar un nivel satisfactorio de bienestar y sin las cuales difícilmente se puede aspirar a la autorrealización, como plantea Maslow (1943).

De Grazia señala también cómo la mecanización y la producción en serie generaron la necesidad de trasladar a hombres, mujeres y niños de la libertad de sus talleres y casas al encierro de las fábricas, donde sus movimientos son cronometrados de acuerdo con los ritmos de las máquinas. Según este autor, la amistad, la charla y el coqueteo quedaron prohibidos en la fábrica, porque interfieren con los ritmos de las máquinas. El resultado fue el debilitamiento de la socialización<sup>13</sup> y la eliminación de la posibilidad de que los individuos elijan libremente sus actividades en cada instante de su vida. Es precisamente este proceso el que provoca la total separación entre los tiempos de vida y de trabajo.

Al entender la irregularidad de los ritmos laborales en las sociedades precapitalistas, podemos percibir la severidad con la que el obrero fue domesticado dentro de la doctrina mercantilista, la cual estableció, además, mecanismos para “prevenir” la holgazanería, como bajar los salarios. Otra de las medidas para obligar a la fuerza de trabajo a someterse a los ritmos del reloj fue que algunos propietarios de la industria manufacturera a gran escala pusieron en marcha una especie de código penal y civil basado en el control del tiempo. Con ello se introdujeron las penalizaciones por retardos, se establecieron horas determinadas para la comida y el descanso, etcétera (E.P. Thompson, 1967: 81).

De esta forma, el empobrecimiento de la fuerza de trabajo, no sólo en términos de ingreso, sino fundamentalmente de tiempo, provocó luchas obreras que exigieron, además de una mejor remuneración, una humanización de las condiciones de trabajo, incluida la reducción de la jornada laboral. Nace así, en el obrero capitalista, la necesidad de contar con tiempo libre, con tiempo para él.

#### LUCHAS OBRERAS POR LA REDUCCIÓN DE LA JORNADA LABORAL

Con los bajos salarios existentes a inicios del capitalismo, dominó sobre cualquier otra exigencia la imperiosa necesidad de contar con

<sup>13</sup> Desde mi punto de vista, ésta es una de las causas del sentimiento de soledad experimentado en sociedades modernas.

un empleo, sin importar su duración en términos de horas trabajadas. No fue hasta 1791, en la ciudad de Filadelfia, Estados Unidos, que surgieron las primeras luchas obreras organizadas para exigir tiempo libre, o bien, un pago extra que compensara la falta de éste. Toti (1975: 21-22) señala que la revuelta inició cuando los albañiles de esa ciudad denunciaron a los patrones que trataban de reducir su salario y de imponerles jornadas más largas en el verano, sin recompensa alguna. Exigían reducir el horario de trabajo y una retribución por el trabajo extraordinario. En cambio, en Europa, si bien existía la necesidad de contar con tiempo libre, de acuerdo con Toti las organizaciones gremiales que buscaban la reducción de la jornada laboral enfrentaron un panorama más complejo, debido a que tanto los dueños de las empresas como los Estados nacionales se batían directamente contra los derechos de los trabajadores.<sup>14</sup>

No fue hasta el 1 de mayo de 1848 que entró en vigor la ley de 10 horas en Inglaterra (Marx, 1999 [1867]: 344). Aun así, todavía a finales del siglo XIX una proporción importante de trabajadores tenía jornadas muy prolongadas, por lo que la lucha obrera por el tiempo libre siguió persiguiendo la jornada de diez horas (aparte comidas) por día de manera generalizada. Pero se iba gestando en el pensamiento colectivo obrero la necesidad de limitarla a ocho horas. De acuerdo con Toti (1975: 83-84), en el opúsculo de Lenin titulado *La nueva ley sobre las fábricas*, de 1897, se planteaba: “es necesario que el obrero trabaje al máximo ocho horas diarias para tener así el tiempo de descansar, instruirse, disfrutar de sus derechos de hombre, de miembro de la familia y de ciudadano”. Sin embargo, no fue

<sup>14</sup> Una muestra de ello fue, en 1783, por iniciativa del estado prusiano, la abolición de una ley que normaba los “lunes azules”, es decir, el san Lunes (como se conoce en México), costumbre considerada por muchos gremios de trabajadores alemanes como día de descanso. Acciones como ésta sucedían también en Francia; por ejemplo, después de la abolición del régimen feudal, Napoleón Bonaparte tomó las primeras medidas del estado burgués moderno para mantener la sumisión de los trabajadores e impedir la formación de coaliciones obreras y la discusión sobre las condiciones de trabajo. Por otra parte, en 1834 el parlamento inglés aprobó una enmienda a la ley de pobres en la que se les impuso el trabajo forzado y, además, privó de los derechos electorales a las personas beneficiadas con la caridad pública (Toti, 1975: 22, 29-30 y 39).

hasta las primeras décadas del siglo xx que esta reivindicación se generalizó en el mundo occidental.

Las luchas reivindicativas por una mayor reducción de la jornada laboral han continuado, pero su éxito ha sido limitado. Por un lado, el aumento en la productividad no significó una reducción sustancial de la jornada laboral. De acuerdo con Gottlieb (2007: IX), en 1998 Europa Occidental producía, en términos reales, cerca de ocho veces lo que produjo en 1870, mientras que en el mismo periodo las horas trabajadas per cápita bajaron lentamente a casi la mitad, de 1295 horas por año a 657. No obstante, este mismo autor argumenta que en Europa la gente se ha vuelto más rica en la medida en que ha reducido el tiempo que pasa en el trabajo, y que las diferencias que se observan entre países sugieren que jornadas más largas no implican automáticamente mayor productividad —lo que significa que se podría trabajar un número menor de horas sin perder producción e ingreso—. Para aclarar su punto, Gottlieb nos recuerda que, cuando en 2000 se introdujo la semana de trabajo de 35 horas en Francia, el desempleo cayó y el crecimiento económico se mantuvo, lo cual demuestra que los trabajadores pueden gozar de mayor tiempo para el ocio sin sacrificar ingreso, además de que ello permite incorporar a un mayor número de personas a la actividad económica.

Si bien existen importantes logros en materia de reducción de la jornada laboral, sobre todo en Europa y en los países desarrollados, autores como De Grazia (1994 [1962]: cap. III) ponen en duda la idea de que los trabajadores contemporáneos gozan de más tiempo libre en comparación con el que se tenía a mediados del siglo XIX. El autor señala que actualmente se destina más tiempo para actividades fuera del trabajo, pero relacionadas con éste, como en el transporte, lo cual reduce el tiempo disponible para el trabajador. Destaca también que las mujeres participan en mayor proporción en el mercado laboral, lo que significa que, en promedio, el tiempo dedicado por la sociedad al trabajo remunerado es casi el mismo, y considera que puede ser mayor que en el pasado. Su afirmación quedó confirmada por Jacobs y Gerson (2004), quienes muestran con datos de la sociedad norteamericana que actualmente los hogares aportan, en con-



junto, una cantidad mayor de trabajo remunerado debido al aumento en la incorporación de las mujeres a la actividad económica.

Paralelamente, se ha observado que los capitalistas encontraron formas de transferir la producción a países donde la regulación de la jornada de trabajo no es tan estricta y la presencia de sindicatos es débil, sobre todo en países pobres. Así han minado los logros obtenidos por la clase trabajadora en materia de reducción de la jornada laboral, con lo que se han apropiado de una cantidad muy elevada de plustrabajo en los últimos años. De esta forma, en 2004 los Estados Unidos, Japón e Inglaterra tenían jornadas laborales de alrededor de 40 horas a la semana, y algunos países europeos (incluidos los ex socialistas y Australia), un promedio de 30 a 35 horas a la semana. En cambio en países como Brasil, Colombia, Costa Rica, Croacia, y algunos asiáticos (como Singapur y Hong Kong, aunque no es por sí mismo un país) el promedio oscilaba entre 42 y 48 horas a la semana, mientras en Egipto era de 56 horas.<sup>15</sup>

Los niveles de sobreexplotación a los que se somete la fuerza de trabajo en nuestros días quedaron mostrados en un estudio de Oxfam (2004) centrado en mujeres que laboran en grandes cadenas comercializadoras. Se encontró que 75% de las trabajadoras del sector agrícola en Chile tenían contratos temporales y jornadas de más de 60 horas a la semana en los periodos de cosecha, además de que una de cada tres ganaba menos del salario mínimo. Asimismo, en la provincia china de Guangdong, una de las áreas industriales de mayor crecimiento en el mundo, las mujeres tenían que trabajar cerca de 35 horas extras a la semana, además de las 48 horas de la jornada laboral legal; 50% de ellas no tenía contrato escrito y 90% carecía de seguridad social. De acuerdo con el estudio, las precarias condiciones laborales se presentaban tanto en países ricos como en pobres. En los ricos, las más afectadas eran las mujeres inmigrantes que laboraban en los sectores comerciales competitivos (en la agricultura en los Estados Unidos y Canadá, y en la producción doméstica de ropa en Gran Bretaña y Australia). También se encontraron condiciones de trabajo con altos niveles de explotación en cadenas

<sup>15</sup> Fuente: Organización Internacional del Trabajo (2004), *Yearly Data* (página web).

departamentales y de venta al menudeo (por ejemplo; El Corte Inglés, Walmart y Tesco). Vale la pena resaltar que, de acuerdo con Oxfam, los gobiernos de los distintos países no habían realizado acciones para defender los derechos de las trabajadoras, sino que, por el contrario, apoyaban las prácticas de las grandes transnacionales mediante permisos para funcionar y facilidades para la inversión e impuestos, entre otros beneficios.

Toda esta situación ha generado en el mundo actual dos clases de trabajadores: aquéllos cuya forma de explotación sigue siendo tan prolongada como en los siglos XVIII y XIX, y otros que, gracias a las luchas obreras y la legislación laboral, siguen contando con una cantidad razonable de tiempo libre. Aun para estos últimos sigue existiendo una sensación de que el tiempo no alcanza, de que son pobres de tiempo.

En la era moderna, la tecnología podría liberar más tiempo para el trabajador y su familia; no obstante, como hemos visto, se busca mantener los niveles de explotación en número de horas trabajadas aumentando además la intensidad del trabajo. Los altos niveles de desempleo que aparecen hoy como formas permanentes de vida para ciertos sectores de trabajadores se han convertido en un mecanismo que provoca temor en el trabajador activo, el cual está dispuesto a renunciar a los derechos alcanzados en históricas luchas obreras. Esta situación se agrava con la modernidad, que se acompaña de crisis constantes que dejan al trabajador a la deriva por la reducción en los esquemas de seguridad social, que en un pasado le brindaron cierta protección frente a estos sucesos.<sup>16</sup>

Con ello es más fácil imponer jornadas laborales extensas que impiden al trabajador satisfacer necesidades humanas fundamentales, como la educación, la socialización y la convivencia familiar. Debemos considerar además que la carencia de tiempo en los hogares

<sup>16</sup> Desde la crisis de los años setenta iniciaron reformas económicas y legislativas a escala global que buscan la reducción de los beneficios otorgados con anterioridad a los trabajadores y que fueron reconocidos por Naciones Unidas en la Carta de los Derechos Humanos de 1948. Cabe señalar que aún cuando los países europeos fueron los menos afectados, a partir de la crisis financiera iniciada en 2008, enormes grupos de esa región han padecido recortes sustanciales a sus derechos.

puede ser aún más grave debido a la necesidad de enfrentar las demandas relacionadas con el trabajo doméstico y el cuidado de otros miembros del hogar (niños, ancianos y enfermos), aspecto que discutiremos en la siguiente sección.

#### EL DESCONOCIMIENTO DEL VALOR DEL TRABAJO DOMÉSTICO Y SUS REPERCUSIONES EN LA POBREZA DE TIEMPO

Hemos visto hasta aquí que la adaptación del trabajador a las relaciones sociales y formas de producción capitalista implicó un fuerte cambio en su apreciación y organización del tiempo. El trabajo dejó de estar entrelazado con la “vida”, la cual tuvo desde entonces una temporalidad distinta. Con ello, tanto el ser humano como la sociedad se escindieron, ya que se impuso una tajante separación entre el tiempo destinado al trabajo doméstico, realizado sobre todo por las mujeres, y el tiempo para el trabajo remunerado, llevado a cabo predominantemente por los hombres. Este proceso implicó una separación entre el tiempo libre y el de trabajo, y quedaron subsumidas las actividades domésticas y el cuidado de otros en el hogar, que son esenciales para la reproducción de la fuerza de trabajo dentro de lo que el capital considera “tiempo libre”. Esta postura también fue asumida por Marx en *El capital* al definir el valor de la fuerza de trabajo. Para este autor:

El valor de la fuerza de trabajo, al igual que el de toda mercancía, se determina por el *tiempo de trabajo necesario para la producción, y por tanto también para la reproducción, de este artículo específico* [...] Para su conservación el individuo vivo requiere cierta cantidad de medios de subsistencia. Por tanto, el tiempo de trabajo necesario para la producción de la fuerza de trabajo se resuelve en el tiempo de trabajo necesario para la producción de dichos medios de subsistencia, o, dicho de otra manera, el valor de la fuerza de trabajo es el valor de los medios de subsistencia necesarios para la conservación del poseedor de aquélla (1999 [1867]: 207).

Aunque Marx equipara la determinación del valor de la fuerza de trabajo con la de cualquier otra mercancía, no toma en cuenta el

tiempo requerido para llevar a cabo algunas actividades necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo, sobre todo las relacionadas con el trabajo doméstico y el cuidado de otros miembros del hogar (niños, enfermos y discapacitados), que no se llevan a cabo en el ámbito del mercado. De esta forma, estas actividades quedan fuera de la definición del valor de reproducción de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, de la relación capital-trabajo.

De igual forma, se asume que no existen límites para la jornada en el ámbito doméstico, lo cual ha generado un exceso de responsabilidad en este espacio para algunos miembros del hogar que en muchas ocasiones tienen también jornadas de trabajo extradoméstico extensas y que generalmente padecen pobreza de tiempo. Como explica Marx (1999 [1867]), los sindicatos no fueron (y continúan sin serlo del todo) solidarios con las mujeres, ya que vieron su participación en el mercado laboral como una amenaza al constatar que éstas podían desempeñar las mismas funciones, pero con salarios más bajos. El rechazo de los sindicatos a la defensa de los derechos de las mujeres implicó al mismo tiempo un desdén por su situación, aun cuando estaban obligadas a realizar dobles jornadas (ver al respecto, Scott, 2005 [1990]).

Al depositar en el “tiempo libre” todas las actividades que quedan fuera del ámbito de la relación salarial, el tiempo de trabajo doméstico requerido para la satisfacción de un sinnúmero de necesidades humanas quedó históricamente desvalorizado. Parte de este problema se debe a la preponderancia que ha adquirido el elemento puramente económico en la explicación de los fenómenos sociales. Existe además en el pensamiento dominante la tendencia a poner demasiado énfasis en la producción y muy poco en el consumo, y a considerar la ganancia (generalmente expresada en utilidad) como el único parámetro para evaluar el desarrollo social.

Desde la ideología feminista y de género, ha habido una larga lucha por el reconocimiento del valor del trabajo doméstico, sobre todo mediante la retribución económica. Pero se ha insistido poco en que tal reconocimiento tendría consecuencias positivas en la construcción de una sociedad más justa, tanto que abriría el camino para que las personas dedicadas a esta actividad, en el ámbito privado del hogar, tuvieran derechos laborales.

Las demandas del feminismo al respecto son variadas, pero predomina la exigencia de incluir el valor del trabajo doméstico en el Producto Interno Bruto (PIB; véase Gauger, 1973). En México los esfuerzos para medir el valor del trabajo doméstico y el cuidado de otros miembros del hogar han sido escasos; Pedrero (2004 y 2005) ha estimado el valor económico de este tipo de trabajo con base en la Encuesta Nacional de Uso de Tiempo (ENUT) 1996 y 2002 y las Encuestas Nacionales de Empleo (ENE).<sup>17</sup> De acuerdo con la autora, el valor económico de ambas actividades era equivalente a 21.6% del PIB en 2002 (2005: 22-25).

Quizá sería relevante considerar el tiempo dedicado a esta actividad en el cálculo del costo de la fuerza de trabajo, lo que daría pie a la exigencia de salarios que reflejaran verdaderamente dicho costo. Si bien existen propuestas para que se otorgue un pago a quienes llevan a cabo el trabajo doméstico, sólo se ha instrumentado en países como Gran Bretaña y algunos escandinavos (véase Esping-Andersen, 2002), pero se trata de programas que realizan pagos relacionados con el cuidado de adultos mayores e incapacitados.

Por otra parte, algunos estudios sugieren que para la contabilidad “productiva” del trabajo doméstico, sólo se deben incluir las actividades que contribuyen directamente con la generación de ingreso en el hogar (para una discusión de este tema, véase Turnham, 1993). Esta postura ha sido criticada por autores como Gorz (1998), quien distingue el concepto de trabajo, en su sentido capitalista, del que tiene desde el punto de vista de la antropología marxista, es decir, como una actividad vital del hombre. A este autor le parece absurdo que digamos que una mujer “no tiene trabajo” si consagra su tiempo a educar a sus hijos, y que “tiene trabajo” si se dedica, aunque no sea más que una fracción de su tiempo, a educar a los hijos de otra persona en una guardería o en un jardín de infantes (12). Esta concepción pasa por alto su carácter esencial, que distingue el trabajo humano del de otras especies y, por lo tanto, minimiza

<sup>17</sup> Mediante la ENUT 2002, Pedrero contabilizó el tiempo dedicado a las actividades domésticas y al cuidado de otros miembros del hogar, y con la ENE obtuvo las medianas del ingreso por hora de las ocupaciones que se identificaron como de naturaleza similar a la doméstica (véase Pedrero, 2005: 24).

la relevancia de esta actividad para nuestra sociedad, la cual además se realiza fuera del mercado.

Debemos considerar también que la organización social del trabajo y la ideología dominante han propiciado que sean las mujeres quienes se hacen cargo de las tareas domésticas, pese a que el desarrollo técnico alcanzado actualmente en el capitalismo permitiría superar las condiciones de producción sobre las cuales se fundó esta división sexual del trabajo. Por un lado, quedan muy pocas actividades que requieren la fuerza muscular característica de los hombres. Por otro, en los países con ideología occidental, el trabajo doméstico ha dejado de considerarse exclusivamente femenino y cada día más hombres lo desempeñan. No obstante, los datos sobre la contribución por sexo al trabajo doméstico muestran que aun cuando las mujeres participan más en el mercado laboral, no hay un crecimiento sustancial en el número de horas que los hombres participan en las labores domésticas. Por lo tanto, para muchas mujeres que trabajan, los patrones de subordinación en relación con el trabajo doméstico no se alteran, sino que, por el contrario, su pobreza de tiempo aumenta, mientras que su emancipación se dificulta debido a que los salarios femeninos tienden a ser más bajos que los masculinos.

Lo anterior puede ser particularmente grave en países como los Estados Unidos, donde la participación de las mujeres en la actividad económica ha aumentado considerablemente y constituyó casi el 50% de la fuerza laboral en 2011. Si bien en México la tasa de participación femenina no es muy elevada, creció rápidamente en las últimas décadas del siglo pasado cuando subió de 19.0% del total de mujeres de 12 años o más en 1970, a 33.3% en 2010. El aumento acelerado de la participación femenina en las últimas décadas del siglo pasado fue producto, en parte, de la mayor escolaridad de las mujeres,<sup>18</sup> lo que les permitió acceder más fácilmente al mercado

<sup>18</sup> Según datos de los Censos de Población y Vivienda, en 1970 35% de las mujeres de 15 años o más no tenía instrucción escolar alguna; este porcentaje se redujo a 8.1% en 2010. En contraste, el porcentaje de mujeres de estas edades con instrucción superior a primaria aumentó de 9.8% a 62.5% (cálculos propios con base en los Censos).

laboral.<sup>19</sup> Además se explica por los cambios en la estructura de la demanda de la fuerza de trabajo derivados del crecimiento en los sectores de servicios y comercio. En estas actividades se encuentra también la demanda de servicios para cubrir el trabajo doméstico y el cuidado de menores, provocado a su vez por la incorporación de mujeres al mercado laboral, lo que ha llevado a la mercantilización de estas necesidades y, por lo tanto, al aumento del costo monetario para satisfacerlas, que genera una mayor necesidad de participar en el mercado laboral (véase Damián, 2002).

Aun así, la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado en México ha sido insuficiente, si consideramos que un número importante de ellas sigue dedicado exclusivamente a las labores domésticas. De acuerdo con la Encuesta Nacional sobre Ocupación y Empleo (ENOE), en el segundo trimestre (abril-junio) de 2010, 57.5% de las mujeres de 14 años o más eran inactivas y la mayoría (69.5%) declaró no trabajar remuneradamente por tener otras obligaciones, generalmente domésticas. Si bien muchas mujeres pueden disfrutar (o creer disfrutar) el trabajo doméstico y el cuidado de menores, muchas veces desempeñan estas actividades por falta de opciones, por falta de dinero o por imposición, además de que en muchas ocasiones lo hacen durante un prolongado número de horas sin recibir apoyo, lo que las coloca además en una situación de agotamiento físico y pobreza de tiempo. Esta condición puede afectar las relaciones de pareja, con los hijos y con el resto de miembros del hogar. Como plantea Russell, la mujer “tiene que combinar las tareas de enfermería, cocina y limpieza (...) siempre está cansada, y siente a sus hijos como una carga en lugar de como fuente de felicidad” (2007 [1935]: 33).

Otro de los aspectos que inciden en esta pobreza de tiempo es que, al dedicarse exclusivamente al trabajo doméstico, se desdibuja el espacio temporal en el que las mujeres podrían llevar a cabo acti-

<sup>19</sup> Debemos considerar que la elevación de la escolaridad ha ampliado el abanico de expectativas que las mujeres pueden tener, lo que les permite decidir el tipo de vida que desean llevar. No obstante, las precarias condiciones laborales en México y su deterioro a escala mundial disminuyen las posibilidades para que las mujeres puedan realmente elegir.

vidades distintas relacionadas con el desarrollo de sus capacidades y potencialidades humanas; a diferencia de lo que sucede con la mayoría de los ocupados con una idea más clara de cuándo cesa el trabajo, para quienes se dedican a labores domésticas este final nunca llega. Russell suponía que con el fortalecimiento del feminismo las mujeres podrían llegar a preferir una vida en la que la solución de las tareas domésticas fuera comunal, pero hasta ahora no se ha visto tal resultado, debido a que diversas barreras de carácter ideológico y social impiden el reconocimiento de trabajo doméstico como una necesidad genérica para la reproducción de la sociedad, que aún cuando no está valorada en términos monetarios, requiere de tiempo socialmente necesario y cuya solución, al darse a nivel colectivo, permitiría que las personas de ambos sexos alcanzaran una realización plena.

Considerando la relevancia de ambos tipos de trabajo, de aquí en adelante se utilizará el término Trabajo Socialmente Necesario (TSN) para designar los requerimientos de trabajo doméstico y extradoméstico (incluido el tiempo de traslado de ida y vuelta al trabajo), ya que a través de ellos se logra la producción social y material, así como la reproducción de la fuerza de trabajo.<sup>20</sup>

Para lograr una mayor equidad en la distribución del TSN se requiere una transformación de la organización social en su conjunto. Esto implica transformar las bases ideológicas que sustentan la idea del prestigio y estatus social. Retomando a Russell (2007 [1935]), podemos decir que uno de los obstáculos más poderosos para crear espacios arquitectónicos colectivos en el ámbito de la vivienda que superen las soluciones individualizadas en la producción doméstica se encuentra “en la psicología del propio trabajador asalariado. No importa cuánto puedan pelear dentro de sus hogares, a la gente le gusta la privacidad de ‘su casa’, ya que les brinda satisfacción y orgullo el sentimiento de posesión” (36). Por ello, para este

<sup>20</sup> Esta definición es más amplia que la establecida por Marx, para quien el TSN es aquel que se requiere para producir las mercancías requeridas para la conservación y la reproducción de la fuerza de trabajo “ (...) incluye los medios de vida de los sustitutos, esto es, de los hijos de los obreros, de tal modo que pueda perpetuarse esa raza de peculiares poseedores de mercancías” (1999 [1867]: 207-209).



autor las mujeres de los suburbios americanos prefieren el aislamiento en sus viviendas, ya que ello les permite contar de manera privada con todos los servicios, en lugar de que se les otorguen soluciones comunitarias para cocinar y lavar, y áreas para cuidado de menores.<sup>21</sup> Aunque Russell pensaba que la situación cambiaría “si fuera una regla, y no una excepción, que las mujeres casadas se ganaran la vida trabajando fuera de casa” (32), esto no ha sucedido, posiblemente porque no se han creado servicios y cocinas comunales que liberen a la mujeres de la preparación de alimentos, ni de guarderías para el cuidado de los niños (ahora de ancianos y discapacitados también) durante las horas de trabajo.

Hay que añadir que las soluciones arquitectónicas colectivas no son suficientes para la reducción del tiempo requerido para el trabajo doméstico, sino que hombres y mujeres tienen que aceptar formas distintas de conveniencia social para solucionar estos problemas de la vida de manera comunitaria.<sup>22</sup> Pero además se necesita que el Estado se convierta en el principal actor que proporcione de manera accesible este tipo de servicios a los hogares, por lo que en un futuro próximo se tendrá que incluir dentro de los presupuestos públicos una cantidad de recursos destinados a ello no con una lógica de mercado, sino de buena calidad y precio bajo. Una solución colectiva y no individual permitiría además paliar o eliminar el esquema de roles por sexo en relación con el trabajo doméstico y extradoméstico.

Otro de los elementos que ha dificultado la reducción del tiempo dedicado al trabajo doméstico es la falta de mecanización de los procesos involucrados. La producción capitalista busca reducir los tiempos de elaboración de las mercancías, pero el trabajo doméstico sólo interesa en la medida en que libere fuerza de trabajo para ocuparla extradomésticamente. Como plantea Russell “el trabajo (doméstico)

<sup>21</sup> Cabe aclarar que Russell planteaba que para ello también habría que reestructurar la enseñanza del diseño arquitectónico con una perspectiva más social.

<sup>22</sup> Russell argumentaba que los sentimientos de posesión desarrollados en la pareja de manera mutua dificultan la posibilidad de que tanto hombres como mujeres puedan plantearse cambios en los roles tradicionales, lo que condena a millones de mujeres al ostracismo del hogar y del trabajo doméstico. Habría que preguntarse qué tan vigente sigue esta proposición en nuestros días.

de las esposas de los asalariados nunca ha sido modernizado porque éste no se paga”. Pero aún cuando la mecanización se haya extendido a todos los ámbitos del trabajo doméstico, su efecto liberador de tiempo para el ocio es limitado. Por ejemplo, De Grazia plantea que “una cocina moderna, bien equipada, cuenta con una gran cantidad de pequeñas máquinas o artefactos que supuestamente facilitan la elaboración doméstica de alimentos”, sin embargo, se pregunta el autor: ¿qué beneficio puede tener que una batidora bata huevos en lugar de nosotros mismos?, y responde: para comprarla y mantenerla funcionando alguien tiene que trabajar. En cuanto a la reducción efectiva del esfuerzo de las mujeres para el trabajo doméstico con dichos aparatos, De Grazia sostiene que, si bien un ama de casa estadounidense de mediados del siglo xx disponía de una fuerza equivalente a la de hasta 90 sirvientes (convertidos en aparatos), ello no parecía haber reducido en igual magnitud el tiempo dedicado al trabajo doméstico. Por lo tanto, aun cuando los hogares cuenten con equipo ahorrador de tiempo para trabajo doméstico (lavadora de ropa, secadora, etcétera), los requerimientos de tiempo por persona se han mantenido en niveles similares a los de inicios del siglo pasado (véase De Grazia, 1994 [1962]) y, dadas las tendencias socioeconómicas, es de suponer que la participación laboral femenina seguirá aumentando, como lo hará también el tiempo requerido para el cuidado de otros en el hogar —sobre todo por el proceso de envejecimiento—, por lo que se necesitarán soluciones de orden colectivo para estas demandas.

Este tipo de necesidades, domésticas y extradomésticas, pondrán fuertes límites al desarrollo de las personas, porque, para cubrirlas, sectores importantes de la fuerza de trabajo requerirán tiempos extremos y tendrán menos posibilidades para realizar actividades tendientes a la ampliación de las capacidades y potencialidades humanas.

#### LA POBREZA DE TIEMPO EN EL CAPITALISMO

En este capítulo hemos analizado los dos principales componentes que están detrás de la pobreza de tiempo: las horas dedicadas al trabajo

extradoméstico y las destinadas al doméstico (incluido el cuidado de otros en el hogar). Cabe resaltar que, como vimos anteriormente, pese a que la extensión de la jornada laboral ha tendido a reducirse, prevalece en los trabajadores una escasez de tiempo para disfrutar del ocio, que se considera fundamental para que hombres y mujeres alcancen lo que Maslow denomina autorrealización<sup>23</sup> y Boltvinik florecimiento humano, tema que abordaremos en el siguiente capítulo.

Como aclara Marx, la prolongación desmesurada de la jornada laboral, que respondió a la hambruna de plustrabajo que experimenta el capitalismo desde sus orígenes, no es exclusiva de este sistema, pero la diferencia estriba en el deseo de obtener cada vez una mayor cantidad de plusvalor, debido a que en nuestra sociedad impera el valor de cambio sobre el valor de uso, lo que lleva a los capitalistas a instrumentar formas salvajes de extracción de una mayor cantidad de plustrabajo, lo cual aún ocurre, como lo evidencian las formas de explotación en países de ingreso medio y bajo, donde predominan largas jornadas laborales.

Por otra parte, debemos resaltar que, en la concepción de pobreza de tiempo que aquí proponemos, no se desconoce la importancia de los requerimientos de trabajo doméstico ni el impacto que éstos pueden tener en la pobreza de tiempo. En nuestra concepción se considera un error suponer que las personas pueden dedicar a este tipo de trabajo un tiempo ilimitado, como generalmente asumen otros autores que analizaremos más adelante. Presumir además que el tiempo de dedicación al trabajo doméstico no tiene límite ha dificultado, por otra parte, el establecimiento de los parámetros normativos para medir la pobreza de tiempo. Como veremos, diversos autores sostienen que una vez descontado el tiempo dedicado a trabajo remu-

<sup>23</sup> Maslow (1987 [1954]: 17-23) identificó las necesidades humanas que deben ser satisfechas para que los individuos lleven una vida sana desde el punto de vista material, social y psicológico. Estas necesidades las ordenó de manera jerárquica. Las de mayor potencia, pero de menor jerarquía, son las fisiológicas (como hambre, frío, aseó, etcétera). Sólo cuando este conjunto está satisfecho, aparecen otras de mayor jerarquía, como las de seguridad, afecto, autoestima y estima. La necesidad más elevada es la de autorrealización. Maslow también se refiere a las necesidades estéticas, pero no forman parte de la jerarquía. Si las necesidades de mayor potencia, como las fisiológicas, están insatisfechas, el resto no se desarrollará (o lo hará de manera insuficiente).

nerado, el resto de las horas-adulto disponibles en el hogar pueden ser destinadas enteramente a trabajo doméstico, lo que implica pasar por alto la importancia del tiempo libre disponible en el hogar.

Desde la perspectiva de la pobreza de tiempo que aquí se propone, consideramos que la falta de este recurso no sólo se debe referir a las necesidades de TSN (doméstico y extradoméstico), sino que debe incluir el que se requiere para las actividades de recreación o entretenimiento, así como para el estudio, ya que algunas personas tienen que combinar escuela y trabajo, lo cual reduce su disponibilidad de tiempo para otras actividades también necesarias. Como se verá en este libro, la medición de la pobreza, en general, no toma en cuenta la determinación del tiempo requerido para todas estas actividades y ello se debe fundamentalmente al desconocimiento del recurso tiempo como fundamento de la satisfacción de necesidades, pero además se desdeña la necesidad del tiempo requerido para la reproducción social, la socialización y la autorrealización.

Se considera también que el crecimiento de las ciudades y las formas de organización social, en las que impera la movilidad individual a través del automóvil, reducen el tiempo disponible, sobre todo de los ocupados, debido a los largos trayectos de ida y vuelta al trabajo, el congestionamiento de las vialidades y los sistemas de transporte colectivo. Lo anterior provoca que las formas en que se da la pobreza de tiempo se agudicen, y esto constituye un obstáculo para el desarrollo de actividades libres del trabajador y sus familias. Asimismo, se resalta que la pobreza de tiempo puede provocar el abandono diurno de los menores, enfermos y ancianos, con lo que aumenta la frecuencia de problemas de inseguridad, violencia y accidentes. En estos casos estamos hablando claramente de una pobreza de tiempo, la cual ha sido ignorada por la mayoría de los métodos de medición de pobreza, aun cuando la calidad de vida y el bienestar dependen enormemente de la disponibilidad de tiempo para la interacción social, el cuidado y el amor. Sin embargo, como veremos en el siguiente capítulo, la disponibilidad de tiempo libre no es una condición suficiente para desarrollar las capacidades y potencialidades humanas, ya que está mediado por mecanismos alienantes que imponen límites al florecimiento humano.

## II. TIEMPO LIBRE, ¿ESPACIO DE ALIENACIÓN O PARA EL FLORECIMIENTO HUMANO?

*Los dioses, compadeciéndose de los seres humanos —una raza nacida para trabajar— les otorgaron festivales divinos de manera regular, como un medio para refrescarse de su fatiga; les dieron a las musas, y a Apolo y Dionisio como líderes de las musas, y al final de ello, después de refrescarse en compañía de los dioses, ellos podrían regresar a su postura erguida.*

Platón

Hemos visto que, en todas las sociedades, las clases dominantes controlan la fuente de toda riqueza: el tiempo de los trabajadores. Pero ocurrió a partir de la generalización de las relaciones capitalistas de producción una ruptura del tiempo de vida del de trabajo, lo que ha provocado que el trabajador sienta como ajeno, que no le pertenece el tiempo vendido, dedicado al trabajo.

En el capítulo anterior examinamos también cómo durante los siglos XIX y XX el capital experimentó una hambruna de plustrabajo, lo que generó luchas obreras que lograron la reducción de la jornada laboral para sectores importantes de la fuerza de trabajo. Es en el marco de esta hambruna que desaparece por completo la sensación de autonomía y libertad experimentada por los trabajadores en formas de producción anteriores a la capitalista. Si bien en las primeras etapas del capitalismo todavía no era posible formular una clara contraposición entre el tiempo de trabajo y el tiempo de libertad en categorías temporal, social y cultural (dado que las ocupaciones eran fundamentalmente agrícolas o artesanales), con la apropiación paulatina de todo el periodo activo de la vida del trabajador por parte del capital, surge la necesidad del tiempo libre en la clase obrera capitalista.

Empero aun cuando amplios sectores de los trabajadores gocen de tiempo libre disponible, persisten la sensación de su escasez y sentimientos de aburrimiento y desinterés. Ello ha sido atribuido a fenómenos como la pérdida del control del proceso productivo y la parcialización del proceso de trabajo que se ha experimentado en los últimos años del capitalismo. Pero, como veremos, es sobre todo la alienación del trabajo experimentada en el capitalismo, acompañada por la constante división técnica del trabajo, lo que provoca la sensación de insatisfacción laboral.

Esta alienación se traslada al tiempo libre, debido a que el capital instituye formas para controlarlo, pues es visto como un espacio potencial para el desarrollo de capacidades humanas y para la concientización obrera. Como analizaremos también, ante este temor los capitalistas establecieron formas de consumo que limitan esta potencial función, mediante la organización de actividades de entretenimiento que llenan los espacios de tiempo libre. A partir de estas reflexiones nos preguntamos si es posible alcanzar dentro del capitalismo la autorrealización o florecimiento humano.

#### LA ALIENACIÓN EN EL TIEMPO DE TRABAJO COMO CONDICIÓN PARA ALCANZAR LA RIQUEZA OBJETUAL

Para muchos autores la insatisfacción laboral es el resultado de la fragmentación de las diversas operaciones requeridas para producir un valor de uso. Con ello se arrancan de las manos del artesano la visión y el control del proceso de producción en su conjunto, el cual para Marx constituye la principal característica que distingue el trabajo humano de la actividad animal:

Concebimos el trabajo bajo una forma en la cual pertenece exclusivamente al *hombre* [...] Una araña ejecuta operaciones que recuerdan las del tejedor, y una abeja avergonzaría, por la construcción de las celdillas de un panal, a más de un maestro albañil. Pero lo que distingue ventajosamente al peor maestro albañil de la mejor abeja es que el primero ha modelado la celdilla en su cabeza antes de construirla en

la cera. Al consumarse el proceso de trabajo surge un resultado que antes del comienzo de aquél ya existía en la *imaginación del obrero* o sea *idealmente* [...]. Además de esforzar los órganos que trabajan, se requiere del obrero, durante todo el transcurso del trabajo, la voluntad *orientada a un fin*, la cual se manifiesta como *atención*. Y tanto más se requiere esa atención cuanto menos atrayente sea para el obrero dicho trabajo, por su propio contenido y la forma y manera de su ejecución, cuanto menos, pues, disfrute el obrero de dicho trabajo como de un juego de sus propias fuerzas físicas y espirituales (1999 [1867]: 216).

En el capitalismo, el obrero individual pierde la posibilidad de orientar su voluntad a un fin. Este cambio empieza con la producción simple de manufacturas, ya que en esta etapa, diversos artesanos con los mismos oficios o con oficios diversos, pero requeridos para la producción final de un valor de uso, son puestos a trabajar simultáneamente en talleres (*ibid.*: 409-411). Al requerir una cantidad mayor de mercancías por unidad de tiempo,<sup>1</sup> los dueños del capital se dan cuenta de la conveniencia de la división técnica del trabajo:

En vez de hacer que el mismo artesano ejecute las diversas operaciones en una secuencia temporal, las mismas se disocian, se aíslan, se les yuxtapone en el espacio; se asigna cada una de ellas a otro artesano y todas juntas son efectuadas simultáneamente por los cooperadores [...]. La mercancía, antes producto *individual* de un artesano independiente que hacía cosas muy diversas, se convierte ahora en el producto *social* de una asociación de artesanos, cada uno de los cuales ejecuta constantemente sólo una operación, siempre la misma (*ibid.*: 411).

En estas circunstancias el obrero que trabaja bajo las órdenes del capitalista pierde el control del proceso de producción. En esta etapa el obrero se convierte en un simple vendedor de su fuerza de trabajo, despojada de la esencia misma de su actividad humana: su capacidad

<sup>1</sup> Esta necesidad que tiene el capitalista de mayor producción responde a su búsqueda por apropiarse de más plusvalor, o bien se da como respuesta a una reducción en la jornada laboral.

creativa. Al respecto Márkus (1985 [1971]: 70) afirma: “el trabajo de libre autoactuación, en que el hombre desarrolla sus propias capacidades, pasa a ser en las circunstancias de la alienación, una actividad constrictiva, externa, que unilateraliza y deforma al individuo”. De acuerdo con este autor:

la fuerza social, esto es la multiplicada fuerza de producción que nace de la colaboración de varios individuos, condicionada por la división social del trabajo, no aparece a estos individuos como su propia fuerza unificada —puesto que la cooperación misma no es voluntaria, mas espontánea— sino como un poder ajeno, exterior a ellos, del que no saben de dónde viene ni a dónde va, al que, por lo tanto, no pueden dominar [...] La división espontánea del trabajo aliena necesariamente al individuo de su propia *actividad productiva*: por el lado del *individuo*, el trabajo pierde su carácter auto-activo, deja de formar multilateralmente al sujeto y de desplegar libremente la capacidad de éste [...] Por el nacimiento de la *propiedad privada*, el producto del trabajo se separa del trabajo, se convierte en objeto ajeno, en propiedad de otro; el objeto y resultado de la actividad se aliena del sujeto activo (*ibid.*: 79-83).

Con esto, el desarrollo del intelecto del trabajador se obstaculiza. La fragmentación y alienación del trabajo provoca en el obrero un desinterés por la actividad que realiza, debido a que ha sido despojado de la visión y el control del proceso productivo, lo que implica una reducción de la actividad creadora del ser humano a operaciones simples, constantes y repetitivas que limitan la reflexión y el desarrollo mental del trabajador. Si suponemos que el desarrollo mental en la mayoría de los hombres está ligado con su trabajo habitual, mientras más simple sea éste, menor será el desarrollo del intelecto del trabajador y, por lo tanto, su posibilidad de alcanzar el florecimiento humano.

Como nos recuerda Toti (1975: 181), Adam Smith ya observaba “el hombre que emplea su vida en ejecutar simples operaciones cuyos efectos siempre son los mismos o casi los mismos, no tiene oportunidad de ejercer su raciocinio, ni de poner en función sus propias capacidades inventivas para buscar medios que eliminen dificultades que nunca se presentan”.



Engels también mostraba una preocupación por la atrofia del intelecto que aquejaba al obrero industrial:

en la fábrica moderna el obrero no desarrolla una actividad que exija de él un esfuerzo de pensamiento; pero, al propio tiempo, ese tipo de trabajo le impide ocupar su mente en otras cosas. Por otra parte, ese trabajo no ofrece ningún desahogo a los músculos, a la actividad física. De modo que no es un verdadero trabajo, sino un mero aburrimiento, o sea, la cosa más mortificante y enervante que exista; el obrero de la fábrica está condenado a ver sus energías físicas e intelectuales consumirse completamente en este tedio: desde los ocho años en adelante tiene la tarea de aburrirse todo el día [...] En realidad, para embrutecer a un hombre no es fácil encontrar un método mejor que el trabajo en la fábrica. El obrero que trabajaba en esas condiciones no vivía, era reducido a objeto (citado en Toti, 1975: 142).

Pero no sólo es la actividad rutinaria la que atrofia la inteligencia humana; además los trabajadores enfrentan el cansancio producido por la intensificación del trabajo mismo. Al respecto, Toti cita a Pierrette Sartin quien afirma que el cansancio humano no ha disminuido en absoluto con la mecanización, por lo menos no en la medida en que se esperaba:

Muchas son las máquinas que imponen posturas incómodas y que están mal adaptadas para los que las utilizan. A menudo son demasiado calientes, desarrollan un calor difícil de soportar, someten el cuerpo a temblores que perturban gravemente el equilibrio físico. Aún en las máquinas totalmente automatizadas, la lectura de los relojes a menudo es difícil, exige una gimnasia mental, un esfuerzo de atención que a la larga extenua. Más de un obrero agrícola que trabaja con material muy moderno añora el tiempo en el cual su labor se realizaba con los caballos a un ritmo más lento; se queja del ruido, las sacudidas y el cansancio que resultan de las posturas que debe tomar para manejar las nuevas máquinas [...] En cuanto al cansancio nervioso (que puede llegar hasta producir lesiones orgánicas y verdaderas neurosis), está en aumento continuo (citado en Toti, 1975: 261).

Si bien la mayoría de los textos aquí citados se refieren al trabajo manual, la sensación de insatisfacción (o aburrimiento) también se presenta entre los trabajadores de cuello blanco (o burócratas), quienes, igual que los obreros, realizan actividades que no los satisfacen ni les permiten desarrollar sus capacidades humanas. De Grazia plantea que en la actualidad la operación realizada por los trabajadores no siempre es simple ni pesada, sino que en algunos empleos requiere de actividades complejas y delicadas, pero que aun así prevalece la sensación de aburrimiento y frustración en el trabajador. Para él, más que la simplicidad de los movimientos realizados por los obreros en sus trabajos, es lo impersonal del transcurrir del tiempo en las fábricas lo que aburre al trabajador (1994: 315). Afirma:

probablemente [el trabajador] se sienta con ganas de hacer las cosas más rápidamente esa mañana, pero no puede, o puede que tenga ganas de tomar una siesta o platicar o hacer el amor o salir a tomar el aire, un trago o ejercitar diferentes músculos. Un trabajador puede estar usando ciertos músculos mientras que excluye casi totalmente a otros, de esta forma a veces por razones que no se pueden explicar está a punto de explotar u odia la idea de levantarse por la mañana (*idem*).

En cambio Toti (1975: 104-105), más apegado al pensamiento marxista, considera que más que la despersonalización o el anonimato del trabajo moderno, la causa de que se vuelva penoso trabajar está en las relaciones sociales de producción. Toti critica posiciones como la de George Friedmann (uno de los estudiosos más interesados en el maquinismo industrial de su tiempo), quien pensaba que eran las máquinas el origen de la crisis de la civilización industrial capitalista, de la crisis del intelecto humano.<sup>2</sup> Toti señala que en el sistema productivo actual, el bajo nivel intelectual es resultado de la alienación que ocurre tanto en el tiempo de trabajo, como en el tiempo libre.

<sup>2</sup> Toti critica además la actitud de los sociólogos estadounidenses y de los teóricos católicos que en el capitalismo intentan devolver al obrero la alegría cristiana y la satisfacción del trabajo.

Sin embargo, Márkus plantea que para Marx la alienación es una fase no sólo necesaria, sino también *positiva*, creadora —aunque en forma contradictoria— del despliegue del ser del hombre. La disolución de las comunidades “puramente espontáneas”, mezquinamente locales, no fue posible sino mediante este periodo histórico y los mecanismos de la alienación. La riqueza objetual de las necesidades y las capacidades humanas, que es presupuesto *objetivo* de la emancipación humana, no se puede constituir sino en las condiciones de la alienación (1985: 86-87). He aquí pues el carácter contradictorio del proceso de despojo por el hombre de la actividad creadora del hombre.<sup>3</sup>

Surge aquí la duda de si es posible que el desarrollo de la riqueza objetual conduzca a la emancipación humana, y si, una vez lograda, el hombre podrá desplegar todas sus capacidades y potencialidades (que le han sido “despojadas” a nivel individual), para lograr el florecimiento humano mediante la ampliación de la disponibilidad del tiempo libre, como plantea Boltvinik.

#### LA ALIENACIÓN INVADE EL TIEMPO DE OCIO

A partir de la lucha obrera por la reducción de la jornada laboral a finales del siglo XIX, se inician en Inglaterra las primeras investigaciones relacionadas con el efecto de esa reducción en la productividad (Toti, 1975: 159). Si bien se reconoció que las jornadas laborales más cortas a menudo disminuían la frecuencia de los infortunios, las enfermedades y las ausencias, el aumento en la disponibilidad de tiempo libre fue satanizado por la ideología puritana que se impuso para coadyuvar al establecimiento de la nueva disciplina laboral (Thompson, 1967: sección VI). En esta ideología el trabajo se concibe como una obligación divina y se rechazan los hábitos “pecaminosos” en los que la clase obrera consume su tiempo libre, que se asocian con la vagancia, el alcoholismo y la delincuencia desde la

<sup>3</sup> Cabe aclarar que en estos textos de Márkus no hay una distinción explícita entre los efectos de la división social y de la división técnica del trabajo.

perspectiva del capital. El “peligro” que implicaba que los trabajadores destinaran su tiempo libre a estas actividades ocultaba en el fondo la preocupación de la burguesía por el potencial del tiempo libre para consolidar la lucha obrera. Toti (1975) narra cómo una vez ganado el tiempo libre, diversos sectores obreros fundaron escuelas, salas de lectura, “círculos para elevar el nivel de las masas, considerado como fundamento de cualquier promoción social” (44). Ante la importancia que había adquirido la acción de las organizaciones populares en el tiempo libre, la burguesía tomó sus medidas “sustrayendo al control del movimiento reformador un cierto número de institutos de cultura obrera, transformándolos en órganos destinados a difundir en el pueblo solamente los conocimientos y las ciencias que se revelaban útiles a la consolidación del orden moral de la burguesía” (45).

Además, la moral cristiana-protestante impuesta por el mundo del trabajo capitalista, también asignó normas al uso del tiempo libre, ya que era “ofensivo que la fuerza de trabajo sólo pasara el tiempo” (Thompson 1967: 91). Era preferible entonces que el tiempo fuera consumido, comercializado, *usado*. De esta forma, la sociedad con tiempo libre no puede desperdiciarlo; la industria del entretenimiento “trata por todos los medios de transformar al ciudadano en una termita consumidora permanente, que destruye ininterrumpidamente los productos. Hasta la sobriedad tradicional puritana se ha vuelto anticónomica y ha perdido su esmalte espiritual; el ciudadano virtuoso es el que se configura como un ‘hedonista’ plácido, sometido, alistado” (Toti, 1975: 219). En este contexto el capital desarrolló también actividades lucrativas para “llenar” el tiempo libre de los trabajadores. Se crea entonces una industria del tiempo libre con sus propias reglas de consumo. Como nos dice De Grazia al respecto: “un nuevo grupo [de poder] aparece en escena, aquél cuyos bolsillos se llenan más rápido si los trabajadores, una vez que han terminado su día de trabajo, se convierten en gastadores, gastadores y frívolos” (1994 [1962]: 203).

De Grazia enumera las reglas que, desde esta nueva ideología consumista, deben seguirse durante el tiempo libre. La primera es que las personas deben hacer cosas que evidencien visiblemente que

están haciendo algo, a tal punto que “en los Estados Unidos pensar no es considerado una actividad”. En segundo lugar, todo lo realizado por los ciudadanos debe mejorar sus habilidades mediante la técnica de “hágalo usted mismo”, o su apariencia con ejercicio, o los ingresos con cualquier actividad que lo permita (*ibid.*: 307). A partir de esta reflexión, De Grazia pone en duda que el tiempo libre sea efectivamente un espacio de libertad si el trabajador tiene que demostrar que está haciendo algo, pero además, al existir reglas para el uso del tiempo, tiene que decidir cada media hora o cada hora qué hacer con su tiempo “libre”; este autor se pregunta ¿es acaso éste verdaderamente un tiempo libre?

Por otra parte, para Toti la generalización del tiempo libre es un síntoma de la alienación del trabajo en el actual sistema de producción, que se manifiesta en una escisión entre aquél y el tiempo de trabajo. Si bien encontramos una similitud con la idea de la separación entre vida y trabajo, Toti enfatiza el hecho de que es en el tiempo libre donde se depositan todas las actividades que quedan fuera del ámbito de la relación asalariada, y que la mayoría de éstas amplía la condición de alienación del trabajador y su familia.

De manera similar, Boltvinik plantea que en el actual sistema de producción no basta con tener tiempo libre para alcanzar el florecimiento humano, ya que las actividades desarrolladas durante aquél pueden tener un carácter alienado, como sucede durante el tiempo de trabajo. Pero además, este autor pone énfasis en la necesidad de que socialmente se supere la pobreza económica, con lo cual se supone que se contará con las precondiciones a escala social para que los seres humanos desarrollen todas sus necesidades y capacidades.<sup>4</sup> Boltvinik nos dice:

La *pobreza económica* es sólo el primer obstáculo a vencer para que ello [el florecimiento humano] sea posible. Pero es un obstáculo que la

<sup>4</sup> Boltvinik establece que las necesidades y las capacidades humanas tienen una unidad interactiva del lado pasivo y del activo del ser humano. El lado activo se refiere a la capacidad del ser humano de *hacer cosas*, mientras que el pasivo alude a sus necesidades. Existe entre ambos “lados” una relación dialéctica, al existir en los seres humanos la necesidad de desarrollar sus capacidades.

inmensa mayoría de los habitantes del planeta no ha superado hoy. Después hay muchos obstáculos más, el más importante de los cuales es la *alienación*. Si lo único que posee la inmensa mayoría de las personas del planeta, que es su propio cuerpo y mente, con las capacidades y conocimientos, pocos o muchos, que hayan podido desarrollar, lo tienen que vender para sobrevivir. Si lo único que posee la persona *lo usa alguien más* por ocho o más horas diarias, ¿qué es la persona? Si en ese uso que otro hace de sus capacidades humanas, la persona no se siente realizada, no siente sus fuerzas esenciales transformando al mundo y transformándose a sí misma; si sólo siente cansancio y tedio, si siente el producto del trabajo como algo ajeno y es, en efecto, ajeno, ya que pertenece al patrón, qué sentido tiene que la paga recibida sea suficiente para sobrevivir, si al día siguiente, y al año siguiente, será igual. Esto es lo que Marx llamó la alienación. La pobreza y la alienación son los dos obstáculos fundamentales para el florecimiento humano.

La esperanza de muchos seres humanos, que viven para sobrevivir, está fincada en el *tiempo libre*. Huyendo del trabajo que se hace para sobrevivir, piensan como Luis Buñuel cuando hacía las películas que llamó alimenticias, o como Kafka, que escribía en el tiempo libre que le dejaba un trabajo que odiaba, que en el tiempo libre podrán hacer lo que siempre han querido hacer o convertirse en lo que siempre han querido ser. La mayoría, sin embargo, termina desperdiciando ese valioso tiempo libre frente al televisor viendo programas chatarra que pauperizan su intelecto (Boltvinik, 2005: 419).<sup>5</sup>

De la propuesta de Boltvinik (2005)<sup>6</sup> se entiende que en el capitalismo, a nivel individual y social, la clase subordinada requiere ganar al tiempo de trabajo el tiempo libre necesario para alcanzar el flore-

<sup>5</sup> Habría que agregar que con el crecimiento de las ciudades y con las enormes distancias entre los lugares de trabajo y las viviendas, los individuos sufren un desgaste adicional en los traslados, lo que limita su capacidad para desarrollar cualquier actividad creativa.

<sup>6</sup> En el libro citaremos de manera preponderante el trabajo de Boltvinik (2005), en el cual se consolida su propuesta sobre el florecimiento humano. No obstante, este autor tienen otros desarrollos recientes que pueden ser útiles (véase Boltvinik, 2003, 2007, 2011, 2012a y b).

cimiento humano, pero, igual que Toti, considera que la *alienación* y la pobreza constituyen los principales obstáculos para el florecimiento humano. Estas limitaciones quedan de manifiesto si consideramos que existe un pequeño grupo de “hombres cuyo trabajo es el fruto de su libre elección en un alto nivel intelectual —artistas, científicos, políticos— [que] nunca se acogen al retiro y se mantienen en un trabajo durante toda la vida, diferenciando muy poco trabajo del tiempo libre” (Toti, 1975: 200). Se trata de hombres y mujeres que han superado la alienación y que, por lo tanto, han alcanzado lo que Boltvinik (2005) llama florecimiento humano.

De Grazia también identifica a una clase social minoritaria que cuenta con tiempo para el ocio propiamente dicho (cuyo significado ampliaremos más adelante), la cual no está constituida por “aquellos de riqueza, posición o nacimiento, sino por los que aman las ideas y la imaginación. En un siglo pueden ser científicos, en otros teólogos, cualquiera que sea la categoría, ésta les garantiza la libertad de jugar con sus mentes (...) Es un selecto y pequeño mundo de pensadores, artistas y músicos, que encuentran su felicidad en lo que hacen, que no pueden hacer otra cosa, su espíritu no los deja” (1994 [1962]: 377).

Encontramos una idea similar en Maslow (1943: 383) cuando afirma que una vez satisfechas las necesidades de mayor potencia (pero de menor jerarquía),<sup>7</sup> los individuos sienten la necesidad de “hacer lo que pueden y deben hacer, es decir, aparece la necesidad de autorrealización [es entonces cuando] podemos esperar la mayor (y más sana) creatividad”.

De Grazia señala que existe además una clase social que practica el ocio de manera rudimentaria en nuestra sociedad, y aunque está constituida por pintores, poetas, filósofos, etcétera, su actividad no puede ser clasificada como ocio, pues “viven bajo la sombra de la necesidad” (1994 [1962]: 386). Es decir, son personas que no han superado la alienación. Por lo tanto, en opinión de De Grazia, para

<sup>7</sup> Maslow no desarrolla la cuestión de la falta de tiempo para satisfacer las necesidades humanas, sin embargo, enfatiza los efectos destructores cuando no se dispone de tiempo y, por lo tanto, los problemas que se enfrentan para alcanzar la autorrealización (o florecimiento humano).

disfrutar del ocio (o para alcanzar el florecimiento humano) las personas deben estar libres de la necesidad (de trabajar para subsistir).

La limitada existencia de seres florecientes aún en sociedades ricas la explica Linder (1970). De acuerdo con este autor, se supuso que la eliminación de las preocupaciones materiales permitiría el desarrollo cultural, pero en la práctica ni siquiera los individuos que han alcanzado la mayor opulencia económica han mostrado una propensión a dedicarse al ocio. Reconoce que “hay algunos individuos talentosos y brillantes que han sido empujados a preferir una vida de pobreza, que someterse a la desolación de la abundancia vacía” (145), coincidiendo de esta manera con De Grazia, Toti y Boltvinik. De acuerdo con Linder ello se debe a que los economistas tradicionales supusieron (y siguen suponiendo) que en la medida en que el desarrollo económico elevara el bienestar, los individuos estarían menos interesados por obtener mayores niveles de ingresos. Pero desde los años sesenta se ha señalado que aun cuando el bienestar de la mayoría de la población de los países ricos había alcanzado un nivel satisfactorio, tanto individuos como gobiernos seguían teniendo como objetivo exclusivo elevar el ingreso mediante la producción material. Linder asegura que entre la posguerra y hasta los años setenta (lo que se conoce como los años dorados del siglo xx), los grandes capitales y las empresas publicitarias se unieron para imponer un ritmo de consumo muy por arriba de lo que un individuo promedio requiere para vivir modesta y dignamente. Los consumidores “racionales” continuaron la incesante búsqueda de un ingreso más y más alto para poder adquirir más y más bienes. Por otra parte, agrega el autor, a pesar del desarrollo tecnológico, los tiempos destinados al trabajo no se redujeron sustancialmente en comparación con los inicios del siglo pasado. En cambio, se incrementó la sensación de que el tiempo no alcanza.

Boltvinik explica lo anterior como un hecho derivado de que el desarrollo de las capacidades y las necesidades humanas se liga en casi todos los casos con la satisfacción de las necesidades económicas. Pero existe una relación dialéctica entre éstas y el desarrollo del intelecto, que se enmarca en las condiciones del ser / estar. Para aclarar este punto, el autor nos plantea un sujeto hipotético llamado Juan,



cuya profesión, la antropología física, es su pasión, pero puede desarrollarla con limitaciones por su necesidad de sobrevivencia. Desde el punto de vista del ser, Juan *es* un hombre humanamente rico, porque ha desarrollado sus capacidades y se siente satisfecho con ellas. Sin embargo, por la falta de oportunidades de empleo, puede optar por trabajar como burócrata en una actividad ajena a la antropología física y, por lo tanto, Juan *estaría* en una condición de pobreza desde el punto de vista del florecimiento humano, ya que no tendría posibilidad de aplicar sus capacidades desarrolladas; pero cuando su empleo le permite vivir dignamente se ubica en la casilla B del cuadro II.1.

Cuadro II.1. Tipología ampliada de riqueza / pobreza.

<i>Condición económica (estar)</i>	<i>Humana (ser)</i>	
	<i>Pobre</i>	<i>Rico</i>
Pobre	A	C
Rico	B	D

A: Humana y económicamente pobre; desarrollo escaso de necesidades y capacidades humanas y condición económica pobre.

B: Humanamente pobre, pero económicamente rico.

C: Humanamente rico, pero económicamente pobre; desarrollo pleno de necesidades y capacidades humanas, pero sin un ingreso suficiente para vivir dignamente.

D: Humana y económicamente rico.

Fuente: elaboración propia con base en Boltvinik, 2005.

En cambio, si lograra obtener un empleo de antropólogo físico, Juan *estaría* en una condición de humanamente rico, aunque su riqueza / pobreza económica dependería del nivel de ingreso, y podría ubicarse en C o D (Boltvinik, 2005: 68-70). Con base en este análisis, Boltvinik plantea las dificultades para que las personas logren el florecimiento humano en el sistema económico actual, y concluye que los enfoques tradicionales de la pobreza, al centrarse en la satisfacción de necesidades desde un punto de vista exclusivamente económico, no pueden captar la complejidad de las carencias humanas:

La persona bien alimentada, sana y educada puede tener ciertas capacidades de trabajo. Aquí queda claro cómo la **satisfacción de necesidades** hace posible el desarrollo de capacidades de las personas. Pero en las sociedades capitalistas las capacidades individuales *tienen que venderse en el mercado de trabajo para poderse aplicar*. Esta venta puede ser para hacer el trabajo de sobrevivencia (Juan trabajando de burócrata) o para hacer el trabajo de autorrealización (Juan trabajando de antropólogo físico). En el primer caso, sólo aplica algunas de sus capacidades menores, mientras que en el segundo aplica sus capacidades fundamentales. Pero las capacidades tienen que venderse no sólo para aplicarse sino para hacer posible la satisfacción de las necesidades, que a su vez hacen posible la reproducción de la capacidad. Esta circularidad, esta integralidad entre capacidades y necesidades, se pierde en los enfoques que sólo miran un lado del asunto, como en algunos enfoques de necesidades (*ibid.*: 70).

Pero, ¿qué pasa cuando los trabajadores no pueden expresar o realizar su propia humanidad en las actividades impersonales de la producción que les son ajenas? El propio Boltvinik plantea que si Juan trabaja como burócrata para sobrevivir, al ser éste “un trabajo donde no se autorrealiza, puede tratar de mantener como interés en el tiempo libre tanto la antropología física como la música” (*ibid.*: 69).<sup>8</sup> Sin embargo, por limitaciones económicas o sociales, sus más profundas necesidades pueden desaparecer.<sup>9</sup>

Aun cuando algunos individuos puedan sobreponerse a las limitaciones que el modo de producción impone para lograr el florecimiento humano, la inmensa mayoría de las personas “busca su libertad en lo que considera como lo contrario absoluto del reino de la imposición; es decir, las actividades de entretenimiento de masa” (Toti, 1975: 181). De esta manera, la idea de tiempo libre para el

<sup>8</sup> En ese sentido, no es propiamente la música, sino una actividad creadora dentro de las artes, las ciencias y el filosofar.

<sup>9</sup> Russell notaba ya desde principios del siglo xx que la educación de los individuos se había elevado de manera notable, y que cada día había más gente que a la edad de 22 años tenía habilidades enormes que no podía ejercitar de manera alguna que le apareciera valiosa (2007 [1935]: 127).

consumo se impone sobre la idea de la libertad para el florecimiento humano o para la autorrealización. Con esta idea en mente, a continuación analizaremos la transformación del concepto del ocio en la sociedad capitalista actual.

#### RECUPERAR EL TIEMPO DE OCIO PARA LOGRAR EL FLORECIMIENTO HUMANO

En todos los autores que hemos analizado subyace una idea del ocio que va más allá del consumo. De Grazia (1994 [1962]), por ejemplo, al abordar los problemas del ocio en la sociedad norteamericana, ícono del máximo desarrollo de las relaciones capitalistas de producción, retoma la definición de ocio de Aristóteles, que lo concibe como la libertad de la necesidad de trabajar. Para los griegos, el ocio era un estado del ser en el que la actividad se efectuaba por su propio fin, por lo que se le atribuía el beneficio de cultivar la mente libremente mediante la creatividad, la verdad y la libertad (13-15). Desde esta perspectiva, las actividades pertenecientes al ocio están asociadas con la contemplación, que incluye teorizar y filosofar. Los griegos también consideraban la música una actividad perteneciente al ocio, ya que mediante ésta se logra la socialización y la convivencia con los amigos. Se pensaba que ninguna otra forma del arte, como la pintura y la escultura, era parte del ocio, ya que requería trabajo manual y su práctica era frecuentemente realizada por encargo (413).

La importancia de contar socialmente con tiempo para el ocio quedó manifiesta en la disertación filosófica de Pieper (1998 [1948]), quien nos recuerda que uno de los fundamentos de la cultura occidental es el ocio. Lamenta que se haya olvidado prácticamente el significado del concepto en la actual cultura del “trabajo total-sin ocio”. Este autor explica que “la palabra griega para ocio dio origen a la palabra *scola* en Latín, *Schule* en Alemán y *school* en Inglés”, por lo tanto, agrega el autor, el nombre para la institución de educación y aprendizaje es sinónimo de ocio. Pero incluso esta institución no ha quedado exenta del vaciamiento de significado del ocio. De

acuerdo con Russell (2007 [1935]) desde inicios del siglo XX el conocimiento dejó de ser visto como algo bueno en sí mismo, o como un medio para generar una más amplia y humana perspectiva de la vida (acercándose así al concepto griego del ocio), y se empezó a ver como un mero ingrediente en las habilidades técnicas. La búsqueda por la utilidad provocó que las escuelas perdieran la libertad de planear sus propios programas de estudio, ya que tuvieron que satisfacer al Estado mostrando que sirven para un propósito útil, como la impartición de habilidades y el fomento a la lealtad (20). De esta manera, agrega el autor, se llegó a la idea de que sólo el conocimiento que tiene “valor” es aplicable a alguna parte de la vida económica de la comunidad y, por lo tanto, el conocimiento “inútil” (como filosofar) se cuestiona fuertemente. Así, el tiempo libre se llena de distracciones encaminadas a que las personas puedan “ocuparse”. Se invade así el espacio del ocio con actividades para la “superación personal”, lo que conduce a la alienación del tiempo libre.

Para enfatizar la manera como la sociedad actual soslaya la importancia del ocio, Pieper cita a Max Weber, quien afirmaba que “uno no trabaja sólo para vivir, sino que vive para trabajar”; esta frase, de acuerdo con Pieper, nos puede ser familiar, pero “difícil (...) ver cómo con estas ideas se transforma al mundo de pies a cabeza”. Retomando también el concepto aristotélico del ocio, Pieper critica que les parezca *immoral* el ocio, al hombre y a la mujer del mundo del “trabajo total”, que ha sido impuesto en nuestra sociedad, y se pregunta por qué se ve esta idea como un ataque a los principios básicos de la sociedad humana, cuando para los griegos el “no-ocio” era la palabra para designar el trabajo (4). Estas reflexiones intentaban ser un llamado a la sociedad europea de la posguerra, que, atareada con la reconstrucción, olvidaba que en esos momentos difíciles también se requería ordenar de nuevo toda la herencia moral e intelectual.

Para Pieper la gente de nuestros días ya no tiene acceso directo a lo que realmente significa el ocio, debido, entre otras razones, a la fuerte influencia del cristianismo. En esta doctrina se introduce el concepto de la “vida contemplativa”, que si bien se basa en la idea del ocio, definida desde una perspectiva aristotélica, dio origen a la

distinción entre “artes libres” y “artes serviles”; quedando dentro de estas últimas el trabajo, actividad que se estima inapropiada para el “divino descanso” del Sabbath o de los días santos. Así, para el cristianismo, igual que para Dios después del arduo trabajo que implicó crear el mundo, al séptimo día habrá descanso.

Al respecto De Grazia (1994 [1962]: 27) señala que tras la caída de Roma se impone la concepción puritana del ocio, ya que los monjes cristianos promovieron nuevas ideas sobre las que deberían ser las actividades del ocio, entre las cuales se encuentra la contemplación, que se vuelve sagrada, no por sí misma, sino porque en ella se busca encontrar a Dios; pero además incluyeron el trabajo, sobre todo el manual, y lo convirtieron en el instrumento de autopurificación, de arrepentimiento y de ayuda a otros en caridad. Con ello se modifica radicalmente la idea del tiempo para el ocio. A partir de entonces, se vuelve un tiempo para “algo”: para la salvación, para volverse mejor, etcétera.

Ante las nuevas formas de ocio, cuando los trabajadores ganan tiempo libre, éste ha perdido ya todo significado y, en muchas ocasiones, se identifica con el aburrimiento. De Grazia trata de explicar esta situación a través de lo sucedido a mediados del siglo XIX cuando, con la ideología puritana, el domingo se convierte en el día más muerto de la semana. En Londres, cuna de la industrialización, las bandas de música que llenaban los parques en domingo fueron prohibidas y se rechazó la propuesta de abrir el Museo Británico y la Galería Nacional después del servicio dominical matutino. El domingo “era un día para pasarlo en silencio y meditando, no para ir a misa y luego disfrutarlo cantando, bailando, hablando, bebiendo o haciendo lo que el día ofreciera” (*ibid.*: 202-203).

La respuesta más fácil sobre qué hacer con el tiempo libre, visto como espacio de aburrimiento, es “matar el tiempo”. Aparecen así los cursos para mejorar aptitudes, empiezan a proliferar los *hobbies*, se mira cada vez más la televisión, se va al cine, a los museos, se hacen viajes y, como señala Toti, se vuelve más importante cuántas veces se ha realizado alguna actividad sin que interese más si se ha disfrutado; todo se vuelve un asunto de “¡*Relaxing hobbies!*” (Toti, 1975: 125). Para este autor, se organiza la gran matanza del tiempo que es, a fin

de cuentas, el gran suicidio social: el tiempo es el enemigo al que hay que matar, es decir, tenemos que acabar con nuestra propia vida.<sup>10</sup> Pero mientras se consuma tal suicidio, la industria del entretenimiento y del consumo crecen y se fortalecen mediante actividades que llenan y controlan el tiempo vacío de trabajo produciendo distracciones, valores muertos que se queman y “dejan las cenizas del tiempo” (Toti, 1975: 150). Este mismo autor plantea que en el capitalismo la cultura y la recreación popular aparecen como actividades en las que se requiere un consumo “más inteligente” del producto tiempo. La cuestión cultural se presenta como un problema de programas educativos para los adultos y jóvenes, en vez de un problema de lucha global por una sociedad distinta (Toti, 1975: 173-175).

En su análisis sobre el uso del tiempo libre en la sociedad estadounidense, De Grazia muestra cómo éste se convierte en un espacio sin motivo, vacío, y añade: “la publicidad juega un papel importante para promover los hábitos consumistas de la sociedad”.<sup>11</sup> Así, “deslumbrado por estafadores, el individuo vende su tiempo por objetos brillantes” (1994 [1962]: 223). Una de las consecuencias relevantes de su análisis es que muestra cómo durante el tiempo libre las personas compran y consumen (275), y éste se conformó como el espacio de realización de las mercancías capitalistas, lo que fortalece y asegura la reproducción del sistema.

<sup>10</sup> Paradójicamente “está confirmado por las estadísticas —y los sociólogos del tiempo libre siempre razonan estadísticamente— que durante el tiempo libre se mata no solamente el tiempo, sino también la gente. Los psiquiatras han descubierto que el fin de semana es un periodo crítico para las perturbaciones psíquicas provocadas por la organización social moderna” (Toti, 1975: 127). Por su parte, De Grazia nos dice que al quitar el gozo al día del Señor (es decir, el domingo) muchos trabajadores se dedicaron a emborracharse todo el día (1994 [1962]: 203). El lento suicidio parece haber sido la respuesta.

<sup>11</sup> Cabe señalar que la industria del entretenimiento refuerza el pensamiento único. Russell (2007 [1935]) señalaba ya su preocupación por la uniformidad del pensamiento de la sociedad norteamericana de inicios del siglo pasado. Para el autor, eran los medios de difusión y de entretenimiento los que promovían tal situación, ya que mediante la radio se diseminaban las noticias que terminaban siendo “temas de conversación en cada hogar de todo el país”. La uniformidad en los instrumentos asociados con la solución de la vida cotidiana no es, para el autor, un asunto importante, sino “lo peligroso que puede ser la uniformidad en el pensamiento y la opinión” (134).

Tal vez uno de los principales aportes de De Grazia, es que pone en duda que los trabajadores estadounidenses del siglo xx dispongan de más tiempo libre que los trabajadores de mediados del siglo xix, ya que el crecimiento de las ciudades ha traído como consecuencia que el tiempo “libre” ganado mediante luchas obreras se destine a la transportación de ida y vuelta al trabajo. Pero deja claro que, si queda algo de tiempo libre, nuestra moderna sociedad nos ofrece un entretenimiento, dominado por la televisión.<sup>12</sup>

Pero, además, propone que a las actividades en que el individuo es un simple espectador no se les denomine pasivas sino actividades “sin pensamiento” (*unthinking*), para dar mayor fuerza a la observación que hace Bertrand Russell (2007 [1935]: 13) en el sentido de que los placeres de la población urbana se volvieron pasivos (ir al cine, ver partidos de fútbol, escuchar música, etcétera). Este tipo de actividades generan una audiencia acrítica incapaz de lograr el florecimiento humano, debido a que “los medios transmiten, no comunican. No ofrecen la oportunidad de respuesta verdadera” (De Grazia 1994 [1962]: 335).<sup>13</sup> Están controlados por los grandes monopolios de la producción de actividades y productos destinados al tiempo libre, que ofrecen “productos culturales de la clase dominante, despersonalizados, anestésicos, hipnotizantes como la televisión [que] penetran diariamente en el corazón mismo de las instituciones, de las casas obreras y en las capas avanzadas de la población” (Toti, 1975: 46).

<sup>12</sup> De Grazia presenta datos de mediados del siglo xx sobre el porcentaje de la población de 15 años y más que declaró haber realizado una actividad de ocio la noche anterior. Se observa que el mayor porcentaje (57%) declaró haber visto la televisión (1994 [1962]: 460-462). Otros estudios a los que se refiere el autor mostraban que nueve de cada 10 hogares tenían un televisor o más, y que 90% de los televisores estaba prendido durante cuatro horas y media en promedio por la noche durante toda la semana (113).

<sup>13</sup> Para este autor, las actividades de tiempo libre pasivas y acríicas transformaron a los espectadores. En el pasado, cualquier persona de la audiencia podía hacerse escuchar de inmediato; mediante gritos, aplausos, etcétera, podía comunicar su acuerdo o desacuerdo con la pieza de música tocada, la obra de teatro, el discurso. Sin embargo, las actividades “pasivas” como la televisión no ofrecen esta oportunidad. Aun cuando uno pueda escribir o llamar al programa de radio o televisión para expresar una opinión, ésta no se comparte (salvo raras excepciones) con el resto de la audiencia. ¿Qué bien le puede hacer a un hombre gritar “muerte al imperio” a un aparato de televisión?, se pregunta De Grazia, si es igual que dormirse frente a él (De Grazia, 1994 [1962]: 336).

Para De Grazia, el ser humano requiere de la interacción directa con otras personas para desarrollarse plenamente, sin embargo, en la sociedad enajenada nada puede hacerse, porque el individuo se enfrenta a la “libertad” controlada por la industria del consumo y la diversión de masas. No puede negarse que el éxito de ese control se debe también al desgaste de las energías durante el trabajo, pero debemos tomar en cuenta que la pasividad se convierte cada día más en una característica del conjunto de la población, incluidos niños y personas que no tienen trabajo remunerado. Los hábitos de consumo se han transformado rápidamente, y han aumentado el número de consumidores pasivos de entretenimiento.

De Grazia hace notar la rapidez con la que durante la primera mitad del siglo xx en la sociedad norteamericana se ampliaron las actividades que proporcionan diversión y “fuga”. Considera que ello es consecuencia de las necesidades del sistema de producción actual, en el que el trabajador ideal necesita descansar y tener una distracción poco demandante para estar de vuelta con energía en el ciclo de trabajo al día siguiente. Pero, continúa el autor, si bien el trabajador debe ser disciplinado y cronometrado, necesita también periodos para el ruido y la violencia (especialmente los viernes por la noche y sábados), con el fin de desahogar toda su furia. El trabajador necesita asimismo disfrutar de carnavales y fiestas espirituales (año nuevo, navidades), y participar en competencias de equipos, etcétera, o presenciarlas, para otorgarle “el placer de hacer lo que no pudo durante la semana de trabajo, eso que se llama diversión” (1994 [1962]: 336).

Para Toti el problema de la libertad y del tiempo de libertad se confunde con el problema del aburrimiento, que el entretenimiento no consigue superar. De acuerdo con este autor, surge así la preocupación por ampliar el tiempo a disposición del hombre —un tiempo que es siempre más difícil controlar y llenar de contenidos—. El tiempo libre se vuelve entonces objeto de preocupaciones, ya que aparece precisamente como un objeto, como un *vacuum* por llenar, una pasividad, una inercia que hay que activar, lo cual se aleja radicalmente de la idea del florecimiento humano. Éste no puede alcanzarse en un tiempo dedicado a actividades “sin pensamiento”, de diversión o de fuga, ya que necesita el desarrollo del intelecto, la creatividad y las capacidades humanas.



### ¿ES POSIBLE EL FLORECIMIENTO HUMANO EN EL CAPITALISMO?

¿Cómo puede surgir una sociedad distinta a la actual, basada en la búsqueda universal del florecimiento humano cuando, como vimos, el desarrollo del intelecto ni siquiera se considera un valor en la actual sociedad moderna? Toti plantea que para ello no se deben mejorar las armas que asesinan el tiempo (medios de diversión, por ejemplo), sino más bien devolver al tiempo libre su significado (1975: 181). Para este autor el tiempo libre debe transformarse “en un tiempo de conciencia, un tiempo de lucha por librarse del trabajo, una relación consciente —también en la diversión y en el entretenimiento— de la contradicción entre el trabajo y el tiempo libre, de la necesidad de volver a reunificar el tiempo del hombre, de reconstruir al hombre en toda la dimensión temporal de su existencia, como agente primero de la sociedad, como creador de la sociedad.

Para llegar a este resultado, hay que partir de la búsqueda de una conciencia de las contradicciones sociales, o sea, hay que partir del trabajo, de las estructuras de la sociedad y no de sus superestructuras, es decir, del tiempo libre” (1975: 181). Afirma que es necesario “modificar las relaciones de producción existentes, que transforman también en mercancía el tiempo libre del hombre (...) hasta que no se consiga cambiar esta sociedad, sólo se podrá constatar amargamente que la espontaneidad del hombre cesa de existir, también en el uso de su tiempo libre, en el momento en que hace un esfuerzo para alcanzar [la libertad], a través de comprarla” (1975: 111). Plantea, por lo tanto, que la sociedad dividida en clases es el principal obstáculo para que el tiempo libre se transforme en un tiempo de libre creación.

Asegura entonces que la posibilidad de la unificación del tiempo de trabajo y del destinado al ocio en una síntesis humana superior (o florecimiento humano) sólo será posible en el socialismo.<sup>14</sup> De acuerdo con Toti, en este modo de producción:

<sup>14</sup> Se descarta aquí esa posibilidad en la forma que tomó el socialismo realmente existente, que de acuerdo con Echevarría (1986), más que constituirse como una forma de producción socialista, se consolidó como un capitalismo de Estado. Siguiendo al autor, podemos decir que ello ocurre con el traslado del discurso marxista “al campo del discurso del Poder establecido, como poder estatal en el que convergen los intereses

el trabajo se deja prever como algo distinto a sí mismo, un trabajo que ya no es trabajo sino actividad creadora, que se transfiera siempre más en el tiempo de libertad, hasta identificarse totalmente con él. El trabajo, la ganancia, ya no constituyen del todo las medidas para la repartición de los bienes producidos colectivamente. La medida no es el trabajo sino el hombre. El hombre: final y verdadera medida de todas las cosas. El trabajo y el arte, las dos caras de Jano, se unifican en una sola fisonomía (1975: 281).

Alude (sin precisarlas) a las “dificultades que sin duda se deberán superar en la sociedad socialista para formar individuos con un desarrollo integral”, pero plantea que en tanto no hayamos alcanzado la transformación social, tenemos que hacer “uso” del tiempo libre para crear la conciencia de las contradicciones sociales que permitirán esta síntesis. De lo contrario, el florecimiento humano no sólo aparece lejano, sino imposible.

Bertrand Russell, por su parte, plantea que la transformación de las relaciones sociales de producción se puede conseguir mediante una reorganización social del trabajo. Este autor propuso la generalización de jornadas laborales no mayores a cuatro horas diarias (y la penalización para quien se negara a trabajar, incluida la tradicional clase ociosa). En su idea de socialismo democrático, planteó la eliminación de la inseguridad económica mediante un Estado encargado de la producción y de los programas de protección social. Añadió a su propuesta la condición de que todo el mundo recibiera un salario (excepto los criminales) y que los gastos relacionados con la manutención de los menores de edad quedaran a cargo del Estado y no de los padres.

Según el autor, de esta forma “no habrá dependencia económica de un individuo sobre otro, pero sí de todos los individuos sobre el Estado (...) evitando la inseguridad económica, se incrementará la felicidad de todos, excepto de unos cuantos ricos” (2007 [1935]: 103). Bertrand Russell plantea que en

‘normales’ u occidentales y los intereses modificados o ‘socialistas reales’ del modo capitalista de la reproducción social” (15).

un mundo en el que nadie es obligado a trabajar más de cuatro horas al día, cada persona que posea curiosidad científica será capaz de satisfacerla, y cada pintor podrá pintar sin tener que morir de hambre, independientemente de qué tan excelente pueda ser en su actividad [...] Los médicos tendrán tiempo de aprender sobre el progreso de la medicina, los maestros no estarán desesperados de lidiar para enseñar con métodos rutinarios cosas que aprendieron en su juventud, las cuales, en tanto, ha sido probado que eran falsas (14).

De Grazia coincide en la necesidad de que el Estado se transforme para lograr la generalización del acceso al disfrute del ocio (en su sentido clásico), ya que debe proveer las condiciones materiales para ese fin (1994: 435). Pero considera que también es necesario romper el ansia consumista en nuestra sociedad, ya que ésta aniquila toda posibilidad de disfrutar el ocio debido a que no se detiene la espiral producción-trabajo-necesidad-de-tiempo-para-el-consumo. Esto implicaría modificar la idea de que la posesión de bienes coloca al individuo en la cima del nivel de vida (1994: 345)<sup>15</sup> lo que promovería el “hábito contemplativo de la mente”, y por ende la búsqueda del florecimiento en la medida en que éste requiere de una “inactividad” en la cual los individuos se vuelven ligeros (lighthearted), juguetones y capaces de involucrarse en actividades libremente escogidas y, al mismo tiempo, constructivas y satisfactorias.

Sin embargo, nos enfrentamos con una preocupante tendencia a limitar el tiempo destinado al ocio, sobre todo porque sólo un número reducido de trabajadores tiene actualmente derecho a una jornada laboral corta, pero, además, un sector importante de la población gana ingresos bajos, lo que obliga a largas jornadas laborales para mantener un nivel de vida aceptable o incluso para sobrevivir.

<sup>15</sup> Al respecto Gottlieb (2007: x) señala que uno de los fenómenos más sorprendentes de la actualidad es la abrumadora evidencia de que (por arriba de un nivel de ingreso mínimo) “una mayor riqueza no brinda mayor felicidad (...) Mientras que la productividad per cápita en el mundo desarrollado se ha inflado en los últimos cincuenta años, la felicidad parece de hecho haber declinado (...) La solución a esta aparente paradoja descansa en el hecho de que la gente, en general, quiere ser más rica que sus pares”.

Como hemos planteado, este proceso ha ocurrido paralelamente a una transfiguración del sentido original del gozar de un tiempo para el ocio, entendido éste como el reservado para la reflexión y que aproxima al florecimiento humano. No obstante, en la actualidad ese tiempo se llena con actividades enfocadas al entretenimiento y al consumo. Tal situación no es sólo característica de las clases bajas, sino también de las altas, que han convertido el “estar ocupado” en un elemento de estatus social, como señala De Grazia.

Por otra parte, estamos ante el desafío de transformar la educación, que, como plantea Russell, se encuentra básicamente controlada por el Estado (o por las clases dominantes). La enseñanza se caracteriza por ser un medio para defender el statu quo y, por lo tanto, tiene como objetivo oprimir las facultades críticas de los jóvenes y apartarlos de los “pensamientos peligrosos”. El florecimiento humano se vuelve así una amenaza para el sistema mismo de reproducción social pues, para que se alcance de manera generalizada, se requieren transformaciones radicales en la organización del trabajo y las relaciones sociales de producción.

Si en el actual sistema sólo se puede conseguir el florecimiento humano durante el tiempo libre, es de vital trascendencia asegurar que la extensión de una jornada laboral lo permita. Por ello es importante identificar la carencia de la disponibilidad de tiempo libre en los hogares. No debemos pasar por alto la nueva escisión social debida a la contradicción entre el crecimiento económico y una más elevada masa de desempleados. Esta contradicción causa que la medida del progreso tecnológico se convierta en “el constante reemplazo y —si es posible— la supresión lisa y llana de la mano de obra” (Bauman, 2000 [1998]: 103). Para Bauman, a esta nueva masa marginada del trabajo se le culpa por su falta de empleo y se le condena a la pobreza, por lo que su tiempo libre se torna en tiempo de frustración dentro de una sociedad de consumo.

De igual forma, como plantea Boltvinik, no basta con disponer de tiempo libre para lograr el florecimiento, se requiere que los hogares cuenten con un nivel de vida adecuado desde el punto de vista económico. Debemos resaltar que, en la medición que aquí se propone, se considera que no sólo quienes participan en el mercado la-

boral padecen las carencias de tiempo, sino también los miembros del hogar que se dedican al trabajo doméstico, y cuyo florecimiento humano o autorrealización depende de las limitaciones que impone esta actividad.

Como veremos a continuación, a pesar del creciente interés en la literatura sobre el uso del tiempo, muy pocos estudios se han centrado en una concepción concreta de pobreza de tiempo. Se analizan las razones por las que, en lo que respecta a la medición de la pobreza, ha predominado el rechazo a incorporar el tiempo como una dimensión más del bienestar que requiere ser evaluada.



### III. DIFERENTES ENFOQUES DE MEDICIÓN DE LA POBREZA DE TIEMPO

*Si el mínimo nivel de consumo para no ser pobre requiere tanto de dinero como producción doméstica, entonces los estándares oficiales de pobreza no miden correctamente las necesidades de los hogares.*

Vickery

Los estudios sobre el tiempo que los distintos miembros del hogar destinan a las diversas actividades cotidianas (*time-budget*) se desarrollaron en los países anglosajones en los años sesenta y setenta del siglo pasado (véase, por ejemplo, Walker y Woods, 1976; Walker, 1973). La principal característica de esos estudios está en las cuantificaciones sobre las diferencias por sexo en las cargas de trabajo doméstico, las cuales muestran las desigualdades entre hombres y mujeres en la disponibilidad de tiempo libre.<sup>1</sup> Sin embargo, ninguno se abocó al análisis de la pobreza de tiempo. Además, desde el enfoque convencional para medir la pobreza, se rechazó este parámetro en la medición. Lo anterior aun cuando algunos autores destacados, como Linder (1970) y Becker (1965), criticaron la ausencia del tiempo necesario para el consumo en los modelos económicos convencionales. Las críticas, sobre todo las de Becker, motivaron la aparición de algunos modelos bidimensionales de medición de la pobreza que tomaron en cuenta las variables de ingreso y tiempo en el mundo anglosajón.

Por otra parte, en México se desarrolló de manera independiente el análisis de la pobreza de tiempo a partir del Método de Medición

<sup>1</sup> Para una revisión exhaustiva de las distintas corrientes que analizan teóricamente los conceptos de tiempo y de tiempo libre, véase McPhail (2006).

Integrada de la Pobreza (MMIP) elaborado por Boltvinik a inicios de los noventa. En este método se consideran las dimensiones de ingreso, de necesidades básicas insatisfechas y de tiempo, y se mide la carencia de tiempo por medio del índice de Exceso de Tiempo de Trabajo (ETT).

En este capítulo presentaremos la crítica de estos autores, el debate que se dio en torno a la dificultad de incorporar el tiempo en la medición de la pobreza y los intentos, la mayoría fallidos, por operacionalizar la medición tomando en cuenta esta variable. Asimismo, se discuten los escasos métodos bidimensionales existentes, y se resalta que aún cuando incorporan los requerimientos de tiempo para llevar a cabo diversas actividades humanas (cuidado personal, trabajo doméstico, extradoméstico y tiempo libre), no miden propiamente la escasez de tiempo, ya que establecen normas minimalistas de satisfacción de las necesidades, lo cual se explica por estar dominados por el pensamiento económico tradicional. Incluimos también una crítica a los procedimientos con los que se establecen las normas de ingreso-tiempo en los distintos métodos y las consecuencias de su aplicación, en materia de derechos socioeconómicos.

#### DEBATE SOBRE LA DIFICULTAD DE INCORPORAR EL TIEMPO EN LAS MEDIDAS DE BIENESTAR Y POBREZA

En su estudio pionero sobre la pobreza en América Latina, Oscar Altimir (1979) identificó al tiempo como un recurso. Este autor estableció que “los hogares cuentan con el recurso constituido por el *tiempo* y las habilidades de sus miembros, que pueden aplicar a actividades remunerativas o a otros quehaceres, dentro del condicionamiento impuesto tanto por los mercados de trabajo como por el medio social” (20, *itálicas añadidas*). Sostuvo además que los hogares solventan sus necesidades por medio de sus recursos —*tiempo*, habilidades, empresas o activos para generar ingresos o venderlos para financiar gastos de consumo— y el ejercicio de sus derechos —prestaciones de la seguridad social o acceso a los sistemas subsidiados de educación, salud y vivienda— (21). Si bien habló de “la medición de la pobreza sobre la base de una definición multivariada



que tenga en cuenta diferentes dimensiones del bienestar es posible” (24), optó por un método de medición basado exclusivamente en el ingreso argumentando que existen dificultades en la agregación de indicadores múltiples del nivel de vida en uno solo (25). El método propuesto entonces por Altimir es el que actualmente sigue utilizando la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) para calcular la pobreza en la región.

En esa misma década, en los Estados Unidos se creó un comité para elaborar propuestas alternativas a la oficial con el fin de medir la pobreza. Se elaboraron dos métodos que consideraban el tiempo, el de Vickery (1977) y el de Garfinkel y Haveman (1977). Se buscaba identificar los hogares que padecían una pobreza de ingreso-tiempo y, que, al no ser reconocidos por los métodos tradicionales, no se incluían en los programas de ayuda gubernamental. Como los autores manifiestan en sus textos, se buscaba establecer qué hogares eran pobres por ingreso debido a que sus miembros trabajaban menos horas de las que potencialmente podían y que, por lo tanto, recibían apoyo gubernamental sin merecerlo. Ambas propuestas las analizaremos a detalle más adelante.

Aunque estas propuestas no sustituyeron la medida oficial de pobreza utilizada en los Estados Unidos, otro comité las retomó, y se la continuó midiendo únicamente con el ingreso de los hogares, a pesar de que se reconoció la veracidad del viejo adagio “el *tiempo* es dinero”, y se postuló que “dos familias con similares recursos económicos pueden tener una vasta diferencia en su disponibilidad de *tiempo*, que de alguna manera debe ser tomada en cuenta para determinar su bienestar material” (Citro y Michael, 1995: 422, *itálicas añadidas*).

Piachaud (1987), otro de los grandes investigadores sobre temas de pobreza y bienestar, también desarrolló el tema; afirmó que los aspectos largamente ignorados en la definición y medición de la pobreza son el tiempo y la producción doméstica. De acuerdo con el autor “la pobreza es frecuentemente definida como la falta de recursos *monetarios*. El ingreso es normalmente definido como control sobre los recursos, pero por conveniencia este control es medido como ingreso monetario. Para fines de comparación entre distintas situaciones,

el control sobre los recursos debería incluir una medida de producción doméstica —la cual depende del tiempo y las oportunidades—” (155). Este autor no hace una propuesta concreta sobre cómo incorporar el tiempo en la medición de la pobreza, sino que deja el tema en una agenda de investigación futura.

Cabe destacar que en algunos casos el tiempo ha sido introducido de manera subrepticia en la medición de la pobreza. Por ejemplo, Peter Townsend, destacado sociólogo británico, para su famoso estudio sobre *La pobreza en Gran Bretaña* (1979), propuso un índice de privación estándar para develar una línea “objetiva” de pobreza por ingreso, con el fin de identificar a los pobres.<sup>2</sup> El índice lo elaboró con base en una encuesta con 60 indicadores, entre los cuales incluyó algunos relacionados con la disponibilidad de tiempo libre y con bienes que permiten ahorrar tiempo de trabajo doméstico.<sup>3</sup> Townsend eligió 12 indicadores de privación social, con los que intentó develar el nivel de ingreso en el que la privación aumentaba drásticamente a medida que bajaba el ingreso. De éstos, siete evalúan actividades relacionadas con la disponibilidad tanto de ingreso como de tiempo libre en los hogares, lo que muestra la relevancia de este último factor en la determinación de los estilos de vida.

Por otro lado, propone ampliar el espectro de recursos con el que se debe medir la pobreza más allá del ingreso corriente monetario y, aunque no los utilizó de manera operativa, propuso incorporar, por ejemplo, las diferencias en la calidad de vida de personas que cuentan con un parque cercano y otras que requieren desplazarse distancias considerables para pasear con sus menores, lo cual se relaciona con el tiempo.

<sup>2</sup> Para Townsend (1979), los pobres son aquellos “individuos, familias o grupos de la población que no tienen los recursos necesarios para obtener los tipos de dieta, participar en las actividades, gozar de las condiciones de vida y tener las comodidades acostumbradas, o al menos ampliamente fomentadas o aprobadas, en la sociedad a la que pertenecen”.

<sup>3</sup> Por ejemplo, se indagó si el hogar tuvo una semana de vacaciones en los últimos doce meses; si los adultos invitaron a algún amigo a casa en las últimas cuatro semanas; si salieron fuera con un amigo en ese mismo periodo, y si han tenido una tarde o noche de entretenimiento en la última semana (250).

Del enfoque de privación de Townsend se han derivado estudios más recientes realizados en Gran Bretaña (Nolan y Whelan, 1996 y Gordon *et al.*, 2000) en los que se incluyen también preguntas sobre si los hogares cuentan o no con ciertos bienes ahorradores de trabajo doméstico o si realizan actividades relacionadas con el tiempo libre, y se incorpora la opinión de la gente sobre si lo consideran necesario para la mayoría de la población. Además, se indaga si en los hogares entrevistados la falta de bienes o la no participación en las actividades descritas se debe a la falta de ingreso. Uno de los problemas de estos enfoques es que no detectan cuando la ausencia de ciertas actividades socialmente acostumbradas se debe a la falta de tiempo más que de ingreso (o a ambas). Además, de estos estudios no se pueden derivar estándares de tiempo libre con claridad, pese a que a la mayoría de la población le parece fundamental realizar actividades relacionadas con éste.<sup>4</sup>

Con un enfoque distinto, basado en el establecimiento de Canastas Normativas de Satisfactores (CNS),<sup>5</sup> Whiteford y Hicks (1993) se interesaron en el problema de la falta de tiempo para el cuidado de menores y para el ocio en hogares monoparentales, y en cuáles serían las consecuencias de considerar una compensación monetaria por la falta de ese tiempo en las líneas de pobreza. Los autores se basaron en una encuesta de presupuesto de tiempo y compararon las diferencias del tiempo dedicado a trabajo doméstico, extradoméstico

<sup>4</sup> Entre los bienes y actividades que se relacionan con la disponibilidad de tiempo y que fueron considerados como necesarios por la mayoría de la población en el estudio de Gordon *et al.* (2000) están: visitar a amigos o a familiares; celebrar ocasiones o fiestas especiales, como navidad; asistir a la escuela de los hijos en días especiales (día del deporte, por ejemplo); tener un *hobby* o actividad recreativa; tener lavadora de ropa; recoger a los niños de la escuela; tener una comida con amigos o familiares; tener televisión; organizar un asado o comida especial una vez a la semana, y disfrutar de vacaciones una vez al año. El estudio se basó en una encuesta representativa de hogares levantada en Gran Bretaña en 1998-1999. El criterio para que un bien o actividad fuese considerado como necesario fue que más del 50% de los entrevistados declararan que ningún hogar o familia en Inglaterra deberían carecer de éste.

<sup>5</sup> El método de la CNS consiste en establecer un listado, con las cantidades de bienes y servicios que requiere un hogar para satisfacer sus necesidades y sus precios. Por lo general se incluyen alimentación, vestido y calzado, vivienda y enseres domésticos, libros, actividades recreativas, etcétera (véase Boltvinik, 2005).

y al ocio en hogares mono y biparentales; con base en tales diferencias aseguraron:

si una madre o padre soltero desea tener un estándar de vida modesto pero adecuado, y tener la misma cantidad de tiempo libre que disfruta una madre trabajando tiempo parcial en una familia biparental, entonces se requiere duplicar la tasa salarial estimada para obtener el mismo nivel de vida. **Aún cuando esto ocurra, los niños en una familia monoparental seguirán teniendo sólo la mitad del tiempo que potencialmente un adulto puede dedicarles, en comparación con el que disfrutaban niños en familias con los dos padres presentes.** Si la madre quisiera compensar a sus hijos por el efecto psicológico de pasar menos tiempo con ellos, entonces la tasa salarial tendría que incrementarse una vez más (234-235).

Uno de los problemas con esta propuesta es que los autores consideran que el tiempo para el cuidado de menores y el disponible para el ocio pueden compensarse enteramente con ingreso, supuesto que hacen muchos otros economistas y que, sin embargo, es totalmente incorrecto. El contacto de los padres con los hijos y los beneficios de éste difícilmente se podrán suplir con el pago de personal especializado, ya sea en casa o en establecimientos destinados al cuidado de menores.<sup>6</sup> De igual forma, la escasez de tiempo para la convivencia con los amigos limita las posibilidades de interacción social, y puede provocar aislamiento y angustia; éstos son algunos de los aspectos que no pueden ser compensados con más recursos monetarios, por lo que consideramos que las soluciones deben ser planteadas en términos de una combinación entre ampliar el tiempo disponible para actividades destinadas al sano desarrollo físico y mental de los individuos, y apoyar con recursos monetarios que las faciliten.

En América Latina la única propuesta que se ha desarrollado para medir la pobreza de tiempo fue elaborada por Boltvinik (1992).

<sup>6</sup> No se asume aquí que la convivencia entre padres e hijos es siempre sana y mejor que cualquier otra solución. Sin embargo, creemos que en la mayoría de los casos sí es lo más conveniente para el desarrollo sano del individuo.

En su MMIP incluyó el índice de ETT, el cual identifica los hogares que padecen carencia de tiempo para el trabajo doméstico, el extradoméstico, el estudio, y en general las actividades relacionadas con el ocio, el descanso y el entretenimiento. Como veremos, este indicador se combina con el ingreso antes de compararlo con una línea de pobreza. Una vez obtenido el indicador de ingreso-tiempo, se integra mediante una suma ponderada al indicador de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), que mide las carencias en distintos determinantes del bienestar (vivienda, acceso a los servicios de salud y seguridad social, educación, entre otros).<sup>7</sup>

En años recientes se han desarrollado otras propuestas metodológicas para medir la pobreza de tiempo. Por un lado, Burchardt (2008) retoma a Vickery y utiliza, para la determinación de normas de tiempo, el procedimiento de Townsend para medir la pobreza relativa por ingreso. Con un enfoque similar para la determinación de normas, Goodin *et al.* (2008) pretenden obtener un indicador basado exclusivamente en la carencia de tiempo, pero no lo logran, pues deben recurrir primero al establecimiento de los requerimientos de ingreso.

Como veremos, la diferencia fundamental entre las propuestas que se explicarán más adelante (Vickery, 1977; Garfinkel y Havemann, 1977; Burchardt, 2008 y Goodin, *et al.* 2008), y la de Boltvinik es que ésta establece requerimientos de tiempo libre para todos los miembros del hogar basándose en una concepción amplia del ser humano, donde se requiere disponer de este recurso para educarse, descansar, convivir socialmente, y tener la oportunidad de autorrealizarse y alcanzar el florecimiento humano. En cambio, los otros autores buscan maximizar el tiempo que los adultos pueden dedicar a trabajo doméstico y extradoméstico, y minimizan los requerimientos de tiempo libre. Para ellos, el ser humano es un ente económico que tiene la “libertad” de trabajar (doméstica y extradomésticamente) todo el tiempo necesario, aun cuando ello resulte extenuante, con el fin de escapar de la pobreza por ingreso. Sus desarrollos son de carácter bidimensional (ingreso-tiempo), y dejan a un lado la

<sup>7</sup> Para conocer el procedimiento véase Boltvinik (2005).

privación que se puede detectar mediante la evaluación del bienestar medido con el método de NBI.

### DESCONOCIMIENTO DEL TIEMPO DE CONSUMO EN LOS MODELOS ECONÓMICOS

La escasa incorporación del tiempo en las medidas de pobreza puede explicarse porque el campo de la medición del bienestar ha estado dominado por el enfoque neoclásico (que Amartya Sen llama corriente principal), en el que se asume que el ingreso es la variable que mejor representa la utilidad, concepto teórico asociado con la felicidad y estados placenteros de la mente, pero que no tiene una representación objetiva.

Basados en el concepto de utilidad se han desarrollado modelos econométricos que supuestamente miden el bienestar. En éstos se asume que, a mayor ingreso, mayor utilidad.<sup>8</sup> No obstante, dos de los principales exponentes de la corriente principal, Linder (1970) y Becker (1965) han demostrado que el modelo económico requiere la dimensión de tiempo para expresar de manera más precisa cómo funciona el mercado, aunque esta crítica ya se había efectuado desde los años cincuenta y sesenta por un pequeño grupo de economistas quienes:

reconocieron la importancia del tiempo como una restricción del comportamiento. Debido a que el consumo involucra tiempo además de bienes y servicios, diversos académicos se dieron cuenta de que los hogares enfrentaban una restricción tanto de ingreso, como de tiempo limitado. Además [establecieron que] los recursos de tiempo y dinero están íntimamente relacionados debido a que el ingreso de los hogares aumenta a costa del recurso tiempo: los hogares intercambian su tiempo por sueldos y salarios en el mercado de trabajo (Bryant, 1990: 9).

Para Linder (1970), uno de los principales problemas del modelo neoclásico del funcionamiento de los mercados es la suposición de los

<sup>8</sup> Para una crítica al concepto de utilidad véase Boltvinik (2007).

economistas de que la utilidad se obtiene en el momento mismo en que la oferta se cruza con la demanda de bienes, es decir, en el momento de la compra. Se piensa que el consumo es instantáneo y que, por lo tanto, no se requiere tiempo para realizarlo. Sin embargo, plantea el autor, para que se pueda obtener la utilidad (definida por él como el bienestar material y espiritual), se necesita de un tiempo para consumir el bien adquirido. Al incrementarse el número de bienes comprados, se incrementa también el tiempo requerido para consumirlos, pero su limitada disponibilidad (24 horas para todos) significa que la opulencia resultante es parcial y no total, y sólo toma la forma de acceso a bienes. La opulencia total, para Linder, por lo tanto es una falacia lógica.

De esta forma, el autor plantea que cuando el tiempo se incluye en los modelos económicos, se llega a la conclusión de que los aumentos en el ingreso tienen una utilidad marginal decreciente, no porque se agote el deseo de consumir o por obtener mayor utilidad, como suponen los economistas tradicionales, sino porque se incrementa la escasez de tiempo para efectuar el consumo. Este supuesto implicaría que existe un nivel máximo de consumo y, por lo tanto, la idea de continuar con un crecimiento material constante a cualquier costo podría ser replanteada, lo que los economistas tradicionales rechazan.<sup>9</sup> De su análisis se derivaría que el tiempo destinado al trabajo remunerado podría reducirse, ya que los individuos no requieren un número mayor de bienes para alcanzar el mismo nivel de utilidad, que se podría obtener sólo con poseer los que verdaderamente pueden ser consumidos.

Linder presenta diversos modelos, pero a diferencia de los que elabora la mayoría de sus colegas, los de él están restringidos por el número de horas que en un día los individuos pueden dedicar al trabajo, al cuidado personal (donde se incluye comer, dormir, asearse, etcétera) y al consumo. Elabora diversos modelos en los que muestra lo que podría suceder con los tiempos destinados a estas actividades

<sup>9</sup> Linder se convierte en uno de los pocos economistas tradicionales con el interés de cuestionar la idea de que progreso significa abundancia. Por otra parte, a pesar de que acepta el concepto de utilidad, trata de poner en perspectiva las consecuencias humanas de tratar de incrementarla ad infinitum a pesar de la existencia de los rendimientos marginales decrecientes del ingreso.

cuando la productividad (en el trabajo o en la forma de consumo) aumenta. Lo interesante del trabajo de Linder es que, mediante sus modelos, critica las herramientas utilizadas por los economistas tradicionales cuando analizan el aumento en los niveles de utilidad-bienestar, y resalta que no miden correctamente la utilidad al no considerar las tensiones internas que se generan a raíz del aumento indiscriminado de bienes y la escasez de tiempo para consumirlos.

Los economistas a los que se refiere Linder (1970) suponen que un aumento en el ingreso nacional provoca (automáticamente) un incremento en el bienestar general, y por lo tanto, recomiendan forzar por todos los medios el crecimiento económico (medido en término de ingreso o número de bienes).<sup>10</sup> Si, como plantea Linder, no es correcto basar la medición de la opulencia en una sociedad considerando únicamente el ingreso, tampoco lo es para medir la pobreza.

#### AUSENCIA DEL TIEMPO REQUERIDO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO EN EL MODELO NEOCLÁSICO DE HOGAR

Una de las razones por las que la economía neoclásica ha limitado el análisis de la disponibilidad de tiempo es que su enfoque está basado en un concepto ideal de hogar (en sentido Weberiano), en el que todos sus miembros son asalariados, realizan todas sus comidas fuera del hogar y contratan los servicios de lavado, planchado y aseo de la vivienda. Si así fuera, los requerimientos de tiempo para trabajo doméstico serían igual (o casi igual) a cero, y se necesitaría tiempo únicamente para el trabajo remunerado y el consumo (Boltvinik, 2005). Así, las actividades realizadas por los hogares se llevarían a cabo exclusivamente en la esfera del mercado: la venta de fuerza de trabajo y la compra de mercancías para el consumo.

Entonces, los hogares se convertirían en unidades puras de consumo, mientras que las empresas se especializarían en la producción / comercialización, y el Estado sería el árbitro entre los

<sup>10</sup> Lo cual Linder critica también, ya que en las cuentas nacionales no se contabiliza el costo del daño ecológico que genera la producción.



agentes sociales y el encargado de proveer bienes públicos y servicios colectivos. Este modelo, sin embargo, tiene serias dificultades para funcionar, sobre todo por la existencia de hogares con requerimientos de crianza de menores, ya que la intervención de la fuerza de trabajo familiar en este tipo de trabajo doméstico es (prácticamente) inevitable, aunque el empleo de servidores domésticos o la crianza de menores en establecimientos especializados pueden disminuir la “restricción” de los adultos para participar en el mercado laboral.

Ante el reconocimiento de esta limitante, Gary Becker (1965) desarrolló el modelo de organización económica de los hogares, en el que se les reconoce la necesidad de tiempo para realizar diversas actividades no mercantiles, pero sin las cuales los individuos no podrían participar en el mercado laboral. Becker señala que existe un costo monetario para las actividades “no productivas” (que quedan fuera del mercado) que debe ser considerado en la función de utilidad de los hogares, ya que el tiempo dedicado a estas actividades podría haber sido empleado productivamente. De acuerdo con este autor, los hogares son unidades tanto productivas como maximizadoras de utilidad (494-495). Supone además que un hogar funciona como una unidad en la que se toman decisiones en beneficio de todos, y, por lo tanto, la distribución de las tareas en su interior está en función de ese supuesto. Desde este enfoque se plantea que los recursos “son utilizados dentro del hogar para producir bienes y servicios que contribuyan al bienestar de sus miembros: alimento, ropa, vivienda, servicios básicos de salud, socialización, cuidado, amor, esparcimiento, entre otros” (Bryant, 1990: 2).

Crítica a los economistas que separan tajantemente la producción del consumo, suponiendo que la primera ocurre en las empresas, mientras que el segundo se da en los hogares. De acuerdo con Becker “un hogar es realmente una ‘pequeña fábrica’: combina bienes, materias primas y trabajo para limpiar, alimentar, procrear y producir bienes útiles” (1965: 496). El enfoque del *ingreso total*, es decir, el que se podría obtener si los adultos del hogar dedicaran las 24 horas del día a trabajo remunerado, permite, según Becker, unificar el tratamiento de todo tipo de sustituciones entre ingreso pecu-

niario y no pecuniario, independientemente de su naturaleza, o de si la actividad se lleva a cabo en el trabajo o en el hogar.

Becker sostiene que si bien el costo de oportunidad del llamado “consumo productivo”<sup>11</sup> (dormir, comer y hasta jugar) ha sido considerado en el pensamiento económico, éste no se había usado en el análisis de la toma de decisiones en el hogar.<sup>12</sup> De esta forma, desde la perspectiva del autor los miembros del hogar que son relativamente más eficientes en las actividades que se realizan en el ámbito del mercado usarán menos de su tiempo en las actividades de consumo y viceversa (*ibid.*: 512).

Es importante señalar que el planteamiento de Becker ha sido criticado desde la perspectiva feminista por considerar el hogar como una unidad, con lo que se desconocen las desigualdades por sexo en su interior. De igual forma, su enfoque ha sido criticado porque supone, implícitamente, que la sociedad está compuesta por hogares y empresas, y aunque reconoce al Estado, en su modelo no considera el papel que éste puede jugar en la determinación de las condiciones en las que los agentes deben tomar decisiones, por ejemplo, en la regulación del mercado laboral, en la provisión de servicios sociales como el de cuidado de menores y ancianos, etcétera (Burchardt, 2008).

Otra debilidad importante del modelo de organización de los hogares es que supone que tienen formas alternativas para mejorar su bienestar mediante la dedicación de mayor / menor tiempo al trabajo doméstico y / o extradoméstico frente al ocio y que, por lo tanto, su bienestar depende de la elección realizada. No obstante, es difícil hablar de elección entre el tiempo dedicado a trabajo doméstico (incluido el cuidado de otros miembros, como menores, enfermos o discapacitados), y el destinado a la participación laboral y al ocio, cuando los hogares son pobres desde el punto de vista del ingreso y, por lo tanto, no tienen suficientes recursos monetarios para

<sup>11</sup> El consumo productivo se refiere a las actividades, que quedan dentro del “consumo”, pero que son necesarias para llevar a cabo una actividad productiva.

<sup>12</sup> Becker señala que el único esfuerzo realizado por los economistas de su época en relación con el tiempo disponible en los hogares se concentraba en el cálculo del costo de oportunidad de estudiar, o bien el del ocio frente al trabajo productivo.

cubrir necesidades mínimas como alimentación, vestido, vivienda, entre otras.

Más allá de las innumerables debilidades del modelo, lo que importa resaltar aquí es que se reconoce el tiempo como un recurso necesario para que los hogares realicen diversas actividades vitales para el funcionamiento de la sociedad en su conjunto. Sin embargo, como veremos, la forma dominante con la que se ha medido la pobreza considera el ingreso como el único recurso<sup>13</sup> y, aunque en la actualidad se han desarrollado métodos multidimensionales,<sup>14</sup> han excluido de nuevo el tiempo disponible en los hogares. Es decir, la medición de la pobreza está rezagada en general con respecto a los avances que la teoría económica ha desarrollado, sin reconocer en ello un grave error.

No obstante, como veremos, los planteamientos de Becker han servido como base para la elaboración de métodos bidimensionales de medición de la pobreza, es decir, considerando el ingreso y el tiempo disponible en el hogar (Garfinkel y Haveman, 1977; Vickery, 1977; Burchardt, 2008, y Goodin *et al.*, 2008). Las propuestas, por lo general, calculan el ingreso laboral que podrían generar los adultos en el hogar, dependiendo de sus características sociodemográficas y del tiempo total disponible medido en horas-adulto. Los autores que analizaremos más adelante tratan de encontrar cuál sería el nivel de pobreza si los hogares hicieran un uso racional de su tiempo para generar ingreso y satisfacer sus necesidades de trabajo extradoméstico y doméstico, y cuidado de otros miembros del hogar. De esta manera, resulta indubitable que los hogares requieren tiempo para las actividades de producción, consumo, labores en el hogar, relaciones con los demás, y meditación y descanso.

<sup>13</sup> Muestra de ello es que los datos oficiales sobre la pobreza en el mundo los proporciona el Banco Mundial, sobre Latinoamérica la CEPAL y sobre México el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval), todos organismos que la calculan utilizando una línea de pobreza por ingreso.

<sup>14</sup> En fechas recientes el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la CEPAL y el Coneval presentaron resultados de pobreza con métodos multidimensionales.

### ADAPTACIÓN DE LOS ENFOQUES ABSOLUTO Y RELATIVO A LA POBREZA DE TIEMPO

La medición de la pobreza por ingreso ha estado dominada por dos enfoques: el absoluto y el relativo. El primero lo desarrolló Rowntree (2000 [1901]) en su estudio pionero sobre la pobreza en la ciudad de York, Inglaterra. Su trabajo ha influido fuertemente la tradición anglosajona de medición de la pobreza hasta nuestros días. El autor buscaba identificar los hogares “verdaderamente pobres” o pobres merecedores,<sup>15</sup> definiéndolos como aquéllos cuyo ingreso estaría por debajo de la línea de pobreza aun cuando lo destinaran totalmente a la adquisición de bienes y servicios necesarios para mantener la eficiencia física.<sup>16</sup> Consideró que los hogares en esta situación se encontraban en lo que llamó pobreza primaria.<sup>17</sup> La secundaria la definió como la conformada por hogares cuyo ingreso sí era suficiente para adquirir los bienes y los servicios necesarios para mantener la eficacia física, pero que lo “desviaban” a otros gastos no “necesarios”, entre los cuales incluyó los destinados a la conservación de la salud (medicamentos y consultas), las cuotas para pertenecer a asociaciones de trabajadores (las cuales sirvieron como base para la instauración del sistema de seguridad social en ese país), entre otros. De esta manera el autor muestra la estrechez de su concepción de pobreza.

<sup>15</sup> La idea de pobres merecedores y no merecedores aparece en Inglaterra en las primeras leyes de pobres del siglo XVI. El primer grupo estaba constituido por niños, viudas, ancianos y enfermos, considerados como los sujetos que debían recibir la ayuda del Estado y de la caridad por sus dificultades para trabajar. Los pobres no merecedores eran generalmente varones de cuerpo sano que sí podían trabajar, pero que se suponía no lo hacían debido a que preferían vivir de la caridad antes de realizar algún esfuerzo para ganarse el pan.

<sup>16</sup> Rowntree define la eficiencia física como la capacidad de renovación diaria para ir al trabajo al día siguiente. Los gastos considerados por Rowntree como necesarios para mantener la capacidad física fueron: los alimentos (crudos) para cubrir los requerimientos nutricionales de acuerdo con la estructura de sexo y edad en el hogar; la ropa y el calzado; la renta de la vivienda, el combustible y la electricidad.

<sup>17</sup> Como el lector puede notar, Rowntree transforma el concepto de pobres merecedores, designando como tales a hogares que aun destinando todo su ingreso a necesidades “básicas” no podría salir de la pobreza. Este sutil cambio puso en evidencia que la pobreza era un problema social, no individual, como solía pensarse cuando ésta se atribuía a la “actitud” de los pobres no merecedores.

Este enfoque fue defendido por Amartya Sen (1983) para quien “existe un núcleo irreductible de privación absoluta en nuestra idea de pobreza, que traduce manifestaciones de muerte por hambre, desnutrición y penuria visibles en un diagnóstico de pobreza sin tener que indagar primero el panorama relativo”. Sen hizo esta afirmación en la polémica que tuvo con el prestigiado sociólogo Peter Townsend, quien elaboró una propuesta de medición de la pobreza con un enfoque relativo (1979). Para este autor (1985) es inadmisibles incluir, como hacen Sen y Rowntree, sólo elementos tan dramáticos como el hambre para definir la pobreza cuando ésta depende del estilo de vida imperante en cada sociedad. Para Townsend: “cualquier conceptualización rigurosa de la determinación social de las necesidades refuta la idea de necesidades absolutas. Y una relatividad completa se aplica en el tiempo y el espacio. Las necesidades de la vida no son fijas. Continuamente están siendo adaptadas y aumentan conforme ocurren cambios en una sociedad y en sus bienes” (1985: 665).

Sen critica a Townsend por rechazar erróneamente el concepto absoluto de pobreza al suponer que las necesidades cambian de una sociedad a otra. Para Sen lo que cambia son los bienes que permiten satisfacer las mismas necesidades absolutas, y sostiene que el error de Townsend se debe a una elección equivocada del espacio de análisis: bienes frente a características de los bienes. Sen afirma que el enfoque de privación relativa complementa y no suplanta el análisis de pobreza en términos de privación absoluta.

Como bien señala Townsend (1979), el enfoque absoluto ha servido para justificar la minimización de los umbrales de pobreza, aunque en su momento el autor se refería al método de Rowntree, que servía para establecer los montos de ayuda monetaria de la política social de Gran Bretaña; actualmente, el ejemplo más claro de tal minimización lo encontramos en la línea de pobreza (LP) del Banco Mundial de un dólar con 25 centavos por persona al día, que se toma como el parámetro universal de la pobreza extrema por ingreso en el mundo.<sup>18</sup>

<sup>18</sup> Este parámetro ha sido determinado tomando las líneas de pobreza extrema de los países más pobres del mundo, ubicados en África (véase Damián, 2010a).

Este organismo y académicos afines como Ravallion han justificado el establecimiento de líneas de pobreza tan bajas con el argumento de que la determinación del nivel de vida más allá de la mera subsistencia es “subjetiva”, ya que depende de los “valores” subjetivos de quien observa y, por lo tanto, no tiene aplicabilidad universal. Lo anterior se deriva de la forma en que el Banco Mundial, en su primer reporte sobre la pobreza en el mundo, la definió. Por un lado consideró que: “[el] nivel mínimo de vida [está determinado por] dos elementos: el gasto necesario para alcanzar un nivel mínimo de nutrición y de otras necesidades básicas, y una cantidad adicional que varía de un país a otro y que es reflejo del costo que implica participar en la vida cotidiana de la sociedad” (World Bank, 1990: 26).

Afirmó que es “relativamente simple” calcular, el primer elemento “enterándose de los precios de los alimentos que forman parte de la dieta de los pobres” (*ibid.*: 26-27). En cuanto al segundo elemento, afirmó que es, “por mucho, más *subjetivo*; en algunos países las tuberías dentro de la vivienda son un *lujo*, pero en otros son una ‘*necesidad*’” (27, *italicas añadidas*). De esta manera, este organismo, como la mayoría de los economistas de la corriente principal, niega la existencia de necesidades y umbrales que delimitan los mínimos de satisfacción más allá de la alimentación elemental.

Sin embargo, aquí consideramos que las necesidades tienen un carácter objetivo si nos apegamos a su significado semántico o a su contenido filosófico (véase Boltvinik, 2005: capítulo 1).<sup>19</sup> Tal como

<sup>19</sup> Con base en la definición que hace el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE) de las palabras pobreza y necesidad, Boltvinik (2005: 23) afirma: “queda claro que cuando hablamos de necesidad nos referimos a la falta de las cosas que son menester para la conservación de la vida, pero también a una situación a la cual es imposible abstraerse y a la acción infalible de las causas. Lo necesario para sustentar la vida no es lo superfluo, ni lo contingente. Tampoco es aquello que voluntaria o espontáneamente podemos querer o desear. Por lo contrario es algo en lo que no podemos ejercer nuestra libertad, puesto que es algo a lo que nos es imposible sustraernos”. Para el autor, necesidad contrasta con deseo precisamente en el elemento de voluntad que contiene este último término, cuyo significado expresa el diccionario que cita como: “movimiento enérgico de la voluntad hacia el conocimiento, posesión o disfrute de una cosa”. Se puede desear lo que se necesita o desear lo que no se necesita (lo superfluo, lo contingente). Desear algo es diferente a necesitarlo (*idem*).

explica Wiggins (2002 [1998]), el término “necesidad” tiene un carácter insustituible en el proceso político-administrativo que obliga a captar el contenido especial del que deriva su fuerza. Si en las frases que formulan las reivindicaciones de necesidad intentamos sustituir “necesidad” por “querer”, “deseo”, “preferencia” (en este caso “lujo” como hace el Banco Mundial), el resultado carecería no sólo de la fuerza retórica del original, sino incluso de su significado particular, de su coherencia y de su lógica argumental.<sup>20</sup>

Por otra parte, al considerar que solamente la nutrición puede medirse de manera objetiva (suponiendo que los requerimientos o deficiencias estén determinados de manera científica),<sup>21</sup> y al desco-

<sup>20</sup> De acuerdo con Wiggins, para contrarrestar la idea, tentadora, de que las necesidades son deseos (o preferencias) fuertes o inconscientes, se pueden aducir las siguientes consideraciones: si quiero X, y  $X = Y$ , no se sigue que necesariamente quiera Y. Si quiero comer esa ostra, y esa ostra es la que me sepulta en el olvido, no necesariamente quiero ser sepultado en el olvido. Pero con las necesidades es diferente. Sólo puedo necesitar X si cualquier cosa idéntica a X es algo que necesito. A diferencia de “desear” o “querer”, entonces, “necesitar” no es evidentemente un verbo intencional. Lo que necesito no depende del pensamiento o de cómo funciona mi mente (o no sólo de ello), sino del mundo como éste es.

Las afirmaciones sobre necesidades son relativas de tres maneras: 1) la derivada del parámetro con el cual juzgamos el daño: la idea de bien-estar; 2) la derivada del carácter impugnabile de lo que constituye daño; 3) la derivada de las particulares circunstancias de tiempo asociadas a la necesidad y a los supuestos normativos relacionados con dichas circunstancias. La tercera forma de relatividad complementa a la segunda para el necesitar categórico. De todo lo anterior se concluye que una persona necesita x [absolutamente] si y sólo si resulta dañada cuando carece de x, con cualesquiera que sean las variaciones moral y socialmente aceptables que se puede visualizar (económica, tecnológica, política, históricamente...) que ocurran en el periodo relevante.

<sup>21</sup> Además es importante destacar aquí que la determinación de los mínimos nutricionales ha sido criticada por Sen y otros estudiosos de la desnutrición por existir distintas tasas de transformación de nutrientes en cada individuo, que dependen no sólo de la edad o sexo, como normalmente se calculan, sino también de la actividad realizada, el metabolismo, las prácticas sociales, etcétera. Por ejemplo, una dieta que en Argentina no cuente con carne, u otra que en México no incluya maíz y frijol, es de poca utilidad para calcular la pobreza. Sin embargo, la práctica de minimización del costo de la canasta fue impuesta desde el estudio de Rowntree, en el que calcula una dieta sin tocino aun cuando era práctica común entre los pobres ingleses el consumo de este producto, ya que no podían adquirir carne debido a sus bajos recursos. El mismo Rowntree reconoce que existen problemas para que los pobres “acepten” una dieta que no corresponde a sus costumbres. Aunque reconoce que aun en las casas de pobres

nocerse, por lo tanto, otros elementos humanamente necesarios para llevar una vida valiosa, se niega la posibilidad de alcanzar un consenso razonado para las evaluaciones sociales y se subestima la pobreza. Para Amartya Sen (1984 [1981]) existe un considerable grado de consenso social sobre las normas mínimas de bienestar. Para este autor, cuando el investigador describe las prescripciones sociales existentes realiza un acto de descripción y no de prescripción, como aseguran los que se niegan a tratar de investigar las normas socialmente existentes, bajo el argumento de que el resultado estaría determinado por la subjetividad del investigador. Para aclarar este punto, Sen cita a Adam Smith cuando se refiere a la vergüenza que sentiría un trabajador si tuviese que presentarse en público sin una camisa de lino y sin zapatos de cuero. Siguiendo a este autor podemos decir que efectivamente existen normas de tiempo que pueden ser develadas por el investigador sobre los requerimientos necesarios para no ser pobre.

La preeminencia de medidas minimalistas absolutas de ingreso no ha permitido evaluar la magnitud real de la pobreza en el mundo.<sup>22</sup> Esta situación se ha trasladado al análisis de la pobreza de tiempo y su relación con el ingreso. Paradójicamente, mientras que los enfoques absolutos establecen umbrales de ingreso muy bajos, al ser trasladados a la medición de la pobreza de tiempo se establecen normas de tiempo de dedicación al trabajo socialmente necesario (doméstico y extradoméstico) muy extensas, como veremos detalladamente a continuación. En esta circunstancia se encuentran los desarrollos de Haveman, Vickery y Burchardt, quienes reproducen la idea de Rowntree de tratar de identificar a los pobres merecedores; para ello, los definen como los que viven en hogares en los que, incluso destinando todo su tiempo a trabajo doméstico y / o extradoméstico,

(creadas por la beneficencia, que daba comida y un lugar para dormir a los pobres a cambio de trabajos forzados) se desataban protestas cuando la dieta cambiaba y se eliminaban productos de consumo generalizado, como el té; Rowntree decide quitarlo de la lista al igual que el tocino ya que aumentaba el costo de la dieta mínima para mantener la eficacia física.

<sup>22</sup> Para un análisis de las implicaciones éticas de usar este tipo de medidas véase Damián, 2008 y 2010b, y Boltvinik, 2005.



no podrían satisfacer sus necesidades básicas. Estos autores buscan, por otra parte, minimizar los errores de inclusión de hogares clasificados como pobres no merecedores, es decir, aquellos que reciben ayuda gubernamental al aparecer en las estadísticas como pobres por ingreso, pero que no deberían recibirla ya que su pobreza se debe a que hacen un uso “ineficiente” de su recurso tiempo.

Si el enfoque absoluto nos lleva a la minimización de normas de ingreso y la maximización del tiempo que los adultos pueden dedicar al trabajo, la aplicación acrítica del enfoque relativo basado en la propuesta original de Townsend para medir la pobreza relativa de ingreso también nos puede llevar a absurdos en la determinación de normas, como se puede deducir del trabajo de Goodin *et al.* y el que realiza Burchardt utilizando este enfoque. Cabe recordar que Townsend pretendía establecer un umbral de pobreza relativo a cada sociedad, que permitiera a todos sus individuos participar en los estilos de vida imperantes. Sugirió primero establecer un porcentaje, 50% de la media del ingreso, como el umbral de la pobreza relativa por ingreso. Sin embargo, posteriormente, él mismo critica su enfoque al preguntarse: “sobre qué bases puede uno elegir este porcentaje para identificar el ingreso relativamente bajo, en lugar de, por decir, ¿el 85%?” (1979: 248). En un acto de honestidad pocas veces visto, Townsend descalifica su propia propuesta, por considerarla un ejercicio arbitrario y, por lo tanto, carente de objetividad. A pesar de ello, la Unión Europea, Inglaterra y algunos países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) adoptaron oficialmente una metodología basada en la media y otras en la mediana del ingreso. Como veremos adelante, esta propuesta fue adaptada para calcular umbrales de pobreza de tiempo por Burchardt y Goodin *et al.*

Además de la arbitrariedad, el enfoque relativo tiene diversos problemas en su aplicación. Por ejemplo, cuando ocurre una baja generalizada del ingreso de los hogares como consecuencia de fenómenos como las crisis económicas, se puede llegar al absurdo de que la pobreza disminuye como efecto de la caída en el valor de la media / mediana, a pesar del bienestar global de la sociedad baja. Otro de los problemas de esta forma de definir la línea de pobreza

es que en países donde la mayoría de la población es pobre, como algunos de África o de América Latina, 50% de la mediana del ingreso es una cantidad muy baja, aun para los estándares del Banco Mundial (o del gobierno federal en México); de ahí la principal crítica de Sen a este enfoque. Una consecuencia de su aplicación es que en contextos de pobreza generalizada, una parte importante de la población puede quedar clasificada como “no pobre”, incluso cuando carezca de lo mínimo humanamente necesario.

Para ilustrar lo anterior comparemos la (subestimada y, por lo tanto, miserable) línea de pobreza que el gobierno federal de México utiliza para identificar a los pobres de “patrimonio” en las localidades rurales (menores de 15 000 habitantes),<sup>23</sup> con la que resulta de aplicar el método de Townsend a los datos de la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH), en el umbral de 60% de la media. La línea de pobreza por persona al mes resulta de 789 pesos, es decir, mucho más baja que la línea del gobierno federal de 1 282 pesos por persona al mes, que es en exceso austera.

Los problemas que nos puede causar la aplicación acrítica de ciertos métodos para establecer umbrales de pobreza se derivan

<sup>23</sup> En México, el gobierno federal mantuvo una postura similar a la de Rowntree en 2002, cuando Josefina Vázquez Mota, entonces secretaria de Desarrollo Social, anunció la eliminación de la línea 3 de pobreza (la que identificaba el universo total de pobres según la metodología de su Comité Técnico para la Medición de la Pobreza, 2002), porque incluía el gasto en alcohol y cigarrillos. Omitió mencionar que la línea eliminada también incluía gastos como los destinados a blancos, artículos de higiene y limpieza personal y de la vivienda, utensilios de cocina, cubiertos, vajillas, gas para cocinar alimentos, electricidad, etcétera, elementos que humanizan las necesidades básicas. De esta manera, la identificación oficial de la pobreza quedó muy por debajo de una concepción de vida digna. No incluir gas supone comer los alimentos crudos; no incluir gasto relacionado con muebles, cubiertos y vajilla supone consumirlos en el suelo, no considerar ingreso para la limpieza personal implica no poder asearse y bañarse, ni comprar papel de baño, etcétera. Así, los verdaderamente pobres pueden tener vivienda, pero sin cortinas, camas, sillones, etcétera; el transporte, la ropa y el calzado se incluyen, ya que son necesarios para ir a trabajar; en educación y salud sólo se consideran los gastos mínimos, pues se parte de la suposición de que se dispone de los servicios públicos de educación, mientras que en salud no se incluye el pago de seguros médicos ni la afiliación voluntaria a los sistemas existentes, aun cuando no se puedan usar los servicios públicos de salud (para una crítica el método del Comité Técnico y el adoptado por el gobierno federal, véase Boltvinik y Damián, 2003).

de la falta de una concepción amplia de las necesidades del ser humano, lo cual señala reiteradamente Boltvinik (2005). Cuando carecemos de ella, es casi imposible determinar lo que se requiere para una vida digna, y se obtienen resultados que no reflejan las condiciones de precariedad en que viven cotidianamente los individuos. Desafortunadamente, los métodos bidimensionales de ingreso-tiempo desarrollados en los Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá trasladan acríticamente los enfoques absolutos y relativos para la determinación de normas de pobreza de tiempo; esto se discutirá en la siguiente sección.

#### MÉTODOS BIDIMENSIONALES DE MEDICIÓN DE LA POBREZA: INGRESO-TIEMPO

En esta sección incluimos las metodologías de medición de la pobreza que se conocen actualmente. Los primeros que intentaron evaluar el bienestar y la pobreza incorporando el tiempo como un recurso adicional al ingreso fueron Vickery (1977) y Garfinkel y Haveman (1977), quienes formaron parte de una comisión encargada de revisar la medida oficial de pobreza en los Estados Unidos y sugerir propuestas alternativas. Ambos trabajos retoman el concepto de ingreso total de Becker y pueden clasificarse dentro del enfoque absoluto, en tanto minimizan los requerimientos de ingreso y maximizan el tiempo que se puede dedicar a trabajo. Nos referiremos primero al índice elaborado por Garfinkel y Haveman, que intenta calcular la *capacidad que tienen los hogares de generar ingreso*; posteriormente expondremos la propuesta de Vickery, quien combina indicadores de ingreso-tiempo por considerar que ninguno de estos recursos por sí mismo permite satisfacer las necesidades de los hogares. Como mencionamos, la propuesta de Vickery ha sido aplicada en otros contextos y ha servido de base para desarrollos metodológicos posteriores (véase Douthitt, 1993; Burchardt, 2008 y Zacharias *et al.*, 2012). Incluimos el trabajo de Burchardt, quien además retoma algunos conceptos y metodologías derivadas de los enfoques absolutos y relativos. Finalmente, presentamos el trabajo de Goodin y

coautores, quienes aplican enteramente un enfoque relativo en el establecimiento de normas de tiempo e ingreso.

*Garfinkel y Haveman: el ingreso total y la capacidad para generarlo*

Garfinkel y Haveman (1977),<sup>24</sup> basándose en los postulados de Becker, desarrollaron un índice que pretende calcular la *capacidad de los hogares para generar ingreso*. Su propuesta no puede considerarse un método de medición de la pobreza, ya que no mide el ingreso disponible de los hogares, sino el que potencialmente podrían generar. Esta última variable depende del número de horas-adulto disponibles en el hogar (descontando las necesarias para el cuidado de menores o el costo de sustituirlas con guarderías y pago de terceros) y de la tasa salarial que probabilísticamente podrían recibir los adultos, de acuerdo con sus características sociodemográficas (raza, edad, sexo, educación, estatus marital, experiencia laboral y lugar de residencia).

Como ya mencionamos, la principal preocupación de los autores era identificar a los hogares pobres “no merecedores”, en los que, desde su punto de vista, sus miembros no trabajaban el potencial que tenían para generar ingresos y que recibían “indebidamente” apoyo de los programas gubernamentales en forma de transferencias monetarias. Los autores asumían que este comportamiento se debía a que cuando el ingreso laboral se eleva por una mayor dedicación al trabajo se deja de ser elegible para los programas, por lo que se “prefiere” no trabajar y seguir en la pobreza para recibir este apoyo.

En el índice propuesto, el tiempo interviene de manera indirecta, ya que el ingreso potencial de los hogares se calcula a partir del número de horas-adulto disponibles para trabajo extradoméstico y se multiplica por la tasa salarial que probabilísticamente se podría tener. Al ingreso laboral (potencial) se le suman el que los

<sup>24</sup> A lo largo de esta sección citaré el artículo de Garfinkel y Haveman (1977), aunque Haveman es quien desarrolla la metodología durante su vida académica con varios autores.

hogares reciben por intereses, dividendos, rentas, manutención y otros ingresos misceláneos distintos a las transferencias gubernamentales.

Garfinkel y Haveman (1977) suponen que el jefe o jefa del hogar y, en su caso, el cónyuge pueden dedicarse al trabajo remunerado tiempo completo (ocho horas diarias, de lunes a viernes) a lo largo de todo el año, con dos semanas de vacaciones. Reconocen que en la realidad no todos los adultos trabajan de esa forma y proponen que a la capacidad de generar ingreso se le reste un número de semanas “no laborales”, de acuerdo con la probabilidad de que los adultos puedan tener periodos de desempleo o que no puedan trabajar por alguna otra causa, como enfermedad. Consideran como un “costo” el tiempo que los miembros del hogar dedican a otras actividades, ya que disminuye la posibilidad de participar en el mercado laboral y, por lo tanto, lo descuentan del ingreso potencial. A pesar de que enumeran las actividades que entran en esta categoría (trabajo doméstico, estudios, etcétera), a la única que atribuyen una merma real en *la capacidad de generar ingreso* es a la del cuidado de los menores de hasta 14 años. En consecuencia, al ingreso que podrían generar le restan el valor monetario que costaría contratar los servicios de cuidado por cada menor presente en el hogar (imputando mayor el costo del cuidado de los de hasta 6 años); o bien, a la cantidad de horas en las que los adultos podrían generar ingreso le descuentan las dedicadas al cuidado de los menores, lo que se traduce en una reducción del número de horas que potencialmente se pueden trabajar (véase Garfinkel y Haveman, 1977).<sup>25</sup>

Garfinkel y Haveman toman como parámetro el porcentaje de pobres (11% en 1973) reconocidos oficialmente en los Estados Unidos (que compara una línea de pobreza con el ingreso disponible en el hogar)<sup>26</sup> para mostrar el efecto de su método. De esta

<sup>25</sup> En su propuesta no establecen una norma de requerimientos de tiempo de cuidado de menores, o al menos no lo especifican de manera clara, como sí lo hacen otros autores.

<sup>26</sup> En ese país se utiliza el método de Canasta Normativa de Alimentos (CNA). Con base en el costo de la CNA y el patrón de consumo de los hogares ubicados alrededor de la media de ingreso, se calcula un factor (el de Engel, que corresponde al inverso de la proporción

manera, mientras que, con la medida oficial, 30.8% de los pobres pertenecían a hogares cuyo jefe tenía origen afroamericano, con el índice de la capacidad para generar ingreso el porcentaje aumentó a 38.3. También crece el porcentaje de personas que viven en hogares con jefe de 22 a 40 años de edad, de 39.7 a 51% y el de los que vive en hogares de cinco miembros o más de 44 a 64.8%. En cambio, disminuye el de los que vivían en hogares con jefes de 65 años o más de 20.9 a 13% (Garfinkel y Haveman, 1977: 56, cuadro 1).

Los cambios en la composición social de los pobres se deben a que los autores dan un peso importante a la existencia, el número y la edad de los menores, para los cuales se requieren tiempo o recursos monetarios. De esta forma, muestran que la escasez de tiempo para cuidado de menores tiene un efecto directo en el bienestar de los hogares, que no es captada en las medidas de ingreso comúnmente utilizadas. Ello significa que los hogares dedican menos tiempo y recursos a las actividades que pueden realizar para alcanzar un ingreso por arriba del umbral oficial de pobreza.

Con base en los resultados, también puede constatararse la suposición de los autores de que los hogares con jefes de 65 años o más de edad tienen una participación laboral menor que la que tienen potencialmente y que, por lo tanto, se podrían reducir los apoyos gubernamentales destinados a este grupo poblacional, cuestión que puede debatirse en la medida en que se trata de hogares con un porcentaje alto de jubilados; además, es difícil suponer que éstos encontrarían trabajo debido a la discriminación por edad.

La propuesta de Garfinkel y Haveman puede criticarse desde distintas perspectivas. En primer lugar, no identifican cabalmente los problemas del uso de tiempo en los hogares al suponer que cualquier adulto puede y está dispuesto a ofrecer su fuerza de trabajo por jornadas de tiempo completo indistintamente de las condiciones de la demanda o del nivel salarial ofrecido. Por otro lado,

que representa el gasto en alimentos dentro del total), para calcular el nivel de la línea de pobreza (para una explicación más detallada véase Boltvinik y Damián, 2003).

suponen que actividades tales como la preparación de los alimentos; el lavado y el cuidado de la ropa; la limpieza de la casa, y la administración y el abastecimiento del hogar no representan un obstáculo para el uso completo del tiempo de los adultos en el trabajo extradoméstico, particularmente el femenino. Para superar este problema, a la línea de pobreza con la que comparan la *capacidad de generar ingreso* habría que añadirle el costo de adquirir estos bienes y servicios en el mercado, o bien restarle unas horas a la capacidad para generar ingreso. Finalmente, al medir la capacidad de generar ingreso y no la cantidad de dinero con la que realmente cuenta el hogar, la medida puede pasar por alto la existencia de hogares cuyo ingreso está por debajo de la línea de pobreza debido a periodos de desempleo, pero que quedarían fuera de los programas de apoyo por considerarse que ello se debe a cuestiones de preferencia.

*Vickery: estándar generalizado de pobreza ingreso-tiempo*

Clair Vickery (1977) es quizá la autora más citada en el mundo anglosajón en lo referente a los inicios de la medición de la pobreza por ingreso-tiempo. Siguiendo el pensamiento de Becker, Vickery sostiene que “si el mínimo nivel de consumo para no ser pobre requiere tanto de dinero como de producción doméstica, entonces los estándares oficiales de pobreza no miden correctamente las necesidades de los hogares” (27). Uno de los supuestos básicos de su modelo es que ni el nivel mínimo de tiempo ni el de ingreso por sí solos son suficientes para proveer un estándar de vida sin pobreza.

La autora introduce un listado de los tiempos necesarios para el trabajo doméstico y el cuidado de menores de acuerdo con el tamaño del hogar, mientras que en lo referente al ingreso retoma, igual que Garfinkel y Haveman, la línea de pobreza utilizada en los cálculos oficiales en los Estados Unidos, que se caracteriza por contener una canasta de alimentos basada en requerimientos nutricionales mínimos y utilizable sólo en periodos de emergencia.

Las normas de tiempo las fijan con la idea de extender al máximo humanamente posible el número de horas que los adultos pueden dedicar al trabajo extradoméstico y / o doméstico, y de reducir al mínimo el destinado al cuidado personal y al tiempo libre. La inclusión de tiempo en el modelo se debe a que, como hace notar la autora, el nivel normativo de ingreso utilizado por el gobierno es tan bajo que los adultos del hogar tendrían que destinar grandes cantidades de tiempo al trabajo doméstico para satisfacer las necesidades de subsistencia mínimas, debido a que no pueden adquirir en el mercado bienes y servicios que sustituyan el trabajo doméstico requerido.<sup>27</sup> Por lo tanto, propone incluir en la línea de pobreza una cantidad de dinero adicional para pagar estos bienes y servicios si el hogar no cuenta con suficientes horas-adulto para realizar el trabajo. De acuerdo con los datos de la autora, la falta de horas-adulto desfavorece sobre todo a los hogares monoparentales encabezados por mujeres, quienes deberían recibir una mayor compensación de los programas oficiales de ayuda por sus carencias de ingreso-tiempo.

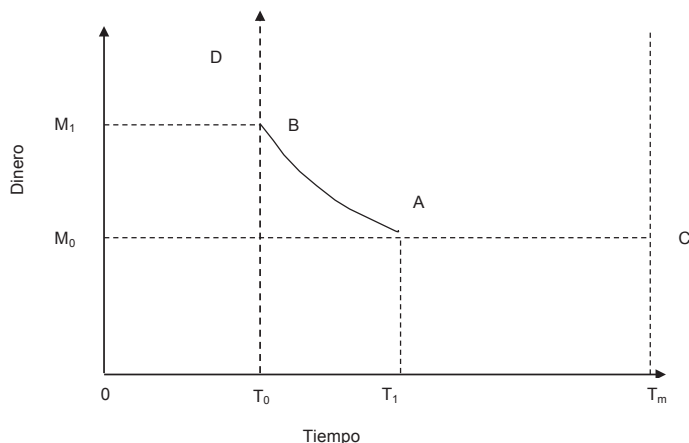
Vickery plantea que “los recursos de cada familia están determinados por sus activos y por el número de horas adulto disponibles para generar ingreso en el mercado o para producir bienes y servicios de consumo fuera de éste”. Para construir su índice, que denomina de estándar generalizado, Vickery supone que los miembros del hogar requieren un tiempo mínimo ( $T_0$ ), que incluye el necesario para mantenerse física y mentalmente sano y un *tiempo libre* de 10 horas a la semana (1977: 29).  $T_0$  es independiente del ingreso con el que cuente el hogar. De igual forma establece una cantidad mínima de dinero ( $M_0$ ),<sup>28</sup> para adquirir los bienes y servicios que satisfagan las necesidades básicas, la cual es independiente del tiempo disponible en el hogar (véase la gráfica III.1).

<sup>27</sup> En México encontramos una situación similar. El gobierno federal utiliza una línea de pobreza por ingreso denominada patrimonial, que no incluye, por ejemplo, los gastos relacionados con el consumo y la preparación de los alimentos (gas, estufa, mesas, sillas, utensilios de cocina, platos, etcétera). Por lo tanto, los no pobres oficiales tendrían que comer alimentos crudos en el piso y con las manos (para una crítica del método, véase Boltvinik y Damián, 2003).

<sup>28</sup> Para obtenerla, el costo de la canasta normativa de alimentos se multiplica por 3.



Gráfica III.1. Umbral de la pobreza de ingreso-tiempo de los hogares según Vickery.



$T_0$ : Tiempo mínimo necesario que un adulto requiere para mantenerse sano física y mentalmente.

$T_1$ : Tiempo adicional requerido para administrar el hogar, para la interacción de sus miembros y para que funcionen como unidad cuando el ingreso disponible corresponde al mínimo necesario ( $M_0$ ).

$T_m$ : Tiempo por adultos disponibles en el hogar.

$M_0$ : Ingresos mínimos para alcanzar la línea de pobreza por ingreso.

$M_1$ : Ingreso necesario para adquirir, además de los bienes y servicios que componen la línea de pobreza, los necesarios para sustituir los requerimientos de trabajo doméstico y cuidado de otros en el hogar, cuando no hay suficientes horas-adulto disponibles.

Fuente: Vickery (1977: 28).

$T_1$  representa el tiempo que se requiere para: administrar el hogar; supervisar —en su caso— a las personas contratadas para las labores domésticas (preparación de los alimentos; la limpieza y cuidado del hogar y de la ropa; el cuidado de los niños, y compras de abastecimiento), y la convivencia familiar, la cual, según la autora, se requiere para que el hogar pueda funcionar como unidad. Plantea que cuando el hogar se ubica en el umbral de  $T_0$  (o de  $M_0$ ), entonces necesita una cantidad adicional de dinero ( $M_1$ ; o de tiempo,  $T_1$ ) para alcanzar el umbral de pobreza, el cual está representado por la curva AB de la gráfica III.1.

El punto A representa la combinación del mínimo de insumos de mercado con el correspondiente tiempo disponible para que el hogar no sea pobre por ingreso-tiempo. Por su parte, B corresponde con la combinación de ingreso y tiempo necesarios, cuando el hogar sólo tiene el tiempo mínimo requerido para las necesidades que no pueden ser satisfechas en el mercado; también con dicha combinación se obtiene el nivel de consumo para que el hogar no sea pobre.  $M_1$  es igual a  $M_0$  más una cantidad de dinero adicional necesario para contratar servicios de trabajo doméstico y cuidado de menores, o para adquirir bienes producidos en el mercado que sustituyan la necesidad de tiempo para esas actividades (lavado de ropa, comida preparada, guarderías, etcétera; *ibid.*: 31-32).

Para establecer las normas de tiempo mínimo requerido en el hogar, la autora utilizó una encuesta de presupuesto de tiempo realizada en los Estados Unidos en 1967, en la que se entrevistó a 1 400 hogares de clase media con jefe de hogar y cónyuge. Las normas de requerimientos de trabajo doméstico están basadas en los tiempos que se dedican a las actividades domésticas en los hogares con al menos un adulto sin trabajo remunerado y disponible de tiempo completo para el doméstico. Además Vickery supone que los hogares pobres son “menos eficientes” que la clase media para realizar este tipo de actividades, por lo que elige hogares cuyo ingreso se ubica alrededor de la línea de pobreza.

Vickery establece como norma de tiempo mínimo necesario para el mantenimiento físico y mental sano de una persona 81.4 horas a la semana (7.6 horas diarias para dormir, 0.3 para descansar, 1.2 para comer, 1.1 para cuidados personales y 10 horas de tiempo libre a la semana). Tomando en cuenta que una semana consta de 168 horas, las disponibles ( $T_m$ ) por cada adulto en el hogar para realizar trabajo doméstico o extradoméstico llegan a 86.6 (*ibid.*: 33). Los requerimientos de  $T_1$  dependen del número y edad de los miembros del hogar. Así, por ejemplo, un hogar conformado por un adulto y un menor requeriría 57 horas a la semana de trabajo doméstico (véase el cuadro III.1). Si el adulto trabajara 40 horas a la semana, le quedan disponibles 46.6 horas para dedicarse al trabajo doméstico. Por lo tanto el hogar requerirá, además del dinero para cubrir la

canasta mínima ( $M_0$ ), un ingreso adicional que le permita contratar el tiempo de una persona por alrededor de 10 horas a la semana, o pagar los servicios que no puedan ser cubiertos dentro de las 46.6 horas de las que dispone (ejemplo: lavado de ropa, comidas fuera de casa, guardería, etcétera). Si el hogar no cuenta con este ingreso adicional, entonces es considerado como pobre.

En el esquema de Vickery, los hogares con dos o más adultos quedan con amplia disponibilidad de tiempo y, por lo tanto, con baja probabilidad de ser pobres por esta dimensión. Por ejemplo, los hogares con dos adultos y dos a tres menores de 14 años tienen un requerimiento de trabajo doméstico (incluido el cuidado de los menores) de 66 horas a la semana. Ambos padres pueden trabajar extradomésticamente hasta 48 horas a la semana y todavía “cuentan” con 77.2 horas para trabajo doméstico entre ambos, por lo que quedan automáticamente clasificados como no pobres.

Cuadro III. 1. Requerimientos de tiempo de trabajo doméstico de acuerdo con las características demográficas del hogar, según Vickery.

<i>Número de menores de hasta 14 años de edad</i>	<i>Horas semanales de trabajo doméstico (<math>T_v</math>)</i>	
	<i>2 adultos</i>	<i>1 adulto</i>
sin menores	43	31
1	62	57
2-3	66	61
4-5	68	63
6 y más	74	69

Fuente: Vickery (1977: 45, cuadro A-1).

Del lado del ingreso, Vickery asume que cuando en un hogar sus miembros son pobres por esta dimensión, pero ricos de tiempo (porque alguno tiene un empleo de medio tiempo o no trabaja, por ejemplo), no tienen que ser clasificados como pobres por ingreso, pues tienen un potencial de generación de ingreso (si todos los adultos

trabajaran) que les permitiría alcanzar el umbral de pobreza, sin arriesgarse a padecerla en la dimensión de tiempo.

Aun así, al utilizar el *estándar generalizado de pobreza*, el número de hogares pobres encabezados por mujeres y con menores de hasta 17 años se incrementa en 14% (272 000 hogares más), lo que a su vez aumenta el porcentaje total de pobreza de 8.8% a 9.3% del total de hogares en los Estados Unidos en 1973 (*ibid.*: 34-35).

La propuesta de Vickery también puede ser criticada, en primer lugar, porque se construyó con una visión minimalista de los requerimientos de ingreso y con una norma de tiempo libre extremadamente austera. Como fue señalado, la línea de pobreza utilizada se basa en una canasta de alimentos que debe ser consumida temporalmente o en caso de emergencia, y al utilizarla se minimizan artificialmente los requerimientos reales de los hogares. Además, la línea de pobreza utilizada por Vickery está totalmente alejada de las prácticas sociales, ya que supone que los hogares pueden comprar muy pocos productos y servicios en el mercado, que los alimentos se adquieren crudos y que, por lo tanto, las comidas deben ser preparadas por los miembros del hogar en casa (incluidos los bocadillos entre comidas). Esto requiere que el / la administrador(a) del hogar dedique una parte importante de su tiempo disponible al trabajo doméstico, que sea eficiente y que tenga habilidades para comprar *inteligentemente* (*ibid.*: 30). La eficiencia la considera como la capacidad del administrador del hogar para obtener precios bajos y reducir los tiempos destinados al transporte para abasto y, en general, para la administración del hogar. La eficiencia así medida no concuerda con la realidad de la mayoría de los hogares pobres, ya que muchas veces se ven sujetos, por falta de recursos, a compras pequeñas en tiendas cercanas, adquiriendo generalmente los productos con precios más elevados que los que podrían obtener en lugares de mayoreo.

Por otro lado, en lo que se refiere al cálculo de la pobreza de tiempo, Vickery asigna un precio muy bajo de sustitución del tiempo de trabajo doméstico por bienes y servicios adquiridos en el mercado, como la misma autora reconoce;<sup>29</sup> además, supone que este costo es

<sup>29</sup>  $M_1$  y  $M_0$  son calculados asumiendo un valor promedio de sustitución de trabajo

el mismo para el cuidado de menores, a pesar de que es una actividad que tiene, por lo general, precios más elevados que los relacionados con el pago de trabajo doméstico. Por lo tanto, minimiza los requerimientos de ingreso para sustituir este servicio en el mercado, y quedan erróneamente clasificados como no pobres los hogares con menores de edad, ya que en la realidad su ingreso resultará insuficiente para cubrir esta necesidad.

Vickery asume, como Garfinkel y Haveman, que todos los adultos del hogar están dispuestos a trabajar a la tasa salarial prevalente, y además que si laboran menos horas que las que pueden es por razones de preferencia. No considera que existen periodos de desempleo.

En cuanto a la norma de tiempo libre, al suponer como necesarias únicamente 10 horas a la semana, Vickery establece un parámetro muy bajo aun tomando como referencia los estándares observados en la encuesta utilizada para determinar los umbrales para cada actividad. Según los propios datos de la autora, la media de tiempo libre por adulto a la semana era de 36 horas a mediados de los años sesenta en los Estados Unidos (véase Vickery, 1977: anexo). Ello descalifica las normas de tiempo de la autora, ya que se alejan de manera considerable de la práctica social observada.

Al estimar la pobreza con estándares tan restrictivos tanto de tiempo como de ingreso, Vickery subestima las carencias padecidas por los hogares en ambas dimensiones. Por último, cabe resaltar que la autora no toma en consideración para el cálculo de la pobreza los demás indicadores evaluados por el método de NBI, cuya carencia afecta el bienestar de la población, como la calidad de la vivienda, el acceso a la seguridad social y a los servicios de salud (que en los Estados Unidos es crítica para los sectores pobres que no cuentan con seguros médicos), entre otros; todas estas dimensiones que en el MMIP sí se incluyen.

doméstico, incluido el cuidado de menores de 2.0 y 2.5 dólares de los Estados Unidos por hora. No obstante la misma autora reconoce que estos valores son “conservadores” para el año del cálculo (1973), pues en 1967 el valor del salario de una trabajadora doméstica era de 2.5 por hora.

*Burchardt: la pobreza de capability de ingreso-tiempo*

Igual que el método de Vickery, el de Burchardt (2008) se apega a los postulados de Becker en torno a la organización de los hogares. La autora intenta incorporar el concepto de *capability* de Amartya Sen.<sup>30</sup> Así, implícitamente, supone que los individuos tienen un conjunto de opciones, entre las cuales pueden elegir trabajar más tiempo para generar un mayor ingreso o disfrutar de más tiempo libre y tener un ingreso menor.

En cuanto a la determinación de normas, sigue dos caminos. El primero, que ubicamos dentro de los enfoques absolutos, se basa en la opinión de expertos sobre los requerimientos para ciertas actividades claves (cuidado de menores) y gastos que los hogares deben hacer (alimentación, por ejemplo), mientras que en el segundo sigue el procedimiento propuesto por Townsend para calcular la pobreza relativa, como veremos más adelante.

<sup>30</sup> Boltvinik (2005) sugiere evitar la traducción del concepto de *capability* de Sen, que normalmente se traduce como “capacidades”, ya que el significado de la palabra en español no corresponde con las acepciones que le ha dado el autor. Señala que uno de los problemas básicos en el enfoque de Sen ha sido no precisar claramente el sentido de *capability*. En el primer escrito en el que aparece el concepto (“¿Equality of What?”, reproducido en Amartya Sen (1982), *Choice Welfare and Measurement*, Oxford, Basil Blackwell, 1982) Sen proporciona tres pistas sobre su significado: 1) en la frase “la persona que es capaz de hacer ciertas cosas básicas”; 2) proporciona ejemplos como las *habilidades* de trasladarse y de satisfacer los requerimientos nutricionales, los medios para vestirse y alojarse, el poder de participar en la vida social de la comunidad, y 3) cuando habla de lo que *las cosas buenas hacen* por los seres humanos.

De acuerdo con Boltvinik, la primera pista se refiere al *lado activo* del ser humano, pero no a la acción misma, sino a la *capacidad de hacer*, mientras la tercera alude al *lado pasivo*, ya que el activo lo ocupan las cosas: *son éstas las que hacen* (algo por los seres humanos). Este lado pasivo desapareció en los desarrollos posteriores de Sen, probablemente como consecuencia de la terminología adoptada: la palabra *capability* alude a la primera pista pero no a la tercera.

En los ejemplos de Sen se nota una ambigüedad en el concepto de *capabilities*, por eso usa habilidad, medios y poder. Por otra parte, aparece una “gimnasia verbal” para asociar la alimentación con la primera pista, a pesar de que ésta está claramente asociada con la tercera pista (lo que los bienes hacen por las personas), lo cual desvanece el lado pasivo del ser humano. Sin embargo, en sus desarrollos posteriores Sen ofrece un concepto de *capability* como el conjunto de opciones que los individuos tienen para elegir, las cuales finalmente dependen de la capacidad económica de los sujetos, es decir, de su nivel de ingreso.

Burchardt considera que al utilizar los métodos unidimensionales de pobreza se cometen dos errores: 1) al ser el ingreso la única variable, algunos hogares quedan clasificados como no pobres, a pesar de que sus miembros tienen que trabajar largas jornadas para escapar de la pobreza y quedan con insuficiente tiempo para las actividades domésticas, tiempo para el cuidado, tiempo libre, etcétera, y 2) cuando el tiempo es la única variable, algunos hogares aparecen como pobres aun cuando su tasa salarial les permitiría trabajar menos horas sin arriesgarse a padecer pobreza de ingreso. De acuerdo con la autora, estos errores de clasificación podrían evitarse al hacer interactuar ambas dimensiones.

El trabajo de Burchardt analiza la situación de pobreza de ingreso-tiempo en Gran Bretaña<sup>31</sup> y parte de una reflexión sobre las políticas sociales que afectan la disponibilidad de estos recursos a escala de los hogares. Para desarrollar su modelo, asume que el contexto en el que los individuos toman decisiones para lograr un balance de ingreso-tiempo es constante. Dicho contexto incluye cuatro elementos:

- 1) el ambiente físico, caracterizado por la infraestructura de transporte que afecta los tiempos de traslado al trabajo y a las áreas de cuidado de menores;
- 2) la economía, cuyas características determinan los bienes y servicios que pueden ser adquiridos en el mercado con un ingreso determinado, la disponibilidad de empleos de medio tiempo, la flexibilidad en el trabajo y la demanda global de empleo;
- 3) la cultura y las prácticas sociales, que determinan lo que se espera que asuma cada individuo como responsabilidad según su sexo (como el cuidado de menores) y,
- 4) la política social, que establece los derechos sobre los cuales los individuos pueden apoyarse para obtener mayor ingreso o tiempo, de acuerdo con las condicionalidades que se establecen para gozar de tales derechos (2008: 16).

<sup>31</sup> La autora se basa en la Encuesta de Uso de Tiempo de Gran Bretaña, 2000. En cuanto al ingreso de los hogares, como la encuesta sólo tiene información sobre el rango de ingresos brutos del hogar, imputa el valor del ingreso neto utilizando la información proveniente de una Encuesta sobre Recursos Familiares.

Menciona que los derechos y las regulaciones laborales son de los elementos que mayor efecto tienen sobre la disponibilidad de tiempo libre y el ingreso disponible de los hogares. En segundo lugar, identifica la provisión pública de servicios de cuidado, las ayudas monetarias dirigidas al sustento de los menores de edad, y las que se otorgan a las personas que se responsabilizan del cuidado de ancianos y discapacitados en el hogar.

Aunque Burchardt reconoce algunas de las críticas que se han hecho al modelo de Becker, retoma el concepto de ingreso total, al que añade el de *capability* (*full income capability*), que entiende como un conjunto de opciones de ingreso-tiempo entre los cuales los hogares pueden elegir para obtener el mayor bienestar, idea muy similar a las de los autores norteamericanos que hemos citado con anterioridad. Siguiendo a Vickery, establece un tiempo requerido para llevar a cabo las actividades que permiten a los miembros del hogar mantenerse en condiciones para realizar un trabajo remunerado, incluidas en éste las de cuidado personal y trabajo doméstico. Retoma la idea de un autor llamado Bojer en torno a que el tiempo disponible para trabajo remunerado depende de la restricción del número de horas en un día, de la rigidez de los empleadores para ofrecer jornadas laborales con horarios flexibles y de las normas sociales relacionadas con la división del trabajo en el interior de los hogares (como Becker), suponiendo que las madres “deben” cuidar a los menores en lugar de conseguir empleos con largas jornadas.<sup>32</sup>

Burchardt considera acertada la crítica al esquema de Becker, en torno a que considerar al hogar como una unidad no captura la dinámica que realmente se vive en su interior. Considera que la distribución de los recursos entre sus miembros depende de una combinación de actitudes muy variadas (altruistas, de reciprocidad, de cooperación, de conflicto, de explotación y de negociación); por lo tanto, en lugar de entender el hogar como unidad de análisis, calcula la pobreza de tiempo a nivel individual, de acuerdo con las respon-

<sup>32</sup> En México para muchas mujeres cada día es más difícil combinar el cuidado de menores con el trabajo, sobre todo por los bajos salarios que las obligan a tomar, precisamente, empleos con largas jornadas aun arriesgando la seguridad física y psicológica de los menores al dejarlos en el abandono diurno.



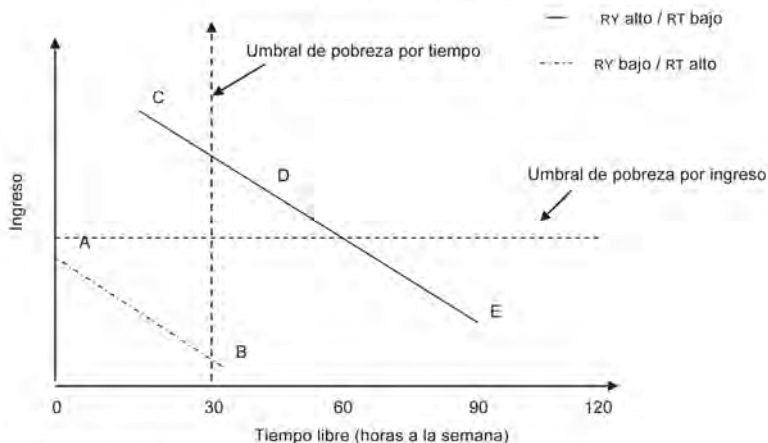
sabilidades adquiridas por cada uno de sus miembros. La diferencia fundamental con los otros modelos es que se asume que las cargas de trabajo doméstico y extradoméstico se distribuyen equitativamente, aunque toma la cantidad de tiempo que los entrevistados declaran dedicar al trabajo. Su esquema no es estrictamente el del “ingreso total” de Becker, ya que no asigna un costo monetario a las actividades como arreglo y cuidado personal o tiempo para consumir alimentos (*ibid.*: 11).

En el modelo que esta autora elabora, la elección de los individuos en torno a las posibles combinaciones de ingreso-tiempo tiene dos restricciones: los recursos disponibles y las responsabilidades de cuidado de otros en el hogar y de uno mismo. Siguiendo la escuela de Becker, Burchardt considera el recurso tiempo como las 24 horas del día y, en materia de ingresos, incluye además del laboral algunas formas de “capital”: 1) el financiero (ahorro, deudas, etcétera); 2) el físico (vivienda y equipamiento); 3) el humano, el cual es en su esquema el elemento clave para determinar el salario potencial de cada individuo, que está en función de la educación, la calificación, la experiencia y la salud, y 4) el recurso social, donde se incluye la ayuda que amigos y familiares pueden proporcionar a las personas, ya sea en forma de bienes o servicios, pero sin pago. Al ingreso laboral no le da estatus de recurso, en tanto que depende de la aplicación de tiempo al trabajo.

Siguiendo a Vickery, elabora una gráfica (similar), la cual reproducimos aquí (III.2), y en la que se pueden observar las combinaciones plausibles de ingreso-tiempo que los hogares tendrían para satisfacer “todas” sus necesidades. De esta forma se observan diversas líneas a las que llama de *ingreso total de capability*. La formada por la recta AB no permite a los hogares superar la pobreza en ninguno de sus puntos, ya que las combinaciones de ingreso-tiempo quedan por debajo de los umbrales en ambas dimensiones. En la línea CDE se pueden tener diversas situaciones de pobreza / no pobreza, según la ubicación o las preferencias en el hogar. La pobreza de ingreso-tiempo puede ser superada en el tramo de la curva donde se ubica D, pero las combinaciones plausibles pueden colocar a los individuos en pobreza de tiempo (C) o de ingreso (E), dependiendo de sus preferencias

(más tiempo o más ingreso). La ubicación de las curvas en los ejes depende del ingreso por hora promedio de los ocupados en el hogar y de la cantidad de tiempo comprometido (alto o bajo).<sup>33</sup>

Gráfica III.2. Ingreso total de *capability*.



RY = Requerimiento de ingreso.

RT = Requerimiento de tiempo, en relación con la responsabilidad de horas comprometidas para trabajo obligatorio (véase texto).

A = pobreza de tiempo y de ingreso.

B = pobreza de ingreso.

C = pobreza de tiempo.

D = sin pobreza.

E = pobreza de ingreso.

Fuente: Burchardt (2008: 24).

Burchardt supone que el grado de responsabilidad que tienen los individuos en cada hogar determina la “elección” de la combinación de tiempo destinado a generar ingreso y a satisfacer necesidades fuera del mercado. La línea punteada (AB) corresponde de personas

<sup>33</sup> El grado de responsabilidad de tiempo está en función de las necesidades de trabajo doméstico, extradoméstico, cuidado de otros en el hogar (menores, ancianos y discapacitados) y el destinado al arreglo y cuidado personal. El tiempo restante al día, una vez cubiertas estas necesidades, es el tiempo libre.

con ingreso muy bajo y responsabilidad elevada en términos de tiempo comprometido al cuidado y, por lo tanto, no se puede alcanzar el umbral de ingreso ni tampoco el de tiempo para no ser pobre, aun cuando trabajaran extradomésticamente hasta quedar sin tiempo para dormir (situación representada por el punto A en la gráfica). En cambio, si quisieran contar con tiempo libre tendrían que morir de hambre, ya que su ingreso quedaría muy alejado del umbral de pobreza (punto B).

La línea CD representa a las personas que, a pesar de tener un nivel de responsabilidades alto en términos de tiempo comprometido, como en el caso anterior, su ingreso es más alto. Podrían optar por una combinación en la que padecieran pobreza de tiempo por trabajar muchas horas (punto C), o bien gozar de tiempo libre si trabajaran menos horas, con lo que se ubicarían por arriba del umbral de tiempo, sin arriesgarse a padecer pobreza de ingreso (punto D). En este caso también pueden elegir tener mucho tiempo libre, aunque padezcan ingresos bajos (E).

Para ejemplificar las combinaciones disponibles por las que pueden optar, Burchardt describe la situación de una madre soltera que tenía empleo de tiempo completo (de las 9 a las 16 horas) y dejaba a su hijo la mayor parte del día en una guardería pagando horas extras por su cuidado. Al serle exigido otro horario que no podía cumplir, porque no se ajustaba con los de la guardería, fue despedida, pero pudo encontrar otro trabajo con horarios más flexibles y menos pago; sin la necesidad de erogar dinero por el tiempo extra de cuidado del menor, su ingreso no se redujo sustancialmente y, además, obtuvo el beneficio de pasar más tiempo con su hijo (*ibid.*: 51-52). Aunque la autora reconoce que muchas veces no hay suficientes opciones disponibles de empleo, o existen muy pocas posibilidades de arreglo con los jefes (o patrones) para lograr compaginar trabajo con el cuidado de otros miembros del hogar (o para cumplir con las responsabilidades familiares que se tienen), supone que existe un grado de discrecionalidad individual que permite decidir entre el número de horas que se dedican al trabajo extradoméstico y la cantidad de bienes y servicios que se tienen que adquirir en el mercado para cubrir el trabajo doméstico y el cuidado de otros en el hogar,

lo cual implica un mayor número de horas dedicadas a trabajo remunerado. De esta forma justifica su decisión de suponer total flexibilidad en el mercado laboral para elegir el número de horas trabajadas extradomésticamente.

Entre las inconsistencias de este modelo en materia de tiempo, pudimos detectar que, aunque considera importante mantener el “capital” (por ejemplo, elevar la educación, descansar, o mantener y reparar la vivienda), no incluye el tiempo requerido para ello con el argumento de que no se pueden determinar dichos tiempos “necesarios”. En cuanto a la ayuda sin pago recibida por amigos y familiares para trabajo doméstico o cuidado de menores u otros adultos del hogar, no descuenta el que los adultos del hogar dedican de manera recíproca, y, por lo tanto, a escala social sobrestima la ayuda. Por otra parte, asume total simultaneidad entre actividades de cuidado de menores con cuidado personal o trabajo doméstico (cocinar, cuidar el jardín, etcétera), lo cual, según los datos empíricos, es falso (véase el capítulo VI).

Burchardt realiza cuatro ejercicios para medir la pobreza de ingreso-tiempo, basados en la encuesta de uso de tiempo levantada en Gran Bretaña en el 2000. Dos con un enfoque relativo, tomando en el primero la cantidad de tiempo libre declarado por los adultos de la encuesta (mayores de 16 años) y estableciendo como norma de satisfacción, tanto de ingreso como de tiempo libre, 60% de la mediana observada. En los tres ejercicios adicionales, establece las normas de uso de tiempo en cada actividad parcial (dormir, comer, arreglo personal, sueño, trabajo doméstico, cuidado de otros en el hogar, etcétera) utilizando en uno el enfoque absoluto, en otro el relativo y en el último una combinación de ambos (absoluto en la dimensión de tiempo y relativo en la de ingreso).

Cabe resaltar que esta autora sigue la tradición sajona de identificar a los pobres mediante el principio de intersección de conjuntos; de esta manera solamente son pobres los que cumplen con la condición de serlo tanto en la dimensión de ingreso como en la de tiempo. El efecto minimizador que esta decisión tiene sobre los datos de pobreza se refleja en los resultados obtenidos por la autora en el primer ejercicio. De esta forma, aun cuando 11.6% de los adultos

eran pobres de tiempo y 21.7% lo eran por ingreso, sólo reconoce como pobres a 1.6%, ya que lo eran en ambas dimensiones.

Lo absurdo del principio de intersección se hace evidente cuando se constata que 20.1% de los adultos pobres por ingreso, pero no de tiempo, no entrarían en las cuentas nacionales de pobreza. Adicionalmente habría 10% de adultos que resultaron pobres de tiempo, pero no de ingreso, y que quedarían fuera de todo apoyo gubernamental.<sup>34</sup>

En los siguientes tres ejercicios, la autora no utiliza el dato sobre el ingreso / tiempo libre de que dispone el hogar, sino el del que potencialmente podrían obtener.<sup>35</sup> Cabe aclarar que, para conocer el potencial de tiempo libre de los adultos, establece cuáles son los

<sup>34</sup> El principio de intersección de los conjuntos para la identificación de los pobres en la tradición sajona surge de las críticas que hace Piachaud al método de Townsend, quien intentaba develar una línea de pobreza objetiva, identificada como el punto en la distribución del ingreso, donde el número de carencias en indicadores de privación aumentaba rápidamente. Piachaud señala que Townsend carece de suficiente argumentación teórica y metodológica que apoye su propuesta; ante las críticas, Townsend cede y acepta la propuesta de Nolan y Whelan de identificar a los verdaderamente pobres, es decir, los hogares que tienen ingresos bajos (de acuerdo con una línea de pobreza predeterminada) y padecen privación forzada en uno o más de los rubros identificados como indicadores de estilo de vida (Gordon *et al.*, 2000). Cabe resaltar que esta forma de identificación de los pobres es arbitraria en extremo, ya que la determinación del número de rubros elegidos como indicador de privación (en este caso el umbral de tiempo) es también arbitraria. Hay que recordar que estas propuestas surgen de la preocupación de los gobiernos por evitar cifras elevadas de subsidios a la población, con el argumento de la necesidad de evitar que los recursos públicos lleguen a quienes no lo merecen.

<sup>35</sup> En cuanto al ingreso disponible, Burchardt no incluye el proveniente del capital financiero, que en el caso de los que tienen altos ingresos puede ser importante, pero sí considera otras formas de capital, como el auto propio, ya que su disponibilidad afecta los tiempos de traslado. Por otra parte, del ingreso bruto se descuentan impuestos y pagos a la seguridad social, asumiendo que lo reciben todos los hogares que tienen algún miembro que, de acuerdo con las reglas de operación, es candidato a la seguridad social; establece además qué hogares gozan de una exención de impuestos (los que tienen hijos menores de 18 años, por ejemplo); determina los costos de contratar servicios de cuidado de menores (o de algún otro miembro que requiera cuidado: ancianos, enfermos, etcétera), y los de la transportación al trabajo, y, finalmente, imputa el ingreso que corresponde por el uso o consumo de bienes subsidiados y el de los beneficios monetarios recibidos por los distintos programas de seguridad social (si los hogares deben recibirlos por la presencia de menores de edad, jubilaciones, etcétera).

requerimientos en términos de horas necesarias para cada actividad específica, y propone lo que denomina como tiempo comprometido, que incluye: trabajo doméstico, arreglo personal, cuidado de otros miembros del hogar, transporte al trabajo y desde él y el que se requiere para llevar a los menores a la guardería.<sup>36</sup> Independientemente del enfoque con el que aborda la medición (absoluto o relativo), Burchardt define un listado de actividades que no pueden ser sustituidas por bienes y servicios en el mercado, entre las cuales se encuentra el cuidado personal y un tiempo mínimo de interacción entre padres e hijos (menores de 16 años). Pero considera que una parte importante del tiempo de cuidado de menores y de otros miembros del hogar (enfermos, ancianos, discapacitados), así como todo el trabajo doméstico, puede ser sustituido mercantilmente.

En el ejercicio en el que ambas dimensiones se determinan mediante normas absolutas, la pobreza se calcula comparando el ingreso de los hogares con una canasta normativa estándar “de bajo costo pero aceptable” elaborada por Parker (1998, citado en Burchardt, 2008), quien la definió con base en el costo de un conjunto de bienes y servicios requeridos para el consumo básico; incluye alimentos y otros bienes básicos. En términos del umbral en la dimensión de tiempo, Burchardt establece cero horas de tiempo libre como norma, con el argumento de que no hay una definición clara de cuál es la cantidad mínima de tiempo libre requerida (2008: 39). Para ella, las personas que podrían gozar de al menos un minuto de éste a la semana no son pobres de tiempo (20). Ello supondría que los adultos en edad de estar ocupados “pueden” dedicarse exclusivamente al trabajo, lo cual es extremadamente exigente en términos de esfuerzo y refleja una concepción del ser humano como bestia laboral.

En materia de transporte, asume cinco horas a la semana por viajes al trabajo (de medio o tiempo completo) para quienes tienen auto, y 46 minutos adicionales para quienes se trasladan en transporte público. En cuanto al tiempo para trasladar a los menores de

<sup>36</sup> Incluye, dentro del tiempo libre, el que se obtiene gracias al número de horas de ayuda sin pago que se reciben de familiares, amigos o la que proporciona el Estado para el cuidado de menores y el trabajo doméstico, aun cuando esta ayuda pueda servir para trabajar extradomésticamente un número mayor de horas a la semana.

edad a los lugares de cuidado, establece una norma con un rango de tres horas con 10 minutos a tres horas con 35 minutos, que varía de acuerdo con que los niños asistan medio o tiempo completo a la guardería y la escuela.

En cuanto a la norma absoluta del tiempo necesario para el arreglo y el cuidado personal, lo determina, como Vickery, en 10 horas (ocho horas para dormir y dos horas para comer, lavarse y vestirse). En lo que se refiere a cuidado de menores, Burchardt retoma la opinión de expertos que recomiendan que los menores de hasta 12 años deben contar con supervisión de un adulto las 24 horas al día (aunque también refiere a otros que recomiendan total supervisión hasta los 14 años de edad), los de 13 y 14 años requieren total supervisión 20 horas y los de 15 y 16 años sólo seis horas; a éstas les descuenta las horas que los menores deben pasar en la escuela, que en Inglaterra van de cero, para los de hasta tres años de edad, a cinco, para los que tienen de cuatro a 16 años. En los requerimientos incluye el tiempo recomendado por los expertos para la interacción entre los menores y sus padres, que va de una a seis horas al día, dependiendo de la edad del menor (mientras más pequeños, mayor el número de horas, véase *ibid.*, 2008: 57, cuadro 3.2). El tiempo restante en el que los menores requieren tener supervisión (de cero a 19 horas al día) puede estar cubierto por cuidadores(as) pagados o por establecimientos especializados.

En cuanto a las normas relativas referidas a la dimensión de tiempo, la autora no se siente cómoda con las que resultan de aplicar este método, ya que considera que una persona puede preferir un baño de tina de media hora con el mismo resultado (en términos de higiene, pero no de descanso, habría que agregar) que otra que toma un regaderazo de cinco minutos. Pero el mayor problema lo encontramos con la determinación de las normas para el mantenimiento sano de la salud física y mental, así como para el cuidado de menores y la interacción familiar.

En lo que respecta al arreglo personal, establece la norma siguiendo el procedimiento de Goodin *et al.* (2008), quienes toman 80% de la mediana de la suma de las tres actividades incluidas en el cuidado personal: dormir, arreglo personal y alimentación. Con

base en los datos observados, Burchardt obtuvo una norma relativa de ocho horas con 31 minutos al día, la cual es muy baja para los estándares aceptados por los expertos, ya que las personas tendrían que dormir menos de lo recomendado o comer apresuradamente. La incongruencia en la decisión de utilizar esta norma se hace aún más evidente cuando la autora señala que la mediana dedicada a estas actividades es bastante constante entre la población adulta.

En lo que se refiere al cuidado parental, Burchardt establece como norma 80% de la mediana observada, lo cual se ubica en parámetros muy alejados a los recomendados por expertos; esto se refleja en que son más bajos que los que utiliza con el método absoluto. La norma relativa para contacto directo con los menores va de cero a dos horas al día y, el resto del tiempo que requieren supervisión queda clasificado como potencialmente sustituible por servicios pagados de cuidado de menores. En caso de hogares con requerimientos de cuidado de adultos, se asume que pueden ser satisfechos a través del mercado (Burchardt, 2008: 60).

Cabe resaltar que Burchardt menciona que no sabe qué tan conveniente es usar una norma absoluta o relativa, ya que mientras en ciertas actividades existen estándares comunes reconocidos por expertos, como ocho horas diarias de sueño para los adultos, no es así para otras, como la de las labores domésticas. Esto mismo sucedería con el tiempo de transporte, que depende del tamaño de la ciudad y de la ubicación de la residencia con respecto al lugar de trabajo.

Tomamos la determinación de normas para trabajo doméstico, en las que no existe acuerdo, para ejemplificar la dificultad de aplicar el enfoque relativo o absoluto sin tener bases objetivas para su determinación. En cuanto al enfoque absoluto, siguiendo a Vickery, Burchardt decide tomar el tiempo dedicado a éste en un grupo de referencia, cuyo ingreso esté alrededor de la línea de pobreza relativa, pero que no reciba ayuda altruista de amigos o familiares y que tampoco pague a otra persona para realizarlo (misma metodología seguida por Zacharias *et al.*, 2012). La norma absoluta la establece como la media del tiempo dedicado por estos hogares a trabajo doméstico, pero la relativa la determina con 80% de la mediana, sin dar mayor justificación de las razones de esta decisión. El cuadro III.2



contiene el número de horas de trabajo doméstico normativamente requerido, de acuerdo con el tamaño del hogar, que resulta de aplicar el enfoque absoluto y el relativo. Como se observa, la norma relativa es sistemáticamente menor a la absoluta. Por ejemplo, en los hogares con un solo adulto, la absoluta es casi del doble que la relativa. Es importante notar que los estándares de tiempo requerido para trabajo doméstico son mucho más bajos que los de Vickery y los de Boltvinik (véase valores en el capítulo IV), pero similares a los de Goodin *et al.* (2008), como veremos a continuación.

Cuadro III.2. Norma de tiempo de trabajo doméstico de acuerdo con Burchardt.

<i>Tipo de hogar</i>	<i>Norma absoluta</i>		<i>Norma relativa (80% de la mediana)</i>	
	<i>Horas</i>	<i>Jornadas 48 hrs.</i>	<i>Horas</i>	<i>Jornadas 48 hrs.</i>
1 adulto	12.35	0.26	6.48	0.14
2 adultos	31.52	0.66	20.16	0.42
1 adulto y 1 niño	21.10	0.44	18.48	0.39
2 adultos y 2 niños	33.39	0.70	26.48	0.55

Fuente: Burchardt, 2008: 59, cuadro 3.3.

Cabe señalar que, con el enfoque absoluto, a los hogares de dos adultos se les asigna casi la misma norma de tiempo requerido para trabajo doméstico que a los de cuatro personas, aunque dos de ellas sean menores de edad. En cambio, la diferencia es de más de seis horas a la semana con el procedimiento relativo, aunque el número total de las normativamente requeridas es mucho menor. Con variaciones tan amplias no es posible deducir cuál método se acerca más a lo necesario; sin embargo, Burchardt (igual que Goodin *et al.*) supone

que los hogares, sobre todo los conformados únicamente por adultos y sin niños, tienden a ser ineficientes en el trabajo doméstico, ya que las mujeres, en este tipo de hogares, le dedican más tiempo del necesario.<sup>37</sup> Aun así, no se ajustan las normas para que sean coherentes con esta observación.

Una vez establecidas las normas, Burchardt calcula la pobreza de ingreso-tiempo con el enfoque del *conjunto de capabilities set*; sus resultados la llevan a aceptar que, cuando se asumen normas absolutas, “en principio, no todas las combinaciones de ingreso-tiempo libre son posibles en la práctica. Por ejemplo, gastar hasta el último centavo en cuidado de menores dejaría a la familia sin dinero para comer, y utilizar hasta el último minuto en trabajo la dejaría sin tiempo para dormir” (2008: 83). No obstante; considera que tiene mayor ventaja utilizar las normas absolutas en lugar de las relativas,

porque al basarse la definición de [normas] relativas en la distribución observada de las asignaciones de tiempo de la población, introduce un grado de circularidad (si mucha gente es obligada a elegir asignaciones en las que tienen menos tiempo en alguna actividad en particular, digamos tiempo para estar con los niños, que la que consideren adecuada), entonces esta limitación es introducida en la definición de lo que es adecuado (*idem*).

Pero también considera que la definición absoluta tiene limitaciones, sobre todo por la naturaleza arbitraria con la que se juzgan los estándares mínimos, crítica en la que no ahonda.

Sus resultados no son sorprendentes, ya que encuentra que los individuos con un mayor conjunto de opciones de ingreso-tiempo tienen mayor disponibilidad de recursos (por ejemplo, contar con un adulto adicional en el hogar o tener mayor salario, lo cual se asocia con el nivel educacional y la ausencia de discapacidad o enfermedad); de igual manera encuentra que los que tienen un mayor rango de

<sup>37</sup> En un trabajo con grupos focales en el Distrito Federal (2011), las mujeres con hijos mayores de 17 años y que sólo se dedican al hogar declaran tener tiempos “muertos” en los que buscan actividades, como sacar un cajón y ordenar su contenido, entre otros, según ellas mismas (véase Damián y Figueroa, en prensa).

opciones tienden a elegir una asignación que les da más tiempo libre e ingreso disponible.

Burchardt llega a la misma conclusión que Goodin *et al.* (2008), en cuanto a que en los países desarrollados existe una sensación subjetiva generalizada de presión de tiempo, y no una pobreza “objetiva” de tiempo, ya que, de acuerdo con sus cálculos, cuando se aplica el enfoque absoluto en ambas dimensiones del bienestar, sólo 2.4% de la población adulta en edad de trabajar<sup>38</sup> es pobre de ingreso-tiempo. Se le olvida mencionar que llega a esta conclusión utilizando un parámetro de tiempo libre igual a cero. Son tan bajos sus parámetros para identificar la carencia de tiempo que los resultados no varían sustancialmente cuando cambia de enfoque (3.1% cuando utiliza el enfoque absoluto en tiempo y relativo en ingreso y 3% cuando las normas en ambos componentes se establecen con el enfoque relativo; Burchardt, 2008: 81, tabla 3.5). A decir de la autora, los individuos en esta situación padecen simultáneamente pobreza de tiempo e ingreso (de *capability*), lo que significa que no tienen opción de modificar su situación, ya que, de querer ampliar su ingreso, incurrirían en pobreza de tiempo (y viceversa; 83). Nótese además que el porcentaje que le parece más adecuado a la autora es el que da menos pobres.

Al aplicar el método de *capability* de ingreso-tiempo encuentra que la pobreza es mayor para los niños, ya que en los que viven en hogares en los que al menos una persona es pobre por las dos dimensiones asciende a 10% y 14% (con el método absoluto y relativo, respectivamente), también encuentra que los adultos que son madres / padres solteros tienen una incidencia de la pobreza de *capability* de 42% y 56% (*ibid.*: 84), por lo que concluye que es este grupo poblacional el que debe ser atendido por la política social. Pero, como hemos visto, uno de los problemas en la metodología de Burchardt es la minimización de las normas de tiempo e ingreso, que se suma a la que resulta de utilizar el criterio de intersección de conjuntos para definir a los “verdaderamente” pobres.

<sup>38</sup> Definida por la autora como la que tiene de 16 a 59 años de edad en mujeres y hasta 64 años en hombres; aplica su método sobre este grupo poblacional, ya que está en el rango de edades en el que, según la legislación británica, se puede participar en el mercado laboral.

*Goodin et al.: pobreza de tiempo discrecional*

El método desarrollado por Goodin *et al.* (2008) pretende que el tiempo sea utilizado como una medida alternativa al ingreso para medir la justicia social. Proponen utilizar el concepto de tiempo “discrecional”, que definen como la cantidad de tiempo en la que los individuos pueden elegir libremente las actividades que llevan a cabo (34). Señalan que su propuesta deriva de que el tiempo libre declarado por los individuos no es un buen indicador para medir la pobreza de tiempo, ya que muchos deciden libremente trabajar más tiempo del necesario para no ser pobres de ingreso y, por lo tanto, ese tiempo debe ser considerado como discrecional y esa población no debe ser contabilizada como pobre de tiempo.

De acuerdo con los autores, si bien todos tenemos 24 horas al día, cuando alguien afirma que una persona tiene “más tiempo” que otra, en realidad se refiere a que tiene menos restricciones y más opciones para elegir de manera autónoma cómo “gastar” su tiempo. Su modelo parte de tres premisas: 1) todos tenemos el mismo número de horas disponibles en un día; 2) el tiempo es escaso, nadie tiene más de 24 horas, y 3) el tiempo es un insumo necesario para cualquier cosa que uno quiera hacer o para convertirse en lo que uno quiera.

Para medir la “autonomía temporal” y, por lo tanto, la disponibilidad de tiempo discrecional, Goodin *et al.* identifican tres áreas de la vida en las que se deben establecer normas de tiempo para satisfacer necesidades (básicas) con el fin de obtener el tiempo discrecional: 1) las necesidades corporales (dormir, comer y, en general, cuidar del cuerpo); 2) las financieras, definidas por el tiempo requerido para obtener el ingreso mínimo necesario para adquirir en el mercado los bienes y los servicios para no ser pobre, y 3) las que involucran los requerimientos asociados con el hogar en su conjunto, entre las que se incluyen tareas domésticas y el cuidado de los menores (*ibid.*: 34-35).

El tiempo que sobra después de satisfacer estas tres áreas de la vida es lo que llaman tiempo discrecional, ya que (en teoría) puede ser utilizado como se quiera. De acuerdo con los autores, la definición de la cantidad de tiempo necesario en cada una de las tres áreas

no está dada por lo que cada persona dedica a dichas actividades en lo particular, sino por los estándares sociales (*ibid.*: 5). Establecen las normas de tiempo con el mismo parámetro para la determinación de las líneas de pobreza relativas en los países europeos. Nótese aquí que Goodin *et al.* no se percatan de la circularidad en el uso de este método, como advierte Burchardt.

La primera norma que establecen se refiere al tiempo que se necesita destinar al trabajo remunerado para escapar de la pobreza por ingreso. Hacen especial énfasis en que la determinación de las normas debe estar guiada por el concepto de “necesidad”. En el caso del tiempo requerido para el trabajo aseguran:

Típicamente la gente trabaja un número de horas mucho mayor que las necesarias para obtener el ingreso estrictamente requerido para escapar de la pobreza [...] Cuando lo hacen, sin embargo, aparecen como pobres de tiempo desde las nociones más ordinarias. Pero ello no es correcto. Por definición “evitar la pobreza” define los límites *estrictamente necesarios* [itálicas añadidas]. En tanto la gente trabaje más horas que las estrictamente necesarias para ello puramente por su propia decisión (porque prefieren mayor ingreso que el mínimo necesario), eso debe ser visto como un *ejercicio* de su autonomía temporal, no como una restricción sobre ella (*ibid.*: 6).

Es claro que el criterio que Goodin y coautores utilizan para determinar el tiempo de trabajo necesario supone que la oferta y la demanda de mano de obra son totalmente flexibles, es decir, que los individuos pueden trabajar el número de horas que deseen a la tasa salarial que se les ofrece, y que los empleadores ofrecen empleos flexibles en términos de número de horas, el mismo supuesto de los autores que hemos analizado y que intentan identificar a los “verdaderamente” pobres de tiempo. Como vimos cuando analizamos a Haveman y Vickery, a todas luces éste es un supuesto falso. Al asumir esta postura se exagera el tiempo discrecional y se minimiza la pobreza de tiempo.

Por otra parte, los autores asumen que mediante su método se expresa la pobreza en general, sin necesidad de mostrar la pobreza

de ingreso, aunque parten de esta última variable para conocer la de tiempo. Así, para calcular el tiempo necesario para trabajo extradoméstico, definen una línea de pobreza relativa (la mitad de la mediana del ingreso) para cada país que conforma su estudio: los Estados Unidos, Australia, Alemania, Francia, Suiza y Finlandia.<sup>39</sup> El número de horas de trabajo extradoméstico necesarias para escapar de la pobreza depende del salario medio por hora de los miembros del hogar que están ocupados, de los ingresos provenientes de otras fuentes (jubilaciones, intereses, etcétera), de los impuestos que los hogares deben pagar y del *costo esperado para pagar el cuidado de menores* de cero a cinco años de edad.<sup>40</sup> A este ingreso lo denominan *ingreso neto sin cuidado de menores* ( $YN_{sc}$ ) y es el que comparan con una línea de pobreza ajustada de acuerdo con su costo esperado, por lo tanto, la línea de pobreza es distinta para cada hogar.<sup>41</sup>

El *costo esperado para pagar el cuidado de menores* depende del número de horas disponibles del adulto del hogar que menos horas trabaja extradomésticamente (en general la mujer), ya que en el esquema de Goodin *et al.* sólo se requiere pagar el cuidado de menores cuando todos los adultos del hogar trabajan de tiempo completo. Asumen además que no hay costo en términos de tiempo y dinero para llevar a los niños a los lugares de cuidado, ya que suponen que escuelas y guarderías se ubican cerca del lugar de trabajo del adulto que menos trabaja y que los menores pueden ser llevados y traídos de camino (de ida y vuelta) al empleo.

<sup>39</sup> Los autores explican que la selección estuvo determinada por la disponibilidad de bases de datos sobre uso de tiempo de finales de los noventa y principios de la primera década del 2000, y de encuestas de hogares con información de ingreso y características sociodemográficas de los miembros del hogar que coincidieran en años (o cercanos) a los datos de tiempo. No obstante las limitaciones de la información, Goodin *et al.* se congratulan de los países que resultaron seleccionados, pues pudieron ser agrupados de acuerdo con los tipos de estados de bienestar definidos por Esping-Andersen (1990): residual (los Estados Unidos y Australia), corporativo (Alemania y Francia) y universalista (Suecia y Finlandia).

<sup>40</sup> El costo del cuidado de los menores se calcula en este estudio a partir de un reporte de la OCDE para cada país, en instituciones públicas y privadas (*ibid.*: 46).

<sup>41</sup> Cabe aclarar que tanto el ingreso neto de cuidado de los menores como las líneas de pobreza se expresan en unidades de ingreso equivalente, el cual es ajustado dividiendo el ingreso por la raíz cuadrada del número de miembros en el hogar.

Una vez obtenido el *ingreso neto del hogar sin cuidado de menores* ( $Y_{N_{scc}}$ ), calculan el *ingreso laboral requerido*, que sirve de base para determinar el *tiempo de trabajo necesario* (TTN) para escapar de la pobreza. Para ello, a la línea de pobreza se le resta el valor de los ingresos provenientes de: 1) la pensión alimentaria (*child alimony*) y los beneficios monetarios otorgados por el Estado (*child benefit*) que se *espera* recibirán los hogares por cada menor de cero a cinco años de edad;<sup>42</sup> 2) el valor que resulte del *balance esperado* entre los impuestos pagados y las transferencias recibidas;<sup>43</sup> 3) el ingreso proveniente de la renta de la propiedad, y 4) las jubilaciones. Es decir, la línea de pobreza se expresa de manera que refleje el ingreso laboral adicional que se requiere para escapar de la pobreza.

Una vez que la *línea de pobreza laboral* está definida, se calcula el número de horas que el proveedor o proveedores del hogar requieren trabajar para alcanzar el umbral de pobreza, dividiendo esta línea de pobreza entre el ingreso promedio por hora trabajada por los adultos del hogar.<sup>44</sup> A la cantidad de horas resultantes Goodin *et al.* le llaman tiempo necesario de trabajo. Como mencionábamos, los autores asumen que cuando los miembros de un hogar trabajan un número mayor de horas que las necesarias se debe a razones de preferencia y, por lo tanto, no son pobres de tiempo, ya que potencialmente podrían trabajar menos horas. Para que su supuesto funcione asumen, erróneamente, que, si los adultos trabajan menos horas, conservarán la misma tasa salarial (*ibid.*: 44).

<sup>42</sup> El ingreso esperado proveniente de pensiones alimentarias y beneficios recibidos por cada menor de hasta cinco años es la media de lo que reciben hogares con este tipo de ingreso, pero que tienen un  $Y_{N_{scc}}$  de entre 50% y 150% la línea de pobreza (para más detalles véase Goodin *et al.*, 2008: 280).

<sup>43</sup> El *balance esperado* entre impuestos y transferencias (incluidas las provenientes de familiares y de organizaciones no gubernamentales) es calculado por Goodin *et al.* seleccionando los hogares con un ingreso entre 50% y 150% superior a la línea de pobreza (*ibid.*: 280).

<sup>44</sup> Cuando los hogares tienen dos adultos que trabajan, la responsabilidad de tiempo de trabajo necesario se distribuye de acuerdo con la aportación real que hacen al ingreso observado del hogar. Cuando los menores de hasta 17 años trabajan, no se incluye su esfuerzo laboral en la distribución de las responsabilidades para generar el ingreso, ya que se asume que, en términos generales, en países de economías avanzadas esta situación no es aceptable (*ibid.*: 44).

Ellos mismos reconocen lo inviable del supuesto, no obstante, deciden aplicarlo para calcular la pobreza de tiempo. Además, la evidencia que presentan muestra que es poco probable que los ocupados puedan tener jornadas cortas que se ajusten con el nivel de ingreso requerido para no ser pobre. De acuerdo con sus datos, son los ocupados con salario más elevado por hora (ubicados en la tercera parte más alta de la distribución) los que pueden tener un empleo en el que se trabaje el número de *horas estrictamente necesarias* para evitar la pobreza; pero además sólo lo tiene una pequeña fracción de los ocupados, que va de 0.95% en Finlandia a 7.45% en Australia. No obstante, argumentan que la existencia de estos trabajadores es una constatación de que al menos algunos empleos con esas características están disponibles. Más adelante se contradicen diciendo que el supuesto es sólo válido a escala individual, ya que para que lo sea a escala social se requiere que el mercado de trabajo se flexibilice para ofrecer mayor cantidad de empleos de tiempo parcial (*ibid.*: 45). Desafortunadamente, no son coherentes con esta observación e ignoran que los individuos están sujetos a restricciones en la demanda de mano de obra y que, por lo tanto, es difícil determinar si el número de horas trabajadas se debe a preferencias individuales o a condiciones sociales. En ese caso, cuando existe un exceso de ingreso y una pobreza de tiempo, se puede asumir que quienes están con esa situación pueden adquirir una mayor cantidad de bienes y servicios que les permite reducir el tiempo necesario para el trabajo doméstico; por lo tanto, el ingreso de esos hogares puede ser ajustado a la baja de acuerdo con el exceso de tiempo de trabajo, opción que se tomó para calcular el índice de pobreza de tiempo que forma parte del MMIP, como veremos en el siguiente capítulo.

En cuanto al tiempo *necesario para el traslado al trabajo*, los autores lo incluyen en el *necesario para el trabajo extradoméstico*. Una vez más asumen una posición minimalista, ya que, para determinar el tiempo necesario, calculan primero el número de días que los adultos requieren ir a trabajar; si trabajan jornadas de tiempo parcial, las compactan en jornadas de tiempo completo para reducir su número. Para obtener el dato, dividen entre 8 el número de horas que normativamente se necesita trabajar para escapar de la pobreza. Toman la



media del tiempo de traslado al trabajo y la multiplican por las jornadas resultantes, para determinar la norma. De esta forma, Goodin *et al.* no sólo suponen que los ocupados pueden encontrar empleos en los que se les permita trabajar el número de horas estrictamente necesarias para escapar de la pobreza, sino que, además, asumen que pueden arreglar sus horarios de tal forma que se trasladen el menor número de días, conservando la misma tasa salarial. De esta forma, los autores llevan al extremo el supuesto de la flexibilidad en el mercado laboral, asumiendo que la demanda se ajusta a la minimización racional de los tiempos de traslado, lo cual es del todo absurdo. La minimización de los tiempos de transporte es otro elemento que en este esquema permite reducir el tiempo para no ser pobre y, dado que esta racionalidad no es posible a escala social, la propuesta pierde fundamento y, por lo tanto, utilidad.

Pasemos ahora a examinar cómo Goodin *et al.* establecen el tiempo necesario para el trabajo doméstico. Parten, como todos, de las características demográficas de los hogares, pero tratan de evitar que el comportamiento de las amas de casa (en hogares patriarcales, *sic*) desvíe los valores que serán utilizados como normas, ya que, desde su punto de vista, estas mujeres dedican más tiempo del necesario al trabajo doméstico por la falta de opciones para llenar las horas que les quedan vacías.<sup>45</sup> Pero si bien es cierto que existen dificultades para determinar la cantidad requerida de trabajo doméstico, porque depende, en muchas ocasiones, de las preferencias, los autores no presentan suficientes argumentos que sustenten la decisión de establecer como norma (*tiempo necesario*) la mitad de la mediana observada en la realización del trabajo doméstico. De esta forma, trasladan mecánicamente a las normas de tiempo el método relativo para determinar los umbrales de ingreso necesario, sin que haya elementos suficientes para suponer que la mitad de la mediana del

<sup>45</sup> Como mencionábamos, en los grupos focales del Distrito Federal en los que se entrevistó a amas de casa con diversas características socioeconómicas se corroboró que sí dedican más tiempo del que ellas mismas consideran necesario a trabajo doméstico, además de reconocer que cuentan con tiempo disponible para realizar otras actividades, como algún deporte, mirar la televisión, visitar a familiares y amigos, etcétera (véase Damián y Figueroa, en prensa).

trabajo doméstico refleja el verdaderamente requerido para cubrir las actividades que permiten la reproducción de la fuerza de trabajo en el ámbito doméstico.

La norma de trabajo doméstico adoptada por Goodin *et al.* fue 50% de la mediana observada. Su decisión sorprende, ya que ellos mismos citan cifras que muestran que desde los años veinte el tiempo dedicado al trabajo doméstico en los Estados Unidos se ha mantenido casi constante (alrededor de 50 horas a la semana), y que lo único que ha cambiado es la composición de las labores domésticas reduciéndose las más rutinarias (cocinar y limpiar) en favor del cuidado de menores (sobre todo)<sup>46</sup> y de otras como las compras, esto último como resultado del aumento en la mercantilización de los bienes y servicios domésticos. Si es verdad, como ellos afirman, que “el tiempo total dedicado a labores domésticas se ha mantenido constante (o ha aumentado pero muy poco) a lo largo del siglo veinte” (*ibid.*: 75), no se entiende por qué deciden tomar como norma la mitad de la mediana en cada país.

Además, si partimos de sus datos, la mediana observada del tiempo dedicado al trabajo doméstico (expresado en unidades “equivalentes”)<sup>47</sup> varía considerablemente entre países y tipos de hogar, lo que significaría una relatividad total en materia de requerimientos, según hábitos locales. Por otra parte, este procedimiento castiga a las sociedades en las que un mayor número de adultos trabaja, ya que son los que menos tiempo dedican al trabajo doméstico, lo cual varía también en el interior de cada país. De esta forma, en su cuadro A1.3 reportan que en hogares biparentales con menores de hasta cuatro años, pero en los que uno solo de los padres trabaja, la mediana del tiempo dedicado al trabajo doméstico

<sup>46</sup> Debemos considerar también que con el desarrollo urbano y la individualización de la sociedad se pierde el sentido de barrio (o pueblo), y disminuye la posibilidad de dejar a los hijos salir a la calle solos, debido al aumento en la inseguridad y por la falta de acceso a lugares de recreación.

<sup>47</sup> Se asume, igual que el ingreso, que existen economías de escala en los hogares, ya que limpiar una vivienda para dos personas no toma el doble del tiempo que limpiarla para una sola. Para expresar el tiempo en unidades equivalentes se divide el total observado de tiempo dedicado al trabajo doméstico entre la raíz cuadrada del tamaño del hogar.

es de 21.7 horas en Suecia, mientras que en el mismo tipo de hogares, pero donde ambos padres trabajan, la mediana es de un poco más de 13 horas a la semana, con lo cual su “norma” de trabajo doméstico resulta ser más baja aun cuando tienen las mismas características sociodemográficas que los otros hogares. ¿Realmente necesitan menos tiempo de trabajo doméstico o no tienen suficiente tiempo para realizarlo?

Pero incluso así, los autores establecen normas de tiempo de trabajo doméstico y, por ejemplo, en Suecia determinan como necesarias cerca de siete horas a la semana para hogares biparentales en los que ambos padres trabajan y donde hay menores de hasta cuatro años de edad, frente a 11 horas en el mismo tipo de hogares, pero donde sólo uno de los padres trabaja, lo que muestra que sus “normas” no resultan confiables. Por otra parte, si repartimos esas 11 horas a lo largo de los siete días de la semana, resulta que ese tipo de hogares necesitan un poco más de hora y media diaria para cocinar, lavar, realizar todos los quehaceres domésticos diversos (sacudir, barrer, etcétera), reparar su vivienda y muebles, arreglar su jardín, ir de compras, cuidar de los menores y transportarse para realizar estas actividades. A todas luces, Goodin *et al.* calculan una pobreza de tiempo con una norma de trabajo doméstico insuficiente, ya que el solo hecho de tener menores de hasta cuatro años en el hogar requiere supervisión y cuidado casi constante (excepto durante las horas de escuela). Por otro lado, no parece suficiente el tiempo para la convivencia parental con los menores, por lo cual no se puede garantizar el bienestar de los niños, ni la transmisión de conocimientos y habilidades básicas para la sociabilización (lenguaje; insumos para socialización básica, como el uso de utensilios para consumir alimentos, etcétera). Con ello, los autores muestran una vez más su concepción minimalista y pasan por alto el valor que tiene el contacto humano, sobre todo en las etapas tempranas del desarrollo.

Es evidente el poco sustento empírico (no se diga teórico) que los autores tienen para aplicar el mismo procedimiento en la determinación de la línea de pobreza relativa por ingreso a la definición de las normas de tiempo, cuando las establecen en relación con el cuidado personal, que incluye vestirse, asearse, recibir servicios

personales, comer, dormir y tomar siestas. Los autores reconocen tal arbitrariedad al asegurar que:

Estimar la cantidad que la gente necesita dedicar al cuidado personal exactamente de la misma manera [como se calcula la cantidad normativa de ingreso para no ser pobre] puede producir resultados sustancialmente poco plausibles. La mediana del tiempo que en los hechos la gente dedica a cuidado personal en los países en estudio es de alrededor de 70 horas a la semana; establecer una “línea de pobreza para cuidados personales” a la mitad de ese valor implicaría que la gente necesitaría estrictamente cinco horas al día para dormir, comer, arreglarse, etcétera. Eso sería *ridículamente bajo* (*ibid.*: 50, itálicas añadidas).

A pesar de reconocer la inviabilidad del procedimiento, lo único que hacen es cambiar el porcentaje que aplican a la mediana, elevándolo a cuatro quintas partes de ésta. Lo anterior, a pesar de que reconocen que el tiempo dedicado a las actividades destinadas al cuidado personal es inelástico, es decir, que no cambia aun cuando las personas gocen de más tiempo libre (*idem*). Así, establecen como norma para el cuidado personal ocho horas diarias que, como los autores reconocen “suena como un tiempo justo sólo para un sueño corto por la noche, un baño rápido y comidas corriendo. Todo sería muy apresurado; pero hay que recordar, que las estimaciones de lo que es ‘mínimo necesario’ tienen que ser bajas” (51). Su definición de lo *necesario* no considera que los parámetros normativos deben buscar “evitar el daño grave” en las personas, como han planteado Doyal y Gough (1991: 50). De acuerdo con estos autores, la salud física y la autonomía personal son las precondiciones para que todo individuo pueda participar en el estilo de vida socialmente aceptado, que le permite además buscar la realización de metas valiosas. Por lo tanto, consideran estos dos elementos como las necesidades humanas básicas (*ibid.*: 54).

Doyal y Gough definen la autonomía como la capacidad de los individuos para formular propósitos y las estrategias para llevarlos a la práctica. La autonomía está conformada por tres indicadores básicos:

a) el entendimiento (habilidades cognoscitivas y motoras); b) la capacidad psicológica (capacidad cognoscitiva y emocional, es decir salud mental), y c) las oportunidades objetivas (nuevas y significantes acciones que mejoran la participación de los individuos en su forma de vida). El tiempo es un elemento fundamental para desarrollar los elementos que determinan el grado de autonomía. Por ejemplo, el entendimiento, al relacionarse con las habilidades cognoscitivas y motoras, requiere que los individuos tengan tiempo para adquirir las habilidades en concordancia con las normas sociales existentes (atender la escuela formal, tener tiempo para el juego, etcétera). Para mantener la capacidad psicológica y, por lo tanto, la salud mental, se requiere de tiempo para el descanso, el esparcimiento y el desarrollo de relaciones y actividades valiosas seleccionadas libremente.

Para medir el grado de salud y autonomía, los autores definen una serie de necesidades que denominan intermedias, entre las que está la disponibilidad de tiempo libre (después de considerar las actividades productivas y reproductivas), la cual utilizan como parte de los elementos para evaluar la autonomía (*ibid.*: 190). En lo que respecta a la autonomía, proponen los siguientes componentes (e indicadores) para medirla: 1) persistencia de enfermedades mentales (psicosis, depresión o alguna otra); 2) privación cognoscitiva (falta de conocimientos relevantes culturalmente; analfabetismo; falta de habilidades matemáticas y científicas, y carencia de otros conocimientos básicos cuasi-universales), y 3) oportunidades para llevar a cabo una actividad económica y evitar el desempleo, la exclusión de roles sociales y la falta de *tiempo libre*.

Retomando a estos autores, podemos decir que no es válido suponer que se puede lograr la salud física y mental cuando no se tienen suficiente descanso y tiempo para las actividades humanas necesarias para el cuidado personal (comer, dormir, descansar, cuidado de la salud, etcétera). No sorprende que Doyal y Gough hayan establecido que los determinantes de la esperanza de vida al nacer y de la prevalencia de algunos tipos de enfermedad están asociados con la falta de tiempo. Una persona que no duerme suficiente, y que además hace todo de prisa, está más propensa a sufrir y causar accidentes y enfermedades relacionadas con el estrés.

Por lo tanto, consideramos que las normas utilizadas por Goodin *et al.* no tienen validez para medir la privación en términos de la disponibilidad de tiempo discrecional. Sus propuestas no reconocen ni las prácticas sociales observadas ni los requerimientos para mantenerse sano mental y físicamente. Seguir estas normas implicaría graves daños a la salud física y mental de las personas, lo que repercutiría en las funciones destinadas a la reproducción social y al mantenimiento sano de los individuos.

Podemos decir que incluso cuando la propuesta de utilizar el concepto de tiempo discrecional suena interesante para una discusión teórica sobre la justicia social, al reproducir la visión minimalista de las necesidades, que caracteriza a los economistas de la corriente principal, su propuesta carece de sentido y de fundamento para la justicia. Sus umbrales no resultan ser instrumentos útiles para diferenciar a los pobres de tiempo de los que no los son, ya que, en el mejor de los casos, reconocerían la pobreza de tiempo ultra extrema, como sucede cuando se utiliza la miserable línea de pobreza de un dólar con 25 centavos por persona al día del Banco Mundial para identificar a los pobres ultra-extremos. No extraña entonces que, como Burchardt, en su análisis encuentren que sólo una pequeñísima porción de la población padece carencia de tiempo discrecional<sup>48</sup> y que en realidad, en la sociedad contemporánea, se padece una *presión de tiempo ilusoria*, ya que (gracias a sus bajos estándares) la mayoría de la gente gasta más tiempo del *estrictamente* necesario para realizar las actividades *estrictamente* necesarias para no ser pobre.

<sup>48</sup> Para estos autores, todos tenemos tiempo discrecional (ya que no hay norma de tiempo discrecional deseable, sino que es residual). Aunque son bajos los porcentajes, identifican a las madres solteras como las que mayor carencia de tiempo discrecional tienen, mientras que las que viven en hogares sin menores, con dos adultos de los que sólo el varón labora, tienen una mayor cantidad de tiempo discrecional. Otro grupo afortunado es el de los hogares con dos adultos, donde ambos trabajan, en los que no hay menores de cuatro años; es aquí donde socialmente hay mayor tiempo discrecional, a pesar de que en los estudios tradicionales sobre el tiempo libre son los que aparecen con menor disponibilidad de éste (ya que suelen trabajar largas jornadas), pero los autores asumen que lo hacen por cuestiones de preferencia.

## REFLEXIONES SOBRE EL MINIMALISMO DE LOS MÉTODOS BIDIMENSIONALES

Si bien los métodos bidimensionales que se han utilizado en los Estados Unidos, Canadá e Inglaterra avanzan en la incorporación del tiempo para determinar el nivel de bienestar de los hogares, reproducen la visión minimalista de las necesidades que caracteriza a los economistas de la corriente principal. Encontramos bajos estándares para la satisfacción del trabajo doméstico y el cuidado de menores, así como para el trabajo extradoméstico (como en el caso de Goodin *et al.*). Es sorprendente que todavía se pueda asumir que gozar un minuto de tiempo libre hace a las personas no pobres de tiempo (Burchardt), o bien que el tiempo libre es una necesidad con temporalidad muy reducida (10 horas como Vickery).

En los enfoques que analizamos en este capítulo, se considera además que el ingreso es un recurso que puede sustituir por completo la falta de tiempo (o viceversa, como Garfinkel y Haveman), sin importar que muchas de las actividades que requieren tiempo no pueden ser realmente sustituidas por el dinero: nadie puede ver una película por nosotros, o sentir el calor de un hijo sentado en el regazo.

Por otra parte, como señalamos, los autores analizados trasladan de manera acrítica los enfoques absolutos y relativos de ingreso a la determinación de normas de tiempo. Las propuestas parten de datos observados, pero se intenta minimizar el tiempo libre y maximizar el de trabajo pasando por alto las prácticas socialmente observadas y las recomendaciones de expertos. Si bien existen temas en los que hay desacuerdo sobre el tiempo requerido para satisfacer necesidades, no es así en otros como el destinado al mantenimiento de la salud física y mental de los miembros del hogar, o el requerido para el contacto entre padres e hijos.

Por el afán de reducir al máximo el problema de inclusión de pobres no merecedores, es decir, considerar como pobre de tiempo a la población que no lo es, los autores tienden a asumir, sin ninguna base empírica, que los adultos en el hogar pueden encontrar empleos de tiempo parcial y con flexibilidad para ajustar el horario con el fin de ir el menor número de días al trabajo y obtener el ingreso mínimo

requerido para no ser pobre. De esta manera, reducen absurdamente el tiempo requerido para el traslado al trabajo (y a los lugares de cuidado de menores); así desconocen que uno de los mayores problemas que se enfrentan en las grandes ciudades es precisamente el aumento de los tiempos destinados al transporte debido a la desarticulación entre la ubicación del lugar de trabajo y el de la vivienda, así como al aumento de las aglomeraciones en los sistemas de transporte público, al congestionamiento provocado por el uso del automóvil particular y a la falta de sistemas de transporte con capacidad suficiente.

En lo referente a la norma de trabajo doméstico, encontramos dos posiciones, la primera es la de Vickery, que, al reconocer que el ingreso mínimo establecido como umbral de pobreza no permite a los hogares adquirir bienes y servicios en el mercado para cubrir sus necesidades (y la de cuidado de menores en el hogar), supone que los adultos pueden dedicarles extensas jornadas además del tiempo destinado al trabajo remunerado (86.6 horas por adulto a la semana a ambos tipos de trabajo).

En lo relativo a las normas de tiempo de cuidado de menores, Burchardt es la única que establece estándares de acuerdo con las recomendaciones de expertos, según las edades de los niños (cero a 15 años). No obstante, esto lo hace sólo para el enfoque absoluto, donde se determina el tiempo para el cuidado o la convivencia parental directa, sin que pueda ser sustituida por servicios adquiridos en el mercado; con el enfoque relativo los estándares quedan muy por debajo de las recomendaciones. Por ejemplo, los expertos recomiendan para los niños de 0 a 2 años un tiempo de contacto con los padres de por lo menos seis horas al día; con el enfoque relativo la norma resultó ser de dos horas, es decir, un tercio de lo recomendado. Para los niños de diez a 16 años de edad, con la norma relativa, fue de cero horas de contacto, cuando ésta debe variar según la edad, por ejemplo, de tres horas al día para los niños de 10 a 12 años de edad, dos para los de 13 y 14, y al menos una para los de 15 y 16. Para el resto de los autores, la norma del tiempo necesario para la interacción entre hijos y padres está ausente cuando hay menores de hasta 16 años de edad, ya que se considera que el



cuidado puede realizarse con servicios pagados, guarderías o estancias infantiles. Esta postura es preocupante en la medida en que la interacción entre padres e hijos es el vínculo que puede garantizar la transmisión de conocimiento, valores y afecto, además de que, sin ésta, es difícil asegurar la reproducción social en su conjunto, en la medida en que los menores requieren ciertas condiciones (como amor, confianza, seguridad, etcétera) para alcanzar una infancia sana, lo cual puede coadyuvar a la construcción de una sociedad más civilizada y justa.

Cabe destacar que un aspecto importante de la propuesta de Burchardt es que establece normas de ingreso / tiempo necesario para el cuidado de ancianos y discapacitados, además de que los requerimientos de tiempo asociados incrementan el tiempo comprometido, tanto de los cuidadores como de quienes enfrentan estas desventajas. Ambos aspectos son fundamentales, ya que las sociedades están envejeciendo y requerirán más tiempo para el cuidado de ancianos y enfermos.

Una observación importante, relacionada con el tema del capítulo anterior, es que los métodos aquí analizados no consideran la escasez de tiempo libre como un problema social. Vickery supone que con 10 horas a la semana es suficiente para reponerse del desgaste físico que implica tanto el trabajo doméstico (incluido el cuidado de menores) como el extradoméstico. Lo anterior significa que ni siquiera se tiene un día entero como tiempo libre. Todos los días se tendrá que realizar trabajo doméstico y / o extradoméstico. Aun así, la norma de esta autora parece generosa frente a la de Burchardt que, como vimos, establece cero horas para el cálculo con el enfoque absoluto. Su posición es inadmisibles, dado que es un derecho universalmente reconocido contar con tiempo libre. En Goodin *et al.* el tiempo libre queda subsumido en el discrecional; por lo tanto, el destinado al ocio puede llegar a cero, si los individuos deciden “libremente” trabajar (doméstica y extradomésticamente) todo el día sin descanso. Como consecuencia, cuando en estos métodos se habla de la posibilidad de elegir entre un conjunto de opciones para destinar mayor o menor tiempo al trabajo remunerado, se está hablando de un mero espejismo de elección.

Como mencionamos, se considera de fundamental relevancia contar con tiempo libre, ya que, en el actual sistema de producción, la mayoría de los individuos no elige libremente la actividad que desarrolla la mayor parte de su vida activa. Lo anterior debido a que están obligados a dedicar su tiempo a conseguir los medios necesarios para sobrevivir. Por lo tanto, se requiere de un tiempo libre para el desarrollo de las capacidades y las potencialidades humanas, más allá del destinado a la mera sobrevivencia.

Quedó claro que para estos autores el trabajo es un medio para generar ingreso y no un instrumento para alcanzar la autorrealización o el florecimiento humano. Por otra parte, en los esquemas expuestos no encontramos una reflexión sobre el ser humano como un ente social que requiere tiempos para la participación política y la convivencia con otros.

En este trabajo se asume que la pobreza de tiempo se refiere a la falta de autonomía, que pone en riesgo la salud física y mental de las personas y limita las posibilidades de alcanzar el florecimiento humano o la autorrealización. Si bien resultan interesantes las propuestas de tiempo discrecional y autonomía temporal de Goodin *et al.* éstas requieren de una definición más humana de los tiempos mínimos para las diversas actividades del trabajo remunerado y las relacionadas con la reproducción de la fuerza de trabajo en el ámbito doméstico. De esta forma, no se incurriría en una deformación de la realidad como a la que llegan los autores analizados en torno a la posible presión de tiempo que padecen los individuos en las sociedades modernas.

Otra limitante de las propuestas metodológicas aquí analizadas es que no se toman en consideración para el cálculo de la pobreza de tiempo, ni mucho menos para el de la pobreza global, otros indicadores que se miden con el método de NBI y que afectan la calidad de vida de los hogares; como veremos en el siguiente capítulo, el MMIP es la única excepción. Con estas reflexiones en mente, presentaremos también a continuación el índice de Exceso de Tiempo de Trabajo (ETT), que forma parte del MMIP y ha servido como base para medir la pobreza de tiempo en México.

#### IV. MEDICIÓN DE LA POBREZA DE TIEMPO EN MÉXICO EN EL ENFOQUE MULTIDIMENSIONAL

*Habr  quien pueda decir que un poco de ocio es placentero y que el hombre no sabr  cómo llenarlo si tuviera sólo cuatro horas de trabajo de las veinticuatro que conforman todo un día. Esto puede ser cierto para nuestra moderna sociedad, pero es una condena para nuestra civilización.*

Russell

Como vimos en el capítulo anterior, las medidas tradicionales de pobreza basan sus conceptos y cálculos en el ingreso y, aunque algunos autores han avanzado en la incorporación del tiempo en la medición, sus planteamientos son insuficientes al asumir, por un lado, que los hogares requieren sólo de ingreso y de tiempo, con lo que dejan fuera otras fuentes de bienestar (como los servicios proveídos públicamente o el patrimonio básico) y, por otro, tienden claramente hacia una visión minimalista del bienestar al establecer normas muy austeras de ingreso y tiempo, o al suponer que los individuos pueden dedicar prolongadas jornadas de trabajo para generar ingresos y satisfacer las necesidades de reproducción de la fuerza de trabajo mediante el trabajo doméstico.

En este capítulo presento el índice de Exceso de Tiempo de Trabajo (ETT), que forma parte del Método de Medición Integrada de la Pobreza (MMIP) desarrollado por Boltvinik (1992, 1999 y 2005). El MMIP tiene la virtud de combinar, por primera vez en la historia de la evolución de la medición de la pobreza, las dimensiones de ingreso, de necesidades básicas insatisfechas y de tiempo.

Antes de presentar el índice de ETT, discuto los dos enfoques teóricos que han colocado el tiempo disponible en el hogar para

generar ingreso y satisfacer las necesidades humanas en el centro de la discusión del bienestar y la pobreza. En primer lugar, veremos el planteamiento de Desai (2000 y 2003), quien parte de una crítica a las medidas convencionales del crecimiento económico y propone que el bienestar de los individuos se evalúe con base en el tiempo disponible para la socialización. Aunque Desai en un primer momento no elaboró un método específico para hacer operacional su enfoque, al proponer una forma para medir lo que Sen llama *capabilities*,<sup>1</sup> incluyó el tiempo para la socialización como una *capability* básica de las que tendrían que ser evaluadas. Cabe destacar que las reflexiones de Desai son de suma importancia para entender las necesidades humanas más allá de los enfoques bienestaristas o economicistas (basados en bienes, ingreso y / o la utilidad).

Posteriormente presento los aspectos más sobresalientes de la propuesta de Boltvinik (1992, 1999 y 2005) sobre el florecimiento humano, la cual se derivó de su crítica a los métodos tradicionales de medición del bienestar y la pobreza. El planteamiento de este autor es mucho más amplio que el de Desai, además de que continúa la tradición latinoamericana de enfoques multidimensionales. Boltvinik reconoce que los hogares tienen más recursos (o fuentes de bienestar) que sólo el ingreso para satisfacer sus necesidades, donde el tiempo se constituye como una de las variables fundamentales.

Se presentan también las normas y el procedimiento para calcular el índice de ETT, así como una propuesta para modificarlo, surgida de la identificación de algunos problemas en el planteamiento original, y se expone la forma en que el índice combina el ingreso con el tiempo para obtener la pobreza de ingreso-tiempo del MMIP. Al final de este capítulo, en las conclusiones, se discuten las ventajas y desventajas de su aplicación para medir la pobreza de tiempo.

<sup>1</sup> En la nota 30 del capítulo anterior explicamos las inconveniencias de traducir el término de *capability* o *capabilities* elaborado por Sen, debido a que a veces se refiere a las capacidades humanas, otras a necesidades, o bien a lo que los bienes pueden hacer por las personas, aunque también se refiere a las opciones que los individuos tienen para elegir lo verdaderamente valioso. Debemos aclarar que cuando conservamos la palabra *capabilities* nos referimos aquí a lo que los individuos son capaces de hacer.

## DESAI Y EL TIEMPO NECESARIO PARA LA INTERACCIÓN SOCIAL

Desai (2000) es uno de los primeros (y de los pocos) economistas que criticaron los estudios de bienestar basados en indicadores relacionados con los bienes (como el Producto Interno Bruto, PIB) o con el ingreso promedio por habitante. En una de sus principales críticas señala que además de que estos indicadores no valoran debidamente la desigualdad en la distribución del ingreso y de la riqueza, suponen que la posesión de un mayor número de bienes o un ingreso más alto aumentan el bienestar, sin percatarse del costo social que implica para los individuos llevar a cabo su actividad productiva. Explica que, por ejemplo, al crecer el tamaño de las ciudades, aumenta el número de horas de traslado al trabajo y desde allí y, por lo tanto, los individuos no pueden disfrutar de otras actividades que satisfacen necesidades humanas y que no se relacionan con su actividad productiva, como la interacción social.

El aumento en las distancias al trabajo ha provocado la “individualización” de actividades que históricamente se han llevado a cabo de manera socializada, como la alimentación y la convivencia familiar. Desai afirma que en el pensamiento económico tradicional no importa si la necesidad de alimentarse se realiza de manera individual, social o familiar, a pesar de que al comer con otros, disfrutar de su compañía, puede ser más importante para algunos que el hecho mismo de comer. Por lo tanto, para Desai el bienestar podría ser medido en función del *tiempo que los individuos pueden destinar a la convivencia social*.

Sin embargo, su planteamiento no consideró, en un inicio, que la interacción social por sí misma no puede ser un indicador de bienestar, ya que, en algunas comunidades, aunque los individuos le puedan dedicar tiempo, quizá se deba a la falta de empleos, lo que puede implicar que padezcan pobreza y sí dispongan de tiempo libre. Podemos decir entonces que la disponibilidad de tiempo para la convivencia social no puede considerarse como un indicador de bienestar aislado, ya que, aun cuando cuenten con mucho tiempo disponible, las personas pueden tener insatisfechas necesidades de mayor potencia, como las de sobrevivencia, que incluyen la alimen-

tación, la vivienda, el vestido y el calzado, entre otras. Desai vislumbra este problema cuando hace su propuesta para medir las *capabilities* de Sen y afirma que las básicas son “un conjunto de entidades correalizables [y] se debe partir de la idea de que si una de ellas no se realiza, no se puede dar ningún sentido al nivel de vida, independientemente de que las otras se cumplan en mayor o menor medida” (2003: 444). De su propuesta se deriva que, aunque exista tiempo para la interacción social, para ser realmente una medida de bienestar no debe haber pobreza en otras dimensiones relevantes en la evaluación. De lo contrario, podríamos considerar que un desempleado tiene un nivel de bienestar alto si cuenta con tiempo para interactuar socialmente, a pesar de no tener el ingreso suficiente (o carecer completamente de éste) para solventar sus necesidades básicas. Lo anterior sin contar que, quienes padecen desempleo, pueden sentirse frustrados por no poder llevar a cabo una actividad en la que se sientan útiles socialmente.

Desai (2003) definió también cuáles son las *capabilities* humanas (cinco) que deberían estar garantizadas para todos los individuos y con las cuales habría que evaluar el nivel de vida:

- 1) mantenerse vivo y gozar de una vida prolongada;
- 2) tener asegurada la reproducción (biológica);
- 3) tener una vida saludable;
- 4) tener interacción social, y
- 5) tener conocimientos, así como libertad de expresión y pensamiento.

La cuarta *capability*, una de las más relacionadas con nuestro tema, había sido ya discutida por el autor (2000), a partir de la propuesta de Townsend (1979), en relación con la importancia que tiene la reciprocidad para participar en los estilos de vida socialmente aceptados. Desai plantea que “vivir en sociedad implica dar y recibir, tener invitados y también ser invitado. Son las normas y prácticas sociales de cada sociedad las que determinan los requisitos de bienes [para participar en los estilos de vida]” (2003: 439-440). Da la misma jerarquía a todas las *capabilities*, a pesar de que algunas parecen más básicas que otras, ya que considera que las cinco son iguales y conjuntamente esenciales. No obstante, en su trabajo previo (2000) propone que sea el tiempo dedicado a la

interacción social la medida de bienestar, por lo que le concede mayor relevancia.

La quinta *capability* identificada por Desai puede estar asociada con la necesidad (o capacidad) de *crecimiento o autorrealización*, que es la de mayor jerarquía en el planteamiento de Maslow (1987 [1954]), y que Boltvinik (2005) llama *florecimiento humano* (véase la siguiente sección). La interacción social corresponde a las necesidades de pertenencia y amor que tienen menor jerarquía en estos dos últimos esquemas. La autorrealización (o florecimiento humano) se refiere a la necesidad que tienen los individuos de llevar a cabo la actividad para la cual tienen vocación (o la que más les satisface) y en la que ponen en práctica todas las capacidades y potencialidades humanas (escribir poesía, pintar, investigar, crear, tocar instrumentos musicales, etcétera). No obstante, aunque Desai incluye la capacidad de tener conocimientos y de tener libertad de expresión y de pensamiento, contar con esta condición no garantiza que todos los individuos puedan llevar a cabo la actividad que consideren valiosa, ya que, como discutimos en el capítulo II, para que estas capacidades se desarrollen, deben superarse la pobreza económica y la alienación.

Para el autor, la lista de las cinco *capabilities* es absoluta, en el sentido de que cubren todo lo necesario, pero la instrumentación empírica requiere de una conexión entre *capabilities* y bienes, los cuales están determinados por las prácticas sociales. Tal conexión se realiza enlistando un conjunto de necesidades que se corresponden con *capabilities* concretas, alimentación, vivienda, atención médica, servicios sanitarios, seguridad, ocio, evitar vergüenza, educación e información. Como puede observarse, es inevitable mencionar el tema de las necesidades eludido por Sen y sus seguidores, como explica Boltvinik. De igual forma, Desai destaca que la satisfacción de todas las necesidades requiere de tiempo, aunque no sea el satisfactor preponderante (excepto en ocio, educación e información). Si bien consideramos útil su propuesta para determinar los espacios en los que se requiere vincular el tiempo con el bienestar, la de Boltvinik es todavía más amplia e identifica el tiempo como un recurso tan relevante como el ingreso y las otras fuentes de bienestar.

## BOLTVINIK: EL TIEMPO PARA EL FLORECIMIENTO HUMANO

La propuesta de Boltvinik surge también, como la de Desai, de una crítica a los enfoques dominantes de los estudios sobre pobreza y bienestar. De la compleja y vasta propuesta de Boltvinik, presento solamente las reflexiones sobre el papel que juega el tiempo en el bienestar de los hogares y la necesidad de incorporarlo en los métodos de medición.

Boltvinik (2005) propuso ampliar el espectro de análisis sobre la pobreza, y colocó en el centro al ser humano como un todo, con todas sus capacidades, necesidades y potencialidades humanas, y no sólo como un ser que satisface necesidades económicas que dependen de la obtención de un ingreso. Boltvinik establece que las necesidades y las capacidades humanas son los elementos constitutivos del florecimiento humano y que, por lo general, los métodos convencionales de medición de la pobreza sólo consideran los aspectos económicos del bienestar, y los ubican en su análisis dentro de lo que el autor denomina el eje del nivel de vida, sin tomar en cuenta el eje del florecimiento humano, en el cual “está el ser humano con todas sus necesidades y capacidades humanas” (2005: 3).

El concepto de florecimiento humano proviene de la filosofía analítica y es similar al de autorrealización de Maslow (1987 [1954]), quien plantea que una vez satisfechas las necesidades fisiológicas (como el hambre), surgen en el individuo otras de mayor jerarquía, entre las que se encuentran la seguridad, el afecto, la estima, la autoestima y, finalmente, la autorrealización. No significa que todas estén ausentes en un inicio, sino que la carencia aguda en las primeras no permite desarrollar las otras. El esquema de Maslow no desarrolla directamente la cuestión de la falta de disponibilidad de tiempo para satisfacer las necesidades humanas; sin embargo, enfatiza el efecto destructor que tiene en los niños la ausencia de los padres o de adultos con vínculos afectivos cercanos, lo cual puede deberse a que éstos pasan mucho tiempo fuera del hogar por la necesidad de generar ingresos; a no vivir en un ambiente seguro y libre de miedo, ansiedad y caos, así como a la falta de una vida estructurada, con orden y límites. Un menor abandonado



en el hogar seguramente tendrá serias dificultades para satisfacer necesidades de mayor jerarquía y, por lo tanto, una menor posibilidad de alcanzar la autorrealización (o florecimiento humano). Las consecuencias sociales de ello pueden ser devastadoras (violencia, maltrato, abuso sexual, uso de drogas, etcétera). Boltvinik establece que la evaluación del bienestar económico debe realizarse en el eje del nivel de vida y no en el del florecimiento humano, ya que si bien en el último “está el ser humano completo (...) en el del nivel de vida están los elementos económicos de ellas [las necesidades y capacidades]”.<sup>2</sup>

El florecimiento humano se refiere a la posibilidad de que los seres humanos desarrollen la actividad para la que tienen vocación (o que consideren valiosa),<sup>3</sup> pero como en el sistema capitalista difícilmente se pueden desempeñar trabajos gratificantes, Boltvinik sostiene que *el tiempo libre, una vez satisfechas las otras necesidades básicas, se vuelve el espacio en el que el ser humano puede desplegar todas sus capacidades y potencialidades*; por lo tanto, en la medida en que éste aumenta, lo hace también la posibilidad de alcanzar el florecimiento humano.<sup>4</sup> La falta de tiempo para realizar *lo valioso* devela una pobreza no identificada por los enfoques tradicionales, a pesar de que su carencia limita las posibilidades para que los individuos lleven una vida valiosa y logren florecer. Podemos plantear entonces que un posible indicador de bienestar puede referirse al *tiempo que los individuos dedican a actividades encaminadas al florecimiento humano*, aunque para su

<sup>2</sup> Pero aun desde esta perspectiva su enfoque es más amplio, ya que el autor apunta que un músico requerirá de los elementos para tocar instrumentos y, en su caso, escribir música. Un pintor, de todos los materiales requeridos para desarrollar su actividad. Un joven requiere recursos para establecer relaciones de pareja, etcétera. Los enfoques tradicionales menosprecian todos estos elementos, aun cuando son necesarios para satisfacer otras necesidades y no sólo la sobrevivencia.

<sup>3</sup> El florecimiento humano puede ser alcanzado en actividades tales como cocinar o cuidar de menores; sin embargo, difícilmente éstas pueden ser fuente de gratificación cuando los recursos en el hogar son escasos y cuando se hacen de manera obligatoria y cotidiana, lo cual está considerado en el planteamiento de Boltvinik.

<sup>4</sup> Como vimos (capítulo II), Boltvinik no desconoce que las actividades desarrolladas durante el tiempo libre, igual que en el trabajo remunerado, pueden ser alienantes y enajenantes.

cálculo se requeriría elaborar nuevos instrumentos de captación de datos que den cuenta del grado de desarrollo logrado por los individuos en esta materia.

Una diferencia fundamental entre Desai y Boltvinik es que, para el primero, es necesario asegurar las condiciones para que el conjunto de las capacidades básicas puedan realizarse considerando de manera individual y colectiva los bienes requeridos, con lo cual se reconoce el papel del Estado; mientras que, para el segundo, la satisfacción de las necesidades materiales debe estar garantizada como una precondition para el florecimiento humano, pero, para que esto ocurra, son necesarios no sólo los recursos económicos tradicionales (bienes y / o ingreso), sino también el tiempo.

La propuesta de Desai para medir las *capabilities* de Sen no ha sido puesta en práctica, mientras que el MMIP de Boltvinik<sup>5</sup> se ha aplicado a la realidad mexicana, y considera las necesidades de carácter económico y de tiempo que deben ser satisfechas como precondition para el florecimiento humano (véase la siguiente sección); no obstante, el florecimiento humano no ha sido medido, ya que se necesita tener información relevante al respecto para evaluarlo. Al igual que el indicador de Desai, en el MMIP encontramos el principio de integralidad e interdependencia en la satisfacción de necesidades, lo que implica que todas están interrelacionadas entre sí y que no se puede considerar que una está satisfecha sin que el resto de las necesidades estén cubiertas. Una vez alcanzada la satisfacción en todas, los individuos pueden, potencialmente, aplicar sus capacidades y potencialidades humanas para alcanzar el florecimiento.

La invitación para ampliar la mirada en los estudios de la pobreza, incluyendo el florecimiento humano, surge de la crítica que hace Boltvinik a los enfoques tradicionales de la pobreza y el bienestar. A inicios de los años noventa, el autor señalaba que la limitación principal de los métodos de línea de pobreza y de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI)

<sup>5</sup> Este método surge de los desarrollos en la medición de la pobreza en América Latina; Boltvinik (2005) trata de superar las limitaciones, como el número de variables de las que depende el método, el doble conteo de pobres, etcétera.

consiste en que proceden, el primero, como si la satisfacción de necesidades básicas dependiera solamente del ingreso o del consumo privado corriente de los hogares; y el segundo, en sus aplicaciones usuales, elige indicadores de satisfacción de necesidades que básicamente dependen de la propiedad de activos de consumo (vivienda) o de los derechos de acceso a servicios gubernamentales (agua, eliminación de excretas y educación primaria), por lo cual implícitamente dejan de tomar en cuenta las demás fuentes de bienestar (Boltvinik, 1992: 355).

Este autor identifica las siguientes fuentes de bienestar:

- 1) el ingreso corriente (monetario y no monetario);
- 2) los derechos de acceso a servicios o bienes gubernamentales de carácter gratuito (o subsidiados);
- 3) la propiedad o derechos de uso de activos que proporcionan servicios de consumo básico (patrimonio básico);
- 4) los niveles educativos, las habilidades y destrezas (entendidos no como medios de obtención de ingreso, sino como expresiones de la capacidad de entender y hacer);
- 5) la propiedad de activos no básicos y la capacidad de endeudamiento del hogar, y
- 6) *el tiempo disponible para la educación, la recreación, el descanso y las tareas domésticas.*

Desde mi punto de vista, la satisfacción de todas las necesidades (y de cada una de ellas) requiere de la inversión de tiempo personal, por lo que el tiempo puede considerarse como la fuente preponderante. Por otra parte, en la medida que las fuentes de bienestar consideradas por los métodos de ingreso y de NBI son distintas, el autor concluye que más que procedimientos alternativos, como se les suele considerar, son complementarios (*idem*).

Es muy importante resaltar que este autor señala que las fuentes de bienestar tienen distintos grados de sustituibilidad. Por ejemplo, con un mayor ingreso se puede sustituir la falta de acceso a bienes o servicios gubernamentales para atender de manera privada necesidades como las de salud y educación, o bien, la carencia de algunos activos de consumo (verbigracia, rentar una vivienda). Sin embargo, no hay sustituibilidad entre algunas fuentes, o no la hay de manera

total. Como mencionábamos en el capítulo anterior, con ingresos adicionales no se puede sustituir la falta de tiempo disponible para la educación y la recreación. Por otra parte, el autor señala también que si no están desarrolladas las redes básicas de agua y drenaje, no será posible (o será muy caro) tener estos servicios (*idem*). Pero, además de la imposibilidad de sustituir con ingreso necesidades que dependen de manera preponderante de otras fuentes de bienestar, las soluciones alternas pueden tener un alto costo en términos de tiempo, sobre todo para la población de las localidades más pobres, por ejemplo, acarrear agua cuando faltan redes. De igual forma, la necesidad de pagar ciertos servicios que deberían estar garantizados por el Estado (como la salud y la educación) obliga a los miembros del hogar a dedicar más tiempo al trabajo remunerado o a aceptar empleos con cobertura de la seguridad social, aun cuando les sean insatisfactorios y estén lejos de garantizar la realización de actividades relacionadas con la autorrealización.<sup>6</sup> Esta situación además tiene altos costos en materia del tiempo destinado al ocio, al descanso o al trabajo doméstico.<sup>7</sup>

Una de las críticas que hace Boltvinik a los enfoques tradicionales, y que es relevante para el tema que nos ocupa, se relaciona con la determinación de los umbrales de satisfacción en cada una de las necesidades. De acuerdo con él, para medir la pobreza, los métodos tradicionales sólo consideran las necesidades básicas y, de éstas, sólo una parte de los aspectos materiales, por ejemplo, la nutrición; así dejan fuera un amplio conjunto asociado con la idea de llevar una vida digna, como las emocionales (afecto, amistad, amor, sexo, etcétera) y las de desarrollo y autorrealización.

En el cuadro IV.1 se presentan las diferencias entre los enfoques tradicionales y el de Boltvinik. Si bien el cuadro no pretende ser exhaustivo, muestra claramente el escaso número de necesidades

<sup>6</sup> Por ejemplo, un músico puede aceptar un trabajo de burócrata para obtener servicios de salud y de seguridad social.

<sup>7</sup> De acuerdo con el documental de Michael Moore, *Sicko*, en los Estados Unidos hay población que aun teniendo seguros privados, no logra que se le paguen los gastos de medicamentos por restricciones en las pólizas, por lo que se ven obligados a trabajar literalmente hasta el día de su muerte, para obtener los ingresos necesarios.

que suelen considerar los métodos tradicionales (sombreadas en gris en la primera columna), frente a la amplitud de la propuesta del autor (incluye las que no están sombreadas). En la segunda columna se sombrea también la estrecha lista de satisfactores que comúnmente incluyen los enfoques tradicionales, como los objetos (definidos como bienes y servicios), con lo que quedan fuera otros satisfactores requeridos para cubrir las mismas necesidades, por ejemplo, las relaciones con otras personas y las actividades y las habilidades de los sujetos. Cuando se incluyen todos los satisfactores, los requerimientos de tiempo adquieren mayor relevancia.

Cuadro IV.1. Satisfactores y recursos (principales y secundarios) en tres tipos de necesidades (materiales, emocionales, de desarrollo).

<i>Necesidades (ejemplos de)</i>	<i>Tipo de satisfactores</i> <b>Principales / secundarios</b>	<i>Fuentes de bienestar (recursos)</i> <b>Principales / secundarios</b>
<b>Nutrición<sup>a</sup></b> (necesidades “materiales”)	<b>Objetos</b> <b>(alimentos)</b> / <i>actividades familiares</i> <i>(cocinar; abastecer)</i>	<b>Recursos</b> <b>monetizables<sup>b</sup></b> / <i>tiempo; conocimientos</i> <i>y habilidades</i>
Afecto; amistad; amor; sexo (necesidades emocionales)	<b>Relaciones</b> <b>primarias</b> / <i>actividades con pareja</i> <i>o amigos; objetos</i>	<b>Tiempo;</b> <b>conocimientos</b> <b>y habilidades</b> / <i>Recursos monetizables<sup>b</sup></i>
Autoestima; autorrealización (necesidades de desarrollo)	<b>Actividades</b> <b>del sujeto</b> / <i>objetos; relaciones</i> <i>secundarias</i>	<b>Conocimientos</b> <b>y habilidades,</b> <b>tiempo</b> / <i>recursos monetizables<sup>b</sup></i>

<sup>a</sup> Los elementos sombreados con gris son los que comúnmente consideran los enfoques tradicionales, mientras que los seres humanos requieren del resto de los elementos enlistados para poder llevar una vida valiosa.

<sup>b</sup> Incluye ingreso corriente; activos básicos; activos no básicos, y acceso a bienes y servicios gratuitos.

Fuente: Boltvinik (2005: 12, cuadro 1.1).

De esta forma, ante la necesidad de nutrición, el enfoque dominante considera sólo los alimentos, generalmente crudos (objetos), e ignora las formas y medios para abastecerlos (ir de compras), o bien los utensilios e insumos para cocinarlos y consumirlos; sin todos estos elementos, la necesidad de alimentarse no puede ser cubierta. Por otra parte, no se considera el tiempo requerido para llevar a cabo todas las actividades individuales y familiares relacionadas con esta necesidad (cocinar, comer, hacer las compras, etcétera). En el enfoque del florecimiento humano, en cambio, el tiempo se vuelve un componente importante de la satisfacción de necesidades.

En el capítulo anterior, resaltamos que los enfoques analizados consideran el tiempo como el recurso fundamental que interactúa con el ingreso y que determina en buena medida el nivel de vida. Por lo tanto, superan la estrechez de la mayoría de los métodos. No obstante, consideran el ocio como una variable residual, que puede ser igual a cero cuando se tiene una carga excesiva de Trabajo Socialmente Necesario (TSN),<sup>8</sup> sin que ello implique, en esos esquemas, que los individuos no puedan llevar una vida sana. Si bien Vickery (1977) sí hace explícito que se requiere de un tiempo para mantenerse sano físicamente, considera que 10 horas a la semana de tiempo libre son suficientes y que, por lo tanto, los adultos pueden trabajar hasta 86.6 horas a la semana, doméstica y / o extradomésticamente, lo que constituye literalmente una doble jornada; esta exageración refleja su concepción del ser humano como animal de trabajo. Al establecer umbrales tan bajos en los enfoques bidimensionales, se dejan fuera necesidades humanas básicas para el desarrollo social y personal (interacción social, emocionales, etcétera), y se desconoce la necesidad de alcanzar el florecimiento humano o autorrealización que, como vimos en el capítulo II, para la mayoría de los individuos en el capitalismo sólo sería posible en el tiempo libre.

En el reciente desarrollo de perspectivas multidimensionales distintas al MMIP —Alkire y Foster (2008), Consejo Nacional de Evalua-

<sup>8</sup> Como se define en el capítulo I, el TSN es el requerido para trabajo doméstico, extradoméstico (incluido el tiempo de traslado de ida y vuelta al trabajo) y cuidado de menores, ya que a través de todas estas actividades se logra la producción social y material, así como la reproducción de la fuerza de trabajo.

ción de la Política de Desarrollo Social (Coneval) (2009)—, no se considera el tiempo como una variable. Además, en los nuevos enfoques se establecen también estándares minimalistas para el resto de las necesidades. Por lo tanto, el único método multidimensional que sí incorpora el tiempo es el MMIP, cuya descripción fue publicada por primera vez en 1992. Además, el MMIP introduce normas científicas o empíricamente sustentadas en las dimensiones de ingreso y necesidades básicas insatisfechas. Esta perspectiva constituye un importante avance en términos teórico-metodológicos, pero no ha superado la dificultad para identificar las desigualdades en la distribución de las cargas de trabajo en el interior del hogar, que discutiremos más adelante.

#### LA MEDICIÓN DE LA POBREZA DE TIEMPO

##### *Determinación de las normas de tiempo en el índice de ETT*

Boltvinik señala que los requerimientos de tiempo para las distintas actividades están determinados, en buena medida, por las instituciones (Estado, mercado, familia, etcétera), las tradiciones y “las costumbres sobre la duración de la jornada de trabajo, sobre los descansos semanales y anuales; [dependen] inversamente de los ingresos del hogar (cuando tienen ingresos bajos se verán impulsados a *intentar* alargar las jornadas de trabajo o a incorporar más miembros a dicha actividad) y de preferencias individuales” (2000: 5). Burchardt (2008) coincide con este autor en tanto que considera que las instituciones inciden en la disponibilidad del recurso tiempo de las personas, y pone como ejemplo la acción del Estado en Gran Bretaña para incluir derechos laborales como los de maternidad / paternidad; tiempo para el cuidado de enfermos en el hogar, y beneficios monetarios para familias con menores, ancianos y enfermos, lo cual juega un papel fundamental en la disponibilidad de tiempo. Goodin *et al.* (2008) incorporan esta idea al comparar la disponibilidad de tiempo libre y discrecional en los seis países que constituyen su área de estudios, agrupándolos de acuerdo con el tipo de estado de bienestar que tienen, según la clasificación de Esping-Andersen: residual, corporativista y socialdemócrata.

Encuentran así una relación estrecha entre la cantidad de tiempo discrecional y el carácter del estado de bienestar, y resulta que es en los países con estados bienestaristas residuales donde la disponibilidad de tiempo discrecional es menor, mientras que en los socialdemócratas el promedio es el más elevado. De igual forma, los estudios de Burchardt y Goodin *et al.* muestran que los arreglos familiares inciden en la disponibilidad de tiempo de cada miembro del hogar. Por otra parte, Boltvinik señala que la necesidad de tiempo de recreación varía de acuerdo con la edad, y observa que el necesario para actividades lúdicas es mayor para los niños y adolescentes que para los adultos.

Es importante señalar que los contenidos y formas de disfrute y acceso al tiempo libre están también permeados por las diferencias de género (véase McPhail, 2006). Asimismo, por las características del trabajo doméstico, las mujeres llevan a cabo actividades discontinuas a lo largo del día y, por lo tanto, algunas de ellas no hacen una clara diferenciación entre el tiempo dedicado a éste y al ocio; en cambio, los hombres tienen mayor claridad en tanto que, al estar la mayoría de ellos ligados a una actividad remunerada, cuentan con horarios más definidos.

Aunque el índice de ETT hace una diferenciación entre quienes no tienen tiempo libre y quienes sí, no verifica si allí ocurre el florecimiento humano, ya que determinarlo corresponde al terreno valorativo, que implica más factores que la medición de la pobreza de tiempo. El tiempo libre también puede ser utilizado para la socialización, el trabajo político, y aun para actividades alienantes y enajenantes.

La determinación de las normas para calcular el índice de ETT estuvo guiada por una concepción amplia de las fuentes de bienestar y las necesidades humanas. Con base en ello se determinó el tiempo requerido para el trabajo socialmente necesario (doméstico, cuidado de otros en el hogar y extradoméstico), el arreglo, el cuidado personal y tiempo libre. Algunas de estas normas fueron establecidas por Boltvinik de manera intuitiva (trabajo doméstico y cuidado), mientras que para otras se basó en la recomendación de expertos (tiempo para dormir, por ejemplo). Actualmente contamos con encuestas de uso de tiempo en las que podemos comparar las normas con las prácticas socialmente observadas, lo cual discutiremos en la siguiente sección.



*Normas en el índice de ETT frente a otros enfoques de medición*

El índice de ETT verifica la disponibilidad de tiempo que tienen los hogares para satisfacer sus necesidades de trabajo doméstico y extradoméstico; el cuidado de menores en el hogar; el cuidado personal; la educación, y el tiempo libre. En esta sección analizaremos las diferencias en las normas de uso de tiempo de la propuesta de Boltvinik, frente a los enfoques bidimensionales de ingreso-tiempo presentados en el capítulo anterior. Esto nos permitirá identificar las distintas concepciones sobre los derechos humanos y la calidad de vida que cada autor tiene.

Las normas del ETT fueron establecidas partiendo de la idea de que, salvo con algunas excepciones, el tiempo dedicado al trabajo doméstico y extradoméstico es un medio para subsistir y no para desarrollar una actividad creativa, por lo que se consideró parte del tiempo *obligado*, el cual también incluye el necesario para el cuidado de menores,<sup>9</sup> para traslado de ida y vuelta al trabajo, para el mantenimiento sano de las personas (arreglo, aseo y cuidado personal; alimentación, sueño y descanso; véase Boltvinik, 2000). La cantidad normativa de tiempo requerido para llevar a cabo estas actividades fue establecida con una visión de derechos humanos, con la satisfacción de necesidades de forma humanizada en el centro; por ejemplo, los adultos deben dormir al menos ocho horas diarias como recomiendan los expertos, lo cual contrasta con los estudios de Burchardt y Goodin *et al.* quienes asignan ese mismo tiempo, pero le incluyen el necesario para que las personas realicen además la alimentación y el arreglo personal (véase el capítulo III).

En cuanto a la norma del tiempo máximo que puede ser dedicado por adulto al trabajo doméstico y extradoméstico, Boltvinik es el único que considera que todos los adultos del hogar tienen derecho a disfrutar de tiempo libre, ya que la norma del número máximo de horas dedicadas a ambos tipos de trabajo es de 48 a la semana.

<sup>9</sup> Cabe añadir que el índice de ETT no incluye el tiempo necesario para el cuidado de adultos mayores, aspecto que se volverá más importante a medida que la población envejezca.

Esta norma se estableció con base en la legislación mexicana (artículo 123 constitucional) y, al haberla ampliado al trabajo doméstico, se reconoce que este derecho, anteriormente exclusivo para quienes trabajan extradomésticamente, debe ser extendido a quienes realizan el trabajo doméstico, lo cual beneficiaría sobre todo a las mujeres, quienes además, de manera creciente, se incorporan al trabajo extradoméstico y padecen dobles jornadas laborales (domésticas y extradomésticas). Para Boltvinik (2000) el trabajo doméstico es un tiempo obligado, pero que puede ser cubierto mediante la contratación de empleados domésticos; su postura en este punto es similar a la del resto de autores que hemos analizado.

Cabe aclarar que la norma del tiempo requerido para trabajo doméstico se estableció con base en las características demográficas del hogar y de la intensidad con la que se realiza, lo cual a su vez depende de la disponibilidad de bienes que hacen menos pesado el trabajo doméstico (refrigerador, lavadora, automóvil y otros; véase más adelante) y no del tiempo que declaran dedicar los miembros del hogar a esta actividad, ya que, como veremos en el siguiente capítulo, por lo general las encuestas no cuentan con información al respecto, o bien, cuando existe, es de baja confiabilidad. Esto dificulta la determinación de las cantidades de tiempo realmente dedicadas, y su comparación con las normativas.

Para el establecimiento de las normas de tiempo para la satisfacción de las necesidades fisiológicas se partió del derecho a mantenerse físicamente sano; aquí el criterio de Boltvinik es similar al de Vickery y al de Burchardt, cuando utiliza el enfoque absoluto. Para el cálculo del índice de ETT se consideraron 10 horas al día para dormir, alimentarse y realizar las actividades relacionadas con el aseo y el arreglo personal. Este parámetro tomó en cuenta la opinión de expertos (en el caso de dormir), pero, además, coincide con las prácticas sociales, como en el caso del arreglo personal, cuyo tiempo destinado es muy consistente en la mayoría de las encuestas nacionales e internacionales (véase el siguiente capítulo). La norma de tiempo para esta actividad es más elevada que las utilizadas por Burchardt y Goodin *et al.*, en ambos casos fijada con el enfoque relativo. Como mencionamos, estos autores sólo consideran ocho

horas diarias para todas las actividades relacionadas con el mantenimiento sano fisiológico, lo que significa que se tendría una reposición deficiente de la fuerza de trabajo. Quienes deban vivir de esta manera tendrán altas probabilidades de padecer problemas de salud, lo que invalida la norma relativa al respecto.<sup>10</sup>

De esta manera, al sumar el tiempo de cuidado y arreglo personal (70 horas a la semana) con el que normativamente se puede dedicar a trabajo doméstico y / o extradoméstico (48 horas a la semana) se obtiene el *tiempo de trabajo obligado*, que es de 118 horas a la semana para los miembros disponibles para el TSN, cuya definición veremos más adelante.

Por lo demás, para el cálculo del índice de ETT, *tiempo libre* se definió como la antítesis del obligado; aunque también se considera un tiempo residual, la forma de acotarlo fue distinta a la utilizada por Garfinkel y Havemann; Vickery; Burchardt, y Goodin *et al.* Mientras que estos autores maximizan el tiempo que los adultos pueden dedicar a TSN, incluido doméstico y extradoméstico (hasta un máximo de 120 horas a la semana en el caso de los dos últimos autores), en el índice de ETT el tiempo que puede ser dedicado a TSN por las personas de 15 a 69 años de edad se acota a 48 horas a la semana. De esta forma, Boltvinik asigna como mínimo de tiempo libre 50 horas a la semana por adulto disponible, el cual aumenta para los otros rangos de edad, dependiendo de los requerimientos para actividades relacionadas con el ocio, como educativas o lúdicas, sobre todo para los menores de 15 años. Si la norma de tiempo libre se hiciera efectiva para todos los miembros de nuestra sociedad, la mayoría podría elegir libremente otra actividad para alcanzar, potencialmente, el florecimiento humano.

La cantidad normativa de tiempo libre promedio para los adultos es muy similar a la reportada en Gran Bretaña en 2000. De acuerdo con Burchardt (2008: 34) en el decil más bajo de ingreso, las personas declaran tener 57 horas de tiempo libre en promedio frente

<sup>10</sup> Comentábamos ya desde el capítulo anterior, que este tiempo, al no considerar la necesidad de dormir bien, descansar, comer sin prisa y asearse, provocaría accidentes y un estrés que puede afectar el bienestar físico y psíquico de las personas.

a 45 horas en el más alto. El tiempo libre asignado para calcular la pobreza de tiempo con el índice de ETT es similar también al tiempo discrecional promedio que Goodin *et al.* (2008) reportan para los seis países que se integran en su estudio (48 horas, véase el capítulo III).<sup>11</sup> Es notable, sin embargo, que Vickery (1977) haya asignado como necesarias sólo 10 horas semanales de tiempo libre por adulto, a pesar de que en la encuesta que cita de 1966, los adultos en los Estados Unidos declararon tener 36 horas de tiempo libre a la semana, cantidad muy similar a la reportada en 2008 (36.6 horas a la semana). Además, como vimos, Goodin *et al.* y Burchardt optan por minimizar los requerimientos de tiempo libre y sólo casos extremos quedan clasificados como pobres por esta dimensión. Por ejemplo, Burchardt asume que los pobres de tiempo son aquéllos cuya cantidad de horas comprometidas (determinadas por los requeridos para trabajo doméstico, extradoméstico, cuidado personal y de otros en el hogar) es mayor al total en una semana (168 horas). En tales situaciones, la autora considera que las personas no pueden elegir una combinación posible de ingreso-tiempo para evitar la pobreza. También serían pobres las personas que deben destinar todo su ingreso a la adquisición de bienes y servicios para trabajo doméstico y cuidado de otros miembros en el hogar, aunque se queden sin dinero para comer, a cambio de al menos un minuto de tiempo libre. De ahí que Burchardt asume una posición similar, pero más dura que la de Vickery, al desconocer el derecho al tiempo libre para todo ser humano, condición necesaria para tener una vida sana.

Otro de los aspectos relevantes en el establecimiento de normas para el cálculo de pobreza de tiempo con el índice de ETT es el relativo a la definición de la población disponible para participar en el TSN. La definición depende, en primera instancia, de la edad. En lo que se refiere al límite inferior, de 15 años se estableció originalmente de manera coherente con la norma educativa del MMIP, en la que se asume que hasta los 14 años el tiempo se debe dedicar por completo

<sup>11</sup> Pero, como comentábamos, es difícil tomar esta medida como un indicador del grado de la libertad que tienen los individuos para realizar lo que consideran valioso, pues sus normas de tiempo de trabajo extradoméstico y doméstico son en exceso austeras, lo que provoca una sobrestimación del tiempo discrecional.

a la educación y las actividades lúdicas. No obstante, como se explicará más ampliamente en el siguiente capítulo, dentro del total de tiempo disponible en el hogar se decidió incluir para trabajo doméstico un número reducido de horas (seis a la semana) de la población de 12 a 14 años.

Con respecto al límite superior de edad para ser clasificado como disponible para trabajar, originalmente el índice de ETT planteaba los 69 años, y se consideraba que a los 70 años se llegaba a una edad adecuada para el retiro del mercado laboral. Pero, también en este caso, se amplió el límite de edad hasta los 79 años, aunque quienes tienen entre 70 y 79 años sólo pueden participar, normativamente, hasta 16 horas a la semana en el TSN. Como veremos (capítulo V), la ampliación de los límites extremos surgió de sugerencias emanadas en diversos foros donde se discutió la metodología del índice de ETT, en las cuales se argumentó que la participación parcial de menores de 15 años y mayores de 69 años de edad en el TSN no necesariamente es nociva, sino que puede ser formativa cuando el número de horas de trabajo es restringido. Además se reconoció la capacidad que las personas mayores de 69 tienen para desempeñar actividades productivas.

De esta manera, la población comprendida entre los 15 y los 69 años es la única que puede dedicarse de tiempo completo al trabajo doméstico y / o extradoméstico (48 horas a la semana), excepto cuando declaran estudiar; en ese caso la disponibilidad fue delimitada en 20 horas a la semana para TSN, ya que el resto (28 horas) deben ser de dedicación exclusiva al estudio. Se excluye del TSN a las personas discapacitadas.<sup>12</sup> La suma del tiempo con que las personas pueden participar en el TSN constituye el disponible para trabajo doméstico y extradoméstico en el hogar.

Para el cálculo de la pobreza de tiempo por hogar, se considera el dedicado a trabajo extradoméstico por todos los miembros que

<sup>12</sup> En los métodos bidimensionales analizados en el capítulo anterior, el límite inferior de edad para participar en el TSN es de 16 años (Burchardt) o 18 (Vickery y Goodin *et al.*), mientras que el superior no queda especificado, excepto en Burchardt, que calcula la pobreza de tiempo de la población en edad de trabajar (de 16 a 59 años para mujeres y hasta 64 años para hombres, de acuerdo con las edades de retiro).

tienen 12 años o más; de esta forma el trabajo remunerado que realizan quienes están por debajo de 15 y por arriba de 79 años, aumenta la carga global de trabajo de los normativamente disponibles para realizar el TSN.

Es importante comentar que, aunque en el esquema de Boltvinik el tiempo es en algunas ocasiones un satisfactor secundario (como el destinado a comer), cuando está reservado para el tiempo libre, pero sobre todo para el florecimiento humano, cobra mayor centralidad (2003: 17), lo cual es desdeñado sistemáticamente por la mayoría de los autores que miden la pobreza de tiempo y, aunque en el discurso Goodin *et al.* reconocen la importancia para el ser humano de elegir libremente qué actividad llevar a cabo, su planteamiento no es coherente con este reconocimiento (véase capítulo III).

También podemos decir que el planteamiento de Boltvinik puede ser enriquecido con la propuesta teórica (mas no práctica) de los autores que analizamos en el capítulo anterior, sobre todo en términos de la definición del concepto de autonomía temporal, que, aunque es difícil de determinar (no sólo por la falta de información, sino también por las dificultades que los propios individuos pueden experimentar para identificarla), permite englobar otras actividades que no se relacionan directamente con el *florecimiento humano*, sino con otros factores indispensables para llevar una buena vida, como el tiempo destinado a la socialización (como plantea Desai) y el requerido para la participación política y comunitaria, entre otras actividades. Una vez que hemos expuesto los planteamientos normativos del índice de ETT, y después de haberlos comparado con los otros autores, a continuación se presenta en detalle la forma en que se calcula el índice.

#### *Procedimiento para calcular la pobreza de tiempo con el índice de ETT*

Iniciamos esta sección señalando que he replanteado la formalización de los principios normativos que subyacen al índice de ETT a partir del análisis detallado del índice y de la nueva información disponible, con el fin de reflejar más claramente la dinámica del uso del tiempo en los hogares. El planteamiento original del índice de ETT

(ecuaciones la a 1c) incluía únicamente en el numerador el tiempo dedicado al trabajo extradoméstico por todos los miembros del hogar ( $W_j$ ) de 12 o más años, mientras que el tiempo requerido para trabajo doméstico formaba parte del cálculo para determinar el número de personas disponibles en el hogar para trabajo extradoméstico ( $k_j^*$ ; como se muestra en las ecuaciones 2a y 2b). Es decir, que aunque el ETT incorporaba los requerimientos de trabajo doméstico, la pobreza de tiempo no quedaba expresada en términos de los requerimientos totales de tiempo para TSN (doméstico y extradoméstico) en los hogares, sino del que se dedicaba a trabajo extradoméstico.

$$ETT_j = (1+w_j) / (w^* k_j^*) = (1+w_j) / 48k_j^* \quad | \text{ para } k_j^* > 0 \quad (1a)$$

$$| \text{ para } k_j^* \leq 0 \text{ y } w_j = 0, ETT = 1 \quad (1b)$$

$$| \text{ para } k_j^* \leq 0 \text{ y } w_j > 0, ETT = 2 \quad (1c)$$

Si  $ETT > 2$ ,  $ETT = 2$ , Si  $ETT < 0.1$ ,  $ETT = 0.1$ ,

donde

$ETT_j$ : Exceso de Tiempo de Trabajo en el hogar<sub>j</sub>.

$w_j$ : horas semanales totales trabajadas extradomésticamente por todos los miembros del hogar<sub>j</sub> de 12 años y más. Incluye las horas dedicadas al trabajo principal y secundario.

$w^* = 48$ : norma constitucional de horas de trabajo semanales.

$k_j^*$ : número de personas, en el hogar<sub>j</sub> que están disponibles para trabajar extradomésticamente.

$$k_j^* = N_j^{15-69} - h_j \quad | \text{ para } h_j \leq N_j^{15-69} \quad (2a)$$

$$k_j^* \leq 0 \quad | \text{ para } h_j > N_j^{15-69} \quad (2b)$$

donde

$N_j^{15-69}$ : personas de 15 a 69 años de edad en el hogar<sub>j</sub>.

$h_j$ : personas, en el hogar<sub>j</sub>, excluidas del trabajo socialmente necesario.

Lo anterior debido a que, para obtener  $k_j^*$ , es decir, el número de personas disponibles en el hogar para trabajo extradoméstico, se restaba al total de los miembros del hogar que tenían entre 15 y 69 años de edad ( $N_j^{15-69}$ ) la variable  $h_j$  (ecuación 3), que representa el número de miembros excluidos para trabajo extradoméstico, el cual incluye el total de las jornadas (de 48 horas) requeridas para trabajo doméstico ( $RJTD_j$ ), a los ocupados que declararon no trabajar la semana de referencia ( $ONT_j$ ),<sup>13</sup> a una fracción del tiempo disponible de los estudiantes ( $ETS_j$ )<sup>14</sup> a los incapacitados ( $INC_j$ ) y a los jubilados  $JUB_j$ .

$$h_j = ONT_j + (0.5833) ETS_j + INC_j + JUB_j + (RJTD_j - JSD_j), \quad (3)$$

donde

$ONT_j$ : ocupados que no trabajaron la semana de referencia.

$ETS_j$ : estudiantes.

$INC_j$ : incapacitados.

$JUB_j$ : jubilados.

$RJTD_j$ : requerimientos de la jornada de trabajo doméstico.

$JSD_j$ : jornadas desempeñadas por servidores domésticos.<sup>15</sup>

El primer cambio realizado al índice de ETT fue considerar el tiempo requerido para trabajo doméstico  $RJTD_j$  en el numerador, sumándolo al dedicado a trabajo extradoméstico por los miembros del hogar ( $w_j$ , véase ecuación 4a). Ello debido a que se consideró que ambos tipos de trabajo representan el esfuerzo que los hogares necesitan realizar para generar ingresos y para asegurar la reproducción de la

<sup>13</sup> Debido a que no se cuenta con información sobre el tiempo que dedican a este tipo de trabajo, se asumió que son trabajadores de tiempo completo.

<sup>14</sup> Como mencionábamos ya, se determinó que quienes estudian deben dedicar a esta actividad 28 horas a la semana y, por lo tanto, sólo tienen 20 horas disponibles a la semana para trabajo extradoméstico.

<sup>15</sup> Para el cálculo del número de servidores domésticos se identifica en la encuesta el número de personas registradas bajo esta categoría que cohabitan en el hogar, así como el gasto realizado por los hogares en el rubro de pago por trabajo doméstico o cuidado de personas.



fuerza de trabajo a nivel doméstico, con la cual queda modificada la fórmula del ETT, como se expresa en las ecuaciones siguientes:

$$ETT_j = (w_j) + ((RJTD_j - JSD_j) * 48) / k_j^* w^* \quad | \quad \text{para } k_j^* > 0 \ \& \ RJTD_j \geq JSD_j \quad (4a)$$

$$ETT_j = (w_j) / k_j^* w^* \quad | \quad \text{para } k_j^* > 0 \ \& \ RJTD_j < JSD_j \quad (4b)$$

$$ETT_j = ((RJTD_j - JSD_j) * 48) + (w_j) / w^* \quad | \quad \text{para } k_j^* \leq 0 \ \& \ RJTD_j \geq JSD_j \quad (4c)$$

$$ETT_j = (w_j) / w^* \quad | \quad \text{para } k_j^* \leq 0 \ \& \ RJTD_j < JSD_j \quad (4d)$$

Como consecuencia de este cambio, los  $RJTD_j$  ya no forman parte de la fórmula para obtener  $h_j$  (el número de miembros excluidos para TSN), que queda reexpresada como se muestra en la ecuación 5. Con ello  $k_j^*$  denota claramente a los miembros que pueden participar en el trabajo doméstico y el extradoméstico y no sólo a los disponibles para el segundo, como sucedía con la fórmula anterior. Pero además, ya no se excluye de  $k_j^*$  a los jubilados, como se hacía con el procedimiento anterior, ya que, aunque gocen de este beneficio social, todavía pueden participar en el trabajo doméstico y extradoméstico, y, en ocasiones, continúan laborando informalmente. Por consiguiente,  $h_j$  están constituidas ahora por  $ONT_j$ , una fracción de  $EST_j$  y los incapacitados  $INC_j$ :<sup>16</sup>

$$h_j = ONT_j + (0.4167) EST_j + INC_j \quad (5)$$

Este cambio permite además reflejar más claramente que el trabajo doméstico y el extradoméstico tienen el mismo estatus. Como se observa en las fórmulas 4a a 4d, cuando hay servidores domésticos ( $JSD_j$ ), se descuentan de las  $RJTD_j$ . Cuando el número de los trabajadores domésticos excede el de los requerimientos, este tipo de trabajo se hace igual a cero en la fórmula (véase ecuación 4b y 4d). Se construye así “un indicador del esfuerzo [total] relativo desplegado

<sup>16</sup> Aunque algunos discapacitados pueden realizar trabajo doméstico (o extradoméstico), no podemos asumir que ello es generalizado, pues las encuestas no especifican si pueden hacerlo o no y, por el contrario, cuando son totalmente dependientes provocan mayor demanda de tiempo para su cuidado, con lo que se agudiza la pobreza de tiempo. Sin embargo, este aspecto no es incorporado en el cálculo del ETT.

[por los hogares] para obtener el ingreso corriente: mientras mayor es dicho esfuerzo, menor es, *caeteris paribus*, el tiempo disponible para descanso, educación, recreación y trabajo doméstico” (Boltvinik, 2000). Así, el ETT identifica los hogares en los que sus miembros dedican más tiempo del normativo a TSN para satisfacer sus necesidades de ingreso y de trabajo doméstico.<sup>17</sup>

Es pertinente aclarar que en el planteamiento original del índice de ETT, los hogares que no contaban con personas disponibles para trabajo extradoméstico ( $k_j^* \leq 0$ ), pero que dedicaban tiempo a éste ( $w_j \geq 0$ ) se consideraban automáticamente con la mayor intensidad de pobreza de tiempo, es decir, con carencia de tiempo igual a 2 (véase ecuación 1c). No obstante, esta situación no es totalmente cierta, ya que su carencia depende de los requerimientos de trabajo doméstico ( $R_{jTD}$ ) y del número de horas dedicadas al extradoméstico (véase ecuaciones 4c y 4d). Por lo tanto, aun cuando no existan miembros disponibles para trabajo doméstico, la intensidad de la pobreza de tiempo estará en función del tiempo dedicado a TSN en esos hogares.

Como mencionamos, también se amplió el rango de edad de las personas del hogar disponibles para TSN, ya que se consideró que quienes tienen entre 12 y 14 años pueden participar en trabajo doméstico, y entre 70 y 79, pueden participar en éste o en el extradoméstico, por lo cual queda ahora expresada  $k_j^*$  como sigue:

$$k_j^* = (N_j^{15-69} + N_j^{12-14} + N_j^{70-79}) - h_j \quad | \quad \text{para } h_j \leq N_j^{15-69} + N_j^{12-14} + N_j^{70-79} \quad (6a)$$

$$k_j^* \leq 0 \quad | \quad \text{para } h_j \leq N_j^{15-69} + N_j^{12-14} + N_j^{70-79} \quad (6b)$$

donde

$N_j^{15-69}$ : personas de 15 a 69 años de edad en el hogar<sub>j</sub>

$N_j^{12-14}$ : 6/48 de las personas de 12 a 14 años de edad en el hogar<sub>j</sub>

$N_j^{70-79}$ : 16/48 de las personas de 70 a 79 años de edad en el hogar<sub>j</sub>

<sup>17</sup> Los problemas de identificación a escala individual serán discutidos en el siguiente capítulo.

Pasando ahora a examinar cómo se calculan los requerimientos de trabajo doméstico ( $RJTD_j$ ), como mencionábamos, éstos dependen de tres factores: 1) el tamaño del hogar; 2) la presencia de menores de hasta 10 años de edad, y 3) la intensidad del trabajo doméstico ( $ITD_j$ , véase ecuaciones 7a y 7b). Esta última, con tres categorías: baja, media o alta, dependiendo de si el hogar tiene necesidad de acarreo de agua ( $AA_j$ ), dispone de equipo ahorrador de trabajo doméstico ( $CEATD_j$ , que incluye refrigerador, lavadora, licuadora y vehículo de motor) y acceso a los servicios de cuidado de los menores de hasta 10 años ( $CASC M_j$ ). De esta forma, la  $ITD_j$  queda calculada como sigue:

$$ITD_j = (AA_j + CEATD_j + CASC M_j) / 3 \quad | \quad \text{para hogares con menores de hasta 10 años} \quad (7a)$$

$$ITD_j = (AA_j + CEATD_j) / 2 \quad | \quad \text{para hogares sin menores} \quad (7b)$$

donde

$AA_j$ : necesidad de acarreo de agua.

$CEATD_j$ : carencia de equipo ahorrador de trabajo doméstico (refrigerador, lavadora, licuadora y vehículos de motor).

$CASC M_j$ : carencia de acceso a servicios de cuidado de los menores.

Los indicadores parciales del índice de  $ITD_j$  pueden tomar valores 0, 1 y 2, donde 0 es satisfacción de la necesidad y 2 carencia total, de acuerdo con los siguientes criterios:

$AA_j = 0$ , si el agua es entubada dentro de la vivienda.

$AA_j = 1$ , si el agua es de pozo dentro del terreno o entubada dentro del edificio, vecindad o terreno, o por pipa.

$AA_j = 2$ , si el agua es por acarreo.

$CEATD_j = 0$ , si el hogar tiene al menos dos de los equipos domésticos enumerados y un vehículo con motor, o tiene los tres equipos domésticos aunque no tenga vehículo.

$CEATD_j = 1$ , si el hogar tiene dos de los equipos domésticos y no tiene vehículo de motor, o tiene vehículo pero sólo uno o ninguno de los equipos domésticos.

$CEATD_j = 2$ , si el hogar tiene uno o ninguno de los equipos enumerados (licuadora, lavadora, refrigerador), y ningún vehículo de motor.

$CASCM_j = 0$ , si todos los menores del hogar asisten a una escuela (edades de tres a 10 años), o a guarderías.

$CASCM_j = 1$ , cuando una parte de los menores asista a escuela o guardería, pero otra parte no lo haga.

$CASCM_j = 2$ , cuando ninguno de los menores asista a escuela o guardería.

Los estratos de  $ITD_j$  se establecen según los valores de la intensidad: el de intensidad baja corresponde a 0, 1/3 y 1/2; media: 2/3, 1, 4/3 y 3/2; y el de alta 5/3 y 2, de acuerdo con el tamaño del hogar y la presencia de menores de hasta diez años. La  $ITD_j$  se obtiene mediante un promedio simple de los tres indicadores ( $AA_j$ ,  $CEATD_j$  y  $CASCM_j$ ) o de los dos primeros cuando no hay presencia de menores de hasta 10 años. Esta forma de calcular la intensidad puede modificarse utilizando ponderadores con pesos distintos para cada una de los indicadores parciales, dependiendo, por ejemplo, de la distribución del tiempo promedio dedicado a cuidado de menores, acarreo de agua y trabajo doméstico, en el conjunto de la sociedad o en un grupo social específico.

En el cuadro IV.2 se pueden apreciar las normas de requerimiento de jornadas de trabajo doméstico ( $RJTD_j$ ) por tamaño de hogar, presencia de menores e intensidad del trabajo doméstico. Cabe destacar que ese cuadro contiene una mayor desagregación por tamaño de hogar y, en algunos casos, una cantidad mayor de tiempo requerido para trabajo doméstico que la que consideraba la propuesta original de Boltvinik, debido a que, con base en las encuestas de uso de tiempo, se observó que los requerimientos de trabajo doméstico tienen mayores variaciones por tamaño que lo supuesto en un principio por ese autor (véase Damián 2005a y b, y capítulo siguiente).<sup>18</sup>

<sup>18</sup> La desagregación original de los  $RJTD_j$  se puede consultar en el cuadro A1.2, del anexo metodológico 1.

Cuadro IV.2. Requerimientos de trabajo doméstico ( $R_{jTD_j}$ ), expresado en jornadas de 48 horas a la semana, de acuerdo con las características del hogar.

<i>Intensidad del trabajo Doméstico (ITD<sub>j</sub>) / Tamaño del hogar</i>	<i>Sin menores de hasta 10 años</i>			<i>Con menores de hasta 10 años</i>		
	<i>Baja</i>	<i>Media</i>	<i>Alta</i>	<i>Baja</i>	<i>Media</i>	<i>Alta</i>
1 y 2	0.3	0.5	0.7	0.8	1.0	1.2
3 y 4	0.5	0.7	0.9	1.0	1.2	1.4
5 y 6	0.7	0.9	1.1	1.2	1.4	1.6
7 y más	0.9	1.1	1.3	1.4	1.6	1.8

Fuente: Boltvinik (s/f).

La norma para hogares del mismo tamaño puede variar según la  $ITD_j$ , como se observa en el cuadro. Así, un hogar de una o dos personas, sin menores de hasta 10 años, requerirá de 0.3 a 0.7 jornadas de trabajo doméstico, es decir de 14 a 33 horas a la semana, dependiendo de si cuenta o no con el equipo ahorrador de trabajo y si tiene la necesidad de acarrear agua. En el otro extremo tenemos hogares conformados por siete miembros o más, con presencia de menores, que requerirán de 1.4 a 1.8 jornadas de trabajo doméstico, dependiendo del valor de  $ITD_j$ .

Hasta aquí hemos visto las normas y la descripción a detalle del cálculo del índice de ETT<sup>19</sup> y sus componentes, pero es conveniente considerar que tiene el problema de no estar construido a partir de “un procedimiento adecuado para tomar en cuenta explícitamente los requerimientos de recreación, de tal manera que el índice usado no refleja las mayores necesidades de los jóvenes en este aspecto” (Boltvinik, 2000: 12). Esta dificultad posiblemente se pueda superar al identificar en los hogares a menores de 15 años que trabajen o

<sup>19</sup> La formulación final del índice de ETT y el programa de cálculo en el programa estadístico SPSS, se presenta en el anexo 1.

bien, que dediquen un número importante de horas al trabajo doméstico, lo cual sólo es posible cuando se tienen encuestas de uso de tiempo, aspecto que discutiremos en el siguiente capítulo. Antes de pasar a éste, hacemos una reflexión sobre las cualidades del índice de ETT.

#### EL ÍNDICE DE EXCESO DE TIEMPO DE TRABAJO (ETT) COMO INDICADOR PARA CONOCER LA POBREZA DE TIEMPO

Hemos destacado que una de las principales características del índice de ETT es que su planteamiento reconoce que el tiempo es una de las variables fundamentales que determinan el nivel de bienestar en los hogares. Además, el índice está enmarcado en una conceptualización de necesidades y capacidades humanas requeridas para el florecimiento humano, las cuales son difíciles de alcanzar por limitantes tanto materiales como de tiempo. El índice es novedoso a escala mundial, ya que forma parte de una propuesta multidimensional, la del MMIP, que incluye además las carencias de ingreso y las relacionadas con NBI (acceso a bienes y servicios públicamente provistos, por ejemplo).

El índice de ETT se caracteriza también por tener una visión de derechos, al establecer 48 horas a la semana como norma de jornada máxima de trabajo aplicadas tanto al trabajo doméstico como al extradoméstico (o a la suma de ambos). De esta manera, el índice constituye el único esfuerzo metodológico que hace extensivo este derecho a toda la población, incluidas las mujeres que se dedican a las labores domésticas, trabajo que no suele ser reconocido como necesario para garantizar la reproducción social en los cálculos tradicionales de bienestar y pobreza.

A lo largo del capítulo comparamos las normas del índice de ETT con las utilizadas en los índices bidimensionales propuestos por otros autores analizados en el capítulo III, y mostramos que éstos tienden hacia una postura minimalista cuando establecen las normas en cuanto a requerimientos de tiempo para el descanso, el cuidado personal, el identificado como libre y el necesario para que los hogares realicen sus actividades cotidianas, tanto domésticas como extradomésticas, lo cual contrasta fuertemente con nuestro enfoque.

Subrayamos que las normas del índice de ETT también reconocen el derecho a que los menores de 15 años no participen en el mercado laboral, ya que deben atender su formación educativa y gozar de suficiente tiempo para actividades lúdicas; no obstante, hemos incorporado a los de 12 a 14 para trabajo doméstico con una fracción mínima, lo que les permite contribuir al bienestar del hogar, considerando además esta actividad como formativa. De igual forma, se reconoce el derecho a continuar la educación para todos aquellos de 15 años o más, ya que, cuando están dentro del sistema educativo, se establece que deben dedicar a esta actividad 28 horas a la semana, y disponen 20 para participar en el TSN.

Por otra parte, cuando se estableció la edad máxima para participar en el TSN en el índice de ETT, se consideró el derecho a jubilarse o retirarse, a partir de los 70 años y de manera definitiva a los 80, aunque la participación laboral entre los 70 y 79 años debe ser sólo parcial. Por lo tanto, las actividades domésticas y extradomésticas realizadas por personas mayores de esta edad aumenta la carga del TSN del hogar y pueden colocarlos en pobreza de tiempo.

En el planteamiento del índice de ETT está claramente señalado también que la falta de acceso al cuidado de menores aumenta el tiempo de trabajo doméstico y su intensidad, ya que obliga a los miembros del hogar a dedicar un mayor número de horas a esta actividad, y, por otra parte, puede reducir la disponibilidad de ingreso en el hogar o aumentar el tiempo dedicado a trabajo extradoméstico, ante la necesidad del pago de servicios privados de cuidado de menores. Lo anterior causaría la reducción del tiempo disponible para el ocio. Lo mismo sucede con la carencia de servicios públicos de salud y seguridad social, que obliga a las personas a mantenerse en un empleo por más años, o a trabajar por más horas para subsanar los gastos relacionados con estas necesidades.

El planteamiento de Boltvinik también reconoce que las instituciones (el Estado y el mercado), más que los individuos, tienen una influencia directa en la determinación del nivel de pobreza. Por ejemplo, el Estado influye también en el nivel de pobreza de tiempo en tanto es el encargado de la provisión de servicios públicos, cuya

carencia afecta la disponibilidad de tiempo en el hogar. Además de la seguridad social, sabemos que otras dimensiones, que dependen de la acción pública, pueden aumentar la pobreza de tiempo; por ejemplo, la carencia de agua entubada dentro del terreno y la vivienda suma el tiempo necesario para acarrearla, e incrementa la intensidad del trabajo doméstico.

En este capítulo se presentaron las adecuaciones al índice de ETT. La primera fue calcular la pobreza de tiempo en función del trabajo doméstico y extradoméstico, y no sólo en relación con este último, ya que ambos tipos de trabajo representan el esfuerzo que requieren los hogares para asegurar su reproducción social y material. Por otra parte, se modificó el procedimiento para calcular la pobreza de los hogares que no cuentan con miembros disponibles para el TSN; en el planteamiento original, éstos se consideraban con el mayor grado de pobreza de tiempo, no obstante, ahora ésta se calcula en función de sus requerimientos de trabajo doméstico y del tiempo que dedican a trabajo extradoméstico.

Aun con estas modificaciones, persisten algunos problemas del índice de ETT. En primer lugar, como sucede con todas las mediciones de pobreza, el índice se calcula a escala del hogar, y, por lo tanto, no puede diferenciar la forma como se distribuyen las cargas de TSN en el interior del hogar, por lo que es posible que algunas personas sean pobres de tiempo, aun cuando vivan en hogares clasificados como no pobres. El ETT también pasa por alto que existen menores de 16 años de edad o mayores de 79 que laboran extradomésticamente y contribuyen con el ingreso del hogar, y que según las normas del índice de ETT deberían ser clasificados como pobres de tiempo; no obstante, el índice no los detecta en tanto que su esfuerzo laboral se distribuye entre los miembros que normativamente pueden participar en el TSN. Asimismo, el índice no es sensible a la pobreza de algunos de los ocupados que trabajan más de 48 horas, cuyo exceso de trabajo se distribuye entre el resto de los miembros disponibles para trabajar (aun cuando éstos se declaren inactivos). Estos problemas se superan cuando el índice se calcula a escala individual. No obstante, como veremos en el capítulo siguiente, existen limitaciones para sistematizar el cálculo debido a la



escasa y poco confiable información existente sobre uso de tiempo en México.

Por otra parte, aun cuando el índice de ETT está construido considerando los requerimientos de trabajo doméstico y de cuidado de menores, el tiempo para el cuidado de ancianos y discapacitados está ausente en el cálculo de las normas, por lo que sería conveniente incorporar esta variable.

No obstante las limitaciones señaladas, el índice es un instrumento que permite conocer la dimensión y dinámica de la pobreza de tiempo. En el capítulo siguiente se realizará una evaluación de los parámetros normativos del índice de ETT para determinar en qué medida reflejan las prácticas sociales en nuestro país y si éste es un indicador sensible de la desigual distribución de las cargas de TSN a escala social, en la medida en que los hogares clasificados como pobres de tiempo sean efectivamente los que tienen mayor carga de trabajo (o menos recursos disponibles), de acuerdo con las encuestas de uso de tiempo en México.



## V. EVALUACIÓN DE LAS ENCUESTAS Y LAS NORMAS DE USO DE TIEMPO

*...ignoraba yo aún que el tiempo es oro...cuánto tiempo perdí,  
ay cuánto tiempo.*

Renato Leduc

En el capítulo anterior explicamos las bases conceptuales y los principios que guiaron la formalización del índice de Exceso de Tiempo de Trabajo (ETT) reconociendo diversos derechos humanos que tradicionalmente suelen omitirse en la medición de la pobreza de tiempo. Comparamos los parámetros normativos de este índice con los establecidos por otros autores que han medido la pobreza de tiempo en algunos países desarrollados. Destacamos que tienden a minimizar las carencias de tiempo en los hogares, debido a que sus normas son muy austeras o a que suponen que los seres humanos pueden y deben trabajar doméstica y / o extradomésticamente hasta dos jornadas de 40 horas a la semana, si es necesario, sin importar que no tengan descanso ni tiempo para el ocio. También presentamos la expresión formal del índice de ETT y, con base en el análisis de algunas de las limitaciones del cálculo original, se elaboraron propuestas para superarlas. Dichos cambios se incorporaron a partir de 2002 en la medición de la pobreza de tiempo.

Por otro lado, encontramos que el índice de ETT no permite medir la pobreza de tiempo de cada individuo, ya que, como todos los índices de pobreza, está calculado a escala del hogar y, con ello, se pierde la posibilidad de identificar a las personas pobres de tiempo individualmente cuando viven en hogares no pobres de tiempo; generalmente se trata de mujeres con elevadas cargas de Trabajo Socialmente Necesario (TSN; doméstico y extradoméstico). El índice

tampoco identifica a las personas que, de acuerdo con su edad, no deberían participar en el TSN y, por lo tanto, se subestima también su pobreza. En este capítulo se evaluarán las normas que subyacen al índice, con el fin de establecer si éstas expresan derechos básicos para satisfacer las necesidades de producción doméstica y reproducción del núcleo familiar. Para ello se considerarán las prácticas sociales sobre uso de tiempo en México. Este ejercicio se hará con base en las encuestas de uso de tiempo.

Una primera evaluación se realizó con base en la Encuesta Nacional sobre Trabajo, Aportaciones y Uso de Tiempo (ENTAUT), 1996, que fue la primera levantada en México sobre el tema (véase Damián 2005a y 2005b).<sup>1</sup> Desde entonces se han levantado tres nuevas encuestas (1998, 2002 y 2009),<sup>2</sup> por lo cual se considera conveniente volver a revisar las normas para el cálculo de la pobreza de tiempo.

La evaluación anterior mostró que había un alto grado de correspondencia entre los parámetros normativos y las prácticas sociales referidas a los requerimientos de tiempo del trabajo doméstico por tamaño de hogar, el cuidado personal, el sueño, etcétera. No obstante, se identificaron problemas en la captación del uso del tiempo en los hogares, sobre todo el referido al trabajo doméstico y al cuidado de otros miembros en el hogar, lo que impone límites al análisis de la dinámica del uso de tiempo en México.

<sup>1</sup> En esa ocasión los parámetros del índice de ETT también se compararon con las normas sobre el uso de tiempo de Vickery (1977), ya que ésta era la única propuesta de que se disponía, además de la de Boltvinik, que establecía parámetros normativos sobre el uso de tiempo de manera específica para las distintas actividades del quehacer humano. Aunque Douthitt (1993) también había ya realizado un estudio sobre la pobreza de tiempo en Canadá, la metodología utilizada fue la de Vickery. Adicionalmente se consultaron otros trabajos realizados en México que contenían datos sobre el tiempo dedicado al trabajo doméstico en los hogares, tanto estudios de caso (véase Barbieri, 1984) como otros basados en las Encuestas Nacionales de Empleo (ENE), que contienen una pregunta sobre el tiempo dedicado a esta actividad (véase Damián, 2003, 2005a y 2005b).

<sup>2</sup> Aunque la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) 2008 incluyó cinco preguntas sobre uso de tiempo en el cuestionario para la población de 12 años o más el grado de agregación no permite comparar su información con las otras encuestas que aquí hemos mencionado.

La evaluación que aquí se realiza busca relacionar las normas con las prácticas sociales, pero no debemos omitir que algunos parámetros del índice de ETT se establecieron con base en el reconocimiento de derechos humanos, como el disponer de tiempo libre, independientemente de que se trabaje doméstica y / o extradomésticamente. Por lo tanto, la norma máxima de tiempo que las personas pueden dedicar a cualquier tipo de trabajo (o a ambos juntos: doméstico y extradoméstico) no puede ser superior a 48 horas a la semana, como se establece en la legislación mexicana para el trabajo extradoméstico. De igual forma, las normas del índice del ETT reconocen que los tiempos normativos asignados a actividades como dormir y comer deben seguir las recomendaciones de los expertos. Si bien no existe mayor desacuerdo en estas áreas de la vida, el consenso es casi nulo para los requerimientos para trabajo doméstico, como veremos más adelante.

A la luz de la nueva información y debido a la relevancia de conocer la pobreza de tiempo y la desigualdad de las cargas de TSN en México, en el presente capítulo se examinarán primero las principales limitaciones y virtudes de las encuestas de uso de tiempo, antes de comparar su información con los parámetros normativos del índice de ETT. Se pondrá especial énfasis en cómo se analizan los tiempos dedicados al trabajo doméstico y extradoméstico y las edades a las que se puede participar en ambos tipos de trabajo, todo ello con la información que se considere más conveniente. Finalmente presentamos un cálculo de la pobreza de tiempo individualizado, que nos permite conocer las desigualdades por sexo y edad.

### LAS ENCUESTAS DE USO DE TIEMPO

Como mencionamos antes, la ENTAUT 1996 fue la primera levantada sobre el tema en México. En 1998 se levantó la Encuesta Nacional sobre Uso de Tiempo (ENUT) con una metodología totalmente distinta a la de 1996, lo cual analizaremos a detalle más adelante. Cabe remarcar que la encuesta de 1998 no fue publicada por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) y su base de datos nos fue proporcionada por primera vez completa hasta 2010

para esta investigación.<sup>3</sup> Las dos siguientes encuestas (ENUT 2002 y 2009) se levantaron con metodologías similares a la de 1996, pero la desagregación de las actividades fue mucho más detallada, sobre todo en lo referente a trabajo doméstico y cuidado de otros en el hogar, además de la distinción que hubo entre el tiempo dedicado a cada actividad entre semana y en fin de semana, que resulta de suma utilidad. Adicionalmente a estas encuestas, a partir de 2008 se cuenta con la información obtenida con un escaso número de preguntas sobre el uso de tiempo en el cuestionario para la población de 12 o más años de la ENIGH;<sup>4</sup> al ser tan agregada la información, es difícil tomarla como parámetro de evaluación de las prácticas sociales en la materia. Además, la información la proporciona el principal informante del hogar, por lo que es poco precisa.<sup>5</sup>

Como la metodología de captación del uso de tiempo en los hogares ha variado notablemente, existen dificultades para determinar si las diferencias que se presentan de un año a otro se deben a cambios en el comportamiento de los hogares o a las diferencias en los cuestionarios y las formas de captación del uso de tiempo. Por otra parte, la metodología de la encuesta de 1998 es innovadora y permite evaluar la información de las otras encuestas, aunque lamentablemente el acceso a la información ha sido tardío y no ha permitido su discusión académica. Los datos que aquí se presentan permiten establecer, o al menos trans-

<sup>3</sup> En 1999, cuando tuve conocimiento de la existencia de la base de datos de 1998 y de que no sería publicada, solicité a la oficina de asesores del INEGI, dirigida por Javier Gutiérrez, la base de datos y la información relacionada con el cuestionario y los tabulados. Sin embargo, sólo se me proporcionó en formato electrónico: 1) el cuestionario aplicado; 2) una base de datos con información de una muestra de 400 cuestionarios; 3) los cuadros que en teoría formarían parte de la publicación, y 4) documentos metodológicos. Fue hasta 2010 que la encuesta me fue proporcionada, después de una solicitud por medio del Instituto Federal de Acceso a la Información (IFAI).

<sup>4</sup> Las preguntas son las siguientes: 1) ¿cuánto tiempo dedicó a cuidar, atender sin pago y de manera exclusiva a niños, ancianos, enfermos, discapacitados?; 2) ¿cuánto tiempo dedicó a reparar o dar mantenimiento a su vivienda, muebles, aparatos domésticos o vehículos?; 3) ¿cuánto tiempo dedicó a realizar el quehacer de su hogar?; 4) ¿cuánto tiempo dedicó a acarrear agua o leña?, y 5) ¿cuánto tiempo le quedó **para realizar actividades que a usted le gustan?**

<sup>5</sup> Todos estos aspectos y la forma como se ajustó la información para el análisis que presentamos a continuación, puede consultarse en el anexo metodológico 2.

parentar, los problemas de comparabilidad de las encuestas, así como las deficiencias en las metodologías de captación del uso de tiempo, sobre todo en las actividades relacionadas con el trabajo doméstico, área fundamental de la vida humana y sobre la cual se construye el discurso de la desigualdad en las condiciones de vida de hombres y mujeres.

### PROBLEMAS DE LAS ENCUESTAS SOBRE USO DE TIEMPO EN MÉXICO

Como mencionábamos, las encuestas de uso de tiempo disponibles en México 1996, 2002 y 2009 tienen cuestionarios similares, mientras que el de la ENUT 1998 es totalmente distinto (véase los cuestionarios en el anexo metodológico 2). En las tres primeras encuestas mencionadas, el contenido de las preguntas cubre un amplio espectro de las actividades realizadas cotidianamente por los miembros del hogar de 12 o más años de edad.<sup>6</sup> Es conveniente analizar y comparar las diferencias metodológicas con respecto a la encuesta de 1998, ya que produjeron resultados diversos en el total de tiempo captado y la distribución de las cargas de TSN en el interior del hogar.

En 1998 se solicitó al entrevistado especificar las actividades realizadas el día anterior, desde que se levantó hasta que se fue a dormir, indicando hora de inicio y final para cada una. De igual forma, se le solicitó especificar si realizó alguna actividad de manera simultánea a otra.<sup>7</sup> En cambio, en las otras encuestas se pidió al entrevistado calcular el tiempo dedicado durante la semana anterior a un conjunto de actividades específicas:<sup>8</sup> en 1996 fueron 34, y en 2002 y 2009 aumentaron a 82; aunque en estos dos últimos años hay variación en el planteamiento de algunas preguntas (véase los cuestionarios en el anexo metodológico 2).

<sup>6</sup> En 1996 y 1998 se levantaron cuestionarios a personas a partir de los ocho años.

<sup>7</sup> La pregunta es: “dígame todas las actividades que realizó el día de ayer desde que se despertó hasta que se durmió” (véase el cuestionario en el anexo metodológico 2).

<sup>8</sup> En 2011 se levantó una encuesta de uso de tiempo en el Distrito Federal financiada por el Evalúa DF. En ésta se utilizaron dos reactivos, uno que recoge la experiencia de la ENUT 1998 en el sentido de preguntar de manera sistemática sobre las actividades realizadas el día anterior, y otro en el que se hacen preguntas sobre distintas actividades y el número de horas que normalmente se dedican a éstas durante los días hábiles y de descanso (Damián y Figueroa, en prensa).

Con base en los resultados obtenidos en 1998, parece ser más fácil para el entrevistado acordarse de lo realizado el día anterior. En los otros años se tienen que asignar horas y minutos a cada una de las actividades listadas. Como veremos, este procedimiento puede llevar a un sobrerreporte de tiempo dedicado a cada actividad, especialmente entre las mujeres, cuyos horarios para trabajo doméstico y cuidado de otros en el hogar suelen estar menos acotados que los del trabajo extradoméstico.

De esta manera, en las encuestas que se refieren a la semana anterior, el total del tiempo que supuestamente dedican las personas a trabajo doméstico se construye con la suma del declarado a cada labor parcial, como barrer, picar, sacudir, cocinar, lavar, planchar. En lo que respecta al cuidado de otros en el hogar (sobre todo de los menores y personas con necesidad de ayuda), los individuos, sobre todo las mujeres, pueden reportar hasta 24 horas al día dedicadas a esta sola actividad, pero como una proporción importante de este tiempo se ocupa en supervisión y se realiza de manera simultánea a otras actividades (quehaceres domésticos, cuidado personal, tiempo libre, entre ellas), el total de tiempo asignado a estas actividades resulta superior a las 24 horas de un día. En 2009, el sobrerreporte de tiempo es mayor, debido a que la captación de las horas / minutos de cuidado y supervisión de otros en el hogar se registró por cada miembro que recibió estos servicios. Por ejemplo, si hubo dos menores que fueron cuidados simultáneamente por cuatro horas, se le contabilizaron ocho horas a la persona que realizó los cuidados.

Sin desconocer que el cuidado y la supervisión de otras personas en el hogar limita la libertad de quien lo hace, los problemas de captación resultan ser muy serios: por ejemplo, en la encuesta de 1996, el valor máximo del tiempo destinado al cuidado de otros miembros del hogar (menores, ancianos y enfermos) resultó de 230 horas a la semana, cuando sólo hay 168; además, el máximo de tiempo posible que podía ser reportado en la encuesta era de 105 horas, porque el cuestionario no incluyó preguntas relacionadas con el cuidado y el arreglo personal ni con la socialización (INEGI, 2002: 7). Este problema afecta de manera notable los promedios por sexo dedicados a cada actividad y se sobrestima la carga de trabajo en el hogar, como veremos.



Las diferencias en los resultados de captación, de acuerdo con la metodología seleccionada, son sobresalientes. La ENUT 1998 sólo presentó 0.4% de registros con tiempo reportado superior a las 24 horas,<sup>9</sup> mientras que en las encuestas de 1996 y 2002, 38% de los registros tuvieron sobrestimación de tiempo, porcentaje que baja a 35% en 2009.<sup>10</sup> El problema se presenta más entre las mujeres (43.3% y 40.3% en 2002 y 2009, respectivamente) que entre los hombres (31.2% y 29.7% en los mismos años). Como se observa en el cuadro V.1, en 2002, la media del tiempo reportado por las mujeres en esta situación fue de 194.4 horas a la semana, y la de los hombres de 182.9, lo que provoca una gran distorsión en los promedios del total de la población. En 2009, los valores son más elevados para ambos sexos (véase cuadro).

Cuadro V.1. Media, mediana y valor máximo del tiempo total reportado en las encuestas de uso de tiempo 2002 y 2009. Población con registros superiores a 168 horas a la semana.

<i>Año/Sexo</i>	<i>Media</i>	<i>Mediana</i>	<i>Valor máximo</i>
<b>2002</b>			
Masculino	182.9	175.2	366.2
Femenino	194.4	181.7	473.0
Total	189.8	178.6	472.9
<b>2009</b>			
Masculino	193.5	185.7	563.8
Femenino	206.2	195.1	701.5
Total	201.2	190.8	701.5

Fuente: cálculos propios con base en los microdatos de la ENUT 2002 y 2009, INEGI.

<sup>9</sup> Tomamos el parámetro de 24 horas porque podemos suponer que algunas personas no durmieron o durmieron muy poco el día anterior. El porcentaje de los registros con un total de tiempo dedicado a todas las actividades reportadas, que varía de 19 a 24 horas, fue del 3.7% de los registros (con datos), lo cual nos parece aún aceptable (cálculos propios con base en los microdatos de la ENUT 1998).

<sup>10</sup> Cálculos propios con base en la ENTAUT 1996 y la ENUT 2002 y 2009. Cabe mencionar que este problema es reconocido por el INEGI en la publicación de la encuesta de 1996.

Es importante señalar que las encuestas también tienen registros con valores por debajo de las 168 horas, lo cual, de igual manera, afecta el análisis. Esta situación ocurre sobre todo entre la población de 12 a 19 años de edad, pero con mayor relevancia entre los adultos mayores. Asimismo, son los hombres en general los que tienden a registrar un total de tiempo menor a las 168 horas a la semana dedicado a las actividades captadas. Por ello, en 2009, no existen promedios de tiempo observados que rebasen este máximo posible en los registros masculinos, organizados por quinquenios de edad.

Es claro que enfrentamos un problema de captación de la información, ya que las personas no pueden vivir más tiempo del que tiene una semana, por lo que los datos de las encuestas referidas a una semana deben ser tratados con mucha cautela. Debemos aclarar por este problema, el propio INEGI ha ajustado los datos publicados.<sup>11</sup>

En 1998 el bajo número de registros con sobreporte de tiempo (0.4%) puede deberse a que algunas personas no durmieron o durmieron muy poco en un lapso de 24 horas, pero también a la forma como se captó la información. Al dejar en el cuestionario una sola pregunta abierta, hubo entrevistados que declararon haberse dedicado a una sola actividad a lo largo del día (al cuidado de otros miembros del hogar, al trabajo, a actividades recreativas o de esparcimiento fuera de la vivienda). Estos registros no se descartaron porque declararon, además, realizar de manera simultánea otras actividades, como comer, descansar, dedicarse al arreglo personal, entre otras. Es evidente que, en cuanto al tiempo efectivo captado, resultó más apropiada la bitácora de 1998 referida al día anterior

<sup>11</sup> En la publicación de los datos de la ENTAUT 1996, el INEGI aclara que se ajustaron a la baja los registros de la encuesta que rebasaron el tiempo máximo posible para que su total representara 105 horas a la semana, y conservar así la proporción que cada actividad representa en el total de tiempo captado. Cabe mencionar que, con este tipo de ajuste, se asume que todas las actividades tienen el mismo grado de error, lo cual es incorrecto, ya que el tiempo dedicado a algunas de ellas, por ejemplo las placenteras, puede ser percibido de manera distinta, más corta que otras actividades de poco agrado para el entrevistado. Si bien en las publicaciones de las encuestas de 1996 y 2002 se menciona que el ajuste fue realizado, en 2009 los resultados de la encuesta fueron publicados por el Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres) y no se especifica si fueron ajustados como en años anteriores.

que pedirle a los encuestados recordar el tiempo dedicado durante la semana previa a una lista detallada de actividades específicas (34 en 1996 y 82 en 2002 y 2009).

Como se ha mencionado, la norma de tiempo requerido para tiempo de trabajo doméstico y cuidado de menores en el hogar, que se utiliza para el cálculo de la pobreza de tiempo en el índice de ETT, fue establecida intuitivamente; por ello, en este trabajo tiene particular relevancia establecer la confiabilidad de los datos relacionados con estas actividades obtenidos en las encuestas, con el fin de compararlos con la norma y establecer qué tan confiable resulta. Además, la confiabilidad de los datos permitirá establecer con mayor precisión las desigualdades en la carga de TSN en el interior del hogar; si está sobrestimado, se sobrestimarán la pobreza de tiempo femenina y la desigualdad.

Un aspecto del cuestionario de 1998 que nos permite evaluar la calidad de la captación de las otras encuestas es que aquél incluyó (como comentábamos) un campo para saber si las personas realizaban de manera simultánea hasta cuatro actividades distintas a la reportada como principal (véase los cuestionarios en el anexo metodológico 2). Al parecer, esto motivó la inclusión en 2002 de una pregunta de simultaneidad de actividades, pero referidas exclusivamente al cuidado de otros en el hogar. En 1998 la actividad con mayor simultaneidad fue ésta, y se detectó que 50% del tiempo dedicado al cuidado de otros se hizo simultáneamente con otra actividad, porcentaje similar al de 2002, que fue de 47 por ciento.<sup>12</sup>

En 1996 no se captó este fenómeno en absoluto, lo que parece estar detrás de los valores tan elevados del tiempo total reportado. Si bien en 2009 se preguntó la frecuencia con la que se realizan dos o más actividades al mismo tiempo (siempre, casi siempre, pocas veces y nunca) y, posteriormente, cuáles son éstas, no se puede conocer de forma directa la simultaneidad y en qué proporción se da.

La ENUT 1998 permite ver que la simultaneidad puede ser muy variada, aunque en general se presenta cuando se realizan actividades de trabajo doméstico, arreglo personal, comer y bañarse. Es muy

<sup>12</sup> Cálculos propios con base en los microdatos de las dos encuestas.

frecuente realizar ciertas actividades clasificadas como recreativas dentro del hogar (escuchar música, ver la televisión, etcétera) simultáneamente al trabajo doméstico. También podemos constatar que las mujeres realizan en ocasiones dos actividades domésticas de manera simultánea (como lavar ropa y cocinar, o lavar trastes, y otras), o bien, reportan como actividad principal el tiempo dedicado a comer (que queda registrado en el rubro de necesidades fisiológicas), mientras que en la secundaria señalan que dieron de comer (lo cual queda registrado como tiempo dedicado al cuidado de otros en el hogar). Si bien los varones reportan realizar algunas actividades de manera simultánea, la naturaleza es distinta (por ejemplo, desayunar y ver noticias; trabajar y escuchar radio o ver televisión, etcétera) y el tiempo reportado de simultaneidad entre dos actividades es menor al que declaran las mujeres.<sup>13</sup>

Con base en lo expuesto hasta ahora, podemos afirmar que para observar la dinámica de este fenómeno, la ENUT 1998 ofrece oportunidades distintas a las de las otras encuestas de uso de tiempo. De igual forma, permite evaluar qué tan deficiente es la captación de tiempo reportado para cada actividad (trabajo doméstico, extradoméstico, actividades fisiológicas, tiempo libre, etcétera). Una comparación entre las encuestas puede contribuir a una mejor comprensión de la pobreza y el bienestar de los hogares; por ello, antes de discutir las normas de uso de tiempo, exponemos brevemente la información de la ENUT 1998, lo que a su vez permite su difusión.

#### UNA MIRADA A LA DINÁMICA DEL USO DE TIEMPO MEDIANTE LA ENUT 1998

Iniciamos el análisis de la ENUT 1998 con la dimensión del trabajo extradoméstico,<sup>14</sup> ya que constituye uno de los dos elementos que

<sup>13</sup> Información proveniente de la submuestra de 400 registros proporcionada por el INEGI en los que se capta la actividad específica principal y simultánea. En la base completa, estos campos desaparecen.

<sup>14</sup> La presentación de los datos que se hace en este apartado consideró las características de la encuesta, para evitar inconsistencias con la información disponible en otras

conforman el TSN. De acuerdo con las conversaciones sostenidas con los responsables de la encuesta, una de las razones por las que no fue publicada es la baja tasa de participación laboral captada. De esta forma, con base en los cuadros resumen del INEGI, la tasa es de sólo 34.6%, frente a 54.5% en la ENIGH para ese mismo año. Pero, como pudimos constatar con la base de datos, este problema se debe a que al preguntar sobre las actividades del día anterior, se pierde información de los ocupados laboralmente, sobre todo de aquéllos cuya entrevista se refiere a los sábados o domingos. Además, muchos ocupados, sobre todo mujeres, no trabajan todos los días de la semana.<sup>15</sup>

Como se observa en el cuadro V.2, la tasa de participación laboral (calculada en relación con el total de personas de 12 años o más) varía de manera notable según el día de la semana. El miércoles es el día con la tasa de participación laboral más elevada, muy cercana a la de la ENIGH para ese mismo año (50.3% en miércoles, frente a 54.5%, en la semana de referencia en la encuesta de ingresos y gastos). Por sexo, las tasas son también similares; la de los hombres en la ENUT fue de 70.6% el miércoles, frente a 73.2% en la ENIGH y, para las mujeres, 34.5% en ambas encuestas (véase cuadro V.2). Aunque las tasas así calculadas no son enteramente comparables, podemos argumentar que la ENUT es una submuestra de la ENIGH, y los datos deben ser similares. Es evidente que la participación laboral en la ENUT, calculada por día, se ubica en el orden de magnitud que capta la ENIGH, referido a la semana y, por lo tanto, asumimos que es válida la información para el análisis y la comparación con las otras encuestas de uso de tiempo.

fuentes. El procedimiento para la elaboración de los cuadros se presenta en el anexo metodológico 2.

<sup>15</sup> Lo mismo sucede con la información sobre los “Miembros del hogar que asistieron a un centro educativo o estuvieron realizando otro tipo de estudios a nivel nacional”. Según la información del cuadro 2.7 del documento no publicado de la encuesta, 43.4% de los menores de ocho a 11 años de edad “no asistía a la escuela”, pero ello no quiere decir que no estudiaban, sino que muchos fueron entrevistados el día que no asistieron a la escuela.

Cuadro V.2. Tasa de ocupación total, por sexo y día de referencia de la población de 12 años o más (ENUT 1998).

	<i>Total</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
Domingo	25.4	34.7	17.2
Lunes	40.0	56.6	25.9
Martes	49.0	68.5	32.9
Miércoles	50.3	70.6	34.5
Jueves	48.0	70.5	30.0
Viernes	45.2	66.3	28.1
Sábado	40.6	58.6	25.7

Fuente: cálculos propios con base en la ENUT 1998, INEGI.

A diferencia de las otras encuestas de uso de tiempo, la ENUT 1998 refleja muy bien la temporalidad de la participación laboral a lo largo de la semana. Por ejemplo, los domingos son los días con participación más baja; además, la encuesta ofrece, al parecer, indicios de que sigue existiendo el san Lunes, es decir, la práctica de faltar al trabajo ese día (generalmente por los “excesos” del fin de semana), ya que la tasa de participación observada es menor a la de los días de entresemana, pero muy similar a la del sábado.

Con la ENUT 1998 podemos ver la distribución del total del tiempo reportado en cada actividad (véase cuadro V.3). De esta manera, de 100% del tiempo reportado para trabajo extradoméstico a lo largo de la semana, los martes, miércoles y jueves concentran, cada uno, alrededor de 17%; esta cantidad cae el día viernes (15.4%) y se confirma el san Lunes, día en el que se despliega un esfuerzo laboral similar al sábado (alrededor de 13.3% del total del trabajo extradoméstico de la semana). Por su parte, el domingo tiene muy baja concentración de trabajo extradoméstico (6.8%). Un comportamiento similar se observa en el tiempo dedicado al traslado de ida y vuelta al trabajo y a la escuela.

Cuadro V.3. Distribución del tiempo dedicado a diversas actividades, por día de la semana (porcentajes del total de tiempo reportado en la semana a cada actividad; ENUT 1998).

<i>Actividad</i>	<i>Datos ajustados<sup>a</sup></i>							<i>Total</i>
	<i>Domingo</i>	<i>Lunes</i>	<i>Martes</i>	<i>Miércoles</i>	<i>Jueves</i>	<i>Viernes</i>	<i>Sábado</i>	
Doméstico	14.1	13.6	14.0	14.1	14.3	14.2	15.8	100.0
Cuidado de otros	12.0	11.6	14.9	17.1	17.8	13.4	13.3	100.0
Extradoméstico	6.8	13.2	17.0	17.7	16.9	15.4	12.9	100.0
Traslado trabajo	5.9	12.7	17.9	17.5	16.7	14.8	14.6	100.0
Estudios	3.1	9.6	22.0	20.1	19.3	21.4	4.5	100.0
Traslado escuela	1.3	10.5	20.3	23.3	21.1	21.0	2.5	100.0
Necesidades fisiológicas	15.2	14.3	13.5	14.0	14.0	13.8	15.2	100.0
Arreglo personal	14.4	14.3	14.1	14.7	14.5	13.8	14.2	100.0
Descanso	15.8	13.3	13.2	14.3	13.6	14.6	15.2	100.0
Recreación	20.8	14.7	11.2	11.1	11.9	13.0	17.3	100.0

<sup>a</sup> El ajuste se realizó de acuerdo con los ponderadores por día del cuadro A2.3 del anexo metodológico 2. Fuente: cálculos propios con base en la ENUT 1998.

La distribución del tiempo dedicado al trabajo doméstico casi no varía a lo largo de toda la semana (de 13.6% los lunes a 15.8% los sábados, véase cuadro V.3), lo que confirma que para esta actividad no existe un verdadero día de descanso. Tampoco se observan variaciones importantes en las actividades de arreglo personal y necesidades fisiológicas (comer, bañarse), lo cual era de esperar, pues son necesarias para el mantenimiento físico diario; además se puede constatar que los fines de semana toman un poco más de tiempo. En cuanto a la recreación y el descanso, antítesis del trabajo doméstico y extradoméstico, queda muy clara su mayor concentración los días sábado y domingo, sobre todo este último día para recreación.

Como podemos constatar, los datos de la ENUT 1998 muestran claramente la dinámica y la distribución a lo largo de la semana del tiempo dedicado por la sociedad a las diversas actividades, lo cual resulta muy conveniente para evaluar las normas de tiempo y la confiabilidad de las otras encuestas. Considerando las diferencias en el cuestionario y la metodología de captación, en el siguiente apartado evaluaremos los datos sobre trabajo doméstico y cuidado de otros en el hogar.

#### DIFICULTADES EN LA CAPTACIÓN DEL TIEMPO DEDICADO AL TRABAJO DOMÉSTICO

Cuando se habla de la desigualdad en las cargas de trabajo doméstico en México, se hace especial referencia a la excesiva responsabilidad que tienen las mujeres y a la baja participación de los hombres, situación que se vuelve más compleja en la medida en que más mujeres entran al mercado laboral. Los pocos análisis que existen sobre las desigualdades por sexo en la distribución de TSN, es decir, el que se dedica en conjunto a ambos tipos de trabajo, se han basado sobre todo en las ENUT (1996, 2002 y recientemente la de 2009) dedicado al trabajo, y en una sola ocasión se utilizaron las preguntas referidas al tiempo doméstico, al cuidado de otros en el hogar y al extradoméstico contenidas en la ENE (INEGI, 2000a, con datos de 1995). Cabe destacar que la mayoría de los estudios que analizan la desigualdad por



sexo en la carga de trabajo de ambos tipos tienden a ser parciales, en la medida en que presentan por separado la desigualdad en el tiempo dedicado al trabajo doméstico y el dedicado al extradoméstico. Asimismo, cuando hacen la suma de ambos, sólo presentan los resultados para la población ocupada y, como las mujeres participan en el trabajo extradoméstico en mucha menor proporción que los hombres, se pasa por alto que las mujeres que no trabajan remuneradamente, es decir, la mayoría de ellas, suelen tener cargas de trabajo menores que los hombres y mujeres que participan en el mercado laboral (véase, por ejemplo, INEGI, 2000a, 2000b, 2002; e INEGI, Inmujeres y Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (Unifem, 2005). Así, en el documento titulado *Trabajo doméstico y extradoméstico en México*, basado en la ENE 1995 (INEGI, 2000a) se afirma que “las mujeres consumen un número mayor de horas en el trabajo doméstico y extradoméstico que los hombres” (itálicas añadidas), aunque esta conclusión sólo es válida para las personas ocupadas de ambos sexos, que en el caso de las mujeres representaban 34.5% de las de 12 años o más, frente a más del 70% de los hombres, que están ocupados.

Sólo Pedrero (2005), cuyo estudio se basa en la ENUT 2002, aclara que “evidentemente las mujeres le dedican más tiempo al trabajo doméstico y los hombres al económico, pero si consideramos ambos tipos de trabajo de manera conjunta, el resultado para el caso de la población ocupada es que la mujer trabaja en promedio más tiempo que el hombre” (415). Aunque esta autora reconoce lo anterior, en el cuadro donde presenta las diferencias en las cargas de trabajo sumando el doméstico y el extradoméstico para el total de la población de 12 años o más, se puede observar que las medias son más altas para las mujeres (55.56 horas por semana) que para los hombres (45.52); en el caso de los ocupados la situación es aún más dramática, pues resultan 76.27 horas trabajadas doméstica y extradomésticamente de las mujeres, frente a 58.38 de los hombres (Pedrero, 2005: 23, cuadro 3). De esta forma, de acuerdo con los datos de la autora, más de la tercera parte de las mujeres trabaja el equivalente a dos jornadas laborales a la semana, y el resto, más de una jornada de 40 horas en promedio, desde los 12 años. Sin embargo, estas cifras, como hemos visto y profundizaremos a continuación, tienen

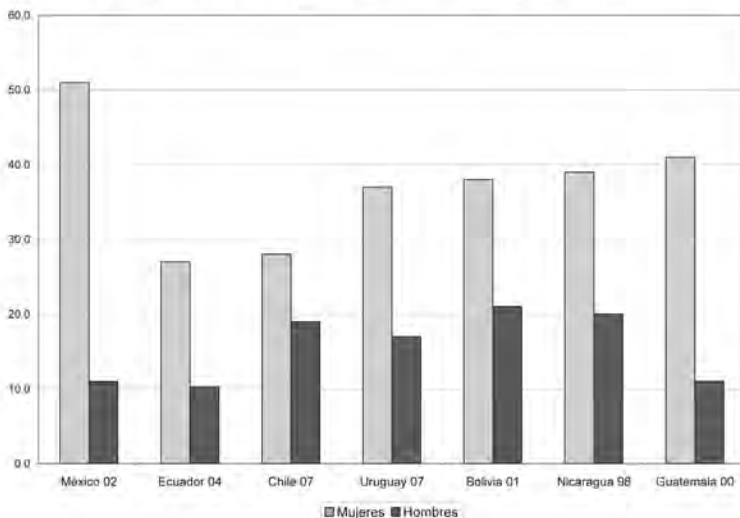
serias debilidades por la forma en que fue captada la información de uso de tiempo en las encuestas en México. Lamentablemente hasta ahora no se ha discutido la calidad de la información sobre el tema en nuestro país.

Nuestra reflexión inicia señalando que la participación de las mujeres en el mercado de trabajo es baja, en comparación con otros países latinoamericanos. De acuerdo con la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), (2009), la tasa de trabajo extradoméstico de las mujeres de 15 o más años en México era de 47%, frente al promedio de 53% en la región en 2006.<sup>16</sup> Aunque no existe un estudio que explique esta baja participación, podemos suponer que se debe, en parte, al horario tan reducido de las escuelas primarias (8 a 12:30 del día) y secundarias (7:20 a 14 horas), y a la escasa disponibilidad de espacios para el cuidado diurno de los menores de cero a cinco años. Pero ello no explica el elevado tiempo que las mujeres dedican a trabajo doméstico, en comparación con lo reportado por las mujeres de otros países latinoamericanos, como se muestra en el trabajo realizado por la Organización Internacional del Trabajo (OIT), el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y el Inmujeres, 2009.

La gráfica V.1 reproduce la información sobre el tiempo dedicado al trabajo doméstico y al cuidado de otros en el hogar, por sexo, en los siete países latinoamericanos analizados en el reporte, incluido México. Aunque no se trata de los mismos años, los datos son cercanos a 2000, y suponemos que los patrones de uso de tiempo no se modifican de manera importante en periodos cortos. Como se aprecia, el promedio de horas que las mujeres mexicanas dedican a estas actividades es el más alto de todos (un poco más de 51 horas a la semana en 2002), seguido por Guatemala, con una diferencia de 10 horas. Los datos para México son aún más sorprendentes cuando se comparan con los de Ecuador y Chile, cuyas mujeres reportan en promedio dedicar 27 y 28 horas a la semana, respectivamente, casi la mitad que las mexicanas. Los otros países (Uruguay, Bolivia y Nicaragua) presentan promedios muy similares a los de Guatemala.

<sup>16</sup> Este organismo se basa en la ENIGH.

Gráfica V.1. Promedio de horas destinadas a trabajo doméstico y cuidado de menores en siete países latinoamericanos, incluido México, alrededor del año 2000.



Nota: los años de la encuesta están señalados al lado del nombre de los países.

Fuente: OIT, Inmujeres y PNUD (2009: 70, gráfico 11).

Sería falso suponer que se reportan valores tan elevados de horas dedicadas a estas actividades en México porque las mujeres tienen tasas de ocupación bajas. Tomando información adicional de la CEPAL (2008: 26, cuadro II.4), podemos constatar que Chile, Uruguay y Nicaragua tienen tasas de participación laboral femeninas similares a las de México en los años de levantamiento de las encuestas (alrededor de 40% de la población femenina de 15 años o más), mientras que las de Ecuador y Guatemala se ubican alrededor de 45 por ciento.

En contraste, como se observa en la gráfica, el tiempo destinado al trabajo doméstico y al cuidado de otros en el hogar por los varones mexicanos es de los más bajos en los siete países, junto con Guatemala: reportan en promedio 11 horas a la semana. Ecuador

es el país con el valor más bajo (10 horas), mientras que el más elevado corresponde a Bolivia (con 21 horas a la semana), aunque no dista demasiado del reportado en Chile y Nicaragua. Si bien el dato sobre los varones mexicanos refleja un fenómeno que ha sido reiterado en los estudios sobre el tema, cabe resaltar que, a diferencia de lo que sucede con las mujeres, sus tasas de participación laboral son de las más elevadas en la región (78.4%), y se ubican en más de 10 puntos porcentuales por arriba de Chile y Bolivia (68.3% y 64%, respectivamente), los cuales tienen el mayor tiempo promedio dedicado por varones a trabajo doméstico y cuidado de menores.

Algunos autores (Vickery, 1977 y Burchardt, 2008) han observado que los hogares de bajos ingresos tienden a dedicar mayor tiempo al trabajo doméstico y al cuidado de otros en el hogar, debido a la escasez de ingreso para adquirir en el mercado bienes y servicios que sustituyan a estas actividades. Sin embargo, esta explicación no es válida en México, ya que la pobreza en el país se ubica en un nivel intermedio, en comparación con los otros países del estudio. De acuerdo con la CEPAL (2008: 81-82, cuadro A1) los de menor pobreza son Chile y Uruguay (13% y 18.1% del total de la población, respectivamente), seguidos por México (31.7%), y con una distancia importante están Ecuador, Bolivia, Nicaragua y Guatemala (42.6%, 54%, 61.9% y 54.8%, respectivamente). Con ello se muestra que no existe una explicación clara de por qué son tan elevados los datos relacionados con el tiempo de trabajo doméstico y el cuidado de otros en el hogar, reportados en las encuestas de uso de tiempo en México.

Para estimar en qué grado se encuentran sobrestimados los datos de la ENUT 2002 (y por extensión los de las encuestas referidas a la semana anterior), la comparamos con la ENUT 1998, según condición de ocupación por sexo (véase cuadro V.4). Lo anterior debido a que esperamos un mayor tiempo dedicado a esta actividad entre las mujeres inactivas, como se ha visto en otros estudios (Goodin *et al.* 2008).

Cuadro V.4. Mediana<sup>a</sup> del tiempo dedicado al trabajo doméstico (sin cuidado de otros en el hogar) por sexo y condición de actividad (1998 —incluye día de referencia— y 2002).

Año/día	Hombres			Mujeres		
	Inactivos (a)	Ocupados (b)	Diferencia (%) $c = (a-b) / (b)$	Inactivas (a)	Ocupadas (b)	Diferencia (%) $C = (a-b) / (b)$
<b>1998</b>						
Domingo	1.7	1.0	66.7	3.5	2.5	40.0
Lunes	1.5	1.0	50.0	4.0	2.6	54.8
Martes	1.0	0.9	9.1	5.0	2.2	130.8
Miércoles	1.3	1.0	25.0	4.7	2.0	137.5
Jueves	1.3	1.0	33.3	4.8	2.3	107.1
Viernes	1.0	1.0	0.0	4.8	2.6	87.1
Sábado	2.0	1.0	100.0	4.6	2.6	75.2
Total semana	10.5	7.0	50.0	31.5	16.8	86.2
<b>2002</b>						
Semana de referencia	6.2	6.7	-7.2	38.9	33.4	14.1

<sup>a</sup> Calculada sobre la base de la población de 12 años o más que declaró realizar la actividad.  
Fuente: cálculos propios con base en la ENUT 1998 y 2002, INEGI.

La información confirma que las mujeres inactivas reportan más tiempo dedicado al trabajo doméstico que las ocupadas. Sin embargo, al comparar las encuestas encontramos que las inactivas reportaron un número de horas más parecido en 1998 (31.5 horas a la semana) y 2002 (38.9), que las ocupadas (16.8 frente a 33.4 horas a la semana, respectivamente; véase cuadro V.4). La diferencia entre el tiempo reportado por estas últimas es de más del doble en 2002 con respecto a 1998, lo que constituye una fuerte evidencia de que las ocupadas tienden a reportar con exceso el tiempo dedicado al trabajo doméstico cuando las preguntas se refieren a la semana anterior. Posiblemente ello se debe a la mayor dificultad de separar los tiempos de vida y de trabajo (actividades reproductivas y productivas) a lo largo de la semana. Consideramos que ésta puede ser una de las razones que están detrás de cifras tan elevadas de tiempo dedicado a TSN en México.

Cuando analizamos las diferencias del tiempo dedicado al trabajo doméstico por los hombres, encontramos otro indicio del problema de registro de la encuesta de 2002. Según esta encuesta los ocupados dedican en promedio un mayor número de horas a las labores domésticas que los inactivos (7.2% más); sin embargo, cuando se analizan los datos de la ENUT 1998, los inactivos son los que tienden a dedicar más tiempo a esta actividad durante la semana.

El problema que enfrentamos en este trabajo es determinar qué tan lejos están las normas de las prácticas sociales y si reflejan una medida de lo necesario. Como argumentan Goodin *et al.* el tiempo dedicado a las actividades domésticas por las inactivas puede estar por arriba de los requerimientos, debido a que las mujeres que no participan en el mercado laboral “lleen” su tiempo con más actividad doméstica. Pero tomar como referencia el tiempo reportado por las ocupadas puede llevarnos al otro extremo, es decir, asignar menos tiempo del necesario a trabajo doméstico por falta de tiempo, por lo que quedan insatisfechas algunas tareas en este ámbito.

Además, debemos considerar que en el trabajo doméstico sí intervienen las preferencias sobre el grado de limpieza que requiere un hogar. Algunas personas toleran más desorden que otras y son menos rigurosas con la limpieza. Asimismo, quienes realizan tales labores las hacen a un ritmo propio (algunos son más rápidos que

otros), por lo cual en el mismo lapso pueden lograr un mayor número de actividades domésticas concretas (picar, sacudir, etcétera).

Debido a las dificultades para dilucidar la diferencia entre el número de horas efectivamente necesarias para trabajo doméstico y el que se realiza para “llenar” el tiempo, la evaluación de las normas del índice de ETT se basará en las medianas, ya que los datos extremos desvían de manera notable la media. Este problema también se ha detectado en estudios sobre el tema en países desarrollados, por lo que la tendencia es utilizar las medianas (véase, por ejemplo, Goodin *et al.*, 2008 y Burchardt, 2008). Sin embargo, en América Latina la práctica es utilizar únicamente las medias.

#### VALIDACIÓN DE LAS NORMAS DEL ÍNDICE DE ETT

En esta sección, la evaluación de los parámetros del índice de ETT se hará básicamente con información de la ENUT 1998, sin embargo, en los casos que se considere conveniente, por el tipo de información, se usarán las encuestas de 1996 y 2002. Cabe aclarar que algunos de los datos de las encuestas se han ajustado debido a los problemas de captación del tiempo de trabajo doméstico y de cuidado de otros en el hogar que se han discutido a lo largo del capítulo. De igual forma, la evaluación de las normas del índice de ETT se amplía con la comparación con los nuevos desarrollos para la medición de la pobreza de tiempo (Burchardt, 2008 y Goodin *et al.* 2008), cuyas bases teórico-metodológicas fueron analizadas en el capítulo III.

#### *Norma de tiempo máximo de dedicación al trabajo doméstico y/o extradoméstico por persona*

La norma de tiempo máxima de dedicación a trabajo doméstico y/o extradoméstico por adulto disponible en el índice de ETT es de 48 horas a la semana. Como mencionábamos, esto universaliza el derecho al tiempo libre para los que participan en cualquiera de las dos actividades, o en ambas, sean hombres o mujeres. Esta norma

puede ser contrastada con datos observados en la sociedad, pero el valor obtenido no puede fijarse como norma, ya que una proporción elevada de la población puede trabajar jornadas más extensas.

Iniciamos con señalar que la tasa global de participación en el trabajo destinado a la reproducción del núcleo familiar (labores domésticas y cuidado de otros) es más elevada que la del extradoméstico (en 2002 fueron de 89.5% y 51.1%, respectivamente; véase cuadro V.5). Lo anterior, debido a la baja participación de las mujeres en el extradoméstico (33.6% en 2002), en comparación con los hombres (70.2% en el mismo año). Conviene subrayar que las diferencias en la tasa de participación en el trabajo reproductivo son relativamente bajas, si comparamos lo que sucede con el extradoméstico. Así, la tasa para el trabajo doméstico fue de 95.2% para las mujeres de 12 años o más, frente a 83.2% de los hombres de las mismas edades en 2002. Por otra parte, aunque se muestra un incremento importante de la participación de los hombres en el trabajo reproductivo entre 1996 y 2002 (de 70.6% a 83.2%), ello no se refleja en la tasa de participación global del TSN, debido al descenso en el trabajo extradoméstico ocurrido en ese lapso (de 74.7% a 70.2%). La participación de las mujeres en ambas actividades se mantiene sin cambios (véase cuadro V.5).

Cuadro V.5. Tasa de participación de la población de 12 años o más en el TSN y en las actividades que lo componen, por sexo, según las encuestas de uso de tiempo 1996-2002.

Tipo de trabajo / año	<i>Hombres</i>		<i>Mujeres</i>		<i>Total</i>	
	1996	2002	1996	2002	1996	2002
a) Doméstico	64.6	80.5	94.7	95.0	80.4	88.0
b) Cuidado de otros	20.0	28.2	45.7	45.8	33.5	37.4
c) Reproductivo (a + b)	70.6	83.2	95.1	95.2	83.4	89.5
d) Extradoméstico	74.7	70.2	33.9	33.6	53.3	51.1
e) Socialmente necesario, TSN (c + d)	91.8	91.7	96.6	96.0	94.3	94.0

Fuente: cálculos propios con base en los microdatos de la ENAUT 1996 y la ENUT 2002, INEGI.



Además, hay variaciones importantes por sexo en el número de horas dedicadas al trabajo doméstico y extradoméstico. El cuadro V.6 contiene los datos del tiempo dedicado a cada actividad, incluidos los valores del tiempo de traslado de ida y vuelta a la escuela y el trabajo.<sup>17</sup> El cuadro presenta dos medianas, una referida al total de la población y otra que considera únicamente a quienes declararon dedicar tiempo a cada una de las actividades incluidas. Esto permitirá identificar las desigualdades de la sociedad a escala global, y entre los que participan en el TSN. Así, la mediana del tiempo dedicado al trabajo doméstico, para todas las mujeres de 12 o más años, fue de 27 y 28 horas a la semana en 1996 y 2002, respectivamente; incluyendo el cuidado de otros miembros del hogar estos valores aumentan a 32.4 y 33.3 horas, respectivamente. La mediana del tiempo dedicado a estas dos actividades en su conjunto, por todos los hombres de 12 años o más, apenas llega a 2.7 y 6 horas a la semana, respectivamente; sin embargo, la mediana del tiempo dedicado a trabajo extradoméstico compensa su reducida participación en lo doméstico, ya que el valor alcanza 44 y 43.1 horas en 1996 y 2002, respectivamente (véase cuadro V.6).

Si consideramos estas actividades para compararlas con la norma de 48 horas, observamos que las medianas del tiempo dedicado a TSN, tanto por hombres como por mujeres, son iguales o cercanas a ella en 1996, y la superan ligeramente en 2002. Sin embargo, al incluir el tiempo de traslado, la mediana de hombres y mujeres la sobrepasan, sobre todo los primeros, debido en parte a que participan en mayor medida en el trabajo extradoméstico, y ello afecta el tiempo de traslado (véase cuadro V.6). Este punto es importante, debido a que ese tiempo reduce la disponibilidad de tiempo libre y representa un desgaste físico adicional, lo cual tenderá a complicarse en la medida en que las ciudades crezcan.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> No así los relacionados con las compras o administración del hogar, porque no se tiene información al respecto. Es posible que estén incluidos en las respuestas sobre el tiempo dedicado a estas actividades. Por otra parte, es conveniente aclarar que se suman los traslados a la escuela y el trabajo porque en 1996 están agregados en un solo campo.

<sup>18</sup> La investigación realizada por Salazar (1999) en cuatro colonias populares de la ciudad de México expone que los trabajadores que utilizan transporte público realizan entre dos y tres transbordos con esperas de hasta 30 minutos en cada uno (127-130).

Cuadro V.6. Medianas del tiempo dedicado a las actividades que conforman el TSN, en la población de 12 años o más, y en la que declaró participar en ellas, por sexo (1996, 2002).

<i>Tipo de actividad/Sexo</i>	<i>1996</i>		<i>2002</i>	
	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
En el total de la población:				
a) Doméstico	1.8	27.0	3.7	28.0
b) Cuidado de otros	0.0	0.0	0.0	0.0
c) Reproductivo (a + b)	2.7	32.4	6.0	33.3
d) Extradoméstico	44.0	0.0	43.1	0.0
e) TSN (c + d)	48.0	47.5	50.1	50.3
f) TSN con transporte <sup>a</sup>	52.8	48.8	55.4	51.9
En los que participan:				
a) Doméstico	3.6	28.4	5.3	29.7
b) Cuidado de otros	5.0	10.5	5.0	9.0
c) Reproductivo (a + b)	5.4	34.0	7.9	34.9
d) Extradoméstico	48.0	40.0	48.0	40.0
e) TSN (c + d)	48.8	48.7	52.4	52.1
f) TSN con transporte <sup>a</sup>	55.0	50.1	58.5	53.5

<sup>a</sup> Se incluye el tiempo para ir al trabajo y a la escuela (de los que participan en estas actividades), ya que en 1996 la información se capta sin distinción. Cabe aclarar que el tiempo que las personas dedican a llevar a otros a citas médicas, la escuela, etcétera, se incluye en el trabajo doméstico.

Fuente: cálculos propios con base en los microdatos de la ENTAUT 1996 y la ENUT 2002.

En el cuadro, las diferencias por tipo de actividad y sexo se observan de nuevo cuando se consideran para el análisis de la población que declaró dedicarse a ellas. En este caso, el valor de la mediana supera la norma aun antes de incluir el tiempo de traslado al trabajo y, cuando se incluye, para los varones la mediana de tiempo dedicado

a TSN y traslados fue de 58.5 horas a la semana, mientras que la de las mujeres de 53.5 horas, en 2002.

La información presentada en esta sección permite afirmar que la mayoría de las personas dedica, en promedio, más tiempo al trabajo obligado que lo establecido en norma del índice de ETT, sobre todo entre los que participan en el TSN; ello no invalida la norma, ya que hemos argumentado que el derecho al tiempo libre es universal, y no podemos ajustarla (48 horas de trabajo a la semana) para que refleje las prácticas socialmente observadas, porque se desconocería este derecho. Como dijimos, el derecho al ocio debe también aplicarse a quienes realizan exclusivamente actividades domésticas, aun cuando en este ámbito no se han dado las condiciones para lograr tal reivindicación.

#### *Norma de los requerimientos de trabajo doméstico en el hogar*

Analicemos ahora la norma de los requerimientos de trabajo doméstico por hogar (RJTD<sub>j</sub>). Como hemos discutido, existen dificultades para determinarlos, ya que no hay consenso al respecto, pues el tiempo que se dedica a esta actividad depende de factores que no se pueden controlar empíricamente (preferencias, habilidades, etcétera). Por ejemplo, una persona puede considerar suficiente barrer su casa dos veces a la semana, mientras que otra juzga que es necesario hacerlo diariamente. De igual forma, el trabajo doméstico varía de acuerdo con las características demográficas del hogar (es decir, con el número de personas que lo habitan, su ciclo de vida, etcétera); el tamaño de la vivienda; el número de cuartos; la disponibilidad de servicios de agua y sanitarios dentro de la vivienda; la posesión de equipo ahorrador de trabajo doméstico en el hogar, etcétera.

Se busca que las normas representen mínimos aceptables de tiempo para la limpieza, la preparación de alimentos, el abastecimiento y la administración del hogar. Una opción es comparar los parámetros del índice de ETT con los utilizados por los autores que han elaborado métodos bidimensionales y con lo socialmente observado. En la medición de la pobreza de tiempo se han seguido

tres caminos para determinar el tiempo requerido para el trabajo doméstico:

- 1) En México, Boltvinik (1999 y 2005) estableció parámetros de acuerdo con el tamaño del hogar, la presencia de menores de hasta 10 años de edad y la intensidad con la que se realiza el trabajo doméstico (que depende del acceso a servicios de cuidado de menores, la disponibilidad de equipo ahorrador de trabajo doméstico y la necesidad de acarrear agua). Cuando la intensidad del trabajo doméstico es mayor, el tiempo requerido para realizarlo aumenta. Las normas para satisfacer las actividades relacionadas con este tipo de trabajo fluctúan entre 14 horas (hrs.) y 24 minutos (mins.) a la semana —en hogares de hasta dos personas, sin menores de hasta 10 años—, y 86 hrs. y 24 mins. en hogares con siete o más personas, con la presencia de menores.
- 2) Para el establecimiento de normas para el trabajo doméstico en algunos países desarrollados (Gran Bretaña, los Estados Unidos, Francia, Australia y Suecia) se han retomado los métodos para determinar las normas de ingreso basados en el enfoque absoluto y en el relativo (véase capítulo anterior). Con el método relativo, Burchardt (2008) y Goodin *et al.* (2008) fijaron como norma un porcentaje de la mediana observada: 80% la primera y 50% los segundos. Como se deduce de lo anterior, existe una total arbitrariedad en la determinación del porcentaje que se usará. Burchardt realizó un estudio sobre Gran Bretaña y su norma fluctúa de 6 hrs. y 48 mins. a la semana, en hogares de una sola persona, a 26 hrs. y 48 mins. en los biparentales con menores de hasta 16 años de edad (sin especificar número). Goodin *et al.* establecen diversas normas dependiendo del país de estudio (los Estados Unidos, Australia, Suecia, Finlandia, Alemania y Francia), por lo que éstas tienen mayor fluctuación: (de 5 hrs. y 7 mins. a 11 hrs. y 29 mins. en hogares de una persona, hasta 13 hrs. y 8 mins., y 28 hrs. y 16 mins. para parejas con niños, según el país de que se trate).
- 3) Burchardt realiza otro ejercicio con normas “absolutas”, en el sentido de que son establecidas, siguiendo a Vickery (1977), con base en el tiempo dedicado al trabajo doméstico por los hogares

de bajos ingresos (alrededor de la línea de pobreza, que es igual a 50% de la mediana del ingreso). Los hogares no deben recibir ayuda gratuita (informal ni por parte del Estado) o realizar pagos para cubrir esta actividad. Con la media del tiempo observado en esos hogares, obtiene normas más elevadas que con el método relativo: de 12 hrs. y 35 mins. en hogares de una sola persona a 33 hrs. y 39 mins. para los hogares biparentales con menores de hasta 16 años (sin especificar el número). De acuerdo con la autora, sus normas son más bajas que las de Vickery (de 31 hrs. en hogares de una sola persona sin menores a 74 en hogares con la presencia de ambos padres y seis o más menores de 18 años) debido a que en la actualidad los hogares cuentan con mayor disponibilidad de equipo ahorrador de trabajo doméstico y son más pequeños. Así, mientras que la norma de Burchardt para hogares de una persona representa casi un tercio de la de Vickery; la de hogares biparentales con un menor baja a más de la mitad.

Debido a la diversidad de tamaños y tipos de hogar, así como de las normas de tiempo requerido para trabajo doméstico que asigna cada autor, construí un cuadro que compara la mediana observada del tiempo dedicado al trabajo doméstico y al cuidado de otros para dos tipos de hogares de la ENUT 1998, con las normas establecidas por los distintos autores (véase cuadro V.7). En primer lugar, es notorio que los tiempos determinados por Vickery son muy elevados en comparación con el resto de los autores. Lo anterior se debe a que supone una línea de pobreza muy baja (la oficial en los Estados Unidos) y, por lo tanto, los hogares pueden comprar muy pocos productos en el mercado; de esta forma, todos los alimentos consumidos por los miembros del hogar deben ser preparados en casa (incluidos los alimentos entre comidas o “snacks”), además de que no hay capacidad para adquirir bienes y servicios que sustituyan el trabajo doméstico, como la lavadora de ropa; tampoco se pueden contratar o pagar servicios de cuidado de menores y, en general, no cuentan con automóvil (véase Vickery, 1977: 44). Se requiere que al menos un miembro del hogar haga el trabajo doméstico por tiempo completo, que sea un eficiente administrador(a), y que tenga habilidades

para comprar *inteligentemente* (Vickery, 1977: 30, itálicas agregadas). Consideramos, igual que Burchardt, que esta situación ya no concuerda con la disponibilidad de tiempo-adulto y equipo ahorrador de trabajo doméstico con los que se cuenta en los hogares pobres de los Estados Unidos actualmente. Sus parámetros son también mayores que los de Boltvinik en los casos de hogares con intensidad alta de trabajo doméstico.

Cabe resaltar que las normas de Boltvinik tienen ciertas coincidencias con las de Burchardt, aunque las de esta autora tienden a ser más bajas. Finalmente, podemos decir que las normas de Goodin *et al.* quedan muy alejadas de las medianas observadas en la ENUT 1998 y en la práctica cotidiana, para ambos tipos de hogares (véase cuadro), por lo que no pueden ser consideradas como parámetros normativos.

Cuadro V.7. Normas de tiempo de trabajo doméstico y cuidado de otros en el hogar, por semana (varios autores) y medianas observadas en México en 1998.

<i>Autor de la norma y tipo de mediana</i>	<i>Tipo de hogar</i>	
	<i>Dos adultos</i>	<i>Dos adultos y dos niños</i>
Boltvinik <sup>a</sup>	14, 24 y 33.6	38, 48 y 58
Vickery	43	66
Burchardt <sup>b</sup>	20	29.5-40
Goodin <i>et al.</i>	11	28
Mediana observada ENUT	26	44

<sup>a</sup> Se consideran las normas con intensidad de trabajo doméstico baja, media y alta, ya que es donde se concentra el mayor porcentaje de hogares.

<sup>b</sup> Se incluyen las normas relativas y, en el caso de hogares con niños, el tiempo de supervisión cambia dependiendo de la edad de cada uno.

Fuente: Boltvinik (1999), Burchardt (2008, 57 y 59: cuadros 3.2 y 3.3), Goodin *et al.* (2008) y cálculos propios con base en la ENUT 1998, INEGI.

Como se observa en el cuadro, en los hogares con dos adultos y sin menores la mediana de trabajo doméstico en 1998 fue de 26 horas a la semana, cifra más elevada que la norma de Burchardt, pero muy cercana a la de intensidad de trabajo doméstico media de Boltvinik (24 horas), lo cual muestra que ésta parece ser más adecuada, considerando que hay hogares que dedican a estas labores más tiempo y otros menos; esto coincide con las intensidades bajas y altas para este mismo tipo de hogar.

En los hogares con dos adultos y dos menores la mediana fue de 44 horas a la semana, que también es muy cercana a la de intensidad media de Boltvinik (48 horas), pero por arriba de la de Burchardt, aunque la autora considera sólo dos horas de cuidado parental directo para menores de hasta dos años. Por lo tanto, podemos decir que las normas del índice de ETT están en el orden de magnitud de las prácticas sociales observadas en términos de trabajo doméstico. Las normas más bajas de Burchardt y de Goodin *et al.* pueden explicarse, en parte, porque se refieren a países desarrollados con características culturales y económicas distintas a las nuestras, aunque, como vimos, estos autores tienden a minimizar los requerimientos en todo tipo de actividades distintas al trabajo extradoméstico.

Una vez que hemos mostrado que las normas del índice de ETT se acercan a lo observado en México, es conveniente examinar si estas normas corresponden con la distribución de requerimientos por tamaño de hogar, presencia de menores de hasta 10 años e intensidad del trabajo doméstico (ITD<sub>j</sub>) con la que se calcula el tiempo de trabajo requerido para este tipo de actividades.

Como se observa en el cuadro V.8, en 2010 sólo algunas casillas tenían un porcentaje de hogares lo suficientemente grande para ser estadísticamente representativos (5%) para evaluar el comportamiento global de las normas del índice de ETT. En 2010, los hogares sin menores de hasta 10 años se concentraban básicamente en los estratos de intensidad de trabajo doméstico baja (39.5%);<sup>19</sup> cuando

<sup>19</sup> Es importante mencionar que la estructura por tamaño de hogar y presencia de menores se ha transformado rápidamente en México en los últimos años: de esta forma, según la ENIGH 1996, este mismo tipo de hogares representaba 25.4% del total

requieren de una ITD media, sólo son válidos para nuestros propósitos los datos de hogares con hasta dos personas (que representan 6.9%; véase cuadro). De los hogares con menores de hasta 10 años, son válidos estadísticamente los datos de las casillas que corresponden a la intensidad baja y media, en los estratos de tres y cuatro personas, así como en los de cinco y seis.

Cuadro V.8. Porcentaje de hogares de acuerdo con su tamaño, presencia de menores de hasta 10 años, y rango de la ITD<sub>j</sub> (2010)\*

<i>Tamaño del hogar</i>	<i>Sin menores de hasta 10 años</i>			<i>Con menores de hasta 10 años</i>			<i>Total</i>
	<i>Baja</i>	<i>Media</i>	<i>Alta</i>	<i>Baja</i>	<i>Media</i>	<i>Alta</i>	
1 y 2	17.4	6.9	1.0	0.4	0.3	0.1	26.1
3 y 4	16.0	3.4	0.4	11.4	8.5	1.1	40.8
5 y 6	5.5	1.1	0.1	10.0	7.2	0.6	24.5
7 o más	0.6	0.2	0.0	3.7	3.9	0.3	8.6
Total	39.5	11.6	1.5	25.5	19.8	2.1	100.0

\* Las casillas con números en cursivas son las únicas válidas estadísticamente.

Fuente: cálculos propios con base en los microdatos de la ENIGH 2010, INEGI.

De igual forma, podemos ver (cuadro V.8) que son muy pocos los hogares con ITD<sub>j</sub> alta, así como los conformados por siete o más miembros. Los hogares de siete o más personas, que cuentan con menores de hasta 10 años, tienen cierto porcentaje en las casillas que corresponden a la ITD<sub>j</sub> baja o media, pero sus porcentajes no son lo suficientemente representativos como para que los datos puedan ser analizados (véase cuadro).

El cuadro V.9 compara la norma de requerimientos de trabajo doméstico por hogar (RITD<sub>j</sub>) según la presencia de menores en ITD<sub>j</sub>,

(cálculos propios), lo que implica que este tipo de hogares está creciendo rápidamente, si consideramos que en 2010 representaban 39.5%.



con la mediana del tiempo dedicado a TSN según la ENTAUT 1996;<sup>20</sup> se consideran únicamente las celdas con cifras válidas de acuerdo con el cuadro anterior. El número de jornadas de trabajo doméstico (expresan 48 horas a la semana) varía de 0.3 jornadas —en hogares de hasta dos miembros sin menores y con una intensidad de trabajo doméstico (ITD<sub>j</sub>) baja— a 1.8 —en hogares con 7 miembros y más, con la presencia de menores de hasta 10 años y una ITD<sub>j</sub> alta, que equivale a 86 horas a la semana—. Como muestra el cuadro, aun cuando las normas de trabajo doméstico se acercaron a los parámetros de Boltvinik en 1998, con los datos de 1996 están sistemáticamente por debajo, lo cual no es extraño si consideramos que están sobredimensionadas.

Las diferencias entre la norma y la mediana observada son mayores en los hogares donde no hay menores de hasta 10 años; la norma representa de 41.3% a 73.7% de la mediana observada. En cambio, entre los hogares con menores de hasta 10 años, el rango de las normas se aproxima más a las medianas observadas, ya que fluctúa entre 69.0% y 83.0%. Aun cuando suponemos que hay una sobrestimación del tiempo reportado para trabajo doméstico, hemos decidido aumentar la norma en un 20%, con el fin de que se aproxime más a las medianas observadas. Por lo tanto, asumimos que en el planteamiento original la norma del índice de ETT subestimaba el tiempo necesario para satisfacer este tipo de necesidades.

Las normas se alejan más del dato observado en los hogares sin presencia de menores de hasta 10 años, lo que podría confirmar el fenómeno que Goodin *et al.* (2008) y Burchardt (2008) habían detectado en el sentido de que existe una tendencia a desempeñar tareas domésticas por arriba de lo necesario en hogares conformados únicamente por adultos. Puesto que las prácticas en los hogares con menores de hasta 10 años **reflejan mejor los requerimientos de trabajo doméstico** que las normas, significaría que éstas se ubican dentro de los parámetros de lo necesario.

<sup>20</sup> Utilizamos la ENTAUT 1996 debido a que la ENUT 1998 no contiene datos por semana completa, sino por día.

Cuadro V.9. Comparativo de la norma de requerimiento de trabajo doméstico (R<sub>JTD<sub>j</sub></sub>), con la mediana del tiempo destinado por los hogares a esta actividad en 1996<sup>a</sup>.

<i>Intensidad del Trabajo Doméstico (ITD)<sub>j</sub>/ Tamaño del hogar</i>	<i>Sin menores de hasta 10 años</i>			<i>Con menores de hasta 10 años</i>		
	<i>Baja</i>	<i>Media</i>	<i>Alta</i>	<i>Baja</i>	<i>Media</i>	<i>Alta</i>
	<i>Norma de requerimiento de trabajo doméstico (R<sub>JTD<sub>j</sub></sub>)<sup>b</sup></i>					
1 y 2	0.3	0.5	0.7	0.8	1.0	1.2
3 y 4	0.5	0.7	0.9	1.0	1.2	1.4
5 y 6	0.7	0.9	1.1	1.2	1.4	1.6
7 y más	0.9	1.1	1.3	1.4	1.6	1.8
	<i>Mediana observada<sup>c</sup></i>					
1 y 2	0.70	0.68	---	---	---	---
3 y 4	1.21	---	---	1.33	1.63	---
5 y 6	1.52	---	---	1.74	1.69	---
7 y más	2.03	---	---	---	---	---
	<i>Porcentaje que representa la norma en la mediana observada<sup>c</sup></i>					
1 y 2	42.8	73.7	---	---	---	---
3 y 4	41.3	---	---	75.4	73.8	---
5 y 6	46.1	---	---	69.0	83.0	---
7 y más	---	---	---	---	---	---

<sup>a</sup> La mediana se calcula sobre la suma del trabajo declarado por la población de ocho años y más.

<sup>b</sup> Expresado en número de jornadas de 48 horas a la semana.

<sup>c</sup> La mediana sólo se calcula para las casillas con datos estadísticamente válidos, de acuerdo con el cuadro V.8.

Fuente: cálculos propios con base en los microdatos de la ENTAUT 1996.

Además, las normas de requerimientos de trabajo doméstico del índice de ETT son similares a la cantidad del tiempo dedicado al trabajo doméstico por mujeres que no contaban con servicios domésticos o que especificaron dedicarse exclusivamente a esta actividad en el estudio realizado por Barbieri (1984). Las 17 (de 36) mujeres en esta situación dedicaban de 0.85 a 1.54 jornadas completas al trabajo doméstico a la semana, dependiendo del tamaño y la presencia de menores en el hogar (véase Barbieri, 1984: 105, cuadro IV-4 y 185, cuadro V-4).<sup>21</sup>

Cabe señalar que un elemento importante que no ha sido incorporado en el índice de ETT es la existencia de adultos mayores que requieren cuidado y aumentan el requerimiento de trabajo doméstico en el hogar.

*Norma del rango de edad para desempeñar trabajo doméstico y/o extradoméstico*

Otra de las normas del índice de ETT que requiere análisis es la de los límites de edad para que los miembros del hogar puedan ser considerados como disponibles para participar en el trabajo doméstico y extradoméstico. Como ya señalamos, en el cálculo original se estableció que podían ser los de 15 a 69 años con la exclusión de los incapacitados, los jubilados, los ocupados que no trabajaron la semana anterior<sup>22</sup> y una fracción del tiempo de los estudiantes con este rango de edad.

Partimos del análisis de la participación en el trabajo extradoméstico, ya que la incorporación al mercado laboral implica un cambio radical de la relación del individuo con la familia y la sociedad en su conjunto. El límite inferior de 15 años corresponde con la norma educativa del MMIP, que implica que las personas deben dedicar tiempo completo a la educación y a actividades lúdicas hasta

<sup>21</sup> Incluía a mujeres de clase media con y sin hijos, y de clase obrera, dedicadas exclusivamente al trabajo doméstico.

<sup>22</sup> Por no tener disponible información sobre horas normalmente trabajadas.

completar la secundaria, y, a partir de los 15 años, pueden incorporarse al trabajo extradoméstico.<sup>23</sup>

Esta norma es actuante si consideramos que, de acuerdo con la ENTAUT 1996, sólo 12.9% de la población de ocho a 15 años participaba en el mercado laboral, con una tasa por sexo de 15.3% para la masculina y 10.3% para la femenina. Casi dos tercios de esa población estudiaban y trabajaban al mismo tiempo, y el resto únicamente laboraba. Este fenómeno ocurre sobre todo en el medio rural, ya que, del total de esos menores trabajadores, 59.1% vivía en localidades de hasta 2 500 habitantes, donde es más característico el trabajo infantil agrícola. Considerando las normas del índice de ETT, esta población debería ser automáticamente considerada pobre de tiempo, sin embargo, en las encuestas no se capta información sobre el trabajo para la población menor de 12 años, excepto en las de uso del tiempo de 1996 y 1998. El esfuerzo laboral que realizan los individuos de 12 a 14 años de edad se suma al número de horas trabajadas en el hogar, las cuales luego son repartidas entre los miembros disponibles para el TSN (de 15 a 79 años), por lo que la identificación de la condición de pobreza de tiempo de los menores de 15 dependerá de si el hogar queda clasificado con ese concepto.

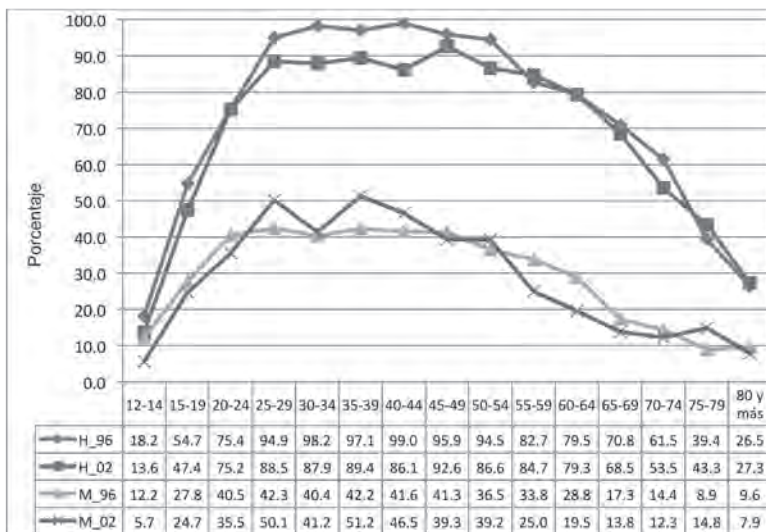
En la gráfica V.2 se distingue que el trabajo infantil afecta sobre todo a los varones de 12 a 14 años, ya que en 2002 tenían una tasa de participación de 13.5%, frente a 5.7% de participación femenina, pero se observa una tendencia hacia la baja en la participación de este grupo de edad. Por otra parte, en el mismo año la tasa de participación del grupo de los de 15 a 19 aumenta rápidamente, sobre todo la de los hombres, que se ubica en 47.4%, y la de las mujeres, en 24.7%, lo que muestra que el inicio en el ámbito laboral se da con rapidez en estas edades.

En lo que respecta al trabajo doméstico, es importante mencionar que en seminarios y grupos focales se ha expresado como aceptable

<sup>23</sup> La norma educativa en el MMIP se elevó de secundaria a preparatoria, sin embargo, es difícil ajustar la norma de tiempo de trabajo a este límite, porque se reduce de manera importante la población disponible para el trabajo, además de que la sociedad mexicana tiene una elevada participación de los jóvenes en el mercado laboral, sobre todo en lo que se refiere a los hombres de 15 a 18 años, que se ubica alrededor de 50% (véase gráfica V.2).

socialmente, y deseable para algunos adultos, que los niños ayuden con las tareas domésticas antes de los 15 años, indistintamente del sexo. Esta postura se confirma en la ENTAUT 1996, que reporta una tasa de participación en esta actividad de 65.4% para los hombres y de 80.3% para las mujeres de ocho a 11 años de edad. Por otra parte, como se ve en la gráfica V.3, entre la población de 12 a 14 años, la tasa en 2002 fue de 85.2% para los hombres y 92.3% para las mujeres, por lo que hemos considerado incluir este grupo dentro de las normas del índice de ETT para el cálculo de la población disponible para trabajo doméstico, pero sólo con una fracción mínima de su tiempo (seis horas a la semana).

Gráfica V.2. Tasa de participación laboral por grupo de edad.

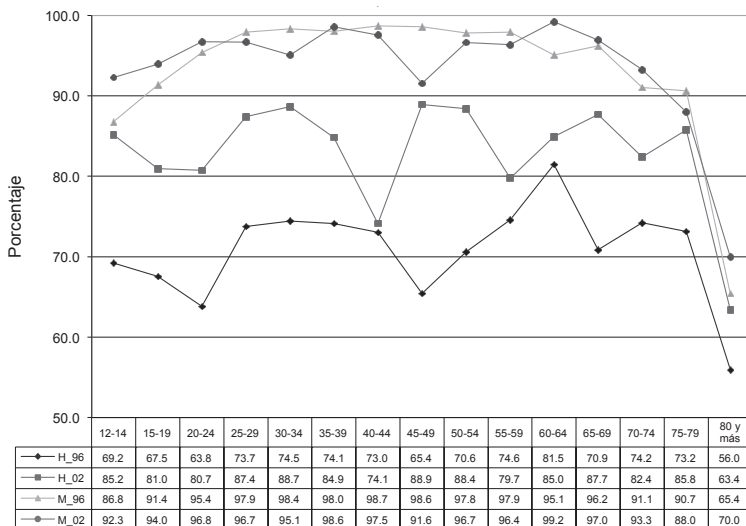


Fuente: cálculos propios con base en la ENTAUT 1996 y la ENUT 2002, INEGI.

En lo que respecta al límite para participar en el TSN, cuya propuesta original era que el retiro total debía darse a los 70 años, notamos que la práctica social estaba muy distante de la norma del índice de ETT, ya que la participación laboral, sobre todo masculina, sigue

siendo muy elevada hasta los 79 años (véase gráfica V.2), mientras que la femenina lo es en el trabajo doméstico, donde también los varones siguen participando de manera copiosa en estas edades (véase gráfica V.3). Por lo tanto, lo anticipamos en el capítulo anterior, decidimos extender el límite de edad para ser considerado miembro disponible para TSN a los 79 años, pero con una jornada máxima de 16 horas a la semana, indistintamente del tipo de trabajo que se desempeñe (doméstico y / o extradoméstico).

Gráfica V.3. Tasa de participación en el trabajo doméstico, población de 12 años o más (1996 y 2002).



Fuente: cálculos propios con base en la ENTAUT 1996 y la ENUT 2002, INEGI.

### *Norma de trabajo para los miembros disponibles que estudian*

Por último, analizamos la norma del tiempo que pueden dedicar al TSN los miembros disponibles que estudian. De acuerdo con la norma de

educación, se deben destinar al menos 28 horas al estudio y quedarían entonces 20 para TSN en la semana. Los datos de la ENTAUT 1996 muestran que los 10.8 millones de personas de 15 a 69 años que declararon estudiar y participar en el TSN, dedicaron en promedio a la semana 22.2 horas al trabajo y 29 horas al estudio (véase cuadro V.10), pero las mujeres dedicaron más horas al TSN que los hombres (26.2 frente a 17.7 horas), y, por lo tanto, menos tiempo al estudio (28.7 frente a 30.6 horas). Podemos decir que la norma establecida en el índice de ETT es consistente con los parámetros empíricos de tiempo dedicado a ambas actividades por quienes además de participar en el TSN, estudian.

Cuadro V.10. Horas promedio por sexo dedicadas al TSN, al estudio y a ambas actividades por la población de 15 a 69 años, que declaró participar en ellas (1996).

	<i>TSN</i>	<i>Estudio</i>	<i>Ambas actividades<sup>a</sup></i>	<i>En jornadas de 48 horas</i>
Hombres	17.7	30.6	47.6	0.99
Mujeres	26.2	28.7	54.4	1.13
Total	22.2	29.7	51.2	1.07

<sup>a</sup> Promedio que resulta de sumar el tiempo dedicado en conjunto a ambas actividades.  
Fuente: elaboración propia con base en la ENTAUT 1996.

De esta forma, finalizamos el análisis de las normas para calcular la pobreza de tiempo (ETT) en el MMP. Podemos afirmar que, en general, las normas y las prácticas sociales reflejan en mayor grado lo que consideramos un parámetro de lo aceptable, según las prácticas sociales y la legislación vigente.

#### IDENTIFICACIÓN DE LOS POBRES DE TIEMPO CON EL ÍNDICE DE ETT

En el capítulo anterior propusimos algunos cambios al procedimiento para calcular la pobreza de tiempo, algunos de los cuales se basaron

en el análisis que hemos realizado de los parámetros normativos, comparados con los resultados de las encuestas sobre uso de tiempo. En primer lugar, consideramos conveniente incrementar en 20% los requerimientos para trabajo doméstico en el hogar; en segundo, incluimos dentro de la población disponible para trabajo doméstico una fracción del tiempo de la población de 12 a 14 años de edad (seis horas a la semana) y otra de la población de 70 a 79 años para ambos tipos de trabajo (16 horas a la semana). Además, para calcular la pobreza de tiempo, el trabajo doméstico pasó a formar parte del numerador, en lugar de ser descontado del número de jornadas disponibles de tiempo en el hogar (véase el capítulo anterior). También se incluyó dentro del disponible para TSN el tiempo de los jubilados, ya que aunque no participen en el trabajo extradoméstico, pueden hacerlo en el doméstico.<sup>24</sup>

Para fines comparativos entre el índice original de Boltvinik y el que contiene las modificaciones aquí propuestas, utilizo los resultados de la pobreza de tiempo de 2002, ya que es el último año en el que se calculó con el índice original. Como se constata en el cuadro V.11, las modificaciones producen un aumento en el total de pobres de tiempo, de 48.1% a 52.7% de la población, lo cual se debe a que aumenta el tiempo requerido para el trabajo doméstico, y este aumento no se compensa con la mayor disponibilidad de miembros para el TSN.

Además, los cambios en el cálculo afectan la distribución por estratos,<sup>25</sup> ya que la indigencia se reduce a casi la mitad (de 22.1% a 11.9%), mientras que el estrato de pobres moderados se incrementa de manera notable (de 19% a 33.0%)<sup>26</sup> y el de los muy pobres perma-

<sup>24</sup> Algunos jubilados trabajan por cuenta propia o en actividades distintas a las del empleo del cual se jubilaron.

<sup>25</sup> Los hogares se clasifican en tres estratos: pobreza indigente (satisfacen menos de 50% de las normas), muy pobres (satisfacen entre 50% y menos de 66%) y pobres moderados (de 66% a menos de 100%); mientras que los estratos de no pobres están constituidos por los que satisfacen sus necesidades, pero son vulnerables (de 100% y hasta 10% por arriba de las normas), la clase media (que satisface de 10% a 50% por arriba de las normas) y la clase alta (con satisfacción de más del 50% arriba de las normas).

<sup>26</sup> Indigentes son los que tienen menos de la mitad de las normas cubiertas, los muy pobres cubren de 50% a menos de 66%, y los pobres moderados cubren de 66% a 99%.



nece casi sin cambio (de 7.1 a 7.8%). La disminución en el porcentaje de indigentes se debe a que, como explicamos en el capítulo anterior, los hogares sin miembros disponibles para el TSN ya no son clasificados automáticamente con el mayor grado de pobreza de tiempo, sino que ésta se calcula a partir de los requerimientos de trabajo doméstico y del tiempo que los miembros del hogar dedican al extradoméstico; de esta forma, para este tipo de hogares la intensidad de la pobreza de tiempo no es tan elevada como se suponía con el cálculo anterior.<sup>27</sup>

Cuadro V.11. Pobreza de tiempo (ETT), cálculo original y modificado, 2002 (% del total de la población).

<i>Estratos ETT</i>	<i>Original</i>	<i>Modificado</i>
Pobres	48.1	52.7
Indigentes	22.1	11.9
Muy pobres	7.1	7.8
Pobres moderados	19.0	33.0
No pobres	51.9	47.3
Requerimiento de tiempo satisfecho	7.4	10.2
Clase media	29.3	31.3
Clase alta	15.2	5.9
Total	100.0	100.00

Cálculos propios con base en la ENIGH 2002.

<sup>27</sup> La intensidad o brecha de la pobreza se refiere a la magnitud en la que la población se aleja (o cumple con) de las normas. Cuando es igual a 1 significa que tienen carencia total, cuando es igual a 0 la satisfacción es igual a la norma, y los valores negativos muestran una satisfacción por arriba de ella; estas dos últimas situaciones las corresponden con la población no pobre.

En lo que respecta a los estratos de no pobres, observamos que aumenta el porcentaje de quienes tienen satisfechos sus requerimientos de tiempo para el TSN (de 7.4% a 10.2%) y la clase media (de 29.3% a 31.3%), mientras que en la clase alta se reduce notablemente (de 15.2% a 5.9%). Esta nueva distribución se debe, en parte, al aumento en los RJTD<sub>j</sub> para todos los tipos de hogar.<sup>28</sup> Podemos constatar que las modificaciones a la formulación original del índice provocaron cambios, sobre todo en los extremos de la distribución de pobreza de tiempo, indigentes y clase alta, y que muestra que el porcentaje de la pobreza moderada se subestimaba.

Para verificar si efectivamente el índice identifica los hogares pobres de tiempo, los clasificamos mediante el ETT y, una vez obtenidos los resultados, comparamos el número de horas dedicadas a distintas actividades entre los pobres y los no pobres de tiempo en las encuestas de uso de tiempo de 1996 y 2002. Para observar las diferencias calculamos el número de horas dedicado por persona a cada actividad según estratos de pobres y no pobres (véase cuadro V.12). Así, tenemos que el tiempo que los pobres dedicaron al TSN (doméstico, cuidado de menores, extradoméstico y traslados) es, en promedio, mayor al de los no pobres (61.1 horas a la semana frente a 47.7 en 1996, y 59.2 frente a 49.9 en 2002, respectivamente). Las diferencias se presentan en cada una de las actividades parciales que conforman el TSN, pero sobre todo en el cuidado de menores en el hogar y el trabajo extradoméstico. En contraste, los promedios de tiempo dedicado a las actividades de arreglo personal, estudio y recreación son más bajos para los pobres de tiempo, sobre todo en lo relacionado con el estudio. No obstante, aunque en 2002 tanto el arreglo personal como el tiempo dedicado a descansar fue el mismo para ambos estratos, el tiempo dedicado a recreación es 8% menor para los que son pobres en comparación con los que no lo son.

Los pobres de tiempo dedicaron 61.1 y 59.2 horas al trabajo socialmente necesario por persona en promedio, en 1996 y 2002 respectivamente, lo que significa que están por arriba de la norma de trabajo

<sup>28</sup> Cabe aclarar que la clase alta estaba sobrestimada en la formulación original del índice de ETT, por un error.

establecida en el índice de ETT (48 horas a la semana), mientras que los no pobres tuvieron un promedio menor a la norma en 1996 (47.7 horas) y ligeramente mayor en 2002 (49.9 horas; véase cuadro V.14), pero ello puede deberse al sobrerregistro en el trabajo doméstico

Como mencionamos, la encuesta de 2002 captó actividades que no fueron incluidas en 1996, como las relacionadas con el mantenimiento físico (comer, dormir, descansar); se nota una tendencia a dedicar menos horas a estas actividades adicionales, más propias del tiempo libre, cuando se pertenece a hogares pobres de tiempo. De igual forma, ver la televisión ocupa un considerable tiempo de los mexicanos, sobre todo entre los no pobres de tiempo, que reportan hacerlo en promedio 20.7 horas a la semana, lo que significa casi media jornada de trabajo, aunque los pobres de tiempo también dedican un número importante de horas a esta actividad (18.9 a la semana).

Los datos presentados en el cuadro nos permiten afirmar que las normas y los requerimientos contenidos en el cálculo del índice de ETT clasifican con alto grado de confiabilidad a los pobres y a los no pobres de tiempo, ya que al utilizar el índice, y posteriormente comparar los usos de tiempo reportados en las encuestas sobre el tema, se presentan diferencias de acuerdo con la condición de pobreza de tiempo. Por lo tanto, podemos afirmar que este índice es de utilidad empírica para conocer la desigualdad en las cargas de TSN entre hogares, lo cual determina una parte importante de la calidad de vida de la población y del bienestar. Además, el índice tiene una elevada capacidad predictiva de la pobreza de tiempo, que permite identificarla aun sin contar con información sobre los usos de tiempo, lo cual hemos realizado en varias ocasiones (véase Damián, varios años).

#### PROBLEMAS DE IDENTIFICACIÓN DE LA POBREZA DE TIEMPO A ESCALA INDIVIDUAL

Como todo índice de pobreza, el de ETT está calculado a escala del hogar y, por lo tanto, no permite identificar las desigualdades en su interior; lo cual ha sido ampliamente criticado para los métodos de medición de la pobreza basados en el ingreso (véase Damián, 2011).

Cuadro V.12. Promedio de horas a la semana dedicadas por la población de 12 años y más a diferentes actividades, según pobreza de tiempo<sup>a</sup> (1996, 2002 y 2009).

<i>Tipo de actividad / Estrato</i>	1996			2002			2009		
	<i>Pobres</i>	<i>No pobres</i>	<i>Pobres / No pobres</i>	<i>Pobres</i>	<i>No pobres</i>	<i>Pobres / No pobres</i>	<i>Pobres</i>	<i>No pobres</i>	<i>Pobres / No pobres</i>
a) Trabajo doméstico <sup>a</sup>	19.6	18.0	1.09	23.8	21.5	1.11	23.0	22.2	1.04
b) Cuidado de otros en el hogar	11.5	5.7	2.01	18.6	17.5	1.06	24.6	17.8	1.39
c) Doméstico y cuidado de otros (a +b)	31.1	23.4	1.32	29.3	25.0	1.17	36.8	29.2	1.26
d) Trabajo extradoméstico	26.5	20.7	1.28	26.2	21.1	1.24	50.2	39.3	1.28
e) Traslado a trabajo y escuela	57.6	44.1	1.31	58.1	49.7	1.17	69.1	45.6	1.52
f) <i>Todas las anteriores</i> $\sum a.e$	61.1	47.7	1.28	59.2	49.9	1.19	73.3	48.8	1.50
g) Arreglo personal	5.0	5.4	0.91	4.7	4.6	1.01	6.1	6.3	0.97
h) Estudio	5.1	7.2	0.71	35.1	35.4	0.99	34.2	37.8	0.91
i) Recreación	16.7	18.6	0.9	18.5	20.1	0.92	9.1	10.2	0.90
j) Comer				7.4	7.4	0.99	7.5	7.8	0.96
k) Descanso				5.3	5.2	1.0	4.5	4.6	0.97
l) Dormir				55.1	54.1	1.02	53.3	54.5	0.98
m) Ver televisión				18.9	20.7	0.92	11.1	11.8	0.94

<sup>a</sup> Incluye limpiar la casa, lavar trastes y ropa, planchar, cocinar, tirar basura, acarrear agua, recoger leña, hacer reparaciones en el hogar, pagar luz, agua, teléfono, etcétera, hacer trámites bancarios, abastecer el hogar, llevar a otros miembros del hogar a escuela, con médicos, etcétera. Fuente: cálculos propios con base en los microdatos de la ENTAUT 1996, y la ENUT 2002 y 2009.

En lo que respecta a los métodos de pobreza de tiempo encontramos que Goodin *et al.* (2008) y Burchardt (2008) intentan superar este problema. Los primeros calculan la proporción en la que participan hombres y mujeres en el trabajo doméstico y extradoméstico y, con base en ello, asignan un tiempo normativo de trabajo que comparan con el que se declaró como dedicado a ambos tipos de trabajo (véase capítulo III). Burchardt (2008), por su parte, calcula la pobreza de tiempo por persona comparando, primero, la cantidad de tiempo libre per cápita con el umbral de esta dimensión, definido por la autora como de 60% de la mediana observada. El tiempo libre lo define como el que queda a la semana, una vez que se realizan las actividades incluidas dentro del tiempo comprometido (trabajo doméstico, extradoméstico, cuidado de otros en el hogar y cuidado personal, que incluye tiempo para dormir, comer y descansar). Realiza un segundo ejercicio en el que define normas de tiempo para trabajo doméstico, cuidado de otros en el hogar y cuidado personal, pero establece como umbral de pobreza de tiempo libre cero horas a la semana. Con base en el tiempo dedicado al trabajo remunerado y el nivel de ingreso, determina la posibilidad de que las personas trabajen menos horas para aumentar la disponibilidad de tiempo libre, sin descuidar el comprometido. A quienes no podrían trabajar menos horas debido a que se convertirían en pobres de ingreso, los considera pobres de ingreso-tiempo (véase capítulo III).

Como apuntábamos, el procedimiento para el cálculo del índice de ETT puede pasar por alto la existencia de personas que normativamente no deberían trabajar doméstica o extradoméstica, pero que sí lo hacen (por ejemplo, mayores de 79 años), o bien subestima la pobreza de tiempo de los miembros del hogar que trabajan más de 48 horas a la semana.

En la siguiente sección presento un índice que busca reducir los posibles errores de cómputo de la pobreza de tiempo a escala individual tomando como punto de partida la información de la ENUT 2002. Cabe aclarar que esta forma de calcular la pobreza de tiempo sólo se puede aplicar cuando hay información sobre el número de horas dedicadas al trabajo doméstico y extradoméstico.

## UN INDICADOR ALTERNATIVO DE POBREZA DE TIEMPO

Para superar algunos de los problemas de identificación comentados arriba, realizamos un ejercicio que estima la pobreza de tiempo a escala individual. El resultado se compara con el derivado del cálculo de la pobreza de tiempo con el índice de ETT a escala del hogar (cuadro V.13). El ejercicio supone que son pobres de tiempo las personas de 15 a 69 años que declararon dedicar más de 48 horas a la semana al trabajo doméstico y / o extradoméstico; también se consideran como pobres de tiempo los de 12 a 14 años y los de 80 o más años que declararon trabajar extradomésticamente. Asimismo, son pobres de tiempo los de 12 a 14 que participan en el trabajo doméstico más de seis horas a la semana, y los de 70 a 79 años, que dedican más de 16 horas al trabajo doméstico y / o extradoméstico.

La norma de requerimientos de tiempo para trabajo doméstico en el hogar se distribuyó de acuerdo con la proporción en la que, según la encuesta de uso de tiempo, cada miembro del hogar participó en este tipo de trabajo. Así, si sólo una persona del hogar declaró dedicar tiempo al trabajo doméstico, se le asigna el total normativo para ese hogar, independientemente de las horas declaradas. Si los requerimientos sobrepasan 48 horas, esa persona será clasificada como pobre de tiempo, mientras que el resto de los miembros puede no serlo. Finalmente, para este cálculo se incluyó el tiempo de traslado de ida y vuelta al trabajo, debido a que forma parte del tiempo obligado sin el cual no se podría asegurar la manutención de todos los miembros del hogar. La pobreza a escala individual con estos cambios aplicados se presenta en el cuadro V.13. Como se observa en el cuadro, cuando la pobreza de tiempo se calcula a escala del hogar, afecta a 49.2% de la población de 12 años o más, mientras que cuando el cálculo se hace comparando las normas, pero a escala individual, la pobreza de tiempo sube a 55.5%. Las diferencias por sexo con el ETT por hogar son pequeñas (50.4% en los hombres y 48.2% en las mujeres), mientras que, con el otro cálculo, la pobreza de los hombres es mayor que la de las mujeres (62.4% y 49.2%, respectivamente), contraviniendo la idea de que son éstas las que tienen mayores carencias por esta dimensión. Es conveniente aclarar que la pobreza masculina es más elevada porque: 1) la participación laboral

de los hombres es mucho más elevada que la de las mujeres (70.2% y 33.6%, de acuerdo con la ENUT 2002; véase cuadro V.5); 2) la mediana de tiempo dedicado por los hombres a este tipo de trabajo se ubica en el umbral de la pobreza de tiempo, que en el índice de ETT es de 48 horas a la semana (véase cuadro V.6), y entre ellos se reportó una mediana de 7.9 horas dedicadas al trabajo doméstico y al cuidado de menores en 2002; 3) es mayor el tiempo utilizado por los hombres para transportarse al trabajo; 4) aunque las mujeres tienen mayor participación en el trabajo doméstico, la mediana del tiempo dedicado a éste es menor que la norma (véase cuadro V.6, 34.9 horas a la semana), y 5) cada día participan más miembros del hogar en el trabajo doméstico.

En las diferencias en los cálculos por hogar e individuo, pero por rango de edad, se observa que cuando la pobreza de tiempo se calcula a escala de hogar, la población de 20 a 34 años es la que tiene el porcentaje más elevado (58.7%), lo que corresponde con las edades del ciclo de vida con mayor carga reproductiva. También es elevada la pobreza para los grupos de edad de 12 a 14 años y de 70 años o más (55.7% y 56.9%, respectivamente); el primer grupo porque vive en hogares con grandes demandas de trabajo doméstico, y los segundos por tener una proporción importante de individuos que no pueden trabajar en el TSN. Queda con los menores niveles de pobreza el grupo de 35 a 69 años (44.3%) y los jóvenes de 15 a 19 años (35.1%, véase el cuadro V.13, columna 1).

En el cálculo individual, la pobreza de la población de 12 a 14 años se reduce en comparación con la calculada para cada hogar (de 55.7% a 51.5%), mientras que la de quienes tienen 70 o más años aumenta a 80.0%. Lo anterior muestra, por un lado, que más de la mitad de los menores de 12 a 14 años realiza un número importante de horas de trabajo doméstico (más de seis a la semana), o bien trabaja extradomésticamente; la mayor carencia se padece entre las mujeres de estas edades (véase cuadro). Por otra parte, en lo que se refiere a la población de 70 o más años, podemos decir que su contribución al TSN (doméstico y extradoméstico) es mayor que lo que se detecta con el índice a escala del hogar; son las mujeres las que más padecen pobreza en este grupo, ya que siguen realizando una proporción importante de trabajo doméstico en los hogares.

Cuadro V.13. Pobreza de tiempo: comparativo entre las metodologías a escala del hogar y a escala individual (2002).

<i>Grupo de edad</i>	<i>Pobreza de tiempo</i>	
	<i>Con cálculo a escala de hogar</i>	<i>Calculada a escala individual<sup>b</sup></i>
Total		
12-14	55.7	51.5
15-19	35.1	30.4
20-34	58.7	65.2
35-69	44.3	54.6
70 y más	56.9	80.0
Total	49.2	55.5
Hombres		
12-14	60.7	43.0
15-19	37.5	35.0
20-34	57.7	69.8
35-69	46.4	70.2
70 y más	56.0	76.2
Total	50.4	62.4
Mujeres		
12-14	50.8	59.7
15-19	32.4	25.4
20-34	59.5	61.1
35-69	42.5	40.6
70 y más	57.6	83.0
Total	48.2	49.2

<sup>a</sup> ETT: Exceso de Tiempo de Trabajo.

<sup>b</sup> Pobres de tiempo: población de 15 a 69 años de edad que dedica más de 48 horas a la semana al TSN; población de 12 a 14 años de edad o mayor de 79 años, que labora extradomésticamente; población de 12 a 14 años de edad que participó con más de 6 horas a la semana en el trabajo doméstico, y población de 80 años o más que realizó trabajo doméstico y / o extradoméstico por más de 16 horas a la semana.

Fuente: cálculos propios con base en la ENUT 2002 y la ENIGH 2002.



Otro grupo de edad en el que la pobreza de tiempo se eleva en el cálculo individual es el de los de 20 a 34 años (llega a 65.2%); por sexo, la pobreza masculina también es mayor (69.8% frente a 61.1%), pero cuando no se incluye el tiempo de traslado al trabajo es muy similar para hombres y mujeres (61.6% frente a 59.1%, respectivamente).<sup>29</sup> Aunque la pobreza de tiempo es menor en el grupo de los de 35 a 69 años y se ubica en 54.6% (véase cuadro), ello se debe a la disminución de la pobreza femenina. Lo anterior puede explicarse porque esta edad corresponde a la etapa en la que los hijos requieren menos cuidado y, por lo tanto, el trabajo doméstico disminuye o se reparte entre un número mayor de personas. Además, es la etapa en que las mujeres se retiran del trabajo extradoméstico. En cambio para los varones, la pobreza se ubica en el mismo nivel que el del grupo de edad anterior, ya que continúa una alta participación laboral a estas edades. Finalmente, se confirma que son los jóvenes de 15 a 19 años los de menor pobreza de tiempo (30.4%), aunque sigue siendo mayor entre los varones, por su alta participación en el trabajo extradoméstico y porque una proporción importante continúa en el sistema educativo.

Con base en los datos analizados, consideramos que la propuesta de cálculo de la pobreza de tiempo per cápita que combina la norma de requerimientos de tiempo de trabajo doméstico en el hogar y la información sobre el aporte que cada miembro realiza a éste, además del tiempo dedicado al trabajo extradoméstico y del de traslado al trabajo, permite precisar mejor la escasez de tiempo que viven las personas de acuerdo con su edad, sexo y condición de actividad. La limitante es que esta medición sólo se puede aplicar cuando existen encuestas sobre uso de tiempo.

Al comparar el índice original con el ajustado a escala individual, podemos observar que se reduce la subestimación de la pobreza de tiempo en los grupos de edad de 20 a 69 años. De igual forma, puede constatar que el cálculo a escala individual aminora los posibles errores de inclusión y exclusión, como se muestra en el cuadro V.14, donde se presenta una tabla de contingencia con los estratos

<sup>29</sup> Cálculos propios con base en la ENUT 2002.

de pobres / no pobres que resultan de las estimaciones del índice original  $ETT_j$  y el que se realiza a escala individual. En el cuadro se observa que las mayores diferencias en la clasificación se dan entre los varones no pobres de tiempo, ya que 54.4% de éstos sí resulta ser pobre con el índice a escala individual que se calcula comparando la norma de hasta 48 horas de tiempo de dedicación al TSN con el que se declara dedicar. Ello se debe a que con el índice original el exceso de trabajo se distribuye entre el resto de miembros disponibles para éste en el hogar. Con el cálculo original se asume implícitamente que puede haber una distribución más “racional” del TSN en el interior de los hogares, lo cual no es del todo cierto, y mucho menos cuando la pobreza de tiempo se deriva del trabajo extradoméstico. La diferencia entre ambos métodos para identificar la pobreza de tiempo es menor en las mujeres; sólo 30.3% de las “no pobres” se convierten en pobres con el indicador a escala individual, al participar con más de 48 horas a la semana en el TSN.

Cuadro V.14. Matriz comparativa de los resultados de los métodos de medición de la pobreza de tiempo, a escalas del hogar ( $ETT_j$ ) e individual, 2002 (población de 12 años o más).

<i>Estrato</i>	<i>ETT<sub>j</sub> a escala del hogar (porcentaje horizontal)</i>	<i>ETT<sub>j</sub>, cálculo a escala individual (porcentaje vertical)</i>		
		<i>Pobres</i>	<i>No pobres</i>	<i>Total</i>
<b>Hombres</b>				
Pobres	50.4	70.4	29.6	100.0
No pobres	49.6	54.4	45.6	100.0
Total	100.0	62.4	37.6	100.0
<b>Mujeres</b>				
Pobres	48.2	69.5	30.5	100.0
No pobres	51.8	30.3	69.7	100.0
Total	100.0	49.2	50.8	100.0

Fuente: cálculos propios con base en la ENUT, 2002.

De la población pobre de tiempo, según el indicador de ETT a escala de hogar, 30% se convierte en no pobre cuando la pobreza de tiempo se obtiene de comparar la norma de 48 horas con el tiempo dedicado a TSN por persona, en ambos sexos. En cambio, en el estrato de no pobres, el error aumenta, pero exclusivamente entre los hombres; de los cuales, como se mencionó, 54.4% de los que no padecían esta condición con el indicador a escala de hogar, pasa al estrato de pobres con el cálculo individual.

La menor pobreza de tiempo de las mujeres puede reflejar la falta de alternativas laborales para ellas, lo que se combina con la prevalencia de patrones de vida impuestos socialmente que inhiben la participación femenina en el mercado laboral. Además, como resultado de la escasa disponibilidad de lugares de cuidado para menores, son las mujeres las que normalmente se hacen cargo de su cuidado y supervisión, lo que también impide su completa incorporación al trabajo remunerado.

Por otra parte, como pudimos constatar, el esfuerzo laboral extradoméstico realizado por los varones se eleva por el número de horas que se consumen en el traslado a los lugares de trabajo. Esta situación afectará más a las mujeres en la medida en que aumente su participación laboral. Como muestra el cuadro V.13, la pobreza de tiempo calculada a escala individual es de 55.5% para la población de 12 años o más que trabaja extradomésticamente, frente a 49.2% para el total de la población que tiene estas edades (véase cuadro V.13). Además, la pobreza no difiere de manera importante por sexo cuando se trata de personas que trabajan extradomésticamente (82.3% de los ocupados, frente a 79.8% de las ocupadas; cuadro V.15), pero, como vimos, sí difiere cuando se considera el total de la población (62% de hombres pobres, frente a 49.2% de mujeres pobres, véase cuadro V.13).

Una limitante del procedimiento a escala individual es que la pobreza por hogar no puede ser calculada, ya que unos miembros resultan pobres de tiempo y otros no. Una posibilidad es considerar como pobres de tiempo los hogares con al menos una persona en esta condición; su intensidad de pobreza dependerá del número de pobres de tiempo en relación con el total de los miembros disponibles para el TSN. Sin embargo, no es conveniente plantear esta

modificación para estimar el indicador global del MMIP, ya que el ingreso del hogar se ajusta de acuerdo con la pobreza de tiempo, para después ser comparado con la línea de pobreza.

Cuadro V.15. Pobreza de tiempo de la población que participa en el trabajo extradoméstico; índice calculado a escala individual (ETT<sub>i</sub>; 2002).<sup>a</sup>

<i>Grupo de edad</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Total</i>
12-14 <sup>b</sup>	100.0	100.0	100.0
15-19	71.8	78.3	73.9
20-34	83.7	80.7	82.6
35-69	81.7	78.1	80.5
70-79	32.1	17.8	24.1
79 y más <sup>b</sup>	100.0	100.0	100.0
Total	82.3	79.8	81.4

<sup>a</sup> Los porcentajes están calculados sobre la población que trabaja extradomésticamente, no sobre el total.

<sup>b</sup> Población que por norma no debería participar en el trabajo extradoméstico y, por lo tanto, todo es considerada pobre de tiempo.

Fuente: cálculos propios con base en la ENUT 2002.

## LA NECESIDAD DE MEJORAR LA CAPTACIÓN DEL USO DE TIEMPO EN MÉXICO

En este capítulo mostramos las deficiencias en la captación del uso de tiempo en las encuestas realizadas en México. La relevancia de señalar sus limitaciones es que la información que contienen sirve generalmente de base para los estudios sobre la desigualdad por sexo en la carga de trabajo socialmente necesario. La evidencia que ofrece la ENUT 1998 pone en duda algunos resultados de las encuestas de 1996, 2002 y 2009, ya que muestra fuertes indicios de que la captación del tiempo dedicado a las labores de reproducción de la fuerza de trabajo (labores domésticas y cuidado de menores) está sobrestimada.

Lamentablemente ha habido una falta de problematización y análisis de las fuentes de información de uso de tiempo en México.

Si bien el Inmujeres y el INEGI organizan foros sobre el tema, como el primero en 2009, podemos constatar con el material allí presentado (disponible en la página del Inmujeres) que no se abordó la confiabilidad de los datos, sino sólo las metodologías y la clasificación internacional de las actividades que se evaluarán en las encuestas de tiempo.

Una de las principales conclusiones que se derivan de este capítulo es que aún no se ha logrado diseñar en México un mecanismo confiable para observar la distribución de las cargas de trabajo en el interior del hogar. Podemos decir, por otra parte, que ninguna de las encuestas por sí sola capta la complejidad en la asignación de tareas en el interior del hogar, ya que la de 1998 sólo ofrece información sobre un día a la semana y no permite observar el comportamiento del conjunto de los miembros a lo largo de toda la semana, y, por otro lado, las que captan información sobre las diversas actividades de la semana, presentan problemas de sobrerregistro debido, entre otras razones, a la minuciosa desagregación de actividades.

En diversos países, como Canadá, Gran Bretaña y los Estados Unidos, las encuestas de uso del tiempo se realizan mediante un diario, en el que los individuos registran sus actividades día por día. Este mecanismo fue probado en México en 2011 por el EVALÚA DF en una prueba piloto; sin embargo, no se logró obtener respuesta de todos los miembros del hogar, además de que la calidad de la captación desciende conforme pasan los días de la semana. Por ello, se decidió ampliar la experiencia de la encuesta de 1998, en la cual se probó la técnica de captación de la información referida al día anterior, donde los entrevistados especificaron el tipo de actividad y las horas en que la llevaron a cabo entre los momentos de levantarse y de irse a dormir. Además, esta técnica se combinó con un cuestionario aplicado a las personas de 12 o más años sobre el tiempo dedicado normalmente a distintas actividades en días hábiles y de descanso. Estas preguntas se hicieron también a los menores de esas edades, pero las respuestas fueron obtenidas de un informante en el hogar. Desafortunadamente la encuesta no ha sido evaluada.

El elevado número de registros con valores superiores al máximo posible en las encuestas de 1996, 2002 y 2009 nos lleva a sugerir la exploración de más alternativas de captación de la información que permitan tener una idea más clara de la complejidad del uso de tiempo en los hogares, incluida la simultaneidad de actividades. Aun así, los datos aquí presentados han sido muy útiles para analizar algunas características del quehacer cotidiano de la sociedad y mirar hacia fenómenos más complejos, como diferencias por sexo en el interior del hogar, por condición económica, según distintos cohortes de edad y generaciones, etcétera.

En cuanto a la evaluación de los parámetros normativos del índice de ETT, cabe resaltar que se hizo con la información sobre uso de tiempo de 1996 y 2002, pero debido al sobrerregistro en el tiempo dedicado al trabajo doméstico, decidimos tomar los requerimientos normativos, en lugar de lo declarado por los entrevistados, para determinar la carga de trabajo de acuerdo con la distribución observada en el interior del hogar. La ENUT 1998 nos permitió corroborar que las mujeres ocupadas tienden a sobrestimar el tiempo dedicado a esta actividad, en alrededor de 50%, y que las inactivas y las que viven en hogares pequeños sin menores de hasta 10 años tienden a reportar también valores muy elevados de trabajo doméstico, en comparación con hogares de las mismas características, pero con menores, lo que pone en duda si ese tiempo es realmente el necesario.

Al corregir algunas de las limitaciones identificadas en las encuestas de uso de tiempo 1996 y 2002,<sup>30</sup> evaluamos las normas del índice de ETT; además, las comparamos con las de los autores analizados en el capítulo III. Mostramos que la norma de trabajo doméstico en el hogar estaba sistemáticamente por debajo de lo reportado por los hogares. Por ello, propusimos aumentar 20% el tiempo requerido por hogar. Además, observamos una amplia participación de los menores de 12 a 14 años en el trabajo doméstico, y de los mayores de 70 a 79 años en el extradoméstico, por lo que el índice

<sup>30</sup> Debido a que la ENUT 2009 se basa en un cuestionario similar a la de 2002, comparte sus problemas, por lo que se consideró innecesario repetir el ejercicio este año (véase anexo 2).

mejorado de ETT incorporó su disponibilidad de tiempo de manera parcial, como ha sido sugerido en diversos foros y por varios análisis. Con el índice modificado, obtuvimos datos mucho más precisos, con menos errores de inclusión y de exclusión que los que se cometían con el índice original.

No existe una periodicidad precisa en el levantamiento de las encuestas, lo que dificulta el análisis longitudinal. Por otra parte, han sufrido cambios importantes en la metodología y se han repetido los mismos errores en términos del sobrerregistro de actividades de las encuestas anteriores.

Con base en el análisis aquí presentado, podemos decir que el índice de ETT (modificado) tiene la virtud de clasificar con un alto grado de certeza a los hogares, de acuerdo con su carencia de tiempo. Lo anterior se hace evidente con la comparación que hicimos del cálculo de la pobreza de tiempo con base en las ENIGH 1996 y 2002, y de sus resultados con el promedio de horas dedicadas a las distintas actividades captadas por las encuestas de uso tiempo para esos mismos años.

De los resultados que obtuvimos podemos sugerir que la pobreza de tiempo aumentará en la medida en que envejezca la población. La presencia de adultos mayores aumenta la pobreza de tiempo y no existen establecimientos públicos para su cuidado; además, las soluciones privadas son inaccesibles para la mayoría de la población. Si bien estos problemas no están claramente definidos en la formalización del cálculo de la pobreza de tiempo con el índice de ETT, ha quedado claro que la pobreza para los mayores de 70 años es muy elevada.